

13 Flechas

Cuando Eros se aburre...
Cualquier cosa puede pasar

Con prólogo de
Olivia Urdez

EDE

Eros Selecta

13 Flechas

Cuando Eros se aburre...
Cualquier cosa puede pasar



© Derechos de edición reservados

© Colección LCDE 2015

www.coleccionlcde.com

ISBN: 978-1507824153

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.

Corrección: Lucía Herrero y Violeta Moreno

Cubierta y diseño de portada: © Alicia Vivancos

Maquetación y diseño de interiores: Alicia Vivancos

www.aliciavivancos.com



Me gusta vivir otras vidas, aunque sea durante un rato. Por eso leí con pasión esta colección de relatos apasionados. Historias cotidianas, como sus protagonistas, que doce escritoras ponen en nuestras manos, recién extraídas de su imaginación, ese lugar encantado donde habitan los sueños.

Cada una de ellas la he disfrutado como quien observa a través de una rendija las andanzas ajenas. Vidas imaginadas, unidas entre sí por un hilo mágico. Como lazos de colores en una cola de cometa que, un título tras otro, ondea en el aire en una y otra dirección gracias al soplo de Eros.

Os sorprenderá cómo y en quién han personificado las doce autoras a este semidiós – en la punta de la lengua me guardo su nombre- un tanto especial. Encargado de mantener la llama del deseo, de reparar los corazones rotos y reponer los sentimientos olvidados. Tan humilde como irresistible. Una página tras otra, caí rendida a sus pies cada vez que tocaba con su mirada generosa a estos personajes, a los que adivina el secreto más vulnerable, ese que todos tratamos de esconder.

Os doy las gracias, queridas compañeras de pantalla y teclado, por regalarme esta colección de buenos ratos de lectura. Y por demostrarnos a todos que la flecha mágica se dispara en el momento más inesperado, en cualquier lugar y hacia quien menos imaginamos.

Y a ti, que tienes esta antología en las manos, y que sabes que leer es soñar, te invito a que acompañes hasta la última página a este ser inmortal de la sonrisa inolvidable. Déjate llevar de su mano y lee, siente, vive, imagina, sueña...

Olivia Ardey



Sobrevuelo el mundo, perdido entre las nubes. Mi vida, tan larga y aburrida, cuando nadie me invoca ni me obsequia con ofrendas, se ha convertido en un hábito sin sentido excepto cuando abandono mi morada para confundirme entre los mortales.

¿Que quién soy yo? Permíteme que me ría de ti por no saberlo. Soy aquel por el que todos suspiran, el que mueve montañas, el que hace que los hombres consigan lo imposible, y que las mujeres se rindan sin condiciones. Soy el soplo de vida que mueve a la humanidad, el que consigue que los muertos sigan viviendo, y que los vivos suspiren por los que ya no están. Soy el motor que empuja, el viento que hincha las velas, el agua que arrastra, la tierra que germina. Soy, en fin, el que hace que te levantes cada mañana.

A lo largo de los siglos he recibido multitud de nombres, y me han cambiado el género más de lo que me gustaría; pero hombre o mujer, y bajo el nombre que sea, siempre soy el mismo: Eros, el que hace que vuestros corazones se aceleren y vuestros sexos se humedezcan.

Hoy bajo a la Tierra de nuevo. La ciudad es una cualquiera, y el edificio, uno de tantos. En él viven apiñados un grupo de seres humanos, todos especiales, todos diferentes, pero todos con algo en común: su necesidad de amar y ser amados, de sentirse deseados, de despertar pasiones en los demás. Todo es uno y lo mismo, porque aunque disfracemos lujuria con amor, o amor con lujuria, ambas cosas van de la mano, y con qué facilidad pueden confundirse.

Hoy les ha tocado a ellos. Voy a jugar con sus corazones y su deseo; desencadenaré sentimientos y pasiones, y cuando termine, ninguno volverá a ser el mismo...



EROS

Hasta los dioses como yo se aburren en domingo. Será que el resto de la semana este edificio me da quebraderos de cabeza de más, pero hoy, precisamente hoy, estaba extremadamente tranquilo. Hacerme incorpóreo, colarme entre las grietas y entresijos de todo, de todos, no me parece mala idea. Soy curioso en extremo, así que, a un chasquido de dedos...

¡Sí! La tan conocida sensación de ser un ente etéreo, y a la vez tan excitante, me encanta. Soy un cotilla, peor que Paulina. Perdonad que me ría, pero acabo de cruzarme con ella; va hacia el ascensor y ha pulsado el botón de bajada al garaje, con esa horrorosa bata. ¡Que alguien le dé un curso de moda y estética, por favor! Y, de paso, le eche un buen... ejem, polvo. Pero veo que de eso habré de encargarme personalmente otro día.

En fin, empezaré por aquí mismo.

Mira, ahí tenemos a Yago, en los bajos. Parece un buen mozo, pero está algo amargado. En el piso de encima, el primero, vive Belén, todo lo contrario a su vecino. En el segundo viven Rocío y Juan, los cuarentones adictos al sexo, para los que cualquier excusa es buena para follar.

Hoy les va a tocar a ellos. Voy a jugar con sus corazones y su deseo; desencadenaré sentimientos y pasiones y, cuando termine, ninguno volverá a ser el mismo...

Me encanta verlos y escucharlos, me sacan de mi monotonía. Ella, dulce, caliente, algo excéntrica, con un corazón enorme. Se entrega completamente, siempre, aunque sepa que va a perder en el intercambio. Desde que conoció a Juan no puede sacarle las manos de encima. Puñetas, si se casaron en menos de seis meses. Una locura total. ¡Lo que hace el enamoramiento!

De lo único que tiene dudas Rocío con su marido es que nunca le ha dicho que la quiere. Esa espinita la tiene clavada bien hondo, pero lo disimula bien. Ella se sigue dando por entero, en la cama funcionan genial y en su convivencia no tienen demasiados problemas. Salvo, quizás, el haberse mudado a la capital por el trabajo de Juan. No les ha costado adaptarse demasiado, se tienen el uno al otro.

¿Seguro?

Juan es algo más serio, yo diría que hasta cierto punto es un tímido reconvertido, influenciado por su mujer. Está haciendo cosas en esta vida que nunca se planteó hacer, sobre todo en asuntos de cama. Rocío es la mujer de su vida, reconoce su entrega, la adora de pies a cabeza, pero en el fondo tiene miedo de que desaparezca de su lado igual

que entró: como un huracán, sacándolo de su aburrimiento y de su vida centrada en el trabajo. Por eso, quizás, jamás le ha dicho «te amo». Aunque se lo demuestra a cada instante siguiéndola en sus locuras, incluso comenzando a cometer las suyas propias. Tener que salir de su entorno habitual por ese traslado obligado... En fin, creía que iba a ser peor, pero lo que ha hecho es que ambos sólo se tengan el uno al otro para apoyarse y seguir adelante. ¿Eso es bueno o malo? ¿Se necesitan porque se quieren, o se quieren porque se necesitan?

Esta vez os dejaré con sus pensamientos y sus vivencias. Ya os he dicho que me encanta escucharlos hablar y actuar, y entenderéis porqué. Ese habla andaluza... en cierto modo son la sal de la vida, le sacan punta a todo y sí, aparte del cliché, su forma de ver las cosas y de sentir las los hace especiales e inconfundibles.

Bueno, para ser sincero me inmiscuiré en sus vidas, solo un poco. Ambos lo necesitan. De acuerdo, en la cama no hay problemas; en su vida diaria, a pesar de sus diferencias, siempre encuentran ese punto de acuerdo, pero ellos necesitan algo más. Nunca se han dicho «te quiero». Y a pesar de todo lo bueno que viven juntos, esa simple expresión, aunque sea susurrada, yo la considero imprescindible en su caso.

Pero primero de todo, os los voy a presentar:

¿Veis esa mujer hermosa, rozando los cuarenta, de cabello negro, con un par de mechas rojo vivo? Se está terminando de arreglar, un domingo cualquiera. Se mira en su espejito de mano y retoca el delineador negro, que remarca sus ojos grandes y almendrados. Sus labios ya están pintados en rojo como fresa jugosa y madura. Se ha puesto una camiseta con un escote profundo que realza sus preciosos y exuberantes pechos, remarcados por un sujetador de encaje que quita el hipo. Unos vaqueros le ciñen las caderas, redondas y femeninas. No bien termina de maquillarse, su marido entra casi desnudo en el dormitorio desde la ducha.

Juan también es un buen espécimen, cuarenta recién cumplidos. Es un hombre rubio, un tipo alto y fuerte. No es que tenga músculos marcados, pero está estupendo, sobre todo a los ojos de su mujer, Rocío. Esta deja unos segundos de mirarse en el espejo esas diminutas líneas de expresión en las esquinas de sus ojos, provocadas por su continuo sonreír, para contemplar a su marido poniéndose una camisa rosa pálido y unos vaqueros.

—¿Te queda mucho? —Juan se está terminando de abrochar los botones con rapidez.

—Ya casi estoy.

Rocío guarda sus cosas en una pequeña bolsa neceser. Pero de reojo sigue mirando cómo su marido se termina de acicalar, aplicándose un poco de colonia en el cabello corto y rubio que empieza a encanecer, lo que le hace muy interesante.

Ella se levanta, solo necesita ponerse una cazadora, es otoño y refresca. La busca en

el ropero y tras ello, juntos, salen del dormitorio.

—¿Dónde quieres ir a desayunar?

—A un sitio donde hagan churros —dice Rocío mientras coge la cartera.

—Uf, a ver, aquí no hay de los gaditanos. Solo de los gordotes.

—Bueno, donde sea. —Se encoge de hombros un segundo y sonrío.

Salen por la puerta. Ella lleva las llaves en la mano, con su enorme llavero de osito Teddy. Se dispone a cerrar cuando las manos de su marido, que no ha dejado un segundo de admirar ese redondo y respingón trasero embutido en los vaqueros, se plantan abiertas sobre esa misma zona. Empujándola contra la puerta susurra con voz ronca en su oído.

—¿Sabes que estoy a punto de pensarlo mejor y que desayunes otra cosa?

Rocío siente cómo sus recién puestas braguitas de encaje se mojan hasta el infinito. El aliento de su marido contra el lóbulo de su oreja y el familiar olor de la colonia dulce y masculina la envuelven. Incluso le hacen pensar que no le importaría desayunar «eso» que él le está ofreciendo, lo que ahora descaradamente está notando contra la curva de su culo. Todo duro, palpitante y caliente, mientras la abraza desde atrás. Está a punto de soltar una respuesta picarona de las suyas y volver a abrir la puerta cuando una tosecilla les hace volver la cabeza. Bajando las escaleras hay un chico alto, con el pelo largo, oscuro, con esos tatuajes tan sexys en los brazos. Apenas ha hecho ruido con las zapatillas deportivas que usa.

—Buenos días.

Ni Rocío ni Juan saben nada de él; se han cruzado un par de veces en ese gran edificio. Aunque la voz del joven suena entre socarrona y divertida.

Juan se apresura a soltar a su mujer de la jaula de sus brazos y se rehacen en un instante, balbuceando un «buenos días» algo azorados.

El chico les mira unos segundos con una sonrisa que se convierte en una mueca. Parece que lleva el labio partido. Pero no tienen tiempo de fijarse demasiado, el joven es muy rápido y desaparece escaleras abajo mientras masculla.

—Pero buenos que son...

Decidiéndose al fin por un desayuno «formal», Rocío y Juan se parten de risa mientras toman el ascensor, cogidos de la mano.

La puerta se cierra y Juan vuelve a las andadas, acorralando a su mujer contra el espejo, dándose un festín con sus labios recién pintados, gracias a los cielos con un labial permanente, y agarrándole uno de sus redondos muslos para subirlo hasta su propia cadera y quedar encajado contra ella. Empuja con deliberada lentitud, una, dos, tres veces.

El gemido ahogado de ella y el suyo propio se funden con el ding del ascensor al

abrirse la puerta de nuevo en el sótano del garaje.

Ante ellos y en tamaña postura, la cual intentan disimular sin ninguna eficacia, está la señora de los rulos, la del bajo. La que sienten espiar tras la puerta de su casa. ¿Qué demonios hace en el sótano a esas horas del domingo? Bueno, allí también están los trasteros, y ellos no son de los que se inmiscuyen en la vida de sus vecinos para averiguarlo.

Pero ella sí es de las que lo hacen, y les mira casi boquiabierta.

Ahora se acuerdan de su nombre: Paulina. Ya se encargó de presentarse uno de los primeros días que los pilló bajando por el portal. Lleva una bata rosácea de esas de boatiné, horrorosa, dejando al descubierto los tobillos hinchados.

Rocío se rehace, o al menos todo de lo que es capaz y, agarrando la mano de su marido, dribla a Paulina con un «hola» antes que empiece a soltar palabra, aprovechando que está aún con los ojos como platos.

—Buenos días, Paulina —dice Juan cuando le pasa por al lado. Pero su mujer tira sabiamente de él en busca del coche.

—Adiós, Paulina —suelta Rocío ya a unos metros de ella. Ufff, se han librado por poco.

Una vez dentro del Chevy estallan de nuevo en carcajadas.

—¿Cuánto crees que tardará en contar esto por los rellanos?

—El tiempo que tarde en pasar su próxima víctima por su puerta. —Juan gira la llave en el contacto y el auto arranca ronroneando suavemente—. Y a buen seguro añadirá una nota para la próxima reunión de vecinos: «Los del segundo segunda, que se abstengan de prácticas eróticas en zonas comunes».

Sí, va a ser un domingo divertido. Rocío acaricia la nuca de su marido mientras salen del garaje, y su mano luego desciende hasta posarse en su muslo fuerte mientras él conduce hacia el centro. Se sonríen varias veces, hablan de todo, vuelven a recordar los dos incidentes. ¡Pillados in fraganti! Con nuevas risas a la vuelta, ya a la hora de la siesta, dan rienda suelta a su pasión sobre las sábanas color azul intenso.

Así son estos dos, pura pasión y complicidad. Se aman, lo sé, se lo dan todo, pero aún les falta algo. Y yo voy a ser quien los empuje para que lo consigan. O no.

Ah, sí... mi suspiro se confunde con la brisa fresca. El libre albedrío de los humanos... Al final, ellos son los dueños de su propio destino.

ROCÍO

Seis meses ya aquí. El apartamento no está mal, no pasa de cincuenta metros

cuadrados pero es coqueto, bien amueblado y no tiene malas vistas. Un parque, mas allá un colegio, lo que nos quita de enfrente otros edificios y nos da un respiro en medio del asfalto. Para ser de alquiler, hemos sido unos afortunados. Lo único malo de esta mudanza lejos de nuestra ciudad es que me encuentro algo sola y he tenido que dejar mi moto *custom* atrás. Pero al fin he encontrado algo de curro, cuatro horas en una consulta privada de un conocido oftalmólogo haciendo de recepcionista, llevándole la agenda, y el resto del día con un teléfono que me ha dado mi jefe, para que atienda las llamadas pidiendo cita de sus pacientes. Aunque por la tarde solo tengo que tenerlo encendido de seis a ocho, el resto es escuchar el buzón de voz y hacer las oportunas llamadas para encajar las citas y poco más.

Al menos es una mejora. En Cádiz me despidieron cuando empezó la crisis y no había encontrado nada. No gano demasiado, pero estoy entretenida. Mi jefe es un poco estirado, don Pedro por aquí, o don Pedro por allá. Es un sesentón casi, más largo que un día sin pan y más serio que un cuarto de especias. Pero en la entrevista de trabajo, cuando terminamos de hablar, me dio la mano y me dijo: «gracias por hacerme sonreír», y, «está usted contratada».

Yo me quedé a cuadritos. Éramos ocho chicas optando para el puesto. Todas muy guapas, menos yo. Todas muy delgadas, menos yo. Todas muy jóvenes, menos yo.

A mis espaldas unos excelentes estudios de secretaría, gestión de empresas, informática, en fin, ¡y más de doce años de experiencia! Bien preparada para ello, pero con cuarenta años, rellenita y del montón. No soy fea: mis ojos son grandes y almendrados color miel, mi boca carnosa y en forma de corazón. Mi cuerpo, bueno, un metro setenta y una talla cuarenta ocho. Todo muy bien puesto, eso sí, pero no entro en las tiendas de moda, ¡ni siquiera paso por al lado! No es que vista mal, al contrario, sobre todo para trabajar uso ropa formal, discreta pero alegre a la vez, que me da personalidad y frescura. En mi vida diaria, vaqueros, camisetas escotadas y un poco ceñidas, como sé que le gustan a mi rubio, y en fin, algo de picardía y de buen gusto, mezclados como en un cóctel. Un cóctel MOLOTOV.

Volviendo a mi trabajo, me contrataron en este del tirón. Y sí, a don Pedro le trajeron sin cuidado mi talla, mi edad, y que no fuera una chica florero. ¡Le hice reír! ¿Le hice reír? Joder, pues no se le notó por debajo del bigote.

En fin, os aclaro una cosa: soy andaluza, de Cádiz. Esa denominación de origen no quiere decir que todos estemos cantando carnaval a todas horas. Soy, somos, personas trabajadoras y formales. Pero, en fin, en mi tierra se ven las cosas de una manera, al parecer, distintas. Y de eso me he dado cuenta ahora que llevo viviendo más al norte desde hace seis meses. No solo es nuestra habla, que sí, que a todos sitios que vamos, nos preguntan: «¿Sois de Cádiz? ¡Ay, qué gracioso habláis!». A veces nos sentimos un poco, no sé, mosqueados por el hecho de que nos metan en un saco a todos por igual. Sí, soy de Cádiz, pero ni piso el barrio «La Viña» en Carnaval. Sobre todo porque ya hay más sevillanos que gaditanos en esos días, y como que no apetece la aglomeración de «guiris».

Vemos el concurso de agrupaciones carnavalescas en la tele, y llevo años sin disfrazarme. ¡Y nunca me he bañado en la playa de la Caleta! Ni me he comido una sardina con piriñaca (soy intolerante al pescado azul, se me pone la lengua roja e hinchada como si fuese un alien a punto de saltar de mi cuerpo). Con este panorama, ni intentarlo.

Así que desde hace seis meses mal contados, así es mi vida. Me levanto a las ocho, recojo un poco y tomo un bus hasta el trabajo. En él estoy de diez a dos. Tras esto, de nuevo bus y vuelta a casa. A las dos y media de la tarde estoy entrando por las puertas. Mi motocicleta, con la que hacía estragos por la bahía, quedó en el garaje de mi hermana en Cádiz. En esta capital que no conocía y cuyo tráfico es infernal, ni siquiera me atreví a intentarlo. Espero volver pronto, porque echo tela de menos la libertad que me proporcionaba. Pero de vez en cuando, por el bien de la pareja, hay que hacer ciertos sacrificios, y a día de hoy no me arrepiento de ello.

Mi marido no llega hasta las cinco de la tarde largas. Se levanta a las seis en punto, se arregla, un cafelito rápido y a su trabajo de ingeniero industrial. Sí, mucho título, pero en el curro no se gana tanto. Hace diez o doce años era distinto. Con ese mismo *caché* se conseguían curros de la hostia. Pero ahora, confórmate con mil quinientos euros y date por satisfecho, vamos, que vas que te matas. Y la capital es cara, leches. Se nos van seiscientos euros solo en el apartamento de un único dormitorio. Y cuatrocientos o quinientos de gastos varios. Además de la hipoteca de nuestro piso en propiedad en Cádiz, que por suerte era de protección oficial y salía por poco más de doscientos euros mensuales. Y aún hay que comer, vestirse, un cine de vez en cuando como lujo... ¡Como para no arrimar el hombro!

Y hoy sábado, en fin, ha tenido una reunión importante y espero que, al menos, vuelva a su hora. Están con otro proyecto grande, inversión extranjera, gente importante. Se ha vestido de punta en blanco para una especie de almuerzo de negocios. Qué guapo que iba, con el traje gris medio, camisa gris marengo y la corbata plata. Mmm, parecía un mafioso, mi rubio.

Cuando a las doce de la mañana lo vi ir hacia la puerta para marchar a la reunión, estuve a punto de cerrar y tirar la llave por el balcón, cogerle de la corbata y arrastrarlo al dormitorio, bajarle la cremallera del pantalón, arrancarle entre medias la camisa del cuerpo, y... uf, no sigo porque yo misma me caliento y hasta las cinco no llega el bombero.

Así que, hoy que no tenía que ir a trabajar, me he dedicado a arreglar mi dulce hogar; suena cursi, pero me gusta hacerlo. Cuando has terminado y te sientas en tu sofá, con una mantita sobre las piernas, una tacita de cacao y mi *e-book* con alguna novelita... *Ainnnsss*. El paraíso.

Ese era mi plan hasta que encontré algo que, quizás, no debiese haber visto.

El maletín de trabajo de mi marido, el de diario, estaba sobre la mesa del salón (hoy se llevó apenas un portapapeles de piel marrón de Ubrique). Terminando de ordenar la casa, sin mucho cuidado, tiré de él para llevarlo a la habitación que servía de despacho,

cuando se abrió. En ese momento cayó a mis pies una bolsa de papel azul marino con unas letras en ocre. La tomé. En su adverso ponía «La Garra Dorada», junto a una dirección del centro. Eso, y la huella de un arañazo felino dibujado debajo.

Fruncí el entrecejo y, joder, toda curiosa que soy, la abro y...

La bolsa cayó al piso. En mis manos, cuero y metal. Una especie de collar rojo con remaches en forma de púas plateadas. Colgado del cierre, una placa grabada. Una jota mayúscula y una erre entrelazadas. ¿Juan y Rocío?

No me caí de culo al suelo de milagro. ¡Un collar de sumisión! ¿Un collar de sumisión?

Joder, joder, joder.

Por un rato, solo se me venía esa palabra como un mantra repetido en mi cabeza.

Mi marido tiene guardado en su maletín un collar de sumisión.

Respiré hondo. Le di vueltas entre las manos. Lo sopesé, lo remiré por todos sitios. Y con dedos temblorosos, me lo llevé al cuello y lo cerré en su contorno. Me venía justo.

JODER.

Yo había leído algunas novelas sobre BDSM, mi marido lo sabía, nos sentábamos juntos y nos arrebujábamos en el sofá mientras ambos leíamos en nuestros *e-books* y escuchábamos música... Pero aparte de cuatro comentarios chistosos que nos habíamos hecho, yo no supuse que él estuviese interesado en ello.

Hasta hoy.

JODER.

EROS

Me froto las manos de pura satisfacción. Esto marcha.

JUAN

Seis meses ya fuera de lo que hasta ahora había sido nuestra vida ordinaria. El traslado de sede de la empresa y mis nuevas funciones en ella, me habían hecho estar algo alterado últimamente. Tenía la sensación, a veces, de estar andando por la cuerda floja. Los jefes apretaban cada día más las clavijas al personal, y aunque yo solo estuviese a cargo de una parte del proyecto junto a otros tres colaboradores, y no éramos mucho más visibles que los demás de la empresa, nos sentíamos observados de cerca, y como si el mismísimo director de la central nos estuviese respirando en la nuca todo el tiempo.

Si eso me hubiese ocurrido hacía poco más de cinco años, cuando era un tipo soltero, me daría casi igual, no sentiría tanta presión. Pero estaba ella, la mujer de mi vida, a la que adoraba en cuerpo y alma, a la que me había jurado a mí mismo proteger, cuidar y rodear de cariño mientras respirase. De amor y de tranquilidad económica. Pero en los últimos tiempos los sueldos se habían congelado por debajo de cero grados, nos hacían trabajar el triple y a veces sin los medios necesarios, y la presión mental era del copón.

Ella, mi nena, también había tenido que encontrar trabajo en nuestra nueva vida. Por suerte no tardó mucho. Es que mi Rocío lo vale. Es preciosa, con esos ojos grandes, esa boca carnosa que te hace desear besarla todo el rato... y, bueno, que la use sobre todo mi cuerpo, sobre todo en cierta parte de mi anatomía, que ahora, mientras escuchaba a un aburrido alemán intentar chapurrear un chiste en español durante la sobremesa de aquel almuerzo de trabajo con inversores, se estaba poniendo bien firme debajo de mis pantalones grises.

Jo-der. Acordarme de mi mujer, de su boquita de fresa, y levantarme la moral, es todo uno.

Sonriendo como un tonto, haciendo como que prestaba atención al enésimo chiste del cabeza cuadrada del nuevo inversor, empecé a rememorar mi historia con mi mujer. La conocí hace poco más de cinco años. Recuerdo que ese día iba a mis cosas, algo despistado, cansado del día, y llevaba varias noches sin dormir bien. El trabajo, mi solitaria vida, problemas con mi familia... no de los que yo me hubiese buscado, eran de ellos, pero a mi también me afectaban. En fin.

En aquella rotonda no frené a tiempo y le di un golpe a una motocicleta que iba delante de mí para hacer el ceda el paso. No fue demasiado fuerte, el conductor consiguió permanecer estable y no caerse, aunque casi lo arrojé al centro de la calzada. Por suerte, a esas horas apenas la cruzaba nadie. El motorista arrancó de nuevo su máquina y se quitó de en medio del tráfico para aparcar un poco mas adelante en el arcén. Joder. Tenía que aparcar detrás, disculparme y ver los daños. En principio, el piloto trasero estaba roto, y el guardabarros había sufrido el impacto.

Con cuidado, mirando bien y despejado por el susto, avancé y aparqué tras él. Permanecía a lomos de la motocicleta. Imaginé que rehaciéndose, al igual que yo. Era invierno e iba todo vestido de negro. Apenas se volvió. Bajo el casco *jet*, llevaba la nariz y la boca tapadas con un pañuelo motero rojo en vez de con una bufanda. Esperaba que por comodidad, no porque el tipo fuera un pendenciero. Tenía toda la pinta de uno de esos pandilleros que se ven en las pelis americanas de los setenta, vamos, un *Hell's Angel*. La moto que conducía era un modelo *custom* que yo no conocía. No sé mucho de vehículos de dos ruedas, así que no es de extrañar. Antes de ir a hablar con él, le hice una leve inclinación de cabeza y dispuse los triángulos. Seguridad ante todo.

Cuando al fin caminé hacia el motero, le vi pasar la pierna sobre su cabalgadura, bajarse y dejarla sobre el caballete, todo en un fluido movimiento. Se estaba inclinando a ver los daños, y negaba con la cabeza.

Me di cuenta entonces de tres cosas: medía menos que yo, llevaba el pelo oscuro largo y lacio, y cuando se sacó el casco y el pañuelo, era una chica de poco más de treinta años.

Balbuocé mis disculpas a la señorita mientras ella me miraba de arriba abajo con el ceño fruncido. Sus ojos eran inmensos y de un color de miel preciosos. Yo seguía disculpándome y sacando los papeles del seguro, cuando ella soltó una carcajada.

—Joder, tío, que no me has matado. Un guardabarros y un piloto trasero se reponen y listo.

—Gracias, no sabe cuánto lo siento.

—¿Más disculpas?

—Es verdad, lo lamento...

Ella volvió a reír. Firmamos ambos el parte de accidente. La chica me miraba alternativamente mientras estampaba su firma. Y al lado unos números.

—Me tienes que dar tu teléfono, rubio.

—Por supuesto, señorita, soy un hombre formal, tengo el seguro en regla y...

Ella soltó otra carcajada y negó con la cabeza.

—Eres un poco cortito, ¿no, rubio?

La miré a los ojos. Eran increíbles; no eran miel como creí al principio, sino de tres colores, tres aros superpuestos irregulares, como pétalos de margarita. El centro, sí, miel derretida, el del medio verde dorado, y el exterior gris brumoso.

—Por el susto, rubio, al menos me merezco un cafelito.

Sin decir una palabra saqué una de las tarjetas de mi cartera, de las que nunca utilizaba; en ella estaba hasta la dirección de mi casa.

Silbó cuando estuvo en su mano.

—Eres un tipo importante, ¿eh? De los de tarjeta. —Rio con una risa franca—. Espero que tu mujer no se ponga celosa cuando te llame un día de estos.

—No, no tengo mujer —dije al fin. Ella seguía con una sonrisa prendida en sus labios sensuales.

—Ni yo tampoco.

Dicho esto como si no pasara nada —y me costó un poco entender su chistecillo— se dio media vuelta mientras decía adiós con la mano, se bajó la visera de su casco y montó en su moto, arrancando y saliendo del arcén. Por un rato me quedé allí, con la documentación en la mano. Bajé la vista cuando la perdí entre el tráfico.

—Rocío, se llama Rocío —dije como bobo en voz alta—. Rocío —volví a repetir. Aunque más bien, en lugar de rocío, era una tormenta. Y de las buenas. Una mujerona

como las que a mí me gustan, con «de todo» y abundante. Yo no soy pequeño, así que las hembras de tronío son las que más me atraían desde siempre.

Y la llamé, vaya que lo hice. Y ella tardó varios *biiiiip* en contestar. Era ya algo tarde y tres noches después; viernes, por más señas. El resto de la semana no había podido hacerlo, de estresado y agotado que llegaba a casa. Ella no había llamado y, bueno, no sé por qué, presentí que era yo el que tenía que dar ese paso y ahora mismo.

—¿Señorita Rocío?

—¿Mmm? —Apenas un susurro rozando lo sensual. ¿Estaría ya dormida? Miré mi reloj de pulsera: las diez de la noche.

—Disculpe, no quería molestar, pero, soy Juan, Juan Alcázar, el que le dio...

—Ah, el que me dio «porculo»... —Una risa me llenó los oídos y yo reí con ella.

—Nunca mejor dicho. ¿Se ha puesto mi aseguradora en contacto con usted?

—Sí, mi chiquitina está en el taller. El lunes la recogeré por la tarde; según dicen, estará lista.

—Entonces, no tiene cómo desplazarse este fin de semana.

—No. ¿Se te ocurre algo?

—Pues... —carraspeé un poco—. ¿Puedo llevarla a tomar algo, en fin, no sé, mañana?

—Mañana es mi cumpleaños.

—Oh, entonces tendrá planes. —No pude evitarlo, mi voz sonó decepcionada. Quería volver a verla, y pronto. Y no sabía de dónde demonios había salido esa extraña urgencia.

—Ahora no los tengo. ¿A qué hora quedamos?

Me quedé unos segundos callado, agradeciendo a los hados; en unos minutos ya supe dónde recogerla. No estaba tan lejos de donde vivía, en Puerto Real. Y aún hablamos un par de horas más por teléfono.

Desde ese día no me pude separar ni un segundo de ella. Me embrujó, me envolvió en la vorágine de su ágil mente y su pícara sensualidad, me sacó de mi vida gris y monótona, y nunca le estaré lo suficientemente agradecido.

Y ahora deseaba que este puñetero almuerzo de trabajo terminara solo para ir a casa y demostrarle en la cama hasta qué punto me volvía loco esta mujer que tengo.

EROS

A veces soy perverso, lo admito. ¿Por qué la he empujado a encontrar algo que ella

no debería haber visto?

¿Por qué le he hecho recordar a él ese primer día que se conocieron de una forma tan atípica?

Ya lo iréis viendo.

ROCÍO

Por todos los... ¿Qué hago ahora? En primer lugar, dejar el puñetero collar donde lo encontré, metido en su elegante bolsa y guardado en el maletín. Luego, esperar acontecimientos. No iba a empujarle a que me contase nada con eso de: «¿Sabes cariño? Guardando tus cosas he encontrado...». No, no soy de esas. Le dejaré que sea él quien me diga lo que tenga en su mente. Aunque me coma las uñas hasta que no me queden ni los muñones.

Y él llegó, sobre las cinco largas.

Estaba sentada en el sofá, con mi *e-book*, el que apenas podía leer y se me apagaba de vez en cuando porque ni pasaba página. Alcé la vista cuando escuché la llave. Suspiré hondo, intentando que no se me notara mi reciente descubrimiento. Juan apareció en el salón. Yo lo estaba mirando con otros ojos, aunque él no había cambiado desde que salió de casa esa mañana. La corbata desanudada, dejada caer sobre su cuello; la chaqueta sobre el hombro, su camisa gris oscura abierta, dejándome ver ese pecho masculino que... madre...

—Hola —dijo mientras avanzaba hasta mí para inclinarse y un darme un suave beso en los labios—. ¿Qué haces?

Yo dejé mi libro electrónico sobre la mesita de al lado del sofá. Sonreí.

—Esperarte.

—¿Sí?

Se inclinó otra vez para darme una colección de cortos y rápidos besos mientras hablaba, y acariciarme con dos dedos desde la mejilla hasta el inicio de mi escote, pasando por ese punto de mi cuello que... uf.

—¿Me esperabas?.

—Mmm... —Era lo único que podía responder mientras el calor se instalaba en mis entrañas. Una mezcla de anhelo y necesidad, junto a un no sé qué extraño en la boca del estómago a causa de lo que mi marido ocultaba en su maletín de trabajo.

Él se elevó en toda su altura, arrojando el portapapeles a un lado y la chaqueta cayó desmadejada sobre un brazo del *chaise longue* donde estaba sentada.

—¿Me has echado de menos?

Yo asentí, mientras mis manos volaron hasta la hebilla de su cinturón. Él abría su camisa botón a botón. Le miré hacia arriba, directamente a los ojos. El botón de su pantalón y luego el *zip* de la cremallera. Bajo mis dedos algo nerviosos, notaba su calor y un... madre mía... en dos palabras: impresionante bulto.

JODER.

Estaba cachonda como una mona, lo reconozco. Lo suficiente como para tirar de la pletina de sus bóxer negros y dejar al descubierto todo lo que mi hombre podía ofrecerme.

Que era bastante.

Él gimió bien alto cuando fui a saco. No me contenté con sujetarle firmemente y acariciarle desde su base hasta la punta, sino que directamente le mandé al abismo profundo de mis labios. Continuaba mirándome en sus ojos y él en los míos, hasta que para mi marido fue demasiado intenso y echó la cabeza hacia atrás en un gemido largo y desgarrado.

—Me matas —susurró

Yo no dije nada. Tenía las manos y la boca bien llenas.

Decidida a exprimirle hasta las últimas consecuencias, excitada por la perspectiva de un buen rato de sexo, continué un minuto más.

Hasta que él se arrancó de mí para tirar de mis manos y hacerme levantar del sofá. Como siempre, no tuvo mucho que rogar para llevarme a nuestro dormitorio. Me quitó de encima la camisa de cuadros enorme que suelo usar en casa y los pantalones cortos. El resto de mi ropa murió en un rincón, junto con la suya, elegante.

La sesión de sexo que tuvimos fue digna de hacer la ola.

Horas después, me desperté con Juan aún abrazado a mi espalda y respirando a través de mi cabello despeinado. No me quise mover, disfrutando de su tibieza y de la protección que me brindaban siempre sus fuertes brazos. Ahí quería vivir, para siempre; ahí quería morir, entre ellos, apretada, sujeta firmemente.

A mi mente volvió de nuevo la imagen del collar. Él no me había dicho nada, por ahora. Pensé que se le soltaría la lengua después de una buena ración de magnífico sexo, pero se limitó a descansar boca arriba y yo a refugiarme a su lado, usando su hombro como almohada. De inmediato creo que nos quedamos dormidos. Quizás luego, cuando despertase...

Pero no. El resto del sábado y el domingo fueron así. La cabecera de nuestra cama golpeteó varias veces más la pared, en sesiones distintas y a horas dispares. Pero siempre era igual de bueno. Aunque mi espinita seguía ahí, envolviéndole en mi telaraña de pasión no conseguí nada. ¿Y si hacía justo lo contrario? Él, después de cinco años, me conocía casi a la perfección. Si me mostraba esquivo pero no demasiado, ausente pero continuando a su lado, pensativa pero sin estar en las nubes... ¿Se daría cuenta? Pero yo no soy de esas, no sé manipular al otro. Uf. Qué lío.

JUAN

Madre, qué fin de semana. Las piernas aún me temblaban el lunes por la mañana cuando me levanté para irme a trabajar, tenía hasta agujetas. Rápidamente tomé mi maletín de diario y lo abrí para meter el portapapeles que era lo único que me había llevado a la reunión. Pero topé con algo que no esperaba. ¿Una bolsa azul oscuro? Tiré de ella. Pintada en color oro, unas letras: «La Garra Dorada», una dirección, y el dibujo de un zarpazo. ¿Qué demonios? Metí la mano, y cuando la saqué no me caí de culo sobre el pequeño sofá de mi despacho de casa por poco. ¿Un collar rojo con púas plateadas? Lo miré ceñudo, le di dos o tres vueltas en mis manos. ¿Cómo demonios llegó eso hasta allí?

¿Mi mujer lo había puesto ahí? ¿Con qué propósito?

Uf. Al fin miré mi reloj: joder, las siete menos cuarto. Si no me ponía en marcha pronto iba a llegar tarde al trabajo. Encerré de nuevo el extraño objeto en su bolsa y lo empujé al fondo del maletín.

Mientras conducía por el poco fluido tráfico de primeras horas de esa mañana de lunes, mi mente volvió una y otra vez al collar de cuero rojo. ¿Qué puñetas? Al final, en un semáforo, me quedé parado y se puso en verde mientras yo me daba cuenta de algo. Mi mujer leía novelitas románticas, y últimamente tenía unas cuantas en su e-book sobre BDSM. Los coches de atrás hicieron sonar el claxon, y yo, algo aturdido, me puse en marcha.

¿Y si ella quería que jugásemos a...? No podía ser, ¿o sí?

Mi Rocío siempre había sido como una buena tormenta en la cama. Ruidosa, electrizante, me hacía temblar hasta los cimientos. ¿Y si ella necesitaba más? Pero en su caso, me temí que el «sumiso» iba a ser yo. O quizás no...

En el trabajo al fin, tuve que revisar un par de informes técnicos a primera hora, y a segunda una reunión con los demás departamentos para hacer la hoja de ruta y contrastar agendas; eso me tendría ocupado hasta la hora del almuerzo. No me dio tiempo a pensar demasiado. Y eso que «mi collar» estaba bien envuelto en el fondo del maletín de cuero marrón rojizo con el grabado del nombre de la empresa.

Durante toda la mañana anduvimos todos de cabeza en la oficina. Faltaba mi segundo al mando, Francisco. Tenía que subir a la empresa Acererías en el norte del país para comprobar algo sobre el material que íbamos a necesitar. Seguramente embarcaría en el avión temprano y estaría ya reunido con nuestros proveedores. Le mandé un *whatsapp*, y ni me contestó. Me encogí de hombros; Frankie era así, seguramente contestaría a última hora y despistado. Era un hacha en su trabajo pero en su vida social, un desastre, un despiste andante, al menos contestando mis llamadas.

Los chicos estuvieron chistosos como siempre, y tirándome de la lengua puesto que

me veían algo raro. Claro que lo estaba, en mi maletín tenía escondidos tres gordos dilemas.

El primero: no sabía lo que mi mujercita pretendía con su «detalle».

El segundo: ¿Estaría yo a la altura?

El tercero: ¡joder, joder, jodeeeeer!

¿En qué me estaba metiendo?

Estaba yo en esos pensamientos, mientras releía por quinta vez el comienzo del informe, cuando sonó el teléfono del despacho. Lo levanté mientras miraba la extensión en la pantalla: era de la oficina del director.

—¿Alcázar?

—Sí, Domingo, soy yo.

—Bien. Sube inmediatamente a mi despacho, es urgente.

No me dio tiempo ni a decir media palabra. Domingo Ledesma, el director de mi empresa, me había llamado soltando las palabras que mas temía un empleado: «suba inmediatamente a mi despacho».

Me levanté, sintiéndome algo confuso. Casi estuve a punto de darme una bofetada en la cara, a ver si espabilaba. El resto de los compañeros que compartían conmigo el espacio de trabajo abierto me miraron intrigados.

—¿Ocurre algo, Juan?

—Me llama Domingo, a su despacho.

Ellos mudaron el color, seguramente igual que yo. Cuando un directivo te llama con esa urgencia o es para echarte una bronca, o para despedirte. Porque eso de los ascensos y las subidas de sueldo se había quedado muy lejos, antes de la jodida crisis.

Suspirando y sin mediar más palabra con mis chicos, inicié el camino hacia la treceava planta, atravesando el pasillo forrado de estuco y madera pulida, y tomando el ascensor de espejos con listones labrados de castaño incrustado, que me llevaría hasta arriba del todo.

Eché los hombros hacia atrás. Me acomodé la corbata y me pasé la mano por el cabello algo encrespado, necesitaba cortármelo. Uf. Mi mente giraba sin querer pensar en lo que me esperaba en menos de tres minutos.

La secretaria de Domingo, una señora entradita en años (seguramente porque la mujer del director era una conocida celosa), me sonrió cuando me vio en la puerta. Sus ojos claros y su cabello platinado le daban más tipo de madraza que de secretaria.

—Pase, señor Alcázar, don Domingo le está esperando en el despacho.

—Gracias, Dora.

Caminé los apenas diez metros que me quedaban como si una losa de diez toneladas estuviese sobre mis hombros. ¿La burbuja de seguridad que envolvía mi vida estaba a punto de explotar? Pensé en ella, en Rocío. Me había seguido incondicionalmente hasta allí desde nuestro nidito en Cádiz, donde estaba nuestra familia, nuestros amigos. Había renunciado a su vida, a todo, por mí. Y yo, ¿iba a fallarle ahora?

No me dio tiempo a más, estaba ante la imponente puerta del director de la empresa. Llamé con los nudillos, golpeando la pulida madera, y esta se abrió ante mí. El propio Domingo sujetaba el pomo de bronce.

En sus ojos mostraba una expresión concentrada y en su mano sujetaba el móvil. Me hizo un gesto para que entrase y cerró la puerta, mientras reanudaba su conversación por teléfono.

—Sí, Cándida, estaré esta noche a tiempo para la reunión con nuestros amigos. Y me encargo de pasarme a por el vino antes de volver.

Domingo calló y escuchó un poco más. Yo miré hacia la enorme ventana del treceavo piso. Mi jefe estaba conversando con su esposa y me sentí un poco incómodo. Desde la altura en que nos encontrábamos se vislumbraba casi hasta el centro. El cielo estaba algo brumoso, yo sentía esas mismas nubes dentro de mí.

—Bien, querida, no te preocupes. Estaré en casa antes de las ocho. Ah, mi amor, ¿sabes? —El jefe miró hacia mí y me hizo un gesto cómplice; luego casi susurró arrastrando las palabras por el teléfono—: Te quiero.

Algo me golpeó en la frente. Como una luz potente que por un momento me dejó ciego. Esas dos palabras susurradas a otra persona por mi jefe. Ese «te quiero» a la que todos conocíamos como una fiera celosona de armas tomar, que llevaba a Domingo casi marcando el paso, que le controlaba las llamadas y hacía que en lugar de un pibón de secretaria, tuviese a una señora, eficiente, trabajadora, con un currículum magnífico, eso sí, pero con cerca de cincuenta, si no los había ya pisado.

«Te quiero».

En ese instante, me pregunté a mí mismo cuántas veces le había dicho yo eso a Rocío.

Lamentablemente, ninguna. ¿Por qué? No lo supe explicar.

Mi jefe se dirigió a su mesa e indicó que tomase asiento. Lo agradecí con un atisbo de sonrisa.

—Ah, las mujeres... —dijo mientras se arrellanaba en su sillón de cuero negro. Yo realmente estaba tenso, mi postura no dejaba entrever otra cosa, aunque Domingo no se dio cuenta—. Te vuelven loco, pero ¡qué haría yo sin ella!

Bien, de acuerdo, dije mentalmente, me prometo que en cuanto la vea soltarle un «te quiero» bien gordo. Aunque si ahora mismo estaba a punto de perder mi trabajo, tendría que acompañarlo con un: «¿Sabes? Me han despedido y tenemos dos años de paro, una hipoteca en Cádiz a veinte años, un piso de alquiler aquí en la capital, tu trabajo de media

jornada y el mundo para correr». La madre que nos parió...

—Bueno, Alcázar, seguramente no sabes para qué te he llamado, así, tan urgentemente.

—No, señor, pero aquí estamos.

—Sí, pero no por mucho tiempo.

En este instante casi me caigo de la silla. Allí estaba mi despido. Ya no sabía si me temblaban las piernas por las agujetas de nuestro fin de semana de sexo a tope, o porque me iba a quedar con una mano delante y otra detrás.

Suspiré hondo, esperando el mazazo final. No dije nada, me limité a mirar directamente a los ojos a mi jefe, y por lo visto, verdugo.

—Bien, tienes menos de tres horas para coger un vuelo a Frankfurt junto a *herr* Steinberger. Lo ha pedido él personalmente, como enlace. Lo que no me explico, puesto que ni te reíste de sus chistes, y, según tu curriculum, que por cierto es estupendo, no entiendes ni jota de alemán.

—Y de inglés, poco —añadí con sinceridad, casi soltando un suspiro de alivio.

Mi jefe se encogió de hombros.

—Por lo visto a *herr* Steinberger le ha dado igual eso. Vas a estar una semana en su compañía, ultimando detalles del contrato con su equipo en la central de Frankfurt. La verdad, y siendo sinceros, Alcázar, le he ofrecido los servicios de otros jóvenes prometedores y que hablan correctamente su idioma. Pero ha insistido en que sea usted quien le acompañe. Será hasta el viernes, que volverá en un vuelo...

Casi no escuché, pero pronto me vi con una carpeta en la mano, con todo lo necesario: billetes de avión, cheques de viaje, tarjeta de empresa y una retahíla de buenos consejos e instrucciones de mi jefe, que esperaba sinceramente hubiera metido copia en esa carpeta, porque del alivio me zumbaban hasta los oídos y ni le oía.

Cuando salí del despacho miré el reloj: las once de la mañana. Apenas pude pasarme por mi oficina para tranquilizar a los chicos, y con *bullá* para coger mi coche e ir a casa a por una maleta y lo imprescindible. Di en pocas palabras las instrucciones necesarias, un *whatsapp* a Frankie, mi segundo, para que cuando volviese mañana se hiciese cargo de todo, y con la urgencia de no perder el vuelo, estuve a punto de llevarme el maletín de Jorge en vez del mío.

—Eh, Alcázar, ese no, el tuyo está allí. —Y señaló a una de las mesas auxiliares.

—Joder, eso de que sean todos iguales... —«Y encima cagando leches», dije en mi mente.

—¡Vamos! —dijo José desde su mesa—. Un regalo que nos hizo la empresa en piel y con su logo, como para no agradecerlo.

—Sí, pero a veces no sabemos distinguirlo, como no lo abramos...

Apenas me dio tiempo a dos frases más. Bajé zumbando por el ascensor, tomé mi coche del aparcamiento de la empresa y emprendí la zambullida en el tráfico horroroso de aquellas horas. Miré de nuevo el salpicadero de mi automóvil. Apenas sesenta y cinco minutos, y el coche de la empresa me recogería antes de ir al hotel de *herr* Steinberger.

Por suerte no tuve ningún incidente más, me salvé por los pelos de un embotellamiento, desviándome a tiempo por otra calle, y al fin en casa, dejé mi *Chevy* aparcado y subí en el ascensor a casa.

Mientras hacía la maleta lo mejor que podía, intentando que no se me olvidase nada, calculando hasta los bóxer que iba a necesitar, casi acabé riéndome. Recordé las palabras de mi mujer la primera vez que fuimos de viaje, cuando aún éramos novios, y ella llevaba una mochila ligera.

—Rubio, bragas venden en todas partes.

Sí, eso mismo, si se me olvidaba algo tendría que comprarlo. En fin. Un toque en mi móvil me avisó que el coche de la empresa me esperaba abajo. Volé por mi casa hacia la salida arrastrando mi maleta y mi maletín de trabajo. No me había dado ni tiempo de escribir una nota con un corazoncito de esos que estoy seguro adoran las chicas. Casi en la puerta me di cuenta de la extraña carga que aún llevaba conmigo. El collar de sumisión. ¡Como para tener que explicar aquello en el aeropuerto! La que hubiese liado, y encima con *herr* Steinberger a la zaga. Respiré hondo, lo saqué del maletín, y lo dejé sobre el mueble del recibidor.

Eso lo tendríamos que aclarar a la vuelta, pensé, dentro de una larga semana laboral en Frankfurt. Mira tú, al fin iba a conocer el lugar donde nacieron las salchichas que me ponía mi madre para cenar, con un huevo frito, tres veces por semana. En los años setenta no había dieta que valiese, si a ti te gustaba y si la familia se lo podía permitir, tu madre te lo ponía encantada en la mesa.

Gracias a ello aún tengo sobrepeso, aunque no sea excesivo. Lo que cambian los tiempos.

Al fin dentro del coche que me esperaba con su chófer, miré en el último momento a mi edificio y vi asomada entre las horrendas cortinas de encaje a doña Paulina, con sus eternos rulos. Dios, ¿esa señora no se peinaba normalmente? Me miraba directamente. Me sorprendió que no sacase una libretita para apuntar mi extraña salida a esa hora, la maleta y el coche que me esperaba con el conductor de uniforme. Este arrancó con un ruido elegante de su motor Mercedes. Por supuesto, si nuestro invitado era alemán, qué menos que un cochazo como este puesto a su disposición. Y por ende, a la mía por un rato.

De paso, mientras veía pasar los edificios de la ciudad, tomé el móvil para en pocas palabras por el *whatsapp*, decirle a Rocío lo que pasaba y que la llamaría en breve. Ahora ella estaba en el trabajo y no quería importunarla. Cuando estuviese en el aeropuerto habría tiempo de sobra.

Herr Steinberger bajó de inmediato, no bien hubimos parado en la puerta del lujoso hotel donde estaba hospedado. Con toda la formalidad del mundo me dio la mano al entrar, incluyendo una sonrisa. El coche se puso en marcha de nuevo. Mi compañero de viaje se defendía más que bien en español, aunque con grueso acento germano en los sonidos «g» y «r».

—¿Le he parecido muy precipitado al invitarle a conocer nuestras instalaciones y formar parte del equipo de trabajo como enlace, señor Alcázar?

—Un poco —admití, aunque no sabía si mi franqueza me haría bien—. Apenas he hecho la maleta, y no sé si me faltará algo.

El tipo se rio. Me dio dos palmadas en el hombro.

—Por eso le elegí, señor Alcázar, Juan ¿no es así? —Yo asentí—. Llámeme Hans a partir de ahora. Es usted el tipo de hombre que buscaba para este puesto. Sincero y listo, y ¡andaluz! Esta semana, además de ayudarme a coordinar todo lo necesario, me tiene que hablar de su tierra, y... ¿de Cádiz? —Asentí de nuevo, temiendo que me pidiese que cantase algo de carnaval—. Este verano que viene bajaré con mi esposa y mis dos hijos hasta Conil de la Frontera. He alquilado un pequeño chalet. Tiene que indicarme los mejores sitios para comer, las mejores playas, y, por supuesto, las mejores fiestas.

«Y la mejor tortilla de patata, paella y cazón en adobo» y... uf. Le escuché y respondí las preguntas de mi entusiasmado interlocutor. Iba a ser una semana muuuy larga. Y sí, al final tuve que traducirle tres o cuatro letrillas de carnaval que había escuchado y apuntado. Casi se mea de risa y, eso ya en el avión, sobrevolando territorio francés. Sus carcajadas hicieron que medio pasaje se volviese hacia nosotros en primera clase.

En fin, hasta esa misma noche no pude tomar el teléfono, activar el *roaming* y llamar a mi mujer.

Y ella no lo cogió.

EROS

Lo admito, estoy siendo un poco malote con estos dos. Quiero saber dónde están sus límites en relación al otro. Tengo a Juan en ascuas. A kilómetros de su mujer, sin saber nada de ella. Sin adivinar lo que ella desea, lo que necesita. Sin embargo, a pesar de todo, sus pensamientos se centraban en estar siempre a la altura de su dama. No es tan mal chico. Los sacrificios más grandes se hacen en nombre del amor ¿no? Por cierto, el culpable de que ella no coja el móvil, ejem... soy yo.

ROCÍO

Lo había sentido levantarse, me desperté a su vez esa mañana de lunes y, por primera vez en mi vida, me fingí dormida.

Como siempre, Juan se fue directo al baño a arreglarse. Luego entró al despacho, donde deja siempre su traje y zapatos en consideración para no despertarme, puesto que yo no tenía que irme al trabajo hasta las nueve. Aunque la mayoría de veces yo me levantase con él y preparase un cafelito para los dos, y ya me quedara en ardas por la casa, haciendo un par de cosas para adelantar.

Pero hoy no, no sabía como enfrentarme a lo que estaba, seguro, por venir, en el instante que menos esperase. ¿Cuándo, madre mía? ¿En qué momento se decidiría a pedir lo que necesitaba? Le había dado un fin de semana de puro sexo, intentando que entre uno y otro polvo se abriese.

Yo por él, estaba dispuesta a casi todo, exceptuando el introducir a un tercero o a una tercera en nuestro dormitorio. Si a él le gustaba darme un «tras tras» en el culo, no se lo iba a impedir. Puñetas, a veces yo misma se lo pedía. Pero de eso a ponerme un collar... era algo demasiado drástico, sobre todo para Juan. Conociéndole, no me cuadraba para nada.

Escuché cómo se vestía, cómo se tomaba el café instantáneo tras el *ding* del microondas. Y al fin, cerrar la puerta de casa con extremo cuidado.

Y yo, para entonces, los ojos abiertos como platos y otra duda instalándose en mi mente. ¿Y si el collar no fuese para mí? Últimamente el horario de su trabajo se alargaba. En vez de llegar a las cinco y media largas, a veces no volvía hasta las siete. También estaban esos almuerzos, supuestamente de trabajo. En ocasiones hasta una cena, de la cual volvía pasadas las doce de la noche.

Ay, por todos los... ¿Había otra? ¿Una dulce sumisa? Joder, todo lo contrario a mi persona.

Me levanté de golpe en la cama, tanto que casi me mareé. No tardé en rehacerme. Lo que tuviera que pasar, pasaría. Aquí estaba yo para soportar vientos y tempestades.

Pero, ¿otra mujer? ¿Tenía fuerzas para ello después de la caña que yo le daba?

¡Y eso que al principio era un tímido total! ¡Hasta un poco soso! Yo era la que le había empujado a ser lo que hoy era, a disfrutar del sexo a todas horas, de cualquier forma, manera y sin medida. ¡Joder! ¿Había creado un monstruo?

Me arrastré el resto del día por un mar de dudas. Hasta mi jefe, don Pedro, me preguntó solícitamente si me encontraba enferma.

Aunque lo negué, la verdad es que sí.

Enferma.

De celos.

Una emoción que nunca había sentido hasta ahora.

Una vez que salí del trabajo, decidida a todo por no perder a mi hombre, me metí en el centro comercial a la hora de comer, antes de volver a casa. Me tuve que recorrer cinco tiendas hasta dar con una que tuviese lo que yo quería, y de mi talla. Armada con una bolsa plateada, volví a casa dispuesta a presentar batalla hasta el final.

Juan era mío y no estaba dispuesto a perderle, porque yo... bueno, lo nuestro no era solo sexo, yo... yo le amaba, sí, ¡le amaba! y si le perdía... él era mi ancla, mi roca de salvación en un mar tempestuoso. El hombre al que me entregaba sin remisión, el que quería tener a mi lado por siempre.

Reconozco que en la cama siempre había llevado yo la voz cantante; demonios, sin lugar a dudas fui yo la que lo asalté al poco de conocernos. La que a poco más de una semana de salir juntos, lo insté a llevarme a ver la luna llena reflejarse sobre el mar, en una playa casi desierta. La que en su mismo coche, después del romántico paseo, bajé la cremallera de su vaquero y... le dejé patidifuso.

¿Y si él necesitaba llevar las riendas?

Con gusto se las cedía, no quería perder su amor, porque para mí lo era todo en este mundo.

Sin embargo, a la vuelta del trabajo, pasadas las tres y media, en el portal, seguramente haciéndose la contradanza, estaba Paulina.

La verdad es que no tenía ningunas ganas de escuchar su cotilleo. No obstante, su cara compungida y una mano en mi brazo tras saludarme me hizo parar en seco. Lo que ella aprovechó para atacar.

—Ay, querida mía, cuánto lo siento.

—¿El qué, Paulina?

—Lo de su marido.

—¿Lo de mi marido? Espere un momento. —Saqué mi móvil y, como el resto de la mañana, había permanecido mudo, ni *whatsapp*, ni llamadas... Miré su cobertura y estaba bien. Extraño—. Paulina, ¿qué ocurre?

—Ay, pobrecita niña. —Me acarició el brazo y con voz lastimosa continuó hablando—. Le vi antes de la una de la tarde, saliendo por el portal con su maleta. ¿No sabes nada? ¿No te ha llamado, ni dicho dónde iba?

—No, Paulina, he estado en el trabajo hasta ahora, y mi marido no suele llamarme en horario laboral. Los jefes, ya sabe. —No quise ponerme nerviosa. Solo quería deshacerme de esa pesada y subir arriba, mirar a ver si había alguna nota o algo—. Discúlpame, he de subir a casa.

Mientras entraba en el ascensor, mi vecina me dijo adiós con la mano, y continuó:

—Si necesita algo, querida, ya sabe dónde estoy. Los hombres, ¡cómo son los hombres! Una cree que los conoce...

Al cerrarse, la puerta del ascensor me impidió seguir escuchando su lastimera voz. No quería ponerme en lo peor. Podía haber pasado cualquier urgencia. En su familia, en el trabajo. Seguramente habría una nota en el mueble de la entrada, donde solíamos dejarla si algo ocurría.

Sin embargo, al abrir la puerta, sobre su pulida superficie encontré una conocida bolsa de papel azul. Se me cayó el alma a los pies. Ningún *post-it*, ninguna llamada en el móvil. ¿Qué significaba todo esto? Comprobé de nuevo la cobertura.

Entré en casa quitándome los zapatos y dejándolos por el medio, mi chaqueta color ciruela cayó desmadejada en el brazo del sofá. Caminé hacia el dormitorio. La maleta azul marino de mi marido no estaba en el altillo, ni sus mejores trajes entre sus ropas.

Me senté en la cama. Decidida, tomé el teléfono. Dibujé un corazón sobre la pantalla de mi Android, de inmediato sonó el tono de llamada hacia el móvil de mi marido, pero antes de la segunda, hizo un ruido extraño y nada.

Hijo de... Me dejé caer como sin aliento en la cama. Marqué de nuevo, una, dos, tres veces. Ni la más mínima señal.

De nuevo marqué, pero esta vez el de mi hermana. Su símbolo, una caracola dibujada por mi dedo nervioso en la pantalla.

—Eh, cacho zorrón, —mi inconfundible hermanita—. ¿Qué pasa? ¿Te has dado cuenta que tienes familia a seiscientos kilómetros?

—Hola, Nuria...

—¿Qué te pasa? Tu voz suena rara...

Directamente, me derrumbé. Le conté todo lo acontecido, desde el principio, incluyendo mis dudas de siempre. Ella se limitaba a escucharme y a calmarme con voz queda. Una vez soltado todo lo que bullía en mi interior, Nuria suspiró tan hondo como yo.

—¿Y nunca te ha dicho «te quiero»?

—Joder, Nuria, de todo lo que te he dicho, incluida su desaparición y el collar de las narices, ¿se te ocurre preguntarme eso?

—Calma, es que es lo que más me ha extrañado. En fin, Rocío, ¿has llamado a su oficina? ¿A su familia?

—No, estaba muy nerviosa...

—Llama y pregunta por él.

—Sí, será lo mejor. Gracias por escucharme.

—Eh, tranquila, para eso están las hermanas. ¿No puede ser que haya tenido que hacer un viaje de improviso? Coge el teléfono y sal de dudas, luego hablamos.

Le dije que sí, que la llamaría. Y de inmediato pulsé el número de la oficina. Un tono,

dos, tres, y nadie contestaba.

Llamé al número de la centralita, y de allí me dijeron que me pasarían con ellos, pero escuché de nuevo los tonos y nada.

Estaba comenzando a desesperar. Las lágrimas brotaron de mis ojos. ¿Me había dejado? Y aquel collar, como el que no quiere la cosa, dejado sobre el mueble de la entrada, ¿era un mensaje? ¿Que lo estaba ahogando? ¿Le estaba atando y quería ser libre?

EROS

Los tengo a ambos justo donde quería. Planteándose mil cosas sobre su relación. Intentando vislumbrar un poco más allá de lo que estaban acostumbrados: fácil convivencia y buen sexo. Nunca se habían dado cuenta de que todo podía derrumbarse por un simple trozo de cuero y metal. Están a punto de ebullición, Juan decidido a todo por ella. Ella, decidida a todo por él. Y sin embargo, cargados de dudas, de miedos, de incertidumbre.

Seeeeeehhhhhh.

Y ahora, la gran pregunta: ¿Cómo reaccionarán cuando los tenga separados toda una semana?

Seguiremos observando. Pero a la vez... No dejaré que se comuniquen de ninguna de las maneras.

A veces, como dios del Amor, soy un verdadero cabroncete. (Risa maquiavélica).

JUAN

La semana pasó demasiado lenta. Apenas pude comunicarme con mi empresa debido a una extraña caída de los sistemas informáticos y de telefonía, y con Rocío tampoco. Esperaba que al menos le hubiese llegado el *whatsapp* y no estuviese más preocupada de lo necesario. Seguramente ella también intentaría hablar con la oficina, y si no conocía los problemas que allí había, ni siquiera le darían noticias sobre mí. Durante mis horas de trabajo intentaba ser lo más profesional posible. La hora del almuerzo y la cena las pasaba con *herr* Steinberger, que resultó el más entretenido de los anfitriones. Incluso cené en su casa el último día y me presentó a su esposa y a sus hijos. Estos, igualmente, me hicieron mil preguntas en español, la madre que los parió, sobre Cádiz, playas y sitios de marcha. Los chicos gemelos tenían unos veinte años, y seguramente, a pesar de viajar ese próximo verano con sus padres, estaban haciendo sus propios planes.

Pobres chicas gaditanas. Dos rubios adonis iban a ir a saco a por ellas. No tendrían

escapatoria.

Cuando al fin esperaba el vuelo de vuelta a casa, agotado mentalmente, comprobé por millonésima vez mi teléfono. Volví a marcar el número de mi mujer, a enviarle *whatsapp*, sms... mensajes a su *facebook*, a su *twitter*... pero nada de nada.

Me quedaban pocas horas de estar de nuevo con ella. Un extraño nudo en mi estómago. Por primera vez, tenía miedo. Miedo de no dar la talla ante lo que ella necesitaba, de no cumplir sus expectativas. En breve podría abrazarla y decirle que sí, que era su esclavo si ella lo pedía. Que ante todo, la quería.

Una vez que toqué suelo de la capital, me apresuré a encender el móvil. Envié otro *whatsapp* después de mirar la hora: las cinco y media. «Rocío, tenemos mucho que hablar. En una hora estoy en casa».

Por fin apareció la «V» de enviado. Los anteriores, nunca salió. Las llamadas, al parecer, tampoco. Ya quedaba nada para estar ante ella. Una llamada no podía contener todo lo que yo sentía, tenía que estar cara a cara. Abrazarla, sentirla, decirle cuánto la había echado de menos esos puñeteros cinco días, lo largas y solitarias que resultaron mis noches. Decirle que la amaba, a cualquier precio.

ROCÍO

Fue una semana atroz. Al menos las horas de trabajo me impedían pensar demasiado, pero en casa no podía huir. Todos los días me encontraba con esa pesada de Paulina, preguntando solícita cómo estaba y si lo estábamos arreglando. ¿Arreglar el qué? Ni siquiera sabía cómo se había roto.

Las tardes fueron largas y dolorosas; las noches, eternas. Al fin me dormía, agotada de llorar, sin ni siquiera saber el por qué de mis lágrimas. Apenas había tocado la comida en ese tiempo. Mi hermana me llamaba de dos a tres veces al día, no le había dicho nada a mi madre e intentaba animarme. Como quien no quiere la cosa, me comuniqué con la familia de Juan por *whatsapp*, pero sus respuestas no me aclararon nada. Eran ajenos a todo lo que nos estaba pasando, y entre ellos no había habido ninguna urgencia o problema.

Nuria me repetía que si había llamado a la oficina de mi marido; un millón de veces, le dije, pero nada. Le había dejado mensajes de *whatsapp* pidiéndole que se comunicara conmigo, en el *face*, en el *twitter*... inútil total. Imposible contactar con su oficina. E ir hasta allí me daba una vergüenza terrible, si al final él y yo...

Ahora, pasadas las cinco de la tarde del viernes sonó el *whatsapp*. Tomé el teléfono, temblorosa, y sí, al fin, un mensaje de Juan.

«Rocío, tenemos mucho que hablar, en una hora estoy en casa».

Temblé entera. Él volvía a casa. ¿Se lo había pensado mejor?

Recordé lo que me había comprado el lunes, por lo que llegué más tarde a mi vuelta. Joder, ni siquiera lo había sacado de su bolsa plateada. Lo busqué, colgaba de una de las sillas del salón. Había pasado cientos de veces a su lado y en mi infinito desamparo, ni lo había visto ni recordado hasta ahora.

Tenía una hora para llevar a cabo la puesta en escena. Unos simples sesenta minutos. Él estaría en casa en ese breve plazo. Y yo me entregaría completamente a lo que él necesitara, quisiera, pidiera u ordenara.

Si era la única forma de tenerle a mi lado, no me importaba. Siempre lo había dado todo por amor. Aunque tenía mis límites, incluso esos estaba dispuesta a superarlos por tenerle a mi lado.

EROS

Casi estoy haciendo piruetas sobre la terraza. Andando de puntillas por su barandilla de acero inoxidable, saltando a la pata coja. Etéreo como la brisa, invisible y muy atento a los acontecimientos. Sí, creo que en menos de una hora, por fin, dejaré que todos los sistemas de comunicación funcionen.

Será el broche de oro. Estos dos nunca se han enfrentado a problemas. En realidad, son almas gemelas. Desde el principio. No necesitan palabras para comunicarse. Se sienten, se adivinan, pero yo he interferido por una semana en sus «antenas». Tanto metafóricamente como en las de sus teléfonos. ¡Ah, estos humanos y su dependencia extrema de la tecnología!

Pero ahora se verán cara a cara. Ambos lo están deseando, ambos lo están temiendo. Y yo seré el morbosos testigo de todo ello.

JUAN

Nunca el trayecto en taxi desde el aeropuerto hasta casa se me había hecho tan largo. Al fin, eso era lo bueno, había recuperado las funciones de mi teléfono, todas las comunicaciones. Aproveché el trayecto para llamar a Domingo y darle de palabra el informe, reiterándole que el lunes estaría en su despacho a primera hora con todo lo que había que arreglar para el buen funcionamiento de nuestra relación comercial. No quería que cuando llegase a casa me interrumpiese nada ni nadie. Necesitaba toda mi concentración para tratar con Rocío.

Le había dejado el paquete con el collar sobre el mueble de la entrada para que ella, bueno, supiese que me daba por enterado. Aunque, ahora me daba cuenta, podía

malinterpretar el gesto. El no poder comunicarme en todos esos días estuvo a punto de llevarme a la locura. Sin embargo, mi trabajo estaba hecho. Colgué al fin, despidiéndome de Domingo, cuando vislumbraba mi calle. Unos minutos más...

ROCÍO

Todo estaba preparado. Velas perfumadas, luz tenue, sábanas rojo pasión en nuestra cama. pétalos de rosa sobre ella. Un antifaz dejado caer sobre uno de los pomos de madera oscura. Me había duchado, peinado, maquillado, bordeando mis ojos de color negro con el lápiz y mis labios de rojo pasión. Llevaba puesto el sexy conjunto de lencería color negro junto con las medias y el ligero. Enfundé mis pies en unos tacones de aguja. Casi me mato por el pasillo cuando sonó el tintineo de las llaves en la puerta de entrada.

Tomé entre mis manos la bolsa azul como ofrenda, dispuesta a caer de rodillas ante el amor de mi vida si éste me lo pedía. Solo esperaba que no decidiese darme en el trasero demasiado fuerte. Joder, eso tenía que doler, sobre todo con las manazas que gasta mi rubio.

EROS

Sí, ahí están los dos. Ella preciosa, sexy, con todas esas curvas en su cuerpo maduro y pleno. Deseosa, nerviosa, anhelante. Vestida con ese corsé negro con ligero, esas medias enfundando sus largas piernas. Sus ojos grandes, sus labios temblorosos, jugosos, necesitados.

Él, aún vestido impecablemente con su traje de chaqueta gris marengo, su camisa celeste y su corbata apenas dos tonos más clara. Atractivo, con esas canas que le daban aspecto de hombre interesante. Las llaves en la mano, girando. La puerta abriéndose. Entrando en su casa, el perfume de su mujer asalta sus sentidos. El lugar está casi en penumbras, aquí y allá velas diminutas adornando el lugar.

Allí está ella, maravillosa, un sueño hecho realidad, moldeado solo para él, vestida de negro, con un delicioso corsé negro, ¿de dominatrix?

Y el puto teléfono suena.

Con rapidez, pulsa a tientas para colgar la llamada. No quiere que nadie interrumpa ese momento. Avanza un paso más ¿Qué tiene ella entre sus manos?

El collar de sumisión.

Ambos se quedan parados, frente a frente, desviando alternativamente su vista del collar a los ojos del otro.

Ella tiembla ligeramente, sus labios gordezuelos separados, húmedos, sus ojos extremadamente abiertos.

Él deja caer al suelo su maletín de piel. Respira agitado. No sabe si correr a abrazarla o caer simplemente de rodillas, como un fiel esclavo.

Ella no es capaz de adivinar si debe darle el collar o ponérselo directamente en su cuello. Arrodillarse primero, o después. No recuerda el montón de reglas de protocolo que envolvía el mundo BDSM en ese puñetero instante.

De nuevo, el teléfono de Juan suena entre ambos, insidiosamente.

Esta vez lo saca de su bolsillo, pero en vez de apagar, sus dedos nerviosos pulsan el altavoz sin darse cuenta.

En ese instante una voz resuena, llenando el ambiente silencioso entre los dos. Es Frankie.

—¿Juan? Juan, joder tío, menos mal que coges el teléfono, cabroncete. Oye, ¿me escuchas?

Juan apenas balbucea un «sí», está perdido en los ojos de su mujer, no sabe qué hacer, ni siquiera atina a apagar el puñetero cacharro que cacarea en su mano.

—¿Juan? Oye, mamón, que... bueno, el viernes me equivoqué y metí sin darme cuenta un regalito que había comprado para mi rottweiler, JR, un collar de púas, ¿me escuchas? Sabes, es una jodienda que todos nuestros maletines sean idénticos.

En ese momento, la atención de ambos se centra en el Android que Juan sostiene en la mano. Ambos avanzan un paso. Se miran a los ojos, comprenden sin hablar y sueltan una sonora carcajada.

Juan apenas alza el teléfono.

—Cacho de hijo de puta, el lunes te lo llevo a la oficina. —Y cuelga, arrojando sobre la mesa el aparato apagado.

Rocío al fin se acerca a su marido, aún en sus manos el collar rojo, para JR, con su nombre grabado en la plateada placa.

Juan coge entre sus manos el rostro de su esposa y acerca sus labios ávidos y sedientos. La besa, la posee completamente. Ella se abraza convulsa a su cintura. Durante un par de minutos sólo pueden hacer eso, besarse, tocarse.

Al fin se separan apenas un centímetro.

—Te quiero —sueltan al unísono.

Juan la vuelve a besar, ella repite, «te quiero». El collar cae de entre sus manos. Juan ni se da cuenta, sólo quiere tenerla bajo él, o encima, ¡eso le da igual!

El puñetero collar para el perro de Frankie les había hecho pasar la peor semana de su vida, llena de incertidumbre, de preguntas, de desconcierto.

De la mano hacia su dormitorio se miran a los ojos como nunca lo habían hecho. Esta vez necesitan algo más que sexo, necesitan expresar todo el amor que sienten el uno por el otro.

—Estás preciosa. Aunque no necesitas tanto para volverme loco.

La besa mientras la ayuda a tenderse sobre el centro de la cama. Rocío sonríe mientras Juan le saca los tacones de aguja, besando el arco superior de sus pies y los deja caer a un lado. Quitándose despacio la ropa, deja que ella mire a sus anchas. Adora la forma en que Rocío pasea los ojos por su persona. Un cuerpo que no es perfecto, pero con el cual le rinde culto.

—Te he echado de menos, y ese asunto del collar... Creí que era cosa tuya, que querías que yo... bueno... fuese tu sumisa.

Juan se rio ante la perspectiva, los pantalones y los zapatos desaparecieron.

—Yo creí lo mismo, amor mío. Y estaba temblando hasta las cachas.

Avanza hacia ella, se inclina, trepa sobre la cama y sobre el cuerpo anhelante de su mujer.

Ella ríe bajito mientras le atrapa la cabeza para besarle de nuevo. Sobre sus labios susurra, apenas un minuto después:

—Te confieso que estaba dispuesta a ello, con tal de que...

—Yo también —asevera seriamente Juan—. Estaba decidido a arrodillarme ante ti el resto de mi vida, y rendirte pleitesía toda mi existencia.

Las manos de ambos acarician el cuerpo del otro. Los senos redondos de Rocío se escapan de la compresión del corsé, Juan sabe enseguida cómo complacerlos. Sus labios lamen cada apretado pico con deleite, mientras ella suspira y sujeta la cabeza de su marido contra su pecho. Él lleva las manos a la braguita de encaje y hace que estas bajen por sus muslos prietos. Rocío se deja hacer. Juan se incorpora, de rodillas entre sus muslos; está magníficamente desnudo y completamente excitado. Sus ojos se demoran en cada curva del cuerpo pleno de su esposa.

Rocío abre más los muslos, dándole una visión más que desvergonzada de su sexo, elevando su trasero, incitadora.

—Quizás debamos explorar esa fantasía.

—Quizás. —Juan se adentra más entre las piernas flexionadas de Rocío, tomándolas en sus manos, sujetándolas mientras con deliberada lentitud, penetra en ella. Un ronco suspiro de satisfacción asoma a sus labios. Ella echa la cabeza hacia atrás, arquea su cuerpo y le recibe en sus entrañas con mudo éxtasis.

—Estoy en casa.

—Estás en casa —hizo eco la voz deliciosamente temblorosa de Rocío.

—No me iré nunca, ¿lo sabes, verdad? No me echarás ni con aceite hirviendo. — Penetra con más fuerza en ella. Un gemido de puro placer es la respuesta de su esposa—. Lo sabes Rocío, te amo.

Las embestidas se hacen más rápidas, más duras, arrodillado ante ella, gentil esclavo para su placer, contemplando el cuerpo de su mujer arquearse, temblar, acariciarse morbosa sus senos pesados y llenos. Sujetando sus piernas bajo las rodillas, para entrar más profundamente, para llegar a ese punto que...

Ella lanza un sonoro grito de placer al aire, él no tarda demasiado en seguirla al éxtasis.

Se derrumba sobre ella, aún unido, dentro de su cuerpo. Sin ninguna barrera entre ambos, salvo ese sexy corsé que moldea a la perfección su femenina madurez. Abrazado a ella, sabiendo que es tan fuerte para soportar su peso y a la vez tan frágil como para haber sufrido por él una semana entera. Él también ha sufrido por ella. ¡A la mierda el collar, a hacer puñetas las dudas! Ellos se aman, se necesitan, y van a estar el resto de sus vidas juntos. Y quizás, hasta en ese último viaje, no tardarían mucho el uno en seguir al otro si se iba antes. Juan está seguro de ello. Sin Rocío, su vida no tendría ningún sentido.

Rocío abraza a su marido. Su peso no le importa, ni que apenas pudiese respirar en esos momentos, entre el clímax y el soberbio torso de su hombre sobre su pecho. Había creído que lo perdía, se había sentido tan sola, tan indefensa... Ella era una mujer fuerte, por todos los... Pero Juan era su ancla, igual que ella era la de él. Ahora lo comprendía, ahora atesoraba no uno, sino varios «Te Quiero». En realidad no eran necesarios, aunque escucharlos era un placer a sus oídos.

Él repite susurrante otra vez lo mismo, como un mantra.

Ella hace lo propio. Al fin se relajan, acostados frente a frente, sin dejar de maravillarse, tocándose mutuamente. Ella sonrío pícara, en la oscuridad solo rota por la luz de diminutas velitas perfumadas.

—Ese collar...

—¿Sí?

—Hasta el lunes no tienes que devolverlo...

—No.

—¿Y si...?

En esos momentos me retiro de su lado. Ellos van a explorar, quizás medio en broma, medio en serio, y en privado, otra faceta del sexo, nueva, excitante, un juego entre dos personas que se aman, que se adoran, que se dan todo hasta el infinito.

Bien, este ha sido mi trabajo estos días, lo que no quiere decir que no haya estado pendiente de todo lo que rodea el mundo, de los demás seres que habitan este edificio incrustado en las entrañas de la gran urbe.

Quizás dentro de un rato, de una hora, de un día, vuelva a inmiscuirme en la vida de sus habitantes.

O a lo mejor en la vuestra.

¡Qué queréis, soy Eros, el díscolo dios del amor! Nací para ello...



¡Qué frío hacía!

Manuel se levantó y fue hasta el radiador, al que propinó un puntapié cuando comprobó que no calentaba lo más mínimo. Le miró desafiante y malhumorado, pues era consciente de que él, y solo ese condenado radiador, era el culpable de que las cosas no le fueran bien en el trabajo aquella mañana.

Con gesto distraído se masajeó el cuello y miró hacia la calle. El doble cristal del ventanal no era impedimento para que el frío del exterior se colara en su despacho, en los huesos. En el alma, incluso. Qué triste, qué patética era su vida. Cuánto limón y qué poca sal para acompañar al tequila. ¿Cómo había llegado hasta ese punto? ¿Cuándo había perdido las ansias por vivir, por descubrir nuevas cosas, por inventar otras tantas? ¿Por qué había permitido que la rutina, esa visita no deseada, se acoplara en su sofá sin intención de abandonarlo?

Y hablando de visitas indeseadas... Ahí estaba Paulina, la cotilla *cum laude* del edificio. ¿Qué querría ahora? Pobre portero, lo que tenía que aguantar. Aunque, al parecer, al hombre parecía hacerle gracia la mujer, ya que siempre le dedicaba una de esas seductoras sonrisas. Manuel frunció los labios en un gesto de desagrado, nacido de unos celos hacia todo lo que Óscar representaba: juventud, belleza, carisma y ansias de vivir, que manifestaba en todo momento a modo de carcajadas, como ahora. Manuel volvió a fruncir los labios.

Como si lo hubiera presentido, el portero alzó la mirada y lo descubrió espiándolo. Aunque enrojeció levemente al sentirse pillado, Manuel no hizo amago de esconderse ni de fingir que no lo había estado observando. Más aún, alzó la barbilla y lo miró casi desafiándolo.

Óscar en vez de amilanarse por la actitud belicosa de su vecino más muermo alzó la mano y la movió en el aire, acompañando el saludo con una radiante sonrisa. Manuel gruñó por lo bajo, pero, aunque reticente, correspondió a su saludo con un brusco cabeceo; sin faltar a la educación, pero manteniendo las distancias. Si Óscar se sintió ofendido por su escueto saludo no dio muestras de ello; es más, hizo algo de lo más extraño: a la par que le lanzaba un guiño le señaló e hizo como si le disparara como una pistola. Incluso le pareció escuchar el sonido que el joven hizo con la boca a modo de imitación.

—Payaso... —susurró Manuel, demasiado metido en la inquina que sentía hacia el portero, en la envidia insana que le provocaba, como para percatarse de que en un acto reflejo y distraído se rascaba allí donde debía estar el corazón.

En realidad Manuel ni era tan mayor ni tan falto de atractivo como para envidiar al portero, pero le faltaba aliciente para disfrutar de la vida.

Rutina, rutina. Eso era su vida. No entendía cómo no se sentía contagiado por el

entorno en el que vivía, pues quitando a la cotilla mayor del reino casi todos los habitantes del edificio eran gente joven y saludable, con ganas de marcha, de risas, de verano, de sol. De vida.

De calor.

Ese era su problema, la falta de calor en su vida. Y todo por una vida fría y sin apenas sentido y por un radiador que no le daba la gana, porque roto no estaba, de funcionar.

Con gesto cansado, sabiéndose derrotado por aquellas láminas inútiles de metal, se dirigió hacia el perchero y se puso la americana.

Bueno, algo era algo, pensó al tiempo que volvía a su sillón de dirección. Soltó un suspiro y extendió las manos sobre el teclado del ordenador, dispuesto a comenzar una mañana más de arduo pero poco prometedor trabajo.

Condenados presupuestos... Cómo los odiaba. No eran más que destructores de esperanzas, ladrones infames de un tiempo que no tenía... Ahhh, pero no tenía más remedio que atenderlos. Quizá, con un poco de suerte, alguno de ellos saldría adelante, y con él, su negocio.

En ello estaba cuando escuchó unos suaves golpes en la puerta. Sólo masculló un «pasa» que invitaba a hacer justo lo contrario. Ni siquiera levantó la cabeza cuando la puerta finalmente se abrió para dar paso a Lorena, que dada la hora que era, le llevaba su tercer café. ¡Qué predecible era a veces esa mujer! De reojo miró el reloj, y casi sonrió con cinismo al ver que eran las diez de la mañana. Ni un minuto más, ni un minuto menos.

¡Cuánta exactitud! ¡Cuán rutinaria era en todos y cada uno de sus actos! Ciertamente era extraordinaria en todo lo que hacía, pero vaya... De vez en cuando podría soltarse la melena y hacer una locura.

Lorena no dijo nada, como cada mañana, sino que se limitó a dejar el café sobre la mesa. Pero esta vez lo hizo con tanta fuerza, con tanto ímpetu, que algunas gotas del oscuro líquido se derramaron sobre la mesa, peligrosamente cerca de una carpeta que contenía documentos importantísimos.

—¡Pero qué demonios! —gritó enojado al tiempo que se levantaba de un salto.

Iba a protestar, vaya si iba a hacerlo, pero fue cuando sus ojos se posaron en Lorena.

Y cuando el frío desapareció.

Aquella mañana se había puesto una falda ajustada color gris claro que rozaba sus rodillas, una blusa de seda blanca algo holgada y unos tacones de aguja de vértigo. Unas minúsculas gafas pendían perezosamente sobre su pequeña nariz. No llevaba maquillaje salvo en sus enormes ojos. El pelo negro azabache lo tenía recogido en un sobrio peinado. Como único complemento, un largo collar de perlas, que descansaba caprichosamente sobre su pecho.

Pero no fue su atuendo, elegante y sensual al mismo tiempo, lo que hizo que

parpadeara y la mirara con los ojos y la boca abiertos de par en par. Fue su actitud picarona, su sutil caída de ojos, su mano acariciando el collar con gesto distraído, pero provocador. Había en sus ojos una sombra de lujuria, un brillo que contenía promesas de placer, un chisporroteo que ofrecía el calor que momentos antes había ansiado.

Lorena, aquella mañana, era su fantasía hecha realidad, aquella siempre soñada, nunca expresada. No supo qué había pasado para que ella cambiara de actitud, para que se le ofreciera en bandeja sin decir ni una sola palabra.

Tampoco le importó.

Habían sido demasiadas noches anhelando aquello, un hermoso sueño inalcanzable pero que, de pronto, podía hacerse realidad. Ella le tendía la manzana del pecado. Y él se la tomaría.

—Jesús... —susurró Manuel, mirándola entre maravillado y asombrado.

—Lo... siento... Señor.

En su voz había arrepentimiento por haber derramado el café. También súplica. Y mandato.

¿Qué era aquello? ¿Qué oscuro, secreto y prohibido juego era aquél? ¿Era posible que ella, que aquella mujer en ocasiones fría, aburrida y tediosa fuera en realidad la diosa del amor y del pecado?

No, aquello no era posible... ¿O sí?

Entonces él supo la verdad. Supo lo que ella quería, lo que Lorena había ido buscando. Y la clave estaba en aquél «Señor» expresado con tanto erotismo.

La mente de Manuel tardó en reaccionar. No así su cuerpo. El frío del despacho desapareció cuando comenzó a arder por dentro, cuando el volcán adormecido que había en su interior entró en erupción.

Calor... ¡Cuánto calor hacía de pronto!

—Estúpida... —dijo entre dientes, lleno de ira y de deseo no disimulados, pero todavía temeroso de haber malinterpretado sus perversas intenciones—. ¡Has estado a punto de estropearme todo el trabajo de un día!

Lorena retrocedió un paso al tiempo que se llevaba una mano al collar de perlas en un gesto aparentemente desesperado.

Aparentemente...

—Lo lamento. ¡Tanto, tanto, Señor!

Manuel rodeó la mesa del escritorio de dos largas y airadas zancadas y la agarró de los hombros. Zarandeándola suavemente, clavó sus ojos en los de ella. En su rostro había miedo a estar equivocándose, pero la sonrisa encubierta de ella era más que elocuente.

—¿Tanto? —susurró sensualmente, a la par que ondulaba su pelvis contra la de ella,

dejando que sintiera la magnitud que había alcanzado su deseo con aquél juego, invitándola... y dominándola—. Dime, Lorena, ¿cuánto lo sientes?

Ella fingió miedo abriendo mucho los ojos y abriendo la boca en un grito mudo. Sus caderas, perversas y anhelantes, demostraron lo contrario cuando se balancearon contra él.

—Por favor, por favor. —Acompañó su ruego con una pasada provocadora de la punta de su lengua por sus labios, dejándolos brillantes y húmedos.

Lujuriosos. Apetecibles. Condenadamente irresistibles.

—Por favor, ¿qué? —La voz de Manuel sonó ronca y profunda, demasiado gutural, demasiado delatora de lo mucho que le afectaba la actitud reticente e invitadora a la vez de Lorena.

Se aclaró la voz y se obligó a serenarse. Diablos, si no conseguía respirar con tranquilidad, iba a desgarrar aquella blusa tan cara y la iba a tomar como un salvaje. Y sabía, con una certeza aplastante, que eso no era lo que ninguno de ellos quería.

Cerró los ojos buscando el control, la calma necesaria para aplacar los furiosos latidos de su corazón y el urgente palpar de su miembro erecto. Con los ojos aún cerrados, temiendo que aquello fuera un delirio, le pasó una mano por el pecho, con mucha suavidad, apenas sí rozándolos, sopesando el tamaño y el peso.

Pequeña golfilla... No llevaba sujetador. Y supuso que tampoco llevaría bragas.

Gruñó cuando, al pensarlo, su pene se engrosó aún más, triunfal y apremiante.

Siempre con suavidad, con algo de ternura incluso, pero implacablemente, comenzó a desabrocharle los botones de la blusa, despacio, sin prisa, sin dejar de mirarla. Atento a cualquier reacción. Sintióse victorioso cada vez que ella contenía la respiración. Excitándose sin remedio cuando descubrió una pequeña gota de sudor que descendía por el cuello de Lorena y serpenteaba hasta el valle sus pechos.

—Para... —pidió ella, traviesa—. Detente, por favor.

¿Detenerse? Ni aunque se acabara el mundo.

Manuel ladeó la pícara sonrisa cuando vio que sus ojos, todo su cuerpo en sí, trémulo y necesitado, le dijeron lo contrario. Terminó de desabotonar la blusa, pero no la abrió. Se inclinó sobre ella y aspiró su aroma a coco. Su pecho se hinchó de viril satisfacción al ver que el vello de ella se erizaba cuando dejó escapar su aliento abrasador junto a su oído. A la vez, acariciaba sobre la blusa, como al descuido, un pezón, ya exaltado y oscurecido.

Obtuvo un gemido urgente como respuesta.

—Más... —exigió ella.

Él levantó la cabeza y tiró de su collar de perlas hasta obligarla a ladear la cabeza.

—Tú aquí no das órdenes. Aquí mando yo, ¿entendido?

—S-sí...

—Sí, ¿qué?

Como ella no contestó, Manuel la agarró del cuello y lamió todo su rostro, con tanta lentitud, tan eróticamente, que ella se estremeció de anticipación al pensar en esa lengua áspera, caliente y húmeda en otra parte de su cuerpo más necesitada de ese tipo de caricias.

—¿Sí, qué? —exigió él de nuevo.

—Sí, Señor.

—Buena chica.

En recompensa a su actitud sumisa y obediente, él tomó en su boca su pezón y lo chupó, hasta que lo sintió erguirse y endurecerse más todavía. El que lo hiciera sobre la seda, provocó que ambos soltaran un gemido al unísono.

Manuel siguió y siguió con esa caricia, la otra mano dedicada ahora a buscar el contacto piel a piel en el otro pecho, al que acarició con reverencial ternura.

—Hermosos... —susurró justo antes de apartarle la blusa para saborearlos sin nada que se interpusiera entre su boca y su piel.

¡Qué bien sabía!

Infierno... O bien el radiador había comenzado a funcionar, o el calor que emanaba del cuerpo de Lorena era capaz de fundirlos a ambos. ¿O era su propio calor? Bah, qué mas daba. Estaría toda una eternidad así, sólo lamiendo sus pechos, mordisqueándolos, chupándolos sin tregua...

Su erección no opinaba lo mismo. Oh, no. Desde luego que no.

—Inclínate sobre la mesa —ordenó.

Se felicitó cuando su voz sonó segura y resuelta, muy lejos de la vulnerabilidad que sentía en esos momentos, del temor de no poder soportar más y sucumbir a la necesidad de hincarse ante ella de rodillas y suplicarle que le diera todo. Pero eso no podía ocurrir. Jamás. No, él no quería desempeñar el papel de amante desesperado por sus besos. Era él, debía ser él, quien poseyera.

Quien dominara.

Aunque en el fondo supiera que era ella quien en realidad controlaba la situación.

—Pero... yo... no... —se quejó ella.

—Tú no, ¿qué? —preguntó él, amenazante y desafiándola a que le retara.

Ella no le retó. Muy lejos de eso, aunque sus ojos sí lo hicieron. Sus labios, en cambio, susurraron:

—Yo... yo...

Manuel enterró su enorme mano en su cabello y, agarrando un buen mechón en su

puño, tiró con fuerza de él.

—¿Qué? —preguntó con más insistencia. La otra mano acarició la curva de su cadera y bajó por su muslo, haciéndola estremecerse, hasta encontrar la abertura lateral de la falda y perderse dentro de ella.

Lorena soltó un sollozo seguido de un jadeo cuando unos dedos, grandes, gruesos y traviosos, acariciaron la proximidad de aquel capullo de carne latiente, húmeda y necesitada. ¡Dios, cómo quemaba! ¡Qué ganas de gritarle que la tomara a la orden de ya! Pero aquello supondría el final del juego. Y no habían hecho más que empezar.

—Sobre la mesa —repitió Manuel—. Abre las piernas. Ya.

Lorena obedeció. ¡Qué doloroso y agónico placer! Quería que él la poseyera. Cuanto antes, mejor. Pero sabía que todavía tendría que pasar un rato hasta que él le permitiera alcanzar el orgasmo. Su actitud dominante, su altanería y su odioso control así se lo demostraban. Y ella no le permitiría menos.

No sin reticencia, se inclinó sobre la mesa y abrió las piernas. Miró hacia atrás para ver qué hacía él, pero se quedó un poco sorprendida al ver que ocupaba asiento en su sillón de dirección y hacía una llamada telefónica que duró una eternidad. O tal vez tan sólo durase unos segundos.

Qué rápido aprendía aquél canalla, pensó, sintiéndose orgullosa de él.

Ahí estaba ella, con la parte superior del cuerpo inclinado sobre la mesa, las piernas separadas, con él sentado a su espalda, esperando, aguantando que la tocara de un momento a otro.

Finalmente, Manuel colgó y se sentó en el sillón. En ningún momento dejó de mirar su trasero.

—Levántate la falda. Ya.

—No —negó ella.

Una sonora palmada siguió a su negación. La respuesta a ese gesto fue un quejido de protesta que encubría un gemido de placer.

Una nueva palmada.

—Por favor... —rogó en un ronroneo.

Maldita fuera... ¿Por qué tenía que mover las caderas de ese modo tan provocativo? ¿Por qué tenía que encenderle de esa forma? Jesús, iba a estallar de un momento a otro.

—¿Por favor, qué?

—Seré buena, lo prometo.

—¿Ah, sí? —preguntó burlón a la vez que, después de levantarle la falda con una lentitud rayana en la desesperación y tras acariciarla con parsimonia hasta llegar a la unión de las piernas, introducía un dedo dentro de ella, maravillándose al descubrir la humedad y

el calor allí acumulados. Joder, estaba excitadísima, la muy condenada—. Ya lo creo que serás buena. ¿Y sabes por qué lo sé?

—¿Por qué? —atinó a preguntar ella entre jadeos, mientras movía la pelvis contra su mano.

Él retiró la mano de golpe y la azotó de nuevo. Una vez, dos veces, tres... Hasta que ella dejó de moverse. Él había comprendido el juego a la perfección.

—Porque si no eres buena, no tendrás esto —contestó al cabo de unos largos segundos, justo antes de que su lengua caliente lamiera con lasitud su vulva hinchada. Se detuvo justo sobre su clítoris, un segundo, dos, tres... y luego dejó escapar su abrasador aliento, provocando que ella gritara de agónico placer. Él la azotó de nuevo, pero luego suavizó su gesto con una tierna caricia. Lorena gritó de nuevo cuando él abrió la boca cuan grande era y mordió aquél trozo de carne inflamada, cuando lo sorbió como si fuera puro néctar.

Ella dejó caer la cabeza, su peinado ya desecho y sus pechos balanceándose vertiginosamente al ritmo de sus movimientos desquiciados. Un grito suplicante emergió de su garganta, mientras boqueaba y se contorsionaba en busca del consuelo. Estaba tan cerca, tan a punto de explotar...

Pero Manuel cesó sus caricias y la palmeó con fuerza en sus enrojecidas nalgas.

—Estas son las reglas. Te agarrarás a la mesa y no te soltarás. No te moverás. No emitirás ningún sonido.

—Pero entonces...

—¿Qué he dicho? —preguntó él desabrochándose la corbata y sacándosela por la cabeza, agradeciendo que ella no pudiera ver la impaciencia con que lo hizo.

—Sí, Señor.

—Buena chica —la elogió él acariciando con suavidad y mimo sus nalgas para calmar la carne dolorida.

Se levantó del sillón y caminó en derredor al escritorio. Cuando estuvo frente a ella, le vendó los ojos con la corbata y se desabrochó la cremallera del pantalón para dar libertad a su dolorido miembro.

—Abre la boca.

Ella obedeció.

¡Oh, Dios! Que le ahorcaran si aquello no era el paraíso. Sintió el primer indicio del orgasmo cuando la lengua de ella comenzó a trazar círculos por su glande hinchado, cuando él, preso de una pasión desmedida, comenzó a bombear en su boca y ella, lejos de quejarse cuando llegó a rozar su garganta, le absorbió por entero.

—Mujer... —gruñó al tiempo que se retiraba, justo a tiempo de no derramarse en su

boca.

Ella emitió una risilla maliciosa, pero él la amonestó con una palmada.

—Chica mala... Has sido traviesa. Ahora tendré que castigarte.

Se colocó de nuevo tras ella y acarició su clítoris.

¡Maldito fuera! ¿Por qué la torturaba de aquella forma? Ya no quería seguir jugando. Ya no aguantaba más aquél torbellino de deseo. Movi6 las caderas en un gesto invitador, pero 6l, muy lejos de complacerla, en vez de penetrarla, comenz6 a restregar su miembro contra su bien depilado sexo.

Manuel peg6 un grito al hacerlo. Dios, por poco se abrasa. El gruñido de protesta y de impaciencia de ella hizo que sonriera orgulloso.

—Perra... ¿quieres esto? —pregunt6 introduciendo la punta de su dolorida verga apenas en su vagina.

—S6... ¡oh, s6, Señor! —exclam6 movi6ndose para acudir a su embiste, pero 6l se retir6.

Cuando ella se qued6 inm6vil, volvi6 a penetrarla.

Y volvi6 a retirarse cuando ella comenz6 a buscarle de nuevo con sus caderas.

—Dilo —orden6, oblig6ndola a que pusiera la mejilla sobre la mesa y agarr6ndola de las manos para inmovilizarla totalmente, sin dejar de restregarse contra ella. ¡Qu6 resbaladiza estaba!

—¿Qu6, mi Señor?

—Di qu6 es lo que quieres.

Volvi6 a introducirse un poco dentro de ella, pero se qued6 quieto.

—Yo... quiero... ay, Dios... quiero...

—¡Dilo!

Por Dios, estaba a punto de correrse. Como no dijera algo pronto, no iba a poder continuar con ese juego. Y de verdad que deseaba que Lorena, por una vez en su vida, dijera algo soez.

Y entonces...

—¡Joder! ¡F6llame de una puta vez!

Y entonces s6. Entonces no se detuvo. Dej6 que el animal que hab6a en 6l se desatara, que se volviera tan salvaje y tan primitivo como la criatura en la que Lorena se hab6a convertido. Comenz6 a embestir sin control, preocupado por la mujer, pero tan condenadamente excitado que no pod6a pensar. Y cuando ella comenz6 a agitarse, cuando su vagina le absorbi6 el pene con potentes contracciones, se dej6 arrastrar por aquella pasi6n que no ten6a l6mites.

Ambos gritaron. Ambos gimieron y sollozaron al mismo tiempo. Ambos alcanzaron el éxtasis más brutal, más duradero y más salvaje de sus vidas. Ambos se abrasaron en el fuego eterno del infierno.

Todavía sin resuello, y con el corazón martilleándole dentro del pecho, tembloroso, aturdido y mareado, Manuel acarició sus nalgas. Miró a la mujer con fanática reverencia. Salió de ella con cuidado y la obligó a darse la vuelta. Sin fuerza en los miembros, la cogió en brazos como pudo y se sentó en el sillón, sin dejar de acariciar con mimo su tembloroso cuerpo. La meció durante una eternidad. Le acarició el cabello y la besó en la frente un sinnúmero de veces. La arropó con su americana y deseó que el tiempo se detuviera.

—Gracias —susurró.

Ella alzó la cabeza y le dedicó la sonrisa más dulce y deslumbrante de cuantas había esbozado a lo largo de su vida. El teléfono sonó para interrumpir tan mágico momento.

A desgana, Lorena se levantó de su regazo y comenzó a acomodarse la ropa. No se molestó en peinarse. Ni en abrocharse la camisa.

Cuando él terminó de hablar, ella ya estaba de camino hacia la puerta, pero en ese momento se giró y le miró. Había un brillo malicioso en sus enormes ojos castaños.

—Ah, cariño —comenzó a decir al tiempo que se abotonaba la blusa—. Esta noche, cuando los niños estén durmiendo, seré yo la Señora.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi esposa? —preguntó maravillado Manuel.

Ella soltó una risilla y se metió un mechón de cabello detrás de la oreja. Él no pudo evitar a la tentación de salvar la distancia que les separaba para besarla. Era el primer beso de aquel día.

Pero algo le dijo que no sería el último. Era lo bueno de tener el despacho en su propia casa. Y presumía que, a partir de ahora, sería mucho mejor. Que todo sería infinitamente mucho mejor.

No entendía muy bien aquel cambio, aquella patada en el trasero a la rutina que amenazaba con aniquilarlos a ambos. No entendió por qué de pronto la veía tan bonita, tan maravillosa, como tampoco entendía muy bien que ella le mirara con esa devoción, como si fuera la primera vez que se descubrieran.

Quizá ella, cansada de una vida gris, de comportarse como una autómatas, había decidido tomar las riendas y echar la leña a un fuego que se estaba apagando por descuido. Tal vez las gracias se las tenía que dar a los gritos de ese matrimonio tan fogoso que se acaba de trasladar y que tan en guardia les ponía a ambos durante esas noches en las que lo más que se daban era la espalda. O a esos libros que Elva le pasaba y que tan enfrascada en la lectura la mantenían.

O a lo mejor solo había bastado que la actitud de Manuel variase por completo desde aquel día en el que Óscar, en un gesto aparentemente inocente y con la excusa de ver mejor el medallón de su esposa, acariciase el nacimiento donde éste descansaba durante

más tiempo del convenido y que provocó un estremecimiento extraño en su mujer.

¿Habían sido los celos el detonante? ¿Acaso al levantar el acta de guerra contra el portero para proteger lo que era suyo y proclamar así que aún sentía algo por su mujer había hecho que Lorena, cansada y aburrida de una relación en vías de extinción, decidiera darle una oportunidad y salvar su matrimonio?

Manuel no lo sabía, no quiso saberlo. Y se prometió que a partir de ahora su vida sería totalmente distinta, promesa que quedó sellada cuando sus brazos se cerraron en torno a ella para estrujarla en un abrazo que lo expresaba todo.

Se apartó de ella y la miró con todo el amor y respeto que sentía por aquella mujer tan extraordinaria.

—¿Te he dicho hoy cuánto te quiero?

—Sí que lo has dicho, cariño. Llevas una media hora diciéndomelo.

El sonrió con orgullo y le palmeó el trasero. Finalmente, Lorena abandonó el despacho. Y con ella, se marchó el calor. Pero este volvió inmediatamente, al imaginar las infinitas y placenteras posibilidades que la promesa de Lorena encerraba.

Ya no sintió más frío en todo el día, a pesar de que sabía que el radiador seguía sin funcionar.

El recuerdo de lo ocurrido y la expectativa de repetir hizo que se mantuviera caliente.

Se levantó y miró hacia la calle, sonriendo al observar la furia devastadora del viento y las gentes corriendo para salvaguardarse de aquella mañana gélida de diciembre.

Joder... ¡Qué frío tenía que hacer ahí fuera!



—Mierda, otra vez.

Miro el móvil con odio y le saco la lengua, molesta, como si pudiera sentir mi mal humor. Luego pienso en lo infantil que soy con mi actitud, a ese infernal aparato lo mismo le da que ría o que llore, lo único que le da vida es la batería que me estoy planteando no volver a cargar para tener un poquito, solo un poquito, de paz.

Vuelve a sonar. Uuuufffff. ¿Por qué no pueden dejarme un ratito tranquila? Lo cojo y aprieto los labios al leer en la pantalla de quien se trata.

Descuelgo de mala gana.

—No —digo antes que la otra hable.

—¿No?

Mi prima está al otro lado de la línea y su tono incrédulo me enfurece aún más.

—¿Ves?, cuando quieres eres muy inteligente.

—Ni siquiera me has dicho: «hola», y ya te estás negando a lo que sea. Podrías preguntar cómo estamos. —No le hablo, me niego—. Necesito que me ayudes.

¡Cómo no!

—Hace solo unos días que estoy aquí. Y... casi siempre necesitas mi ayuda.

—Eso ha dolido —me dice con la intención de hacerme sentir mal.

Me mantengo en silencio para que termine por contarme lo que tiene que decir y poder volver a mi faena, aún tengo mucho qué hacer. Gato me ha ayudado a empezar una nueva vida y no puedo perder esta oportunidad, no todos los días alguien te ayuda económicamente a estudiar, mucho menos siendo gitana como yo lo soy y de una familia que se dedica al contrabando de tabaco entre la Línea de la Concepción y Gibraltar. Si a veces hasta pienso que todo es un sueño y que pronto despertaré para volver a vender ropa en el mercadillo junto a mi tita Raquel; y... entonces, adiós a mi sueño de convertirme en técnico de laboratorio por uno de los institutos más prestigiosos del país.

—Samara... —me dice con voz triste, pero yo sé que es un papel que representa a la perfección.

—Te estoy escuchando, ¿no? Pues tienes cinco minutos para soltarme lo que sea antes de que cuelgue, no me vas a liar otra vez.

—Lo de Alex no fue por mi culpa, pregúntale a la Damaris, nadie te obligó a escaparte con él.

—Noooo, que va, nadie me obligó a nada, solo te encargaste de hacerme saber lo enamorado que estaba ese payo de mí y metérmelo por los ojos hasta que me volví loca,

mandé al carajo a la familia y decidí que tenía que pasar por encima del abuelo.

—Tampoco fue para tanto.

¿Está riéndose? La moñeo, seguro.

—¿Perdona? Estoy hablando del patriarca.

—Tal vez te pasaste un poquito. —Su risa al otro lado me enerva. La voy a moler a palos cuando la tringue, la jodía, sabe que la adoro y se aprovecha. Todos saben que daría mi vida por cualquiera de los Montoya. Claro, si es que son lo único que tengo, son mi familia: mi clan—. Menos mal que el Gato intervino con el abuelo para que no fuese muy duro contigo, y no niegues que al final saliste ganando.

Me mantengo en silencio y siento vibrar el teléfono. Seguro que Alex me está enviando whatsapps para intentar hacer las paces conmigo. Pues va listo.

—Tengo cosas que hacer.

—Necesito que me prestes dinero.

Me lo imaginaba.

—Pues no tengo.

—Pídeselo al Gato, o, ya puestos, a tu novio.

—Alex y yo nunca fuimos novios, solo salimos un par de veces.

Eso tiene que quedar claro, clarito como el agua.

—Lo necesito de verdad, prima.

—Pues por si no lo sabes, no tengo curro.

—Me parece muy mal que estés pegándote la gran vida y no quieras compartir un poquito de tu buena suerte.

—Gato me ha hecho un préstamo para que pueda estudiar, se lo tengo que devolver todo cuando me gradúe y empiece a trabajar.

—Pero mientras no das ni golpe.

El timbre de la puerta empieza a sonar de forma insistente y me dirijo a ella con el móvil en la oreja, desesperada porque mi prima entienda que no me van a sacar un euro. Gato se encargó de advertirme que no pensaba mantener gandules.

—¿Entonces me ayudarás?

—¿Para qué quieres la pasta?

Mientras hago la pregunta abro la puerta sin mirar por la mirilla para ver de quien se trata. Me doy cuenta después de haber abierto que solo Gato, la pija de su novia, y el propio Alex, que es el dueño del piso, saben que estoy viviendo allí. Sin embargo la conversación con la otra me tiene tan alterada que no sé ni lo que hago.

—Para celebrar el bautizo del Juanito.

—Tú no estás bien, si la Yessi no está ni de cuatro meses.

—Es para ir organizando.

—Mira, tengo que colgar...

Me quedó sin palabras al ver a un hombre de pie, ante mi puerta, y lleva una maleta de viaje, y por un momento me olvido que tengo a la cotilla de mi prima Nazaret al otro lado de la línea.

—Hola, soy Alejandro, el primo de Alex.

Abro los ojos incrédula y lo miro haciendo una mueca cuando este se acerca y me da dos besos, uno a cada lado de la cara, con total naturalidad. ¿Qué está pasando aquí?

—¡Samara! —Escucho a la otra a través del teléfono—. Mantente alejada de los tíos que el abuelo te ha perdonado una vez, pero no dos.

Estoy hasta el mondongo de repetir que Alex nunca fue nada mío, pero no puedo hablar debido a lo impresionada que estoy con esa inesperada visita. ¿Piensan que voy a compartir el piso con un tío? Sí, claro, y mi abuelo me va a dar una tunda que no voy a poder sentarme en un año. O mejor, en todo lo que me queda de vida.

Le doy al botón rojo del móvil, adiós a mi prima, que llame más tarde.

—¿Qué quieres?

Mi pregunta ha sonado borde pero no lo puedo evitar. No entiendo qué hace ese hombre en la que se supone que será mi casa en los próximos años si solo llevo unos días en Barcelona.

Él me mira con sonrisa picarona y me empuja suavemente, metiéndose en el piso. Yo lo miro desconcertada, enfadada y un poco insegura. ¿Se supone que tengo que convivir con él? Pues nadie me ha dicho nada.

—Un vaso de agua.

—¿Peeeeerdona?

—Eres andaluza, ¿no? Se te nota un montón.

Este es tonto, está muy bueno, pero es tonto. ¿De qué coño va?

—Y tú, ¿de dónde eres, bonito?

Me ignora, suelta su pequeña maleta en mitad del salón y se dirige a la pequeña cocina, abre el mueble, coge un vaso y se echa agua de una botella que yo he metido en la nevera esa misma mañana.

Morro no, lo siguiente.

—Soy catalán, ¿no se me nota?

Me guiña un ojo y siento que me afecta. ¡Seré blandengue! Lo único que me faltaba era perder las bragas por el primer pibe que se presenta en mi casa, bueno, en realidad en casa de Alex.

—Claro que se te nota.

Pues no sé en qué tengo que notarlo.

—¿Tú... —me señala con el dedo índice mientras apoya ese culo respingón en la encimera—, eres...?

—La que va a darte una patada en el culo para que salgas de mi casa como me escantille.

Intento contener mi lengua pero su actitud me supera.

Sonríe ampliamente y se le marcan dos hoyuelos, uno en cada mejilla, y a mí se me desboca la sangre. ¿Seré tonta? Luego se dirige al salón y yo lo sigo, como una gilipollas, ¿por qué no le echo de una vez?

—Creo que ha habido un malentendido.

Coge la maleta y se dirige a uno de los dos dormitorios que hay en el piso. Abre la puerta del mío, pero al ver toda mi ropa tirada encima de la cama y mis maletas abiertas, la vuelve a cerrar y se dirige al otro cuarto.

Lo miro alzando las cejas, a modo de pregunta, pero me ignora y entra en la alcoba, coloca la maleta encima de la cama y me mira.

—La mitad de este piso es mío, la otra mitad de mi primo Alex.

—Y supongo que será una broma que también te llames como él.

—Cosas de la familia —me dice sonriendo—, nuestros padres querían agradar al abuelo y pusieron a sus hijos el nombre de este.

Me cruzo de brazos apoyándome en el quicio de la puerta.

—Y no nos llamamos igual, yo soy Alejandro y mi primo es Alex.

—¿Y nadie te ha dicho que esta es mi casa por los próximos dos años y que no puedes estar aquí?

—Creo que tomaré una ducha.

¿Me está ignorando?

—Pues yo creo que no.

—¿Acaso tienes un contrato de alquiler o algo? Porque podemos discutirlo.

Mientras me lo pregunta empieza a desabotonarse la excesivamente cara camisa que lleva. De lejos se nota que es tan pijo como sus primos.

—No lo tengo, pero sí tengo autorización de Alex para vivir aquí. YO SOLA.

—No te estoy echando. —Se quita la camisa y yo no puedo evitar mirar ese amplio y definido pecho del que sobresale una densa mata de pelo castaño. Sin poder evitarlo me reafirmo en mis gustos de que no me gustan los metrosexuales, me gustan los hombres como este, con pelo en el pecho—. Solo te digo que necesito quedarme unos días en este piso. Estamos a viernes, el lunes me marcharé y te dejaré tranquila.

Veo como se quita el cinturón y empieza a desabrocharse los pantalones. Me pongo nerviosa, mucho.

—Quillo, para un momento que estamos hablando.

Sonríe y continúa desnudándose.

—Quiero ducharme, te he dicho que iba a hacerlo.

—O paras o abro la ventana y te tiro por ella, recuerda que estamos en el último piso, el noveno.

—Puedes intentarlo —me reta mientras mete los dedos en la cinturilla de los bóxer que lleva, provocador.

—¿Nunca te han dicho que no te metas con un gitano? —intento tirar de tópicos para asustarlo. Si supiera que mi familia jamás se metería en peleas se ríe en mi cara. Trapichear, trapichean, pero con tabaco. Solo eso, y tampoco es tan malo.

—¿Eres racista? —me pregunta y me descoloca.

—¿Qué dices chalao?

Vuelvo a recibir whatsapps, aún no he tenido tiempo de mirar los anteriores, pero debe ser Alex, seguro.

—Estas diciendo que no me quieres aquí porque no soy gitano. Si lo fuera, ¿me echarías?

—Tú flipas.

El pijo este le ha dado la vuelta a la tortilla.

—Pues demuéstremelo y no armes ningún lío por compartir el piso conmigo unos días, yo no me he opuesto a que tú te quedes en él por dos años sin pagar nada.

Ante eso me tengo que morder la lengua porque lo cierto es que no pago nada por estar allí.

Miró el móvil para evitar seguir mirándolo y leo los whatsapps. Como suponía, son de Alex.

Alex: ¡Hola guapa! 18:52 p.m.

Alex: Mi primo Alejandro va para el piso donde estás, se quedará unos días porque se ha peleado con su novia. 18:55 p.m.

Alex: No te enfades ni montes en cólera que te conozco (emoticono con gran sonrisa) 19:12 p.m.

Alex: ¿No estarás enfadada? (emoticono con cara de pena) 19:18 p.m.

Alex: Samaraaaaaa... que solo son tres días. 19: 23 p.m.

Alex: Te prometo que solo serán unos días, no puedes echarle, es copropietario del piso, pero me ha prometido que no te molestará (emoticono con un guiño y un beso) 19:40 p.m.

Alex: Aún espero que me contestes, guapetona. 19:48 p.m.

Samara: Te mato. 20:01 p.m.

Alzo la cabeza para mirar de nuevo a mi impuesto compañero de piso y por poco me atraganto cuando le veo completamente desnudo coger una pequeña bolsa de aseo de su maleta y dirigirse hacia donde yo estoy.

—No puedes hacer esto.

Murmuro entre dientes presa del coraje.

—Si quieres puedes mirar cómo me ducho o, ya puestos, frotarme la espalda.

Se ha detenido justo donde yo estoy y puedo oler el sudor de su cuerpo, ay omá, que me le tiro al cuello. ¿Qué hace? Se inclina hacia mí.

Me aparto indignada dirigiéndome de nuevo a la cocina mientras él suelta una sonora carcajada a la vez que me llama cobardica. ¿Cobardica? ¿Yo? Espera y verás.

Espero hasta oír el agua de la ducha correr y apago el termo. Me siento eufórica cuando le escucho maldecir así que cojo mi móvil, las llaves y pongo pies en polvorosa.

Mejor que no me encuentre.

—Vamos, vamos.

El maldito ascensor que no sube. ¡Bien! Se abre la puerta y aparece un tío que quita el sentío. ¡Vaya tela como está el sexo opuesto en este edificio!

—Buenas —me saluda sonriente. ¡Este es guiri seguro!—. ¿Eres la nueva vecina?

Le sonrío impaciente. ¿Me va a dejar de una puñetera vez coger el ascensor sin tener que ser una borde? Aunque claro, él no sabe que tengo que quitarme de en medio en un plis para que no me pille el buenorro que hay en mi casa.

—La misma —le digo con prisa metiéndome en el ascensor—. Puedes pasarte a tomar café cualquier tarde.

¿Por qué he tenido que invitarlo? Porque soy una sinvergonzona como dice mi abu. Pulso el botón del parking, se supone que el coche que me ha prestado Gato tiene que estar ahí. Lo he dejado ahí, ¿verdad? Con los nervios ni me acuerdo. ¿Y para qué quiero el coche? Mejor me voy a cenar algo a la hamburguesería de al final de la calle mientras lo llamo y le cuento que se me ha colado un tío en el piso y que Alex le ha dado permiso. Sí, eso mismo voy a hacer, que Alex se las entienda con su cuñado, seguro que este le canta las cuarenta como hizo la otra vez que me convenció para que viviéramos juntos.

Me encuentro de nuevo en el ascensor camino del que hasta hace poco era mi piso, solo mío. Mis intentos de hablar con Gato no han dado resultado, por lo visto se encuentra de viaje con su novia y la hija de esta y no estará disponible hasta el lunes. O al menos es lo que me ha dicho su secretaria. Así que me veo obligada a aguantar al tal Alejandro en mi casa hasta, como mínimo, esa fecha. Se para en el cuarto y entra una pareja que me saluda. Empiezan a darse el lote en mi cara, en un espacio tan pequeño. Joder, eso no se vale, lo único que he hecho en mi vida es darme un par de morreos con Alex por culpa de que tengo que pasar la prueba del pañuelo el día que me case. Sin embargo ya soy mayor para eso, tengo 23 años, así que mi abuelo no puede pretender que me case según la costumbre y llegue intacta al día de mi boda. Mis ojos me desobedecen y no pueden apartarse de la pareja. ¡Vaya con los colegas! Ahora va el tío y le mete la mano dentro de la falda a ella! Intento no mirar pero la curiosidad me puede, y las ganas también. Que desde que empecé a morrearme con Alex se despertaron mis apetitos sexuales y apenas duermo de pura insatisfacción. Encima estos dos consiguen que me acuerde que estoy desperdiciando mis años mozos.

Joder que calor, a ver si llegamos ya a mi planta.

¡Por fin! Al carajo pipa, ahí se quedan, ni les digo adiós. Lo malo encontrarme ahora con el primo de Alex en mi casa y yo salida como una perra. Vaya tres días que me esperan. Ojalá se vaya a trabajar a las siete de la mañana y regrese de noche; o se le averíe el coche de regreso y llegue de madrugada. o... Abro la puerta con cuidado, sin saber por qué, y entro en mi piso.

—Vaya, ha vuelto mi morenaza.

Lo miró abriendo los ojos más de la cuenta, si hasta puedo sentir como se me van a

salir las órbitas de las cuencas.

—Por lo que veo te has puesto cómodo.

Soy irónica, pero me importa un pito. Lleva puestos unos pequeñísimos pantalones cortos, debe ser la parte inferior de un pijama, pero vamos, que para llevar eso mejor ir en calzoncillos.

—¿Quieres cenar? —me pregunta como si fuese lo más normal del mundo. *Claro Samy, de lo más normal que un ejemplar como este te prepare la cena.*

—Vale —no le he dicho que ya he cenado porque lo único que me he comido en la hamburguesería han sido unas patatas fritas que encima no me han gustado—. Piensas pedir algo, supongo. ¿Pizza tal vez?

—No me insultes monada —me dice con burla mientras se dirige a la cocina—. Tienes ante ti a un maestro de los fogones.

Lo sigo, intrigada. Y aliviada porque no me diga nada de lo de la ducha.

—¿Eres cocinero?

Lo cierto es que tengo curiosidad por saber más sobre él. Después de todo, vamos a convivir unos días.

—Qué más quisiera yo —me dice sonriendo pero sin mirarme—, la verdad es que mi trabajo es demasiado aburrido.

Se gira para mirarme y me guiña un ojo.

¿Por qué no deja de hacer eso desde que nos hemos conocido? Me pone nerviosa, es más, me altera y me desespera. Y en este momento después de ver como una pareja se daba el lote junto a mí en el ascensor, viéndome con ese tipazo sola en un piso... Uuuuffff. Al ver mi expresión vuelve a lo que está haciendo, calentar agua en una pequeña olla y coger un paquete de pasta.

—Alex me ha dicho que te quedarás hasta el lunes. —Se lo digo para que sepa que he confirmado su versión—. Que te has peleado con tu novia.

Me doy cuenta que lo he dicho más para mí que para él.

—Mi primo es un bocazas.

No puedo evitar sonreír al pensar en mi propia familia. Unos metomentodos.

—Créeme, te entiendo perfectamente.

Abre un bote de aceitunas, coge una y me la mete en la boca y vuelve a lo que está haciendo antes de que yo pueda protestar.

—Voy a prepararte unos espaguetis a la boloñesa que vas a chuparte los dedos —me mira de nuevo—, o los míos.

Sonríe y vuelve a girarse hacia la vitro para preparar la salsa. Y yo me quedo

embobada observando su enorme espalda hasta el comienzo de ese culo que capta mi atención una y otra vez, rodeado por los sensuales pantaloncitos de raso negro, imaginándome chupando sus dedos como él ha insinuado. Mi mente divaga y me imagino más cosas. ¡Seré zorra! Empiezo a sentir desasosiego, necesidad y lujuria, empiezo a desearlo sin control. Trago saliva en un intento de recuperar la cordura. ¿Cómo se supone que voy a convivir con esto tres días? Y tampoco es que él me lo esté poniendo fácil.

—Creo que me da tiempo de tomar una ducha —y la necesito con urgencia.

—Claro, ve, no te preocupes porque te apague el termo, no me gustaría que ese cuerpecito que tienes cogiera un resfriado.

Se me acerca con mirada picarona y me mira de arriba abajo, de abajo a arriba, y vuelta a empezar.

—Emmmhhhhh, gracias. —Salgo en estampida hacia el cuarto de baño.

¿Qué más puedo decir?

Cierro la puerta, me desnudo y me meto dentro de la bañera, pero no abro el grifo de agua caliente, no puedo, estoy hirviendo, me ducho con agua fría y espero que eso me calme. Por mi bien, espero que me calme.

Salgo de la bañera y me doy cuenta que con las prisas no he cogido mi albornoz, miro hacia el lugar donde deberían estar las toallas pero claro, estas no están porque aún no he tenido tiempo de colocarlas. Están tiradas por algún lugar de mi habitación. Lo único que hay es una pequeña toalla en el lavabo, para las manos, un poco húmeda, seguramente es la que Alejandro ha utilizado para secarse. Me doy una palmada en la cabeza para reprenderme, ya hasta lo llamo por su nombre. Vuelvo a mirar la pequeña toalla. ¿Qué hago? Al menos la puedo usar para el pelo, lo tengo demasiado grueso y largo, y chorrea como mil demonios. La cojo y me envuelvo la espesa cabellera en ella. Algo es algo. A continuación abro un poco la puerta, solo un poco, e intentó ver donde se encuentra él, esperando verlo de espaldas para pegar una carrera hasta mi dormitorio. Así al menos no me verá en pelotas.

¡Por fin se ha vuelto! ¡Bien! Salgo en estampida hacia mi destino pero... ¿Qué pasa? Aaarrrrggggg.... ¡Mierda! ¿Qué está ocurriendo? Ploffff. Me encuentro tumbada en el suelo, me he dado un carajazo de cojones. Vaya tela, con las prisas me he resbalado justo antes de entrar en la habitación, y como estoy mojada se ha tenido que escuchar en toda la casa. Cierro los ojos un segundo al sentir una punzada de dolor en el culo y el hombro izquierdo. Al momento oigo a Alejandro venir hacia mí. ¡Tierra trágame!

—¿Te ha pasado algo? —Me pregunta preocupado.

Abro los ojos armándome de valor. ¡Joder que vergüenza que me vea así! Niego con la cabeza pero no me muevo, él se me acerca y siento un palpito en mis partes íntimas. Me quedo sin aliento al ver cómo clava su mirada en mi pecho y traga saliva. La misma que acabo de tragar yo provocando que mi pecho se mueva.

—¿Estás bien? —me pregunta esta vez alzando su mirada hasta mi boca y luego a mis ojos. Me humedezco los labios de forma inconsciente. En este momento no me importa estar desnuda, húmeda y tirada en el suelo. Solo soy consciente de que él solo lleva puesto esos tentadores pantaloncitos. Mi mirada baja hasta sus hombros desnudos y me estremezco. Mi vulva empieza a pedir a gritos frotarse contra él.

Asiento para indicarle que estoy bien, pero parece que él ha entendido otra cosa porque tornando su mirada hacia mi boca se inclina hacia mí.

Me está besando, ay mi madre que me está besando.

Siento como me rodea con los brazos, los pasa por mi talle y me aprieta contra él, a la vez que su lengua, húmeda, caliente, curiosa, me deleita. Me pego a él, no puedo evitarlo, quiero que me posea.

Se aparta un poco y me mira con los ojos enfebrecidos a causa de la necesidad de poseerme, puede que yo sea virgen pero no soy tonta. Sé lo que le pasa, sé lo que necesita. Lo que yo misma necesito. Y tengo unas ganas locas de dárselo.

—No, estoy muy mala.

Lo digo con tanta pena que Alejandro sonrío. Parece que comprende lo que le estoy diciendo.

—¿Mucho? —me pregunta con sonrisa picarona.

—Ni te lo imaginas.

—Hombre —me dice con mirada penetrante mientras me aprieta más contra él—, puedo hacerme una idea.

Coloca mi mano en su paquete y pego un respingo. Está caliente, lo percibo a través de la tela, y duro, y preparado para mí. Lo miro entrecerrando los ojos y lo tomo en mi mano, segura de lo que quiero, de lo que hago.

—Para, por lo que más quieras, si no quieres que me corra aquí mismo.

Ante eso me derrito.

Alejandro se aparta un poco y se incorpora, ayudándome a levantarme.

—¿En tu cama o en la mía? —Me lo pregunta seguro de que vamos a hacerlo, como si una negativa estuviera fuera de toda cuestión. ¿Qué haría si le digo que no?

—En la tuya.

Ni me ha dado tiempo a pensar, mi voz ha salido de improviso por si acaso yo decido comportarme como una cobarde y no atender a mi cuerpo que me está pidiendo consuelo.

Tira de mí hacia el dormitorio y me da un cachete en el culo. Yo me sobresalto y se lo devuelvo, pero él se limita a sonreírme de forma antinatural. Me empuja hacia abajo para que quede de rodillas frente a él, indicándome que le quite aquella minúscula prenda.

Lo hago. Sin mucho miramiento porque estoy deseando ver su enhiesto miembro. Le quito el pantaloncito y él me coge del pelo y me acerca la cara hasta este. Yo lo miro entornando los ojos y decido que no tengo por qué perder la virginidad y darle esa sofocación a mi abuelo. Me lo meto en la boca, lo succiono, le doy pequeños lametones. Me encanta.

Siento como él se descontrola y me siento poderosa, por lo que acompaño el movimiento con la mano.

—Me vas a matar... —me dice entre jadeos.

No hablo, sigo a lo mío, como si me fuera la vida en ello. Ahora coloco ambas manos en ese trasero que me ha llamado tanto la atención y lo aprieto, acercando con el movimiento su cuerpo más a mí. Sintiendo como su verga me entra más profundamente en la garganta.

—Para... —me dice—, déjame o voy a correrme.

Me detengo un segundo y lo miro de forma sabia, conocedora. Tengo que reconocer que con Alex hice algo más que darme besos pero no tiene por qué saberlo nadie.

Aparto la mirada y decido darle el toque final. En el instante que noto su cuerpo convulsionarse me retiro para que no se derrame en mi boca.

Me echo para atrás sobre las rodillas y lo observo triunfal. Él me mira admirado, con adoración, y mientras lo hace me subo en la cama y me abro de piernas.

—Es tu turno.

Alejandro se inclina ante mí.

—Eres una caja de sorpresas —me dice provocador.

—Por ahora —le digo colocando mis manos en mis senos—, necesito que comas todo lo que te apetezca hasta llevarme a la luna.

—Siempre he sido un calzonazos, no voy a empezar a cambiar ahora.

Me lame los labios exteriores, los mordisqueea, me los acaricia, y me introduce un dedo, dos dedos, tres dedos.

Jadeo. No puedo evitarlo, me gusta lo que me hace. Me enloquece, me quema toda, me hace sentir mujer. Ahora me introduce la lengua hasta lo más hondo de mi útero, hasta el límite que le permite su boca, esa serpiente húmeda que no quiero que salga de mí.

Y siento como llega, me aprieto los pechos, me retuerzo mientras él intenta que no me mueva, me sujeta con firmeza las caderas sin apartar su boca de mi vagina.

¡Por Dios! Esto es fantástico, esa sensación de que está llegando, y llega, y llega, aaarrggggg, woowwww.

Colosal. Siento esas pequeñas palpitaciones en mi sexo que siguen al orgasmo. Me quedo laxa. Saciada.

—Eres el sueño de cualquier hombre, morenaza.

Me está mirando como queriéndome comer, otra vez.

—No et deixarè sortir d'aquí en els tres dies restants. Prepara't per a mi, petita, perquè vaig a cardar-te fins deixar-te sense sentit.

Abro los ojos y lo miro enfadada.

—Háblame para que te entienda.

Alejandro alza las cejas y sonríe. No entiendo lo que me ha dicho y me asusta no saberlo.

—Quiero poseerte de verdad, meterme entre tus piernas, por delante, por detrás, de todas las formas posibles.

Lo miro achicando los ojos, estoy segura de que no es eso lo que me ha dicho pero su traducción ha acabado por convencerme y decido que perder la virginidad con él bien se merece una reprimenda de mi abuelo, claro que, eso, si llega a enterarse.

Ha llegado el lunes y Alejandro se ha marchado dejándome una dulce sensación de mujer consentida, saciada, explorada. No sé cómo explicarlo pero su marcha no me ha provocado ningún sentimiento de pérdida, solo de paz. Por primera vez me siento libre para actuar sin restricciones según mi propio criterio, y eso he hecho. He compartido un fin de semana de sexo desenfrenado con un hombre, y me siento de puta madre. Sonrío para mí sola mientras me tomo mi café. Alguien llama a la puerta. ¿Otra visita inesperada? Creo que este periodo de mi vida va a ser muy movidito.

Abro la puerta y me encuentro con un repartidor de flores. Trae un ramo de flores.

—Dime.

Sé que soy borde, pero es que es mi carácter.

Él chico me da el ramo.

—Tengo un mensaje para usted, señorita.

Lo miró con impaciencia.

—No se enfade conmigo —me advierte—, solo estoy repitiendo las palabras del hombre que me ha contratado para traerle las rosas.

Miro el ramo repleto de rosas de todos los colores y luego al chico. Lo animo con la mirada a que continúe.

—«No voy a dejarte salir de aquí en los tres días que me quedan. Prepárate para mí, pequeña, porque voy a follarte hasta dejarte sin sentido.»

Lo miró con la boca abierta.

—De parte de Alejandro.

Me dice esto y se queda tan ancho. Será imbécil.

Le parto el ramo de flores en la cabeza.

—Pues dale este mensaje de mi parte.

Cierro la puerta de un fuerte golpe y me dispongo a continuar con mi vida. ¡Maldito pijo de mierda!



¡Joder! Estoy demasiado nervioso. Mira que lo he estado estudiando al detalle durante un mes completo, pero a pesar de todo, creo que meteré la pata y no terminaré con el final que necesito tener. Sin embargo, no me voy a rendir. Si no es hoy no lo será nunca. Agarro con fuerza mi muñeca para poder mirar mejor el reloj. Son las seis. No tardará en llegar. Al acercarse el tiempo en el que debo de actuar, mi cuerpo tiembla y mis manos le acompañan. Suspiro varias veces. Unas con más profundidad que otras. Intento mantener el control, pero no lo consigo. De repente se me ocurre ir a la cocina y beberme un vaso de agua. Si llego a saber que me descontrolaría de esta manera, habría preparado ayer un litro de tila. Abro el grifo y dejo correr el agua durante unos instantes. Cuando la noto bastante fría, lleno el vaso y lo bebo de un sorbo. Echo un vistazo hacia el centro del salón, allí está sentado mi cómplice. Lo encuentro demasiado tranquilo o tal vez soy yo quien está muy nervioso. Sinceramente, me da la sensación de que este tipo lo hace un día sí y otro también.

—¿Nervioso? —pregunta al mismo tiempo que cruza con cierto aire chulesco sus brazos y piernas.

—Mucho, ¿tú no? —Salgo de la cocina y ando hasta ponerme a su lado.

—No —responde de forma contundente.

Desde donde me encuentro puedo observarlo con detenimiento. Sin lugar a dudas es el prototipo de hombre que gusta a las mujeres. Esa ha sido la razón por la que pensé en él. Como Marta va a pasar por un *calvario controlado*, quería suavizarlo de alguna manera. Tal vez también quería salvar mi integridad física, porque con el carácter que tiene, una vez finalizada la *tarea* sería capaz de lanzarme la vajilla entera, y llevando a este Adonis no pensará jamás en hacer daño.

—¿Lo has hecho muchas veces? —Sigo con mi interrogatorio. Me resulta raro que un hombre como él no haya participado en fantasías parecidas.

—¿Esto? No. He colaborado en multitud de tríos pero nunca en algo parecido. Es de lo más raro que me han ofrecido, y mira que en una despedida de soltera me tuve que hacer una máscara con la cara del futuro marido...

—¡Joder! Pues si yo pensaba que tú tenías experiencia en temas similares y ahora me entero que no tienes ni idea, no acabaremos bien...—murmuro mientras vuelvo a mirar el reloj. Confirmando que son las seis pasadas, que debe de estar a punto de llegar y que no tengo tiempo para echarme a atrás...o tal vez sí.

—No tengas dudas, todo saldrá bien. Haré todo lo posible para que sea tal como te imaginas —lo miro con resignación y no respondo a eso, porque veo que quiere seguir diciendo algo—. ¿Sabes? Me quedé hecho polvo cuando me lo propusiste. Tú y yo no somos de los que más hablamos en este bloque y ofrecerme participar en un gesto de amor

tan precioso es un halago inolvidable.

—Hombre, creo que es de *vox populi* tu facilidad de trato con las mujeres, y trabajando en ese lugar imaginé que tienes más experiencia en estas especialidades. Sin embargo...

—Vamos a hacer una cosa: Intentaré hacerlo todo con mucho cuidado. No quiero ver en tus ojos la ira y el deseo de machacarme cuando veas a tu mujer en situaciones un tanto desagradables, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. No te mataré...—contesto con una sonrisa maquiavélica en mi rostro. Dejo el vaso sobre la puerta, camino hacia la salida y giro la cabeza para decirle—: Es la hora...

—Uffff... —Se sacude el cuerpo como si necesitase eliminar de su ropa cualquier mota de polvo y se pone a mi lado—. ¡A fantasear! —Se mete la camiseta dentro del pantalón y se baja el pasamontañas. —¿Guapo? —pregunta con sarcasmo.

—No —digo con contundencia al mismo tiempo que dejo que salga de casa delante de mí y cierro la puerta tras nosotros.

Jean Carlos se coloca tras el muro del ascensor y yo me dirijo hacia la ventana para cerciorarme de que Marta es puntual. En efecto, acaba de entrar por la cochera para aparcar el coche. Suspiro con profundidad y rezo en silencio.

—¿Ya? —Me pregunta mi cómplice.

—Sí.

—Estupendo...

Corro hasta las escaleras y me escondo. Siento cómo mi corazón se acelera y la respiración se me agita. Puedo dar la orden ahora mismo y todo desaparecería, pero no deseo hacerlo. Sé que es lo que ella desea y necesito mostrarle lo que la quiero con esta prueba de amor. El sonido del ascensor subiendo hace que el nudo de la garganta no me deje tragar ni la suave saliva que tengo en mi boca. Ahora escucho cómo se para en la planta, la puerta se abre...

—Hola, zorra...—le saluda Jean Carlo—. Ni se te ocurra moverte o te corto la cabeza.

Salgo de donde estoy y veo que se ha colocado tras ella. La amenaza con el cuchillo de juguete que compramos en el Market. Frunzo el ceño al ver que la tiene demasiado cercana a su cuerpo. No hay entre ellos ni un mísero centímetro. Su hermoso culo roza las partes bajas de Jean y no me gusta.

—Ven, esta putita nos hará pasar un buen rato —me dice mientras observo la cara de espanto de mi mujer. Me muerdo la lengua porque quiero gritar que la deje en paz, pero debo seguir adelante. Ya me lo había avisado Jean, que no era lo mismo planear que ejecutar.

—Pues no la hagamos esperar —intento simular una voz muy diferente a la mía para que no me reconozca.

—Deja las bolsas en el suelo con mucho cuidado y abre la puerta —le ordena.

Marta abre despacio las manos y deja caer la comida al suelo. Con la cabeza sobre el hombro del muchacho busca en su bolsillo las llaves. Le tiemblan tanto que no es capaz de encontrarlas con rapidez. Resoplo cuando al fin las encuentra y las dirige hacia el cerrojo con incontrolados balanceos.

—Por favor... —ruega al dejarnos paso hacia el interior.

—Así, zorra, sigue así. Me pone muy cachondo cuando las zorritas suplican para que las deje marchar. —La mano libre sube y baja por su cuerpo, deteniéndose en sus pechos y apretándolos con fuerza.

Tras abrir, Jean camina tras ella manteniendo ese cuchillo en la garganta. La manosea sin parar. Marta emite unos leves quejidos pero no consigo descifrar si son de miedo o porque la situación realmente le está excitando tanto como me imaginaba. Sin apartar la vista de ambos, recojo las bolsitas y los tomates que habían salido rodando sobre el suelo y cierro tras de mí. Ahora la tiene presa en la pared. Las manos de ella están sobre su espalda en forma de aspa. Sus párpados están entreabiertos y sus labios pegados. Como si no quisiera expulsar de ellos ni el aire. De pronto, Jean la agarra por las muñecas y con el puño con el que aferra el cuchillo con fuerza, va acariciando el cuerpo tembloroso de mi mujer.

—¿Por dónde empiezo? —Acerca su boca a la de ella y le roza los labios con la lengua—. ¿Qué piensas tú?

—No me haga daño... —suplica entre sollozos.

Levanto con rapidez la vista hacia el rostro de Marta porque no me había parecido que llorara. Y ahora veo pequeños destellos brillantes caminando por sus mejillas.

—No te haremos daño, chochete. Todo lo contrario, vas a disfrutar mucho —le contesta, pegando la boca en su oído y lamiendo su cuello tras su paso—Flash, acércate que comenzamos el juego —me ordena.

Flash es el nombre que me he puesto para tal hazaña y a él debo llamarlo Spider. Sé que suena maquiavélico, pero son mis personajes de comics preferidos y creí que me darían suerte en esta descabellada misión. Al final, acepto el mandato de mi compañero y me acerco a ellos.

—Arrodíllate delante de ella y comprueba cómo tiene el coñito esta putita. Seguro que chorrea de emoción —sonríe.

Hago lo que me ordena. Me coloco entre ellos y le abro a Marta las piernas. De repente un maravilloso olor llega hasta mi nariz, anticipándome a lo que voy a encontrar. Ya no tengo dudas sobre lo que estamos haciendo y la fuerza de la seguridad hace que actúe con firmeza. Pongo mis manos sobre la falda y la pliego hasta la pequeña cintura.

Quiero levantar la vista para contemplar su cara, pero si me ve tan de cerca puede reconocermé y no quiero fastidiar tan rápido la sorpresa. Llevo mis dedos hasta la cinturilla de la braguita y la bajo con lentitud. Es la primera vez que veo el sexo de mi mujer tan apetecible. Recién depilado dejan esos abultados labios libres para ser contemplados y zampados. Conduzco mi boca hacia el delicioso pliegue carnal y lo acaricio sin prisa con la lengua. Noto un calor abrasador y un sabor inigualable. Tras degustarlo como si fuese el caviar más caro del mundo, llevo mis manos hacia los gorditos salientes. Quiero hacerla enloquecer tal como me ha hecho ella, porque siento en mi pantalón el dolor de la excitación más maravillosa de mi vida. Es tan grande mi demencia que creo que la humedad que siento en mis calzoncillos ha sido porque me he corrido sin querer. Dejando aparcados esos pensamientos vuelvo a la carga. Abro bien esa deliciosa cueva y comienzo a comer de ella, ofreciéndole brascas caricias en su clitoris con mi lengua.

—¿Está rica? —La pregunta de Jean me hace volver del nirvana en el que me encontraba. Pero no despego mi boca de su sexo para responder. —¿Te gusta, puta?

—Soy una mujer casada...—murmura con jadeos entrecortados.

—¡No me lo creo!

—Sí...—musita.

—Pues no te deja satisfecha ese cabrón, o quizás... seas una chica mala y necesitas dos pollas jugando contigo.

—Por favor...—ruega al mismo tiempo que sus piernas comienzan a flojear y las atrapo con fuerza para que no se caiga.

No me está gustando cómo le habla. Pero produce en Marta una excitación tan desmesurada que mi boca se llena con rapidez de su esencia. Jamás la he visto de esta manera.

—Flash, deja de follarla con la boca. Esta puta nos va a enseñar qué esconde bajo sus ropas —indica a la vez que baja por el escote con su lengua y sigue estrujando los pechos de mi esposa.

Imagino que sus pezones estarán erectos debido a esa necesidad sexual a la que estamos someténdola. Pero cuando dejo de pensar en morder esos botones oscuros, proceso las últimas palabras de Jean... ¡la quiere dejar desnuda! Eso no lo habíamos hablado. Lo pactado era darle un poco de estimulación y dejarme con ella para finalizar la tarea. Me incorporo y lo miro enfurecido. Estoy a punto de gruñir cuando me guiña un ojo y sonrío con sutileza. En ese instante comprendo que es todo parte del juego y, por averiguar qué es lo que pasa, realizo lo que me dice. Me aparto un poco y aprieto los puños tras mi espalda al ver cómo la arrastra hasta el centro del salón de los pelos. Tengo ganas de saltar sobre su espalda y tirarlo al suelo para destrozarlo. Sin embargo, tomo aire y me tranquilizo.

—Ponte cómodo, vamos a disfrutar de un bonito *striptease* —la coloca frente al sofá y me indica que me siente. Lo hago sin mediar palabra. Ha tomado el control de la situación, solo rezo para que no se le vaya de las manos y la aventura termine en un combate a muerte.

—Ahora quítate la ropa con suavidad. Quiero que nos deleites con ese delicioso cuerpo que escondes bajo esos harapos.

—No...no sé...—balbucea.

—Seguro que sí. —Se aparta un poco de Marta y la deja que actúe.

Ella lleva sus manos hacia la camiseta y se la quita con rapidez.

—¿Eso es un *striptease*? Estoy seguro de que lo puedes hacer mejor. —Le agarra del pelo y tira su cabeza hacia atrás. —¿Lo harás mejor esta vez? —le repite la pregunta.

—Sí —murmura.

—¡Hazlo! —grita al mismo tiempo que la deja libre y la empuja hacia delante.

De repente Marta comienza a mover las caderas. Lo hace con timidez. De derecha a izquierda mueve su cuerpo despacio. Clava sus ojos sobre mí y lleva sus manos hacia la falda arrugada de su cintura para desabrocharse el botón. La prenda cae al suelo con suavidad. Los movimientos comienzan a ser algo más agitados. Se lleva las manos a la cabeza para apartarse el pelo de la cara y observo que se muerde los labios con tanta sensualidad que tengo que echar la cabeza hacia atrás para poder sujetarla. Puedo jurar que durante estos años juntos, jamás la había visto con esa mirada lasciva y jugando con morderse los labios en plan niña mala. No estoy cachondo... ¡estoy loco de deseo! Me siento como cazador cazado, porque si esto era la fantasía de mi mujer, ahora se está convirtiendo en la mía. Levanto los párpados, que se han cerrado un poco debido al peligroso deseo que estoy sintiendo y una lanzada me atraviesa el estómago. Marta tiene las pupilas dilatadas y los bellísimos mofletes están sonrojados. Es una chica mala y tengo que castigarla... ¡ya! Llevo mis manos hacia la cremallera y saco mi sexo hinchado. Quiero que sea consciente de mi excitación por ella.

Pero de nuevo Marta me deja fuera de combate. Pensaba que se retraería al verme masturbarme delante de ella y no ha sido así. Se lleva las manos al sujetador y lo desabrocha, dejando sus preciosos pechos expuestos. Debería cabrearme al dejar que otro hombre los contemple, pero no lo hago. Si le gustan tendrá que joderse, porque esos pechos ya tienen dueño.

—Arrodíllate ante él y chúpale la polla —manda de nuevo Jean a mi mujer.

—Solo lo he hecho con mi marido —gira la cabeza y desvela un secreto que ni yo sabía.

—¡Mejor! Así puedes comparar... —sonríe maliciosamente.

Ella se inclina ante mí y posa sus manos en mis muslos. Me incorporo un poco para

que pueda acceder mejor a mi sexo y me vuelvo loco cuando la boca caliente abraza mi excitación. Posa una de sus palmas sobre la base y comienza una lenta mamada. Doy gracias a que tengo la cabeza apoyada en el respaldo del sofá porque si hubiese estado libre, habría dado vueltas sobre mi cuello como los poseídos.

—Estoy a punto de correrme —murmuro entre jadeos.

—Pues córrete, seguro que le gusta —me contesta Jean que se sienta a nuestro lado para contemplar mejor lo que hacemos.

No le cuestiono. Llevo mis manos hacia el oscuro pelo de Marta y lo aferro con fuerza. Voy a terminar de correrme en su boca y no deseo que se mueva ni un centímetro. Es la primera vez que lo hago, porque jamás ha deseado cumplirme esta fantasía. Sin embargo, ahora no le queda más remedio. Noto mi orgasmo llegar hasta un límite inalcanzado. Cierro los ojos y me dejo llevar. No sé si lograré conseguirlo en otro momento como este así que lo disfruto al máximo. Mi semen sale disparado hacia el interior de su boca y noto una arcada. La separo, echándola hacia atrás.

—Bien hecho. Ahora más y mejor...—comenta mi compañero.

Marta abre los ojos expectante. Pienso que va a decir algo, pero no lo hace.

—Levántate, sube al sofá y pon tu cara mirándome. Me chuparás la polla, y mientras Spider comerá de nuevo ese coñito que tanto le ha gustado.

Se levanta del suelo y hace todo lo que se le ordena sin decir nada. Abre un poco las rodillas para no perder el equilibrio, apoya las palmas en los cojines del sofá y abre los labios. Deja que Jean Carlos la folle por la boca mientras que yo me reajusto detrás de ella. Llevo mi cara hacia su sexo e inspiro con fuerza. Me encanta cómo huele al chorrear de deseo. Mi lengua toca sus labios vaginales y una descarga eléctrica recorre mi cuerpo. Me quema. Me arde. Me destroza saborear su flujo. Tengo hambre de más. Pongo mis palmas sobre su cintura y tiro con fuerza de ella hacia mí, sin importarme el quejido que ha hecho Jean Carlos al separar su sexo de la boca de Marta. Estoy loco por comérmela, no quiero dejar ni un rincón de su cuerpo sin devorar...

—¿No te han dicho que es de mala educación no compartir? —pregunta Jean con un penoso gruñido.

Ni le respondo, quiero saborear todo porque es mío y me pertenece. Sin hacer caso a sus palabras continúo con mi objetivo. Mi nariz retoma su esencia lujuriosa y me hipnotiza. Abro la boca y atrapo un gustoso labio. Lo muerdo hasta notar cómo mis dientes se rozan. Marta levanta la cabeza para gritar pero no consigue alzarla mucho porque Jean aferra su pelo para que no libere su verga. Las piernas comienzan a temblarle, está perdiendo fuerza al sentirse cercana al orgasmo. Retiro con desagrado mi cara de su centro para inclinarme un poco y conseguir que no se caiga. Pero la escucho refunfuñar. Algo me dice que el hecho de separarme de ella no le ha gustado. Sin embargo el gruñido ha sido tan pequeño que tan solo yo me he dado cuenta. Me encanta que me suplique las cosas y si son temas sexuales mejor. La dejo que sufra un poquito más. Es que no es justo

que hoy se haya puesto a cuatro patas sin rechistar y cuando lo intento *a solas* en la cama me dice: «date prisa que no me gusta estar como las perras». Y ahora, chorrea tanto que me va a manchar el tapizado. Estoy cabreado. No me agrada descubrir que no lo estaba haciendo mal, sino que el entorno no era el que ella deseaba. Sin mediar palabra, levanto la palma y le asesto una cachetada en el hermoso pandero. Responde con un grito ahogado y con más humedad en su centro. Efectivamente, le mola que le sometan. Confirmando mi teoría llevando una mano hacia su sexo y sacándolo impregnado de ella. Me ha vuelto loco. Me muevo tras ella. Estoy seguro de que está preguntándose qué voy a hacer. Para desorientarla, la masturbo con rapidez. Su cuerpo comienza a zarandearse presa del placer. Con la mano derecha me apoyo en el respaldo y me incorporo sobre su culo. Quiero que sienta mi sexo cercano al suyo. La escucho gemir desesperada al correrse de nuevo. Seguro que si no tuviese entre sus labios la entrepierna de Jean, habría expulsado un grito tan grande que lo habría escuchado el bloque entero. Su cuerpo se sigue tambaleándose debido a los pequeños fogonazos que deja tras de sí la llegada de su clímax.

—Voy a correrme —dice Jean con mirada desesperada. Giro la cabeza de derecha a izquierda. Le indico con ello que no debe correrse en la boca de *mi* mujer. Lo entiende a la primera. Se sale de ella y expulsa el semen por el suelo. Se zarandea sin parar. Otro que sufre escalofríos tras su nirvana. Marta no ha levantado la cabeza para observarlo. Tal vez la razón sea que siguen mis dedos dentro de ella y no he parado de masturbarla. Cuando Jean se recompone, dirige sus manos hacia los pechos y comienza a pellizcar los oscuros pezones. Marta gime al sentir la presión. Me enloquecen esos grititos que esboza cuando algo le gusta. Afianzo de nuevo mis rodillas y aparto la mano de su acuoso sexo. La escucho protestar otra vez. Esa desesperación hace que aparezca en mi rostro una sonrisa pícaro. En efecto, es una chica mala...

—Te voy a follar como nunca antes lo han hecho —le informo intentando enronquecer la voz. Aunque estoy tan cachondo que el nudo en mi garganta ya me hace el efecto que necesito.

Acerco mi sexo al suyo, dejando que mi prepucio acaricie los labios hinchados y húmedos. Se oyen unos suaves y deliciosos chasqueos producidos por el roce de mi polla con el flujo que emana sin parar. Me alegra que al final no se hubiese liado a patalear y gritar como una loca al asaltarla en la puerta, porque de ser así no habiésemos disfrutado tanto...

—¿Te pones cachonda cuando acerco mi polla a tu coño? —Este tipo de preguntas no soy capaz de decirlas cuando estamos en la cama, aunque ahora me están saliendo sin pensar. Pero, sí hay un pero, me producen tanta excitación que estoy a punto de correrme sin haber entrado en ella, con lo cual debo pensar algo diferente de lo que estoy viviendo o no terminaré como imaginé. Levanto la mirada hacia la cabeza de mi mujer y veo que ella asiente —. Muy bien, pues te follaré tan fuerte y duro que llorarás —le advierto.

Introduzco sin compasión ni miramientos mi sexo y con mis manos en su cintura la atraigo con más fuerza hacia mí. Grita. Sé que ha sido de dolor. Le cuesta mucho meter mi

sexo a pesar de hacerlo con lentitud, con lo que a presión la habrá notado más. Aunque tal como estoy me da igual, ya le haré mimos otro día.

—¿Te gusta, zorra? ¿Te gusta cómo te follo? —Insisto en ese vocabulario soez porque veo que la estimula aún más.

—Eso creo Flash, que le gusta muchísimo. A esta puta le ha venido bien que quisiéramos follarla —dice Jean al mismo tiempo que pone su cabeza bajo el pecho de mi mujer. Va a lamer y morder esos pequeños brotes excitados.

La fogosidad reina mi alma cuando veo lo que estamos haciendo. Jean muerde los pezones de Marta y ella gime sin parar, haciendo que recorra entre sus piernas el deseado néctar. No me controlo. No puedo hacer tal cosa en medio de una situación así. Aprieto las caderas con más fuerza y comienzo a embestirla con dureza. Grita con entusiasmo por la llegada de otro orgasmo. Echa la cabeza hacia atrás, atrapo su pelo y estiro de ella. Sus ojos se cruzan con los míos, desvelándome algo que yo no imaginaba: su deseo y satisfacción por lo que estaba viviendo.

—Te quiero, Flash —musita antes de correrse...

—Te quiero, Marta —le contesto al mismo tiempo que forcejeo con sus caderas para dejarme llevar en un tórrido y desesperante orgasmo que nos sumerge a ambos en un vaivén acompasado.

Tras tomar aire y dejar de sentir esos escalofríos, apoyo mi cabeza sobre su espalda húmeda. El sudor recubre la suave piel. Aún huelo su secreción vaginal. Es deliciosa, tanto como el que podía oler cuando ella soñaba que era sometida. Por eso decidí realizar esta fechoría, para complacerla. Siempre por ella...

—¿Todo bien? —Me pregunta Jean Carlos levantándose del suelo.

—Sí, muy bien —respondo jadeante.

—Estupendo, pues me marchó a casa. Si no te importa —dice mientras se cierra la cremallera y se coloca la camiseta— no quiero que desvelés quién soy. No por mí, sino por ella. —Lleva la enorme mano hacia la espalda de mi mujer y la acaricia despacio—. Bien hecho, cielo. Has estado estupenda. —La besa.

—Gracias —le digo cuando comienza a marcharse.

—De nada. Y si tienes otro plan parecido, cuenta conmigo.

Escucho la puerta cerrarse y me acerco a Marta. Sigue a cuatro patas sobre el sofá. Tal vez no pueda moverse después de lo que le hemos hecho.

—¿Estás bien, nena?

—Sí —me responde de inmediato. Gira la cabeza hacia donde estoy y puedo apreciar ese brillo especial que tiene su mirada al sentirse complacida.

No puedo evitar abrazarla. Me encuentro tan feliz al ver que todo ha salido bien y que

ella no se siente dolida...

—Te quiero mucho, más de lo que tú crees. Por eso he querido ofrecerte este regalo —beso una y otra vez su rostro.

—Lo sé...—murmura a la vez que se deja llevar por mis caricias.

—¿Quieres que nos demos una ducha?

—Sí.

Le ayudo a levantarse y la alzo sobre mis brazos. No quiero cansarla más. Apoya su cabeza en mi hombro. Está desvalida. Una de las cosas que haré después de ese baño es prepararle una buena cena.

—¿Sabes? —me pregunta mientras abro el grifo y dejo que la bañera se llene de agua muy caliente.

—Dime.

—Sabía que era cosa tuya.

—¿Y eso? —Cojo un bote de sales y comienzo a esparcirlo sobre la tina.

—Porque solo a ti se te puede ocurrir poner unos nombres de superhéroes a dos presuntos violadores —sonríe.

Me encanta verla sonreír. Fue su sonrisa lo que me atrajo de ella en el momento de conocernos. Cuando lo hace, le aparecen unos preciosos pliegues en los ojos y su labio superior se tuerce ligeramente hacia la izquierda, dejando ver los nacarados dientes para el deleite de todos.

—No me lo creo... —la deposito dentro del agua caliente y me quito por fin el pasamontañas.

—Bueno... otra pista para confirmar que eras tú han sido esos calzoncillos que llevas puestos. Son los que te regalé para tu cumple —dirige su mano hacia mi cuello y me inclina para facilitar un suave beso.

—Como sigas así, no te voy a dejar descansar ni un segundo...—le advierto sin apartar mis labios de los suyos.

—¿Y si no quiero que lo hagas? —Sus ojos vuelven a tener un bonito brillo lujurioso —. ¿Volverás a llamar a Spider? ¿O a Jean Carlo?

—¿También lo sabías? —le pregunto asombrado.

—Es fácil reconocer un cuerpo así, cariño. Además, no es la primera vez que lo escucho hablar.

—Eres muy mala. Eres una zorrita muy mala —le digo al mismo tiempo que salto dentro de la bañera para estar junto a ella.

—Por supuesto que lo soy...—Se abre de piernas y deja que me coloque entre ellas.

—Esta zorrита se merece otro castigo... —llevo una de mis manos hacia su sexo y empiezo a masturbarla de nuevo.

—Castígame...



¿Quién es él? Soy yo. ¿Quién soy yo? Es él. Soy el que persigue los sueños que crecen en el interior de aquellos que alguna vez fueron atravesados por una de mis flechas. Soy éter, soy carne, soy quimera, soy vida, soy muerte...soy formas y maneras de aquellos que aún sin llamarme gritan mi nombre. Soy Eros. ¿Me acompañas? Te enamorarás.

Se despertó como algunas otras noches en las últimas semanas, a la misma hora, a punto de amanecer, empapada en sudor, sintiendo como toda la ropa de su camisón se encontraba completamente pegada al cuerpo y éste se movía al compás de las pulsaciones de su desbocado corazón. Entornó los ojos y los dirigió hacia un punto fijo del techo de su habitación mientras luchaba en su interior contra la extraña sensación y el sobresalto que se apoderaba de ella. Tenía miedo, un miedo extraño... pero, ¿de qué? ¿De quién?

Como si de un ritual se tratara, igual que las otras veces empezó a contar y a dibujar en su imaginación, muy despacio, todos los números que, desordenados, aparecían en su cabeza hasta abrir los ojos lentamente, temiendo encontrarse en algún lugar de aquellas cuatro paredes con la razón de sus desvelos y esta fuera a lanzarse contra ella como un animal furioso en busca de su presa.

Seguía sintiendo su presencia, casi imperceptible al principio. Algo que no podía ver aunque estuviera muy cerca, casi dentro de ella, aferrándose a todos los músculos de su cuerpo. Sin embargo estaba allí sola en su habitación, en la que ahora y desde hacía unos meses era su casa, lejos de cualquier recuerdo, aunque eso no fuera ni en lo más remoto el alivio que necesitaba en momentos como aquellos.

Igual que las otras veces, notó el paso suave, casi imperceptible, de unos dedos que iniciaban el camino de su cuerpo en los tobillos y acariciaban suavemente sus piernas, recorriéndolas hasta las caderas, hasta el vientre, hasta los brazos, el cuello, los pechos, todo su cuerpo..., provocando escalofríos al tiempo que deseos inconfesables mientras una voz pegada a sus oídos iba susurrando palabras incoherentes que agitaban sus sentidos. Desconcierto, excitación, sudor, miedo, sensaciones encontradas que peleaban por permanecer en ella y que, sin embargo, solo duraban unos segundos antes de desaparecer, dejándole el rastro de un vacío que solo podía mitigar de una forma que tan bien conocía. De nuevo y completamente sola, tomó las riendas de un trabajo que aquella fuerza oculta había comenzado y había dejado sin concluir.

Desprendiéndose de toda la ropa y acariciando primero algunas zonas de su cuerpo llegó con los dedos, en un ritual que conocía a la perfección, hasta su pubis, abriendo con una de sus manos los labios de la vulva hasta rozar con el índice un clítoris hinchado y expectante que rogaba más placer. Sin prisa, deleitándose con los jugos que su cuerpo le brindaba y el apremio de un antojo, masajeó con maestría y deleite todos sus pliegues, explorando aquellos rincones que nadie como ella conocía hasta que su cuerpo, ávido de

otros manjares, le pidió más. Palpando el pomo de uno de los cajones de su mesilla de noche logró abrirlo para sacar de él su juguete. Una enorme verga de gelatina dotada con el más moderno mecanismo que había en el mercado de productos eróticos, que se había convertido en fiel aliado desde que «él» o «aquello» había aparecido en su vida. La tomó entre sus manos, activó su mecanismo, abrió las piernas y cerró los ojos antes de penetrar con ella su vagina. Mojó sus dedos y pellizcó con decisión los erguidos pezones de sus pechos al tiempo que arqueaba lentamente la espalda. Apremiando embestidas casi salvajes, en el último estertor antes de alcanzar en soledad el gran orgasmo al que estaba a punto de abandonarse, algo la empujó a gritar su nombre. Un nombre que llevaba mucho tiempo sin pronunciar. Horas más tarde era el despertador el que, con su llamada diaria, la devolvía a una rutina a la que parecía haberse acostumbrado.

Nadine acababa de cumplir 26 años y a pesar de su juventud sabía lo que era esforzarse duro y ganarse la confianza de los que la observaban a diario.

Trabajaba como responsable de marketing en una multinacional de productos de cosmética, estaba muy bien considerada por sus superiores y aunque mostraba una timidez que bien dosificada le había brindado buenas oportunidades, había aprendido a sacarle el mejor partido al físico que la madre naturaleza le había regalado. Alta, esbelta, de cabello corto, oscuro y ondulado, ojos casi negros, provista de las mejores curvas, de una sonrisa abierta y una elegancia natural, era la viva imagen de lo que algunos, mirándola casi con lujuria desde las ventanas de sus despachos, consideraban que debía ser el partido perfecto. Todos querían saber más de ella, de su vida privada. La otra, la profesional había sido escudriñada una y otra vez buscando entre las líneas de su curriculum algún dato que diera con la pista deseada. La expectación y la curiosidad estaban a un paso de convertirse en espionaje. Sin embargo, ninguno de sus compañeros de trabajo había logrado arrancarle ni una sola confesión acerca de su vida personal. Intuitiva y meticulosa con todo lo suyo, la habilidad con la que solía zanjar dicha cuestión era, para algunos, el síntoma inequívoco de un gran fracaso vital. Algo que desconocían por completo pero que los consolaba en lo que probablemente debían ser sus tristes existencias. A pesar de los intentos, nadie había logrado conocer más que lo que ella misma había explicado.

Había finalizado con excelentes resultados su carrera de económicas, hablaba varios idiomas, poseía un extraordinario don de gentes y vivía sola en un bloque de vecinos hasta el que había llegado por recomendación de un amigo indirecto de Marcelo, uno de los inquilinos de la quinta planta de aquel edificio tan elegante del Paseo de Gracia de Barcelona, con el que tan solo había cruzado algunas frases de cortesía. Él se había instalado hacía poco más de un mes. Al parecer no era muy hablador y lo prefería. Al principio, la idea de no ser completamente anónima no la seducía demasiado aunque era probable que no coincidieran casi nunca debido a los largos horarios en los que ella estaba ausente durante la semana. Nadine era una persona normal, se lo repetía con cierta frecuencia cuando tomaba consciencia de alguna de sus rarezas y hasta se reía de ellas. Vivía la vida que muchos querrían para sí: tenía juventud, inteligencia, belleza y trabajo y

edad de sentar la cabeza, como algunas veces había escuchado ya de boca de sus padres. Sin embargo, el amor y el compromiso no estaban, ni de lejos, entre sus prioridades. Algunas de sus relaciones había durando más de lo recomendable. El momento de decir adiós se materializaba cuando rendidos a sus pies y bebiendo los vientos por sus huesos alguno de sus pretendientes aparecía haciéndole una proposición de matrimonio que declinaba elegantemente ante la desesperación del candidato. Cuando un hombre le gustaba, y no habían sido pocos, se mostraba ardiente, entregada y apasionada. Pero no quería nada más. Eso sólo había pasado una vez. Y su promesa fue firme cuando juró que nadie la haría sufrir nunca más por amor.

A punto de finalizar la que había sido una jornada de trabajo agotadora, miró el reloj y sonrió. Se avecinaba un fin de semana largo y aunque no tenía ningún plan la sola idea de llegar a casa, desconectar el teléfono y no tener obligaciones la seducía. Aquella tarde se sentía especialmente cansada. Como tantas otras noches, el «ente» como así había convenido finalmente en llamarlo, había mermado su descanso y ni siquiera la suma de cafés que había tomado durante la jornada laboral habían hecho su función. Solo pensaba en darse una ducha fría, cenar lo primero que encontrara en la nevera y acostarse. Recordó la lectura que tenía entre manos y sonrió. Aquella novela había conseguido atraer su atención como hacía mucho tiempo que ninguna lo hacía.

Distraída en sus pensamientos llegó hasta el aparcamiento y activó la llave que daba paso a la apertura de la puerta sin darse cuenta de que esta estaba abierta. Haciendo un gesto de fastidio se adentró en el edificio en dirección a su plaza. El parking era un lugar que provocaba en ella un cierto estado de alarma y encontrarlo abierto no le hacía ninguna gracia. La escasa visibilidad del conjunto y la soledad de sus columnas, los recovecos tras los que se podían imaginar sombras y la facilidad con la que cualquier ladrón podría esconderse acechando a sus víctimas le producían escalofríos. Y más si ya se lo encontraba abierto. Sonrió verbalizando una frase que se decía en voz alta cuando quería deshacerse de algún pensamiento incómodo: «Tú has visto demasiadas películas», repetía con el único propósito de ahuyentar su propio miedo.

Bajó del coche, activó el cierre de las puertas y a paso ligero, sin mirar más que al frente, llegó hasta el ascensor, metió la llave de seguridad en el lateral y apretó el botón que abría los paneles. Concentrada en sus pensamientos y dispuesta a entrar en el montacargas tan pronto éste le hubiera dado paso, ahogó un grito en su garganta mientras, muerta del susto, tensaba todos los músculos de su cuerpo cuando notó como alguien tocaba su hombro. Clavada en el suelo, sin atreverse a mover ni las pestañas, estaba preparándose para lo peor:

—¿Puedo ayudarte en algo? —pronunció una voz masculina.

—¡¿Perdona?! —soltó Nadine mientras se daba la vuelta y lanzaba una mirada con la que hubiera podido asesinarlo si hubiera tenido poderes para hacer tal cosa—. ¿No te han enseñado que no es bueno ir matando a la gente del susto? Ni siquiera te he oído llegar —añadió echando un vistazo a los zapatos del que por un momento había pensado que iba a

ser su agresor.

—Lo siento, no ha sido mi intención asustarte. Te he visto llegar y creo que eres de las pocas a las que todavía no he saludado —añadió como si aquello estuviera divirtiéndolo—. Me llamo Óscar, soy el nuevo responsable de mantenimiento del edificio —dijo frotando su mano en el pantalón antes de alargarla hacia ella con una sonrisa que podía derretir el hielo de toda la Antártida.

Permaneció a la espera de una respuesta mientras Nadine realizaba descaradamente un escáner al espécimen que se le había puesto delante. Su gesto permanecía inmóvil mientras su cabeza por dentro iba afirmando cada vez con más intensidad. Había tenido a su alcance hombres realmente guapos pero lo que escrutaban sus ojos en ese momento iba más allá de la belleza mortal. Parecía un ángel, pensó relamiéndose disimuladamente los labios para que él no lo notara. Después del primer impacto y saboreando cada imagen que su retina procesaba alargó lentamente su mano hasta encajarla con él. El reconocimiento parecía haber sido mutuo cuando sus miradas se cruzaron y sus manos, apretadas sin destensar la fuerza con la que se habían unido, permanecían ajustadas.

—No te encariñes con ella —pronunció suavemente mirando su mano—. La necesito para arreglar esto —añadió mostrando una pieza que llevaba en la otra.

—No tenía ninguna intención de hacerlo —contestó irritada pensando que el chico se pasaba de listillo.

Estaba muy bien, mucho más que bien, muy requetebién para ser exactos, pero tampoco tenía que ir haciendo alarde de sus encantos de aquella forma tan cursi.

—Habrás visto que la puerta del garaje estaba abierta. Esta mañana se estropeó el sensor que conecta con la alarma desde los mandos a distancia y estoy en ello —explicó ignorando el gesto bobalicón con el que ella permanecía observando todas las facciones de su cara y del resto del cuerpo que quedaba en el plano fijo de sus ojos.

Él sabía la reacción que provocaba en las mujeres. Era algo a lo que estaba habituado, aunque no por eso había dejado de desagradarle a lo largo de los tiempos. Actuar significaba en muchas ocasiones materializarse y convivir con aquellos a los que pretendía ayudar. En aquel edificio había mucho trabajo, se dijo esperando que ella reaccionara.

—Está bien —contestó sin dejar de mirarlo—, gracias por la aclaración, aunque no tengo ni idea de estas cosas de la tecnología y los cables —añadió antes de escuchar como el sonido del ascensor indicaba que había llegado al sótano y que seguidamente se abrirían las puertas—. Hasta otro momento —se despidió regalándole una sonrisa.

Nadine se giró nuevamente hacia el ascensor y dejó de observar al adonis que se le había cruzado en el camino. Aquel encuentro había puesto a prueba su corazón y también había elevado la temperatura de todo su cuerpo.

Después de unos segundos que le parecieron interminables en los que permanecía ensimismada observando la mano con la que había saludado a Óscar, se abrieron las

puertas y, en un acto reflejo, retrocedió dos pasos atrás como si acabara de presentársele el mismo demonio.

—¿Qué haces aquí?! —gritó y preguntó al mismo tiempo llevándose la mano al pecho en un intento inútil por controlar nuevamente los latidos de su corazón.

—Lo mismo podría preguntar yo, ¿no? —contestó él esbozando una sutil sonrisa.

—Lo siento, pensaba que no había nadie aquí abajo, y sin embargo... Bueno, nadie más. Te presento a... —dijo señalando en dirección a su espalda.

—Y no lo hay —contestó él encogiéndose de hombros.

Óscar había desaparecido como por arte de magia. No sabía cómo lo había hecho aunque tampoco se lo volvió a cuestionar.

—Ah —dijo ella señalando—. Estaba aquí ahora mismo. Hemos estado hablando..., es el nuevo... Bah déjalo. Disculpa si con mi paranoia te he asustado.

—Me disponía a pulsar el botón cuando he visto que el ascensor bajaba. Tú subes y yo bajo. Es la función principal de los ascensores.

—Perdona, es que todavía no me he repuesto del susto que me has dado —contestó ella haciendo caso omiso a la ironía de aquel vecino que más bien le caía mal.

—Ya veo. Sé que no soy muy atractivo, pero hasta ese punto nunca me lo había planteado. Empieza a preocuparme.

La risa brotó natural en Nadine y pudo respirar algo más tranquila. Allí frente a frente, sin que ninguno de los dos diera el paso siguiente, sus miradas se cruzaron mientras ella observaba de cerca y a conciencia por primera vez el rostro de Marcelo. El rostro, sus facciones y su cuerpo. El cuerpo de un hombre de color cuya piel brillaba de una forma diferente. No le gustaba llamar a los de su raza con la expresión «de color». Siempre le había parecido un eufemismo innecesario y absurdo, así que para sus adentros se dijo: «Este negro está bien bueno», inmersa en sus pensamientos. Marcelo se adelantó a romper con aquella situación que parecía no avanzar para ninguno:

—Si no te importa —dijo sujetando el sensor del ascensor—, es que si no salgo o tú no entras las puertas se cerrarán y volveré a subir allí donde el vecino de turno haya pulsado. Y tengo algo de prisa.

—Tienes razón —contestó ella apartándose unos centímetros de delante de la puerta.

Al paso del hombre Nadine abrió sus aletas nasales para absorber a través de ellas el aroma que desprendía, algo que solía hacer con todo aquel que se le acercaba a menos de un metro. Era una de sus manías. Se consideraba especialmente sensible a los olores, a los buenos y a los malos. Disimuladamente inclinó su cara hacia arriba logrando percibir así el perfume que el hombre iba dejando a su paso. Satisfecha y perpleja al mismo tiempo, durante unas fracciones de segundo tuvo la percepción de haber vivido alguna vez la sensación que su cuerpo estaba experimentando. Una sensación que desapareció al

instante, tan pronto su vecino, inclinando la cabeza a modo de saludo, continuó su camino hacia el interior del garaje y se dirigió hasta el que debía ser su vehículo. Nadine se disponía al fin a subir al ascensor, llegar a su casa y regalarse un fin de semana en el que la pereza y la holgazanería fueran su mejor compañía cuando, ya dentro de la cabina, apretando el botón del séptimo piso y negando con la cabeza mientras recordaba la mirada de Marcelo, observó que había algo en el suelo. Se agachó a recoger el pequeño objeto que había quedado justo delante de sus pies. Lo acercó a sus ojos y vio que se trataba de una tarjeta micro SD. Pensó que probablemente pertenecía a su vecino y se dispuso a entregársela. Pulsó otra vez el botón que la llevaría de nuevo hasta el sótano y una sonrisa se dibujó en su cara imaginando que aquel podía ser el principio de otros encuentros aunque para ello tuviera que saltarse alguna de las normas con las que vivía, concretamente la que tenía que ver con la no conveniencia de iniciar aventuras amorosas con los vecinos. Era la norma número siete, que casualmente coincidía con el piso en el que ella vivía actualmente.

Llegó de nuevo al garaje, desde donde pudo ver cómo él tomaba la rampa de salida y, chascando con la lengua miró la pieza que sujetaba con su mano y antes de que le diera tiempo de pulsar por tercera vez el ascensor, este se ponía en marcha. —Mierda —dijo en voz alta. Algún vecino se había adelantado a ella.

Se abrieron las puertas y allí aparecieron Rocío y Juan, los del segundo, enzarzados en una lucha amorosa y besándose como si aquel fuera su último encuentro. Nadine sonrió al verlos. Siempre estaban engrescados en aquellos menesteres que en el fondo causaban la envidia de algunos de los moradores de aquel peculiar vecindario. Conocía sus nombres gracias a la gentileza y buen hacer de Paulina, la mujer más cotilla que había conocido jamás, que vivía con intensidad las vidas ajenas y que, a buen seguro, no recordaba lo que era un buen revolcón.

—Perdón, no quisiera interrumpir. Yo iba a mi casa cuando alguien ha pulsado el botón...

—Sí, sí, no te preocupes. Sube mujer, nosotros no tenemos prisa —contestó Juan sin dejar de meterle mano por detrás a su mujer mientras ella trataba inútilmente de disimular su apuro.

—Gracias —contestó Nadine aguantando la risa que aquella escena le provocaba mientras las puertas se cerraban y por fin podía llegar hasta su casa.

Después de la ducha y la cena se apoltronó en el sofá dando un suspiro y cogió el mando del televisor. No era muy amiga de la caja tonta aunque de vez en cuando se enganchaba a alguna serie. Las puertas que daban al balcón que había en el comedor estaban abiertas y la corriente de aire empezó a molestarle. Se levantó y se acercó hasta ellas con el único propósito de cerrarlas cuando unas voces, provenientes del balcón del piso de abajo, llegaron hasta sus oídos. Curiosa, prestó atención a la conversación que su vecina estaba manteniendo casi a grito pelado:

—Te he dicho una y mil veces que no. No insistas, por favor. Déjame sola. Es como

mejor estoy y es como pienso seguir hasta que las ranas críen pelo. Además ¿Quién necesita un hombre? El único que conocí, mejor dicho, que creí que conocía resultó ser un gran cabrón. Lo odio, lo odio y siempre lo odiaré –se la oía repetir entre sollozos.

Fruto de la corriente Nadine estornudó como solo ella sabía hacer; pareciendo que su cuerpo iba a descomponerse con el estruendo que producía al hacerlo. Se tapó la boca pero ya era tarde. Su vecina, Elva, una mujer a la que tampoco había visto demasiadas veces y que parecía estar al borde de una depresión por la forma en que la había visto caminar las pocas ocasiones que habían coincidido, debió de escucharla e inmediatamente desapareció hacia el interior. Se veía solitaria, apenas había cruzado algunas conversaciones típicas de ascensor con ella aunque Nadine no necesitaba muchos más datos. Aquella mujer destilaba amargura por todos sus poros. ¿Sería así como la veían a ella sus vecinos?, se preguntó encogiéndose de hombros. Ella tampoco necesitaba a los hombres, pensó con tristeza mientras llegaban a su recuerdo las últimas palabras antes del portazo que selló una separación que ya duraba mucho tiempo, demasiado en ocasiones. Desde entonces había una norma, la número dos, que la acompañaba siempre: Nunca necesitarás demasiado tiempo a un hombre.

Pensativa, imaginando cuál debía ser la desgracia de su vecina y cuántas cosas tendría en común con ella, decidió que lo mejor que podía hacer era irse a la cama. Estaba sola, como todas las noches de los ya ni recordaba cuántos meses, la programación de la televisión era penosa y detestaba quedarse dormida en el sofá. Dispuesta a retomar la lectura que hacía unos días había abandonado, mientras se lavaba los dientes recordó la pieza que había encontrado en el ascensor y fue a buscarla. La cogió, observándola durante unos segundos, hasta que decidió lo que nunca debió haber hecho: meterla en su ordenador y comprobar qué contenía en su interior. Había dado por hecho que pertenecía a Marcelo aunque esa era una conclusión a la que ella había llegado sin tener nada que pudiera demostrarlo. No tenía por costumbre meterse en la vida de los demás y justificaba aquella acción que estaba a punto de llevar a cabo como parte necesaria e imprescindible para devolver a su dueño un dispositivo que entonces pudo comprobar que tenía una alta capacidad de almacenamiento y debía costar su buen dinero. Sin pensarlo más, metió la tarjeta y en su pantalla aparecieron varias carpetas que indicaban que los archivos que estaba a punto de ver eran videos. Las carpetas se encontraban dispuestas en orden alfabético y cualquiera podía ser buena para empezar. Todas habían sido nombradas con letras mayúsculas seguidas de números romanos. Sin darle más importancia abrió la primera que estuvo cerca de la flecha de su ratón y pulsó dos veces para entrar. Para su sorpresa, de allí se desplegaron varios documentos que guardaban un elemento común: Una secuencia de filmaciones de escenas pornográficas en las que todavía no se había efectuado el proceso de edición. Eran las primeras tomas, de eso no cabía la menor duda a tenor de la aparición esporádica de personas portadoras de micrófonos y algunas cámaras domésticas que de vez en cuando aparecían en la pantalla sujetas por quienes parecían ir dando instrucciones. Sin pestañear, observó atentamente el primero de los videos buscando en él algo que le diera una pista para identificar a quién podía pertenecer, algo que suponía bastante difícil a primera vista.

Tras el primero, que dio paso a los restantes de la primera carpeta, se echó para atrás recostándose en el respaldo de su sofá, dispuesta a saborear la sensación de haber entrado en una de las áreas más privadas de las personas corrientes: el momento de hacer sexo. Sexo casero, pensó en primer lugar. Sexo duro, volvió a pensar modificando el primer diagnóstico a medida que las escenas se iban sucediendo en cada película. Excitada después de los más de tres cuartos de hora que duraron los videos de la primera carpeta, se acercó a la cocina a beber un vaso de leche decidida a no ver nada más e irse a la cama. Estaba violando la intimidad de las personas, lo sabía, pero aquello había llegado a sus manos de forma fortuita, no había por qué sentirse culpable. Aquellos hombres y mujeres practicaban sexo sin pudor ante otros que los grababan y que incluso los aconsejaban mientras el festival entre los protagonistas estaba servido. Allí no había falos descomunales, ni repetición de la jugada mientras los mástiles seguían erguidos a la enésima potencia, ni cuerpos de infarto, ni nada por el estilo. Allí había parejas corrientes que follaban emulando las tan repetidas escenas que a buen seguro habrían visto en las «pedagógicas» e imposibles películas «X».

Nadine no dejaba de pensar en Marcelo, tenía que ser él. ¿Quién si no? Su imagen no había dejado de aparecer de forma intermitente en su cabeza y no le costaba imaginar que probablemente era él quien había perdido aquella tarjeta que ahora obraba en su poder. No tenía la intención de ver ninguna otra pero la curiosidad podía con ella y guardaba la esperanza de encontrárselo allí, siendo objeto de alguna de las tomas que ya habían subido la temperatura de su cuerpo.

Animada por una curiosidad malsana que su vecino estaba ejerciendo sobre ella y ante una duda de la que quería deshacerse, se llevó el ordenador hasta la habitación, lo conectó y se metió en la cama dispuesta a tragarse la totalidad de las cintas. No había prisa.

Pasó deprisa muchas de ellas y tuvo que llegar hasta la penúltima de las carpetas para encontrar lo que la había mantenido insomne hasta altas horas de la madrugada. Marcelo había sido grabado poniendo en práctica con todo lujo de detalles algunas de las técnicas que, después de haberse cruzado con él la tarde anterior, podía figurarse sin ejercitar demasiado su imaginación. Dos focos clave. Sus ojos: penetrantes y mordaces como a ella le gustaban. Su abdomen: un abdomen que perfilaba el triángulo perfecto hacia un miembro viril que, por su tamaño y su presentación ante la cámara, a buen seguro había dejado más que satisfecha a la fémina que se lo había beneficiado varias veces en aquel video.

Impresionada y presa de una excitación que iba en aumento, abrió el cajón de su mesita y mientras rebobinaba la grabación en la que su vecino ejercía el papel de protagonista, se masturbó imaginando que el que entraba en ella, vibrante y lubricado, no era su juguete favorito sino el erguido y enorme falo que estaba viendo en aquel último video.

La mañana despertó a Nadine cuando el sol entraba por la ventana atravesando con su luz hasta la puerta de su dormitorio. Se despertó lentamente disfrutando de cada uno de los crujidos de su cuerpo y girándose sobre su cama cuando chocó con el portátil que había dejado la noche anterior justo al lado del consolador. Eran casi las dos de la tarde, algo tan extraño en ella que tuvo que mirar varias veces el reloj para asegurarse de haber visto bien la hora. Había caído en los brazos de Morfeo y ni siquiera aquella noche había aparecido en sus sueños su misterioso «ente» desconocido. Haciendo cuentas había dormido casi doce horas. Sonrió mientras su cabeza hacía memoria de lo sucedido la noche anterior. Le costaba creer lo que había visto, pero lo había visto y de eso no cabía la menor duda. Valoró la situación y pensó que no tenía por qué dar a su dueño la tarjeta aunque le apetecía hacerlo. Nadie podía sospechar que era ella la que la tenía en su poder y, sin embargo, quería entregársela. ¿Qué cara pondría él al recuperar una información tan comprometida cuya pérdida debía traerlo de cabeza? ¿Para quién serían aquellas filmaciones? ¿A qué se dedicaba realmente el misterioso de Marcelo? Eran algunas de las incógnitas que despertaban su curiosidad y más después de haberlo visto en acción. Todavía sonriente, se metió en la ducha recordando como Marcelo trataba de enseñar algunas técnicas a aquellas mujeres que, a juzgar por sus caras, disfrutaban como posesas ante semejante espécimen y sintió de nuevo una punzada en su estómago.

Caía la tarde, era sábado y se sentía sola, como tantas otras veces desde los últimos meses. La decisión había sido suya y el orgullo podía con todos los argumentos que desembarcaban sin aviso previo en su corazón herido. Recordarlo era demasiado doloroso y se empeñaba en tapar su ausencia inútilmente. Imaginaba su regreso, sus manos, sus besos y sus caricias y las lágrimas hacían el resto del trabajo. Se había enamorado aunque siempre se negó a reconocerlo. Él la engañó con su mejor amiga. Eso era todo. Todo y nada lo que esperaba ella de las relaciones amorosas después de aquella experiencia. La traicionó y fue algo que nunca pudo perdonar. Desapareció de su vida para siempre cuando los planes de futuro estaban a punto de convertirse en realidad. La escena fija en su retina, ambos follando encima de su cama era algo que tardó mucho tiempo en borrar de su cabeza. A partir de aquello decidió establecer algunas normas en su vida. La primera: no enamorarse nunca más, algo que hasta el momento había conseguido.

Un enorme helado de chocolate logró arrancar aquellos tristes recuerdos de su mente mientras se centraba en la que presentía que iba a ser la escena más excitante de las últimas semanas. Imaginó los pasos hasta el apartamento de su escurridizo y enigmático vecino mientras ella, jugando a caballo ganador, mantendría un hilo de suspense que pensaba tensar hasta el límite de sus posibilidades.

Su propósito era el de no desvelar que había descubierto su participación en algunas de las grabaciones. Se mostraría ingenua, haciendo un excelente papel de actriz poniendo en práctica el aprendizaje en las clases de interpretación que había tomado el año anterior. Se había divertido muchísimo en aquellas sesiones y, cómo no, había dejado tocado de muerte a más de uno que había querido seguir actuando fuera del escenario. No había

vuelto a las clases y su faceta de actriz estaba por explotar, así que aquel se presentaba como uno de los mejores momentos para hacerlo. Se vistió ligera de ropa, miró su reloj y se apresuró a salir de casa sin saber si Marcelo estaría o no en su apartamento. Era un riesgo que debía asumir. No tenía su teléfono. Buscó las llaves, se miró en el espejo del recibidor antes de abrir la puerta y se dispuso a salir decidida cuando, ante su cara, con gesto de sorpresa, Marcelo y ella casi se dan de bruces. Él la miró a ella contrariado. Ella lo miró a él abriendo la boca, incapaz de emitir el grito que su garganta frenó y se tragó ahogándolo en su interior.

—Tienes el don de la oportunidad —dijo él con el dedo a punto de apretar el timbre de su puerta.

—Y tú tienes el don de aparecer cuando menos se te espera y matar a la gente del susto —respondió ella llevándose la mano al pecho.

—Lo siento, no era mi intención asustarte. Perdóname —añadió sonriente.

—Uffff... Perdonado.

—Esto... ¿Pensabas salir?

Sin que ella hubiera respondido permanecieron allí en el umbral de la puerta mirándose hasta que Nadine rompió el silencio:

—Dime, ¿qué te trae por aquí? —preguntó intentando reponerse mientras su mente trabajaba a toda velocidad buscando y temiendo al mismo tiempo la razón que lo había llevado hasta ella.

—Es muy violento para mí. ¿Me dejas pasar? —interrogó Marcelo con la intención de avanzar al frente antes de que ella se lo propusiera.

—Por supuesto —dijo abriendo del todo para darle paso—, aunque si tengo que ser sincera... —añadió Nadine dejándolo entrar sin terminar la frase.

Marcelo entró y esperó que Nadine cerrara. Ella, como buena anfitriona, hizo un gesto con su mano invitándolo a seguir hasta el comedor. Vivían en el mismo edificio y, por lo tanto, conocían perfectamente la distribución que tenían en cada piso, así que sobraban las frases de cortesía típicas de aquellos casos.

—Ponte cómodo —invitó ella.

—Gracias, no quiero molestar. Solo quería hacerte una pregunta.

—Lo sé. Fui yo —pronunció antes de darse la vuelta para observarlo—. No tienes de qué preocuparte. Pero pasa. ¿Qué prefieres para beber: un refresco, una cerveza o un vino? Tengo uno en la nevera estupendo y no me gusta beber sola.

La cara de sorpresa era lo mejor de todo después de haberlo visto desnudo. Ella, como si lo que acababa de confesarle no tuviera demasiada importancia, permaneció mirándolo divertida hasta que él se decidió a hablar:

—Verás...Un vino —contestó a sabiendas de que aquello empezaba a convertirse en un juego—, a mí tampoco me gusta hacer algunas cosas solo —añadió esbozando una sonrisa que dejaba ver su blanca y perfecta dentadura.

La temperatura iba subiendo en el ambiente y en los cuerpos de ambos, a pesar de que por el momento, al menos ella, no había la más mínima intención de perder las formas. Sonrió con él y dio media vuelta sabiendo que Marcelo fijaría sus ojos en ella y en sus nalgas.

—Perfecto. Voy por él. Toma asiento mientras y espérame aquí. No tardo nada.

Marcelo estaba acostumbrado a situaciones en las que sin más preámbulo que un cordial y casi frío saludo acompañado de algunas frases de cortesía, el siguiente paso consistía en acariciar, recorrer, lamer y penetrar con su enorme miembro a algunas de las protagonistas de aquellas películas pornográficas que después se distribuían en gran parte de Europa. Él no hacía aquello por dinero. Era casi un hobby, una forma de conocer gente y un pasatiempo al que no le daba demasiada importancia. Había llegado hasta allí por casualidad y no tenía ninguna intención de dedicarse a aquella actividad, pero alguna de sus amigas habían insistido tanto que al final se había dejado llevar por una experiencia que al principio le causaba algún reparo pero que luego acabó gustándole. Sólo había una norma: su cara no debía salir en las grabaciones y como eso era un poco complicado lo habían resuelto con una máscara que tapaba parte de sus rasgos. Algo grotesca en la piel de un negro, aquella careta que utilizaba emulaba las facciones de un Eros blanco, como no podía ser de otra manera. Las féminas habían terminado por bautizarlo como el Eros negro. Una tontería como otra cualquiera.

Otra cosa eran las grabaciones en las que sin proponérselo se había visto envuelto en los últimos meses. Aquellas no eran profesionales. Eran una moda que se había extendido entre determinados círculos sociales en los que algunas parejas, aburridas de una vida sexual monótona, habían puesto de moda grabarse mientras fornicaban. Sin saber ni cómo ni por qué se había convertido en algo así como un asesor de imagen junto con el cámara que asistía a las sesiones pactadas para grabarlas y, en ocasiones, era requerido para añadir salsa a las escenas más rocambolescas, algo a lo que él no se negaba. Después, eran llevadas a editar para ser entregadas posteriormente a sus protagonistas a un precio nada despreciable que todos pagaban encantados. Todas menos la que Marcelo había extraviado y Nadine había descubierto en el ascensor.

Absorto en sus pensamientos y en lo que iba a explicarle a su vecina, apareció ésta con dos copas dispuesta a brindar. Aquella mujer era preciosa, se dijo mientras se sentaba a su lado y rozaba sus dedos frente a la copa que ella le entregaba. Sin dejar de mirarla percibió la opresión que una erección, precipitada y galopante, que estaba naciendo entre sus piernas, ejercía en sus pantalones. De nuevo, ella se adelantó a decir:

—Por este encuentro fortuito, fruto de la casualidad —pronunció sonriendo.

—Por nosotros —dijo él tomándose la copa de un trago.

Sus miradas se hicieron más intensas y el gesto de sus bocas entreabiertas fue el preludio de un acercamiento en el que ambos sabían a qué se estaban enfrentando. Sin mediar palabra, se apresuraron desesperados el uno sobre el otro encontrándose con sus lenguas, enfrentando sus cuerpos en una carrera por verse desnudos, frente a frente, profiriéndose caricias que parecían llegar desde otra dimensión. Nadine había cerrado los ojos mientras, allí de pie junto a Marcelo, sentía crecer la excitación que aquel hombre le producía tan solo con la insinuación de un contacto que ya había sentido alguna vez, con unos dedos que parecían flotar sobre su cuerpo casi sin rozarla. Conocía aquella sensación, la había vivido antes y sin embargo no era capaz de recordarla. Presa de la calentura que crecía entre sus piernas abrió los ojos y lo miró para dirigir inmediatamente su cabeza hasta la verga más grande que había visto en su vida. Bajó hasta ponerse de rodillas frente a él, la agarró con fuerza entre sus manos y la metió en su boca recorriendo en círculos repetidos con su lengua el perímetro de aquella muestra sobrenatural al tiempo que la bombeaba con su mano. Los lamentos rotos de placer no tardaron en manifestarse. Marcelo, que durante aquellos minutos había presionado la nuca de Nadine contra su miembro, la sujetó por lo hombros, la levantó, la giró sobre sí misma hasta ponerla de espaldas a él, curvó su espalda hacia delante y, sin más, la embistió de una sola estocada allí, de pie, sin más preámbulos. Nadine gimió de placer mientras él se movía cada vez con más fuerza entrando y saliendo de ella con el mismo acierto con el que lo había visto trabajar en las películas. Evocando algunas escenas, llegó al orgasmo sin recortar ni uno de los gemidos que brotaban de su garganta. Él, dio el último envite antes de quedar pegado a sus nalgas durante unos instantes en los que el tiempo se había parado para ambos.

Pareció no haber ocurrido nunca aunque ninguno de los dos iba a olvidar en muchos días lo que acababa de suceder. Se besaron tranquilos, recorriendo una vez más sus cuerpos sudorosos sin mediar palabra. Después, él se fue vistiendo mientras ella desapareció por el pasillo para volver al cabo de unos minutos. La prenda vaporosa y semitransparente que llevaba puesta hizo que Marcelo entreabriera la boca antes de sonreír. Una sonrisa que ella devolvió mostrándole la pequeña pieza que llevaba en una de sus manos.

—Viniste a buscar esto, ¿cierto? —preguntó acercándose a ella mientras sellaba sus labios con un beso.

—En efecto, aunque nunca imaginé que recuperar algo fuese tan placentero.

—Es el precio que pensaba cobrarme por las molestias —añadió ella guiñándole un ojo.

—Espero que estas no hayan sido muchas —respondió él sujetando sus nalgas en un nuevo arrebato de calentura.

—No demasiadas. Creo que lo mejor será que te vayas. Tenía pensado salir después de devolverte lo que era tuyo.

—Entonces, ¿has visto las películas?

—No —contestó ella antes de elevar una carcajada al aire—, no era esa mi intención —se delató al fin entre risas—, pero no pude resistirlo. La curiosidad gana casi siempre. Estabas fenomenal y ahora puedo imaginar cómo pudiste dejar a todas esas mujeres a las que parecías estar ayudando.

—No me gusta, aunque en ocasiones me veo presionado para hacerlo. Aunque no sea del bueno, al final sexo es sexo. En fin, no te entretengo más. Creo que cuando llegué estabas a punto de salir, ¿me equivoco?

Nadine no contestó. Lo tomó por el brazo y lo acompañó hasta la puerta. Allí, como si fueran dos enamorados que se niegan al tan doloroso momento de la despedida, permanecieron mirándose durante unos segundos hasta que ella se acercó y lo besó para desprenderse de su boca poco después. Estaba cerrando la puerta cuando escuchó una voz femenina que interrogaba:

—¿Marcelo? ¿Cómo tú por aquí? Te recuerdo que vives dos pisos más abajo —se oyó entre risas.

—Nada en especial, ¿y tú? —preguntó con el único propósito de evadir su respuesta.

—¿Cómo? —respondió ella interrogando sobre una conversación completamente absurda—. Esta tarde me llamó Sammy. Se encontraba mal y quise venir a tomar un café con ella. Al final ha sido un café y un pinchazo. Por mi parte está aclarado —dijo esperando que él hiciera lo mismo. Algo que no ocurrió.

—¿Está enferma? —volvió a preguntar mostrando una falsa preocupación por una vecina con la que apenas había cruzado dos frases de cortesía.

—Nada que una buena profesional no pueda remediar —respondió eludiendo la causa concreta de su visita.

Nadine ya no estaba en la escena aunque permanecía atenta tras la puerta frente a la tormenta eléctrica que parecía precipitarse en el descansillo de un momento a otro. Los personajes que ahora estaban en acción quedaban fuera del radio de su vista a pesar que la mirilla ofrecía un ángulo bastante amplio. Hacía más de un minuto que no se oía a nadie e imaginó que la conversación debía haber terminado, así que volvió al comedor, se tiró en el sofá y se dedicó un aplauso al tiempo que pensaba qué hacer para la hora de la cena.

Las caricias se sucedían mientras ella permanecía inmóvil, sintiéndose presa de un cuerpo que, al tiempo que respondía a aquellos estímulos que llegaban de nuevo en la madrugada, no obedecían a las órdenes que su cerebro daba sin éxito. Era él, ahora podía verlo con claridad. Siempre había sido él. Se esforzó en negarlo y rechazarlo una y otra vez inútilmente. No podía moverse, algo lo impedía. Algo presionaba encima de su cuerpo. Algo que otras veces había percibido apenas y que ahora, sin embargo, la estaba ahogando. Con un gran esfuerzo entreabrió los ojos y lo vio. Estaba allí. No era posible. No sabía dónde vivía. Había borrado el nombre de su memoria, los besos de sus

recuerdos, las risas compartidas y el amor de su pasado y, sin embargo estaba allí. No pudo gritar. Él lo impidió tapando su boca con la suya. Después todo se volvió como había sido siempre. Las promesas volvieron a sonar para ella de nuevo de sus labios:

—Nadine, perdóname. Te amo. Siempre te he amado. Llevo buscándote desde entonces y ya no podía más.

—¿Y quién te ha dado mi dirección?

—Eso no importa ahora. Solo quiero que me perdones.

—Desde luego que importa. Recuérdame que lo mate, pero luego —pronunció girándose sobre él antes de empezar a saborearlo de nuevo.

—Recuerda una de las normas más importantes que siempre te han acompañado —dijo él entre suspiros.

—¿Cuál?

—Nunca revelarás tus fuentes.

—Deja eso ahora y demuéstreme que me quieres. Llevo muchos días pensando en ti y creo que he decidido perdonarte. Aunque no estoy segura de ello. Espero no arrepentirme.

—No lo harás, de eso me encargo yo.

No hubo más palabras. Desde la ventana Eros observó durante unos instantes una escena vista infinidad de veces a lo largo de su historia. Ellos podrían volver a amarse una vez más, mientras él sujetaba entre los dedos una de sus flechas. Aquella que había logrado atravesar el corazón de Nadine para entregarlo de nuevo al amor.



Una noche muy larga y aburrida la de este sábado en la ciudad condal. Estoy buscando diversión, pero no encuentro nada que me estimule. Seguramente se estarán preguntando quién soy. Una respuesta complicada... yo soy ese por el que muchos están deseando recibir una flecha en su corazón, pero aquí en la tierra se me conoce como Óscar.

A primera vista soy un hombre normal, guapo, alto, rubio y con una sonrisa misteriosa, de esas que dicen «sé algo que tú no sabes». No esperen ver alas o corazones... voy camuflado para pasar desapercibido.

Esta noche de sábado, estoy en la terraza comunitaria que hay en la última planta del edificio donde ejerzo de chico de mantenimiento, una tapadera para buscar víctimas, esas que suspirarán por alguien cuando yo lo decida. Ya he emparejado a unas cuantas... pero mi misión es repartir el amor allá por donde vaya.

La noche está estrellada, el cielo claro y limpio de nubes, una noche perfecta para el amor... pero, ¿a quién lanzarle mis flechas?

Alguien viene caminando por la acera en dirección al portal, es la vecina del 5º, Paula, la auxiliar de enfermería que comparte apartamento con dos amigas, Ana y Valeria. Por lo que veo, le ha tocado otra noche de guardia en el hospital. De pronto, sin apartar la mirada de su figura, mis ojos se encienden entusiasmados al recordar al vecino madrugador. Empiezo a sonreír porque he encontrado con quién divertirme, ¿y si esta madrugada hago una travesura?, ¿a que vosotros también queréis divertiros?

Dice el refrán que hay amores que matan. O ese otro que dice: del odio al amor solo hay un paso. Pues acompañadme a ver cómo empieza el juego y, ya metidos en faena, pensaré en algo para las compañeras de piso.

Era domingo por la mañana y un sonido estridente despertó a Paula, quien maldijo en voz baja. Solo eran las 6:30 de la mañana, ¿qué narices haría el vecino a esa hora tan inhumana?, pensaba, dando vueltas en la cama. No era la primera vez que ese idiota la despertaba y estaba harta de aguantar callada. Acababa de quedarse dormida después de un turno de guardia horrible, no era justo, ahora no lograría conciliar el sueño.

Definitivamente, tenía que hablar con sus compañeras y ver cuál de las dos se apiadaba de ella, y aceptaba cambiarle el cuarto. Si no, terminaría teniendo un rifirrafe con su vecino.

Cabreada, se levantó de mala gana. Sabía que no sería capaz de pegar ojo por muy cansada que estuviera. Se dirigió al baño y se metió furibunda en la ducha, necesitaba refrescarse. Después, fue a la cocina a tomarse un vaso de zumo mientras iba pensando en

varias torturas a las que sometería con muchas ganas al cretino de al lado.

Sus amigas dormían a pata suelta, algo normal que haría cualquier persona un domingo a esas horas. Entró de nuevo en su habitación y miró con odio la pared que la separaba de ese insensible. De pronto una idea iluminó sus ojos y, sonriendo para sí, pensó... «Donde las dan, las toman».

Marcelo estaba muy relajado sentado en su cocina mientras desayunaba como hacía todos los días. Era un hombre muy minucioso al que le encantaba el orden, y sobre todo, aprovechar las horas desde muy temprano. El silencio de las mañanas era su momento favorito del día, en el que su mente trabajaba mejor. De repente, pegó un respingo que lo hizo atragantarse con el café que estaba bebiendo. Una música atronadora venía del apartamento de al lado. Increíblemente miró el reloj que tenía en la pared de la cocina que marcaba las 7:00 de la mañana.

—¿Qué loco pone ese volumen a estas horas?! —exclamó en voz alta.

Sonaba a toda voz la canción *Beautiful day* de U2.

Su hermoso día se estaba yendo a la mierda, pensó Marcelo con ironía.

—¿Cuál de las tres locas será? —habló para sí mismo. Estaba poniéndose de mal humor a medida que el ruido era más estridente. Se levantó cabreado—. Se van a enterar esas —bramó furioso, algo muy raro en él.

En un impulso poco frecuente, se levantó, cogió sus llaves y se dirigió a hablar con las piradas que vivían en el apartamento vecino.

—¡Paula, te has vuelto loca! —gritó Valeria saliendo de la habitación—. Baja esa música, joder.

—Ahora lo hago, solo unos minutos más, es un regalito para nuestro vecino madrugador y su puto despertador.

—Otra vez te ha despertado, ¿pero este tío a dónde va un domingo a estas horas?

—Sí, otra vez. Y he tenido un turno de mierda, estoy agotada y cabreada.

—¿Por qué no hablas con él?

En ese momento sonó el timbre de la puerta, ambas se giraron a la vez y luego volvieron a mirarse.

—Me parece que tienes visita, vendrá a darte las gracias por el regalito —murmuró riendo Valeria—. Me voy a seguir durmiendo. Que te sea leve.

Paula apagó la música y fue como una flecha hacia la puerta, la abrió y se encontró con un hombre bastante cabreado, además de estar buenísimo.

—Perdona, ¿crees que es normal poner la música a ese volumen un domingo a estas horas? —preguntó con brusquedad.

—Sí, tan normal como poner el despertador a las seis y media de la mañana y joderle

el sueño a la gente —replicó igual de irascible.

Marcelo se quedó callado observando a esa pequeña fiera. Sus ojos brillaban debido a la rabia que despedían, era bajita y rellenita, pero bien proporcionada, voluptuosa, como solían gustarle. Pero en ese momento, ella no le gustaba ni un pelo.

—Lamento si mi despertador perturbó tu sueño, no tengo la culpa de que estas paredes sean de papel, aun así, no hay comparación.

—A que jode, ¿verdad? Pues imagínate llegar a las seis de la mañana de trabajar y cuando estás en el primer sueño, te despierta un chirrido esperpéntico como el que emite tu despertador. ¿No podrías cambiarlo?, usar una música más suave, tu móvil con una canción o algo mejor que ese cacareo irritante.

—¡No voy a cambiar mi despertador!, si tienes problemas usa tapones para tus oídos, guapa —respondió irónico, clavando sus ojos color ámbar en ella.

—¡Pues muchas gracias por nada, imbécil! —gritó cerrándole la puerta en las narices.

Marcelo se quedó mirando como un tonto la puerta. Le acababan de cerrar la misma en todo la cara, bufó indignado y dando media vuelta regresó a su casa; al entrar, cerró dando un portazo para desahogar de alguna manera la furia que bullía en su interior.

—¡Qué se ha creído esa loca del demonio! —gritó, algo insólito en él, un hombre más bien tranquilo y conciliador.

En el pasillo, el chico de mantenimiento había presenciado con una sonrisa maliciosa toda la escena, estaba claro que se iba a divertir mucho con esos dos.

Paula se tumbó en el sofá intentando calmar la rabia que corría espesa por sus venas. Ese cretino se había ofendido, y además, le daba igual si la molestaba o no. Estaba decidida a hablar con la propietaria del apartamento y pedirle que pusiera una queja formal a la comunidad. Se iba a enterar el vecinito de cómo se las gastaba ella. Eso, unido a que se le había estropeado el plan del fin de semana por culpa de esa guardia, la tenía de muy mala leche.

Junto con Elva, su vecina del 6º y su amiga Lucía la del 4º, había pensado escaparse a un hotel de la costa y pasar dos días de relax disfrutando de la playa y de un buen libro, de esos que estaban llenos de historias de amor. Pero todo se fue al garete al tener que hacer una suplencia.

Cerró los ojos e intentó relajarse y descansar un poco, había empezado mal ese domingo, a ver cómo lo terminaba. Su respiración se fue ralentizando y su cuerpo, poco a poco, fue perdiendo la tensión mientras el sueño se apoderaba de su mente y la llevaba a los brazos de Morfeo.

Unos ojos color ámbar, brillantes e intensos invadieron su descanso. Unas manos de dedos largos y oscuros se acercaban a su rostro buscando tocar su piel clara. Él avanzaba con calma hacía ella, sin dejar de mirarla, haciendo que su temperatura corporal subiera a cada paso que lo acercaba a su cuerpo. Un jadeo involuntario salió de entre sus labios y

una excitación ya conocida recorrió su piel. Lo deseaba, con la misma intensidad que, ¿lo odiaba?

Se removi6 entre sueños y cuando estaba a punto de sentir esos labios tocar su boca, se despert6 asustada.

—¡Mierda!, lo que me faltaba es que ahora invada mi descanso, joder, ¿pero qué hago soñando con él? —exclamó incorporándose en el sofá. Miró el reloj y se sorprendió de ver que ya eran las nueve y media de la mañana.

—Buenos días, no quise despertarte porque parecía que estabas disfrutando de tu sueño —dijo Valeria risueña.

—Joder, pero si estaba soñando que el vecino me acechaba para besarme.

—Pues ya me gustaría que ese espécimen me besara y mucho más. ¿A ti no? —Sus ojos brillaban con picardía.

—Ese imbécil estará muy bueno, pero es un maleducado.

—Dejando lo del despertador aparte, no me dirás que no está como un tren. Esa piel oscura y esos ojos ámbar... parece una pantera.

—¿Quién es una pantera? —preguntó Ana que acababa de llegar.

—¿De dónde vienes, golfa? —soltó Paula riendo.

—De pasar la noche con dos macizos de escándalo. Me duele todo el cuerpo, pero valió la pena —contestó sentándose en el sofá junto a Paula—. A ver, no se hagan las locas y cuéntenme quién es la pantera.

—El vecino de al lado, el del despertador —contestó Valeria—. Nuestra Paula estaba soñando con él.

Ana se giró para mirar a Paula y sonrió con malicia mientras esperaba que soltara todo con pelos y señales.

—Vamos, cuenta, cuenta.

—Que te cuente Val, yo me voy a desayunar que tengo hambre y estoy cansada, y todo es por culpa de la pantera —espetó mientras se dirigía a la cocina.

Valeria la puso al día de lo sucedido esa mañana y Ana se partía de risa mientras escuchaba.

—¡Paula! Y digo yo, ¿por qué no intentamos ligarnos a la pantera como se llame? —propuso Ana—. Ese negro esta para echarle más de un polvo —afirmó.

En la cocina, Paula se detuvo, pensativa, y por primera vez no le hizo gracia la propuesta de su amiga, no quería que ellas se lo ligaran. «¿Por qué no?», se preguntó. Las tres habían compartido parejas, habían hecho tríos y todo lo que les apetecía. Nunca habían tenido problemas con ello, pero a Paula imaginar al vecino tocándolas y besándolas le revolvió el estómago.

—¿Se puede saber qué me pasa? —murmuró para sí.

Agotado y sin poder descansar, Jean Carlos daba vueltas en su cama. Desde hacía una semana se sentía muy solo. Nunca pensó que Andreu terminara la relación, ellos estaban bien juntos. «¿Por qué todo tuvo que cambiar? ¿Por qué los sentimientos complicaron una relación estupenda?», se preguntó mientras se dejaba llevar por los recuerdos.

Todo a la mierda por un polvo. Andreu sabía de sus gustos, él era bisexual, le encantaban los hombres y las mujeres, ¿por qué no pudo entenderlo? Le gustaba jugar, el morbo, lo prohibido. Al principio parecía que los dos compartían los mismos gustos menos el tema de las mujeres. Andreu era gay, no le gustaban las mujeres y cuando decidieron probar a ser pareja, la cosa empeoró. Los celos y la desconfianza fueron minando una relación que antes era ideal. La bomba había explotado la semana anterior en la discoteca...

Estaba tomando una copa mientras charlaba en la puerta con Óscar, que casualmente era el que hacía el mantenimiento del edificio donde vivía desde hacía pocos meses. Un tío curioso, pero simpático. Atraía a las mujeres al local y eso era bueno para el negocio. Esa noche estaba una vecina esperando para entrar, Mabel, una mujer muy sexual y atractiva. Iba con un par de amigas y al reconocerlo se acercó a él.

—Hola, vecino. ¿No me digas que trabajas aquí? —dijo sonriente—. Y tú me suenas, ¿nos conocemos de algo? —preguntó dirigiéndose a Óscar.

—Hola, Mabel. Sí, este es mi lugar de trabajo y él es el chico de mantenimiento del edificio —contestó Jean Carlos.

—¡Claro!, perdona Óscar, sabía que te conocía, pero no recordaba de dónde. Y no me extraña, es que menudo cambio, guapo. De usar ropa de trabajo y gorra, a traje de chaqueta y corbata. —Lo miró de manera insinuante.

—Buenas noches, señorita Mabel. No te preocupes, entiendo que no me asociaras. —La miró intensamente haciendo que ella bajara la mirada.

—Óscar, las voy a acompañar dentro —avisó Jean Carlos.

El portero los miró avanzar y captó la mirada de un hombre clavada en Jean Carlos, estaba celoso y eso le era conveniente para sus planes. Hoy movería ficha y haría desaparecer a Andreu de la vida de Jean Carlos, por la sencilla razón de que tenía otros planes para él.

Esa noche Mabel lo puso a mil coqueteando de forma descarada y rozándose con él mientras bailaba, logrando que se la llevara al privado que tenía siempre reservado. Andreu los pilló follando, lo que desató sus celos y acabó con una relación que ya duraba más de dos años. Aunque no vivían juntos, sí que pasaban muchos días y noches en casa de uno u otro, solo que Jean Carlos no llegó a decidirse a dar el paso, otro tema que

aumentó los conflictos entre ambos.

Ahora estaba otra vez solo y era libre para disfrutar de todo lo que quisiera, pero se sentía raro. No entendía por qué todo tuvo que cambiar, él nunca había ocultado sus gustos, ambos habían participado hasta en algunos tríos con otro hombre u otra mujer, pero de pronto, Andreu, de la noche a la mañana ya no quería compartir nada.

—¡Que se vaya a la mierda! —exclamó en voz alta.

Se levantó y decidió que la vida era corta para estar sufriendo por quien no lo merecía, y como le dijo anoche Óscar, las cosas ocurrían por algo.

Se duchó, desayunó, —aunque ya era tarde— y decidió que saldría a visitar a su madre.

«Qué mejor que recibir los mimos de mamá para sentirte querido», se dijo mientras salía de su apartamento.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja y Jean Carlos se encontró con los vecinos de 2º, Juanjo y Paco.

—Hola, chicos, ¿qué tal el domingo? —saludó sonriendo.

—Normal. A ti no hace falta preguntarte, se te ve muy bien —contestó coqueto Juanjo.

—A ti también. —Le guiñó un ojo Jean Carlos—. Perdonad, pero no recuerdo vuestros nombres.

—Yo soy Juanjo y este serio de mi derecha es Paco, mi pareja.

—Hola —saludó Paco con mala cara.

—Pues nada, chicos, si alguna noche quieren divertirse vayan a Hysteria y pregunten por mí.

—¡No me digas que trabajas allí! Es un sitio genial según me han contado —exclamó Juanjo encantado.

—Pues cuando quieras estás invitado, perdón... los dos estáis invitados —se corrigió al instante.

Se despidieron y Paco entró al ascensor con Juanjo detrás, nada más cerrarse las puertas ambos se miraron de frente.

—¿Por qué has sido tan grosero, Paco?

—¡Y tú por qué eres tan descarado! —exclamó.

—He sido simpático, no descarado.

—A otro con ese cuento; estabais coqueteando en mi cara.

—Esos celos tuyos me ponen como una moto, cariño —le dijo acercándose a Paco.

—No cambies de tema, Juanjo.

—Calla, tonto, ha sido un coqueteo sin importancia. —Lo cogió por la nuca y le dio un beso que los dejó sin aire a los dos.

Las puertas del ascensor se abrieron y al separarse se encontraron con una pareja mayor que se quedó mirándolos con la boca abierta. Saludaron y salieron con rapidez. Entraron en su apartamento y se empezaron a reír al recordar la cara de la pareja.

—¿Quiénes serían? —preguntó Juanjo.

—Los padres de alguno de nuestros vecinos.

—Se fueron horrorizados. ¡Ya verás el cotilleo! —comentó riendo Juanjo—. Pero a lo que iba, me has puesto como una moto, así que... ven aquí cielo mío. —Se lanzó a sus brazos y ambos se perdieron el uno en el otro.

Al llegar al bajo la pareja se cruzó con la vecina cotilla, doña Paulina. Esta venía de sacar a su perro de paseo.

—Hola, ¿visitando a la familia? —saludó mirando la cara blanca de la mujer—. ¡¿Qué le ocurre?! —exclamó preocupada.

—Ha sido la impresión del momento —contestó el marido.

—¿Impresión?

—Es que nos hemos topado con dos hombres en el ascensor y... estaban besándose en la boca —susurró.

Paulina abrió los ojos espantada, pero enseguida supo a quiénes se referían.

—Se refieren a Paco y Juanjo del segundo piso puerta tres. Son gays, viven juntos, pero son buenos chicos a pesar de ser raritos —explicó Paulina—. ¿Por qué no pasan y le doy una infusión a su señora para que recupere el color? —invitó con ganas de cotillear.

—Acepto, muchas gracias —contestó el hombre aún espantado.

Cabreado como nunca y preocupado, Marcelo regresó tarde a su apartamento. Había perdido una micro tarjeta SD con unos vídeos un poco comprometidos. En realidad, si no fuera porque salía en algunos de esos videos no le importaría haberla extraviado. A ver en qué manos caía y si no terminaba saliendo en las redes sociales o en Youtube, se decía.

Vaya día que llevaba, pensaba mientras subía en el ascensor. Lo que más temía era haberla perdido en el edificio y que algún vecino la encontrara y que descubriera así, que le gustaba grabar a gente follando, y además, participar también en algunos de esos

encuentros.

Las puertas del ascensor se abrieron al llegar a su piso y Marcelo sin prestar atención, salió de prisa chocando contra alguien. Con reflejos rápidos sujetó a la persona que se estrelló contra su pecho. Inspiró fuerte y el aroma intenso de un perfume penetró en sus fosas nasales aturdiéndolo momentáneamente, hasta que escuchó esa voz.

—¡Por qué no miras por dónde vas! —gritó Paula furiosa al darse cuenta de quién era.

Marcelo la soltó y se la quedó mirando aún aturdido por ese olor. Paula observó esos ojos ámbar y recordó el sueño. Por un instante, ambos se quedaron como estatuas mirándose sin decir nada.

—Lo siento, estaba distraído —habló Marcelo.

—Vale, no ha pasado nada, ha sido más el susto —contestó sin dejar de mirar esos ojos—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Marcelo, y ahora que estoy más tranquilo quiero pedirte disculpas por mi actitud de esta mañana. No sabía que se escuchaba tanto el sonido del despertador.

—La verdad es que te pasaste un poco. Yo solo pretendía devolverte un poco de lo mismo.

—Tienes razón, perdona mis palabras de antes —afirmó Marcelo mirando esos ojos negros tan expresivos—. No me has dicho tu nombre.

—Paula —murmuró hipnotizada.

—Prometo no molestarte con el despertador, Paula.

—Gracias. —Se giró para entrar en el ascensor, pero Marcelo la detuvo.

—Creo que esto es tuyo. —Le tendió la bolsa de basura que acababa de recoger del suelo.

Sus dedos se tocaron y saltaron chispas que los hicieron dar un respingo, fue como la electricidad estática que se siente al tocar algo. Volvieron a mirarse extrañados y sin más se despidieron. Un poco apartado y sin que lo vieran, Óscar sonreía al ver el efecto que un par de flechas bien lanzadas podía tener en las personas.

Al entrar en su piso Marcelo aún se preguntaba confuso qué era lo que había pasado en el pasillo, decidió dejar de pensar en ello y se fue a dar una ducha.

Al rato Paula entró en el apartamento todavía ofuscada, no sabía muy bien que había pasado con el vecino, pero era como si lo viera por primera vez.

—¿Qué te pasa?, parece que has visto una aparición —dijo Ana—, no te habrá estado contando Paulina otra de sus historias sobre que aquí viven seres de otro planeta —comentó riendo.

—No pasó nada, tonterías mías. ¿Qué hacéis vosotras?

—Pues estamos organizando una pequeña fiesta para el sábado que viene, ¿no tienes guardia, verdad? —respondió Ana.

—No, ese fin de semana libre.

—¡Perfecto! —gritó Valeria—. Vamos a poner en el buzón de nuestro vecino una invitación. Se llama Marcelo, lo he mirado. Y también vamos a invitar a Juanjo, Paco, Elva, Lucía y Sammy. A los demás apenas los conocemos.

—¿Y por qué al vecino?, a él tampoco lo conocemos.

—Para limar asperezas, Paula —aclaró con una sonrisa socarrona Ana.

—¿Qué estáis tramando?

—Bueno, en la fiesta vamos a intentar ligarnos a Marcelo. A ver quién se lo lleva primero a la cama... aunque quizás le gusten los tríos, nunca se sabe —insinuó divertida Valeria.

—No sé, se le ve muy serio —comentó Paula como si nada.

—No será que lo quieres para ti sola —soltó Ana.

—¡Que tonterías dices! Haced lo que queráis, pero ya veremos quién se lo lleva al huerto. —Las miró disimulando, pero en el fondo se sentía molesta—. Me voy a duchar. —Se levantó y se fue al baño.

—A Paula le pasa algo y no sé por qué, pero creo que es nuestro vecino, la pantera —susurró Valeria a Ana.

—Me parece que la fiesta va a ser muy interesante.

Las dos empezaron a reír mientras iban a preparar la cena.

Jean Carlos sonrió a ver el *whatssap* que le había mandado Mabel la vecina del quinto. Esa mujer era pura dinamita y lo estaba invitando para montarse una fiesta privada en su piso.

«¿Por qué no?», se preguntó. Se detuvo para mirar su buzón cuando Óscar lo distrajo, se saludaron, y Jean Carlos sin mirar, dio un paso hacia los buzones tropezando con Valeria, lo que provocó que se le cayesen las tarjetas que llevaba en la mano.

Los tres se agacharon a recogerlas y ni Valeria ni Jean Carlos se percataron de que Óscar se guardaba una que al momento deslizó sutilmente en el buzón del susodicho.

—Perdona mi torpeza —pidió él cuando se incorporaron.

Valeria se había quedado pasmada; frente a ella tenía un espécimen de anuncio de moda. Alto, moreno, con unos ojos de un azul intenso en los que te perdías, unas facciones perfiladas y como colofón una sonrisa que quitaba el aliento.

—Tranquilo, no pasa nada —consiguió decir.

—No te conozco, ¿en qué piso vives? —La devoraba con la mirada.

—Vivo en el quinto puerta tres —murmuró.

—Pues yo en el noveno puerta uno. Para lo que necesites estoy a tú entera disposición, encanto. —Se despidió y subió sin ver su buzón, no le gustaba hacer esperar a las mujeres y había una muy caliente esperando.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar.

—Sí, sí... no te preocupes, guapo. Por cierto, ¿quieres venir a nuestra fiesta el próximo sábado por la noche? —lo invitó.

—Bueno, si puedo me paso, es que trabajo en una discoteca por las noches. Toma una tarjeta para que tú y tus amigas vengáis a tomaros una copa.

—Gracias y buenas noches. —Se despidió y metió las invitaciones en los buzones, cuando le quedaba el último se dio cuenta de que faltaba una tarjeta y por más que la buscó no la encontró. Al final, decidió que llamaría a la vecina y la invitaría directamente.

Subió, entró a su piso y todavía obnubilada les contó a las chicas el encuentro con el Adonis del noveno.

—¿Tan bueno está? —exclamó Ana.

—Más, te garantizo que hacía mucho que un hombre no me dejaba sin palabras.

—¡Joder, quiero conocerlo!

—Pues subes y le pides azúcar o sal.

—Muy graciosa Paula, seguro que no se da cuenta.

—Bueno chicas, yo me voy a la cama que mañana empieza la semana y yo tengo mucho curro —dijo Paula y se fue a dormir.

—La semana no ha pasado y ya quiero que sea sábado —exclamó Ana.

—Y yo. Por cierto, podríamos ir alguna noche a tomar algo a este sitio. —Valeria le dio la tarjeta y le contó su conversación con Óscar.

—Ese hombre es misterioso y está buenísimo, pero no cae en las insinuaciones y mira que me le he insinuado —dijo Ana riendo.

—Sí, es un poco retraído, aunque su mirada parece leerte hasta el rincón más oscuro del alma —afirmó Valeria.

—A ver si va a ser él ese ser misterioso del que tanto habla Paulina.

Las dos empezaron a reír a carcajadas solo de imaginar que Óscar fuera un ente de otro planeta.

Mientras esperaba a que el ascensor llegase a la planta baja, Paula charlaba con el

simpático de Óscar, era un hombre algo enigmático, pero tenía un halo que atraía a todos. La semana estaba siendo movidita en el hospital, y a pesar de que ya era miércoles, deseaba con ganas que llegara el fin de semana. Por otra parte, estaba sorprendida porque Marcelo había cambiado el sonido del despertador por una suave melodía, y además, porque casi todas las noches soñaba con él.

—Buenas noches, Marcelo —saludó Óscar.

—Buenas noches —susurró muy cerca de ella.

Paula cerró los ojos un instante para intentar serenarse después de escuchar su voz detrás de ella, muy cerca de su oído. Los abrió y sin hacer caso a la mirada divertida de Óscar, se giró para saludar a su vecino que ahora la desvelaba apareciendo en sus sueños.

—Hola —dijo mientras sus ojos volvían a encontrarse y de nuevo algo ocurría entre ambos.

El ascensor llegó en esos momentos y ellos se despidieron de Óscar. Entraron y en el momento que las puertas se cerraron, sintieron la tensión que se había instalado entre los dos, se miraron a los ojos, sin saber qué decir. Un movimiento brusco los asustó al mismo tiempo que el ascensor se detenía.

—¡No, no y no! —gritó Paula—. ¡Mierda de ascensor!

—Tranquila, voy a dar a la alarma.

Al momento se escuchó la voz de Óscar:

—¿Estáis bien?

—Sí, pero ¿qué ha pasado? —preguntó Marcelo.

—Una avería me parece, he llamado a los de mantenimiento así que tened paciencia.

Ambos se miraron y el lugar pareció cerrarse más alrededor de ellos, era como si estuvieran encogiéndose por momentos.

—Mejor nos sentamos —propuso Paula y a continuación se dejó caer hasta tocar el suelo con sus nalgas.

Marcelo la imitó, y así, ambos, se encontraron sentados juntos con las espaldas pegadas a la pared y sus hombros rozándose.

—Jamás me encontré en una situación como esta —confesó Marcelo.

—¿El qué, atrapado junto a una loca? —dijo divertida.

—Algo así —afirmó risueño.

—Tienes una sonrisa muy bonita, lástima que no la muestres muy a menudo.

Se miraron fijamente y aunque no lo decían con palabras, notaban la atracción fluir entre ellos con intensidad.

—Reconozco que soy muy serio, pero la vida es muy dura y la gente es muy hipócrita... no sé, me he vuelto cauteloso.

—Te entiendo, las personas pueden llegar a ser muy crueles —afirmó con conocimiento.

Marcelo la empujó juguetón con el hombro, no le gustaba verla así, la prefería enfurecida, con su carácter a flor de piel.

—Por cierto, he recibido la invitación a vuestra fiesta... yo, no soy de fiestas, aunque intentaré pasarme un rato.

Sus ojos volvieron a encontrarse y se quedaron en silencio, el calor aumentaba a medida que sus rostros se acercaban. En el momento que sus labios se tocaron fue como si se desatara una tormenta. Se abrazaron y besaron con pasión. Se tocaron desesperados mientras sus lenguas se saboreaban sin contención.

Marcelo la sujetó por la cintura y la impulsó para subirla sobre su regazo, Paula se acomodó a horcajadas para poder sentirlo más cerca de su cuerpo. A pesar de las ropas, sus cuerpos se restregaban en busca de sofocar la pasión, que se había desatado entre los dos con un simple beso.

Al momento, un movimiento los sacó de la nube sensual en la que estaban flotando. Miraron la pantalla y notaron que el ascensor empezaba a subir otra vez. Sin decir palabra se levantaron e intentaron recomponer sus ropas. Luego, se miraron y empezaron a reír sin saber muy bien el motivo.

Las puertas se abrieron y al salir ninguno comentó nada de lo ocurrido dentro, como si no hubiese pasado nada se dieron las buenas noches y entraron en sus respectivos apartamentos.

Paula se recostó contra la puerta y cerró los ojos, jamás había sentido algo tan intenso con un simple beso. Suspiró y siguió hacia su habitación, «es una locura», pensó.

Al otro lado de la pared, Marcelo aún se preguntaba qué había pasado en ese ascensor. Estaba confuso, por un lado llevaba días intrigado por su vecina, pero ese beso había sido algo... ¿fulminante? No sabía qué pensar.

«Al fin viernes», pensó Jean Carlos mientras bajaba por el ascensor. Iba camino a la discoteca, pero antes de salir del edificio aprovechó para mirar su buzón.

Al final no lo había mirado la otra noche y los demás días estuvo muy ocupado con su trabajo, además de pasar el mal rato de recibir por mensajería una caja con algunas cosas que tenía en el apartamento de Andreu. No podía negar que lo estaba pasando regular, pero a pesar de ello continuaba con su vida. Con la correspondencia en la mano se marchó hacía su coche y una vez dentro revisó por encima todo lo que había. Como siempre, eran o publicidad o facturas. Una pequeña tarjeta roja llamó su atención, la abrió y leyó su contenido:

Sábado 13, fiesta en casa de Paula, Valeria y Ana, 5º puerta 3, no te la pierdas, te esperamos a partir de las nueve.

Se quedó extrañado releendo la invitación, no entendía por qué lo habían invitado. En ese instante Jean Carlos recordó la noche que chocó con Valeria junto a los buzones, ella llevaba unas tarjetas como esas, lo que no llegaba a comprender era por qué le había dejado una a él. Recordó a la rubia despampanante y sonrió pensando en volver a verla. Era una mujer atractiva y sensual con una figura estilizada, unos ojos de color chocolate muy expresivos y una boca de lo más apetitosa. Tenía curiosidad por conocer a sus compañeras, y sobre todo, por conocer más a Valeria, así que decidió aceptar la invitación.

Con esos pensamientos se fue a trabajar, los viernes eran días de mucho movimiento en la discoteca. Llegó y saludó a Óscar que estaba como siempre en su puesto. Las mujeres se le insinuaban y él les sonreía sin alentarlas. A veces pensaba que era *gay*, pero tampoco lo había visto tonteando con ningún hombre.

Entró y enseguida fue a por una copa, hoy no quería pasarse con la bebida porque mañana tenía una fiesta y necesitaba estar despejado. Lo primero era avisar que no vendría después de hacer su trabajo que no era otro que cerrar negocios que reportaran más gente bebiendo y bailando.

Con el paso de las horas la música aumentó en intensidad y el local se abarrotó de gente. Jean Carlos estaba junto a uno de sus amigos de correrías, Rafa y él solían pasarlo de maravilla, pero desde que Andreu había entrado en su vida ellos se habían distanciado.

—No es por nada Jean, pero me alegro de que no sigas con ese tío. No era bueno para ti —confesó Rafa—. Por su culpa tú y yo apenas nos hablábamos, y no lo niegues.

—Lo sé, he sido un gilipollas. No sé... pensé que había más. —Se quedó callado—. Al parecer el amor no está hecho para mí —afirmó.

—No digas tonterías, el amor llegará cuando tenga que llegar.

—¿Estás seguro, Rafa?

—Completamente. Mira, nosotros disfrutamos del buen sexo, no desaprovechamos ninguna oportunidad que se presente. Ahora, eso no quiere decir que no deseemos encontrar el amor. Lo que ocurre es que las personas de quienes nos enamoremos tienen que ser muy especiales, gustarles nuestros juegos y fantasías.

—Pues eso es algo difícil, si no imposible. Además, a veces cuando aparece ese sentimiento en vez de facilitar las cosas parece complicarlas más —musitó ensimismado.

Rafa lo miraba hasta que alguien detrás de él llamó su atención haciendo que su expresión cambiara volviéndose adusta.

—Alguien te busca —habló en tono serio—. Yo... me voy a por otra copa. —Se levantó y se marchó.

Jean Carlos se giró y se encontró con la mirada oscura de Andreu. Ambos se quedaron así durante unos minutos sin saber quién de los dos hablaría primero.

—Hola, Jean. ¿Cómo estás? —saludó Andreu sentándose junto a él.

—Bien, ¿y tú? —Lo miró sin inmutarse—. Por cierto, mis cosas llegaron tarde. Te equivocaste al darles la dirección, no era Paseo de Gracia 23, sino, 13. Menos mal que les diste mi teléfono.

—Lo siento, no me di cuenta.

—Me sorprende verte por aquí —dijo Jean Carlos incómodo.

—Lo imagino, pero necesitaba verte y... —Se acercó más a él—. Quiero que me des otra oportunidad, yo te quiero... pero los celos me envenenan.

Sorprendido, Jean Carlos se quedó mirando esos ojos que parecían arrepentidos y en ese momento comprendió que él no estaba enamorado. No había nada que rescatar por su parte.

—Lo siento, Andreu, después de que rompieras me di cuenta que por mi parte no había un sentimiento profundo. Lamento ser así de sincero, pero no siento lo mismo que tú.

Hundido, se despidió de Jean Carlos deseándole suerte y a continuación se marchó. Rafa, que los había estado mirando desde la barra regresó junto a su amigo.

—¿Qué pasó?

—Me dijo que me quería y en ese momento me di cuenta de que yo a él no.

—Entonces, se acabó definitivamente.

—Sí, se cerró ese capítulo de mi vida.

A pesar del mal sabor de boca, Jean Carlos se sintió al fin liberado. Fue ante todo honesto consigo mismo. Y como decía su amigo, si el amor estaba por ahí rondando, ya llegaría.

—Pues brindemos por un nuevo comienzo —propuso Rafa.

—Brindemos.

Chocaron las copas y bebieron mirando la vida pasar frente a ellos, trepidante de energía y de cuerpos en movimiento que vibraban mientras se dejaban llevar por el ritmo de la música.

El sábado llegó y pasó en un abrir y cerrar de ojos. La fiesta había empezado hacía solo una hora y la gente parecía estar pasándolo muy bien, pero Paula solo podía mirar

hacia la puerta esperando ver llegar a Marcelo. Desde ese beso no habían vuelto a encontrarse, pero él seguía invadiendo los sueños de ella y cada vez eran unos sueños más y más húmedos. Para completar, sentía un cosquilleo raro siempre que esos ojos se clavaban en los suyos. Llevaba todo el día preguntándose si vendría o no vendría.

—¿Qué te pasa? Llevas rara todo el día. —Paula se giró y miró a su amiga—. ¿Acaso esperas a alguien en especial? —preguntó Valeria con picardía.

Ana que estaba cerca de la puerta escuchó el timbre y abrió, en la misma estaba un hombre que la dejó impactada, y no era precisamente el que Paula esperaba. Con los ojos abiertos como platos se giró a mirar a sus compañeras preguntándose quién era ese hombre. Valeria no atinaba a reaccionar, lo miraba sin poder creer que estuviera ahí.

—¿Valeria, quién es ese Adonis? —indagó Paula impresionada.

—Es el vecino con el que choqué, Jean Carlos. Lo que no entiendo es quién lo invitó.

Ana después de cruzar un par de palabras con él se acercó a Valeria.

—¡Madre mía! Val, ese es el vecino buenorro.

—El mismo. ¿Lo invitaste tú?, confiesa que te conozco.

—¡No! Qué dices, las invitaciones las repartiste tú. —Se giraron a devorarlo con la mirada—. Pero la verdad es que no me importa cómo llegó hasta aquí. Esta para hincarle el diente por todas partes —aseveró Ana.

En ese momento el susodicho se dirigió hacia las anfitrionas y las miró a las tres. Eran todas hermosas, pero muy distintas.

Se acercó y saludó:

—Buenas noches chicas. Valeria, quería agradecerte la invitación que me dejaste en el buzón.

Paula y Ana la miraron y sonrieron, la muy perra pretendía engañarlas. Por qué no lo confesó y ya, pensaron las dos.

—Perdona, pero yo no te deje ninguna invitación —respondió indignada por las risillas de sus amigas.

—Pues alguna de ustedes la dejó —afirmó al mismo tiempo que sacaba la tarjeta del bolsillo de su pantalón.

Las tres se miraron confundidas porque la que se encargó de las entradas fue Valeria, y por la cara que había puesto, al parecer, era verdad que no había sido ella.

—No lo entiendo, pero aun así, la verdad es que me alegro que hayas venido —le dijo coqueta. Ambos se sonrieron—. Lo primero es presentarte a Paula, y bueno, a Ana ya la has conocido.

Las dos devolvieron los saludos y mientras Paula fue a buscarle una copa, Valeria y Ana coqueteaban con descaro delante del vecino cañón. Valeria se sentía rara y nerviosa

cada vez que él le clavaba la mirada.

En la cocina Paula pensaba que sus amigas estaban un poco locas y, por otra parte, se alegraba de que pusieran sus miras en Jean Carlos y no en Marcelo, lo que no entendía era el por qué de ese sentimiento de posesividad.

—Hola, Paula. —La voz de él la dejó paralizada, estaba justo detrás de ella y podía sentir el calor de su cuerpo penetrando en el suyo.

Con las manos aun temblorosas se giró dejando la copa a medio hacer.

—Hola. No pensé que vinieras —soltó sin más.

Los ojos ámbar de Marcelo la miraban con intensidad, no había dejado de pensar en ese beso y estaba muy confundido. Entre el coqueteo con Nadine y ahora la atracción que había despertado de manera violenta por su vecina, Marcelo sentía una mezcla rara de sentimientos que parecían estar metidos en una coctelera, de la cual no sabía lo que iba a salir.

—Sentí un impulso —confesó dando un paso más hacia ella—. Algo más fuerte que yo, no sé, creo que fueron las ganas de volver a verte. —Agachó su rostro hasta estar a milímetros de la boca entreabierta de Paula.

—Me gustan tus impulsos —susurró sobre sus labios, acariciando con su aliento esa piel sensible y suave que deseaba volver a saborear.

—¿Solo mis impulsos, o te gusta algo más? —Sin esperar la respuesta se dejó llevar de nuevo por lo que su cuerpo sentía y la besó aprisionándola entre la mesa y él.

Sus bocas hambrientas se devoraban y sus lenguas sedientas bebían una de la otra. No sabían cómo había surgido, pero era más fuerte que sus propias voluntades, era como un tornado arrasando con todo a su paso.

—Paula y esa co... ¡Ay, perdón! —exclamó Ana al interrumpir el momento.

Ambos se separaron algo aturridos, se miraron y, disculpándose Marcelo tomó una cerveza y se dirigió al salón.

—¡Vaya, vaya con la pantera! —soltó Ana nada más quedarse las dos solas—, un poco más y te devora entera. —Empezó a reír al ver la cara de Paula.

—Déjate de cachondeo, esto que está pasando es algo que no consigo controlar. Estoy loca por ese tío, ¿vale? —confesó al fin.

Su amiga la miró a los ojos y comprendió que era verdad, Paula sentía algo muy fuerte por ese hombre. Menos mal que Valeria y ella habían decidido ir a por Jean Carlos, pensó.

—Una pregunta, ¿te gusta tanto que no lo compartirías?

—Sí. Por eso estoy muerta de miedo, porque si no puedo pensar en compartirlo con otra, es que la cosa es más fuerte y seria que una simple atracción.

—Pues tía, a por él. Está buenísimo, y quién sabe, a lo mejor es tu medio pomelo.

—Será media naranja —corrigió Paula.

—Para mí es pomelo, me gusta más. —Le guiñó un ojo con picardía—. Pero dejemos de hablar y entremos en acción. —Prepararon la copa de Jean Carlos y ambas se fueron al salón.

Las horas pasaron y a partir de las doce la música bajó a un sonido muy suave para no molestar a los vecinos. Con unas baladas de *soul* lo que permitía una charla tranquila, los invitados se fueron sentando en pequeños grupos. Ya quedaban pocas personas, solo un par de amigos y algunas compañeras de trabajo de Ana y Valeria. De los vecinos se habían marchado todos menos Marcelo, Jean Carlos, Juanjo y Paco.

Había un grupo que se estaba divirtiendo con los chistes de Juanjo, sus risas demostraban que lo estaban pasando muy bien. Pero Paco, de vez en cuando, le lanzaba miradas asesinas a Jean Carlos que se reía divertido.

—¿De qué te ríes? —preguntó Valeria que apenas se había separado de él en toda la noche.

—De Paco. Si las miradas mataran estarías asistiendo a mi velatorio.

—¿Por qué?, pero si es un cielo de hombre.

—Ya, pero como su chico y yo hemos estado coqueteando descaradamente, pues no le caigo muy bien que digamos.

—¡Eres gay! —exclamó incrédula.

—No, soy bisexual. Me gustan tanto los hombres como las mujeres... me gusta disfrutar del sexo libre.

Valeria lo miró cada vez más fascinada por lo que descubría de ese hombre, solo por imaginárselo con otro y ella observando, su respiración se alteró y su cuerpo comenzó a excitarse. Jean Carlos la miró y adivinó enseguida la reacción que sus palabras habían tenido en ella. Ambos se sentían muy atraídos y había un halo intenso que los rodeaba. Para ser más claros, se había sentido sexualmente atraído por Valeria y por Ana, pero con Valeria había algo que no sabía explicar, notaba una intensidad distinta.

—Veo que no te disgusta la idea —murmuró de manera sensual acercándose a su boca. Llevaba toda la noche deseando besarla.

—Al contrario, me excita mucho —afirmó insinuante—. Jean Carlos, ¿a qué esperas para besarme? —le lanzó sin más.

La miró y le gustó lo que veía, una mujer decidida que iba a por lo que quería. Decidió que no la haría esperar más. Se abalanzó sobre ella y empezó a devorar su boca como un loco, Valeria rodeó con sus brazos su cuello y se entregó a ese beso. No les importaba si los demás los veían, llevaban toda la noche con ese coqueteo y ambos lo deseaban. Se soltaron porque se ahogaban y necesitaban recuperar el aliento. Valeria,

desatada, lo cogió de la mano y se lo llevó a su cuarto. «A la mierda la fiesta», pensó. Ella se montaría la suya privada.

En la pequeña terraza estaban charlando Paula y Marcelo, habían estado compartiendo con los demás, pero hacía un rato decidieron tácitamente salir a tomar un poco de aire. Desde dentro se podía escuchar la suavidad de la voz de Noora Noor y su canción *Forget what I said*. La noche tranquila acompañaba la melodía, la brisa suave mecía los cabellos negros de Paula, un movimiento que tenía hipnotizado a Marcelo. Este, sin contener el impulso de su mano, cogió un suave rizo ondulado y lo acercó a su nariz. Inspiró con profundidad y acarició entre sus dedos esa suavidad. Sus ojos se encontraron y de nuevo ese fuego ardió entre ambos.

—Algo nos pasa cuando estamos juntos —dijo suavemente.

—Lo he notado —contestó nerviosa sin dejar de mirarlo.

—No sé qué es, solo sé que es muy intenso.

—Yo tampoco lo sé —murmuró Paula mojándose el labio inferior con la punta de la lengua. De pronto sintió que se le había secado la garganta.

Marcelo soltó su cabello y se giró con la silla hasta quedar frente a ella, abrió sus piernas y arrastró la silla de Paula para pegarla a la de él. Ella estaba sentada con las piernas cruzadas a lo indio. Fue como crear una burbuja que los alejaba de todo. Él apoyó sus brazos en cada uno de los apoyabrazos de la silla de ella, apresándola entre su cuerpo. Sus miradas atrapadas parecían hablar un idioma propio.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —preguntó él.

—Dejarnos llevar o... —propuso sin dejar de mirar sus ojos—, dejarlo pasar.

—Voto por la primera opción, dejarnos llevar sin compromisos. Ver a dónde nos lleva esta atracción. ¿Qué me dices? —indagó mientras su boca se acercaba peligrosamente a su objetivo.

—Sin compromisos... dejémonos llevar.

Sus bocas volvieron a unirse y de nuevo esa explosión los abrazó a ambos. Marcelo antes de perder el poco control que tenía le pidió:

—Pasa la noche conmigo, vamos a mi apartamento. Te quiero solo para mí.

Sin decir más, ambos se levantaron. Al entrar al salón, notaron que apenas quedaban Juanjo y Paco charlando con Ana. Les desearon buenas noches y se fueron. Ana le guiñó un ojo a Paula y sonrió encantada, no podía negar que un poco de envidia tenía; sus amigas se lo estaban montando cada una de fábula con dos pedazos de monumentos.

—Vecina, me parece que te han dejado sola esta noche, aunque aquí entre nos... las entiendo. Chica, es que esos dos tíos están para comérselos —dijo Juanjo riendo.

—No empieces, Juanjo —espetó Paco.

—Ay, qué sieso eres mi amor, menos mal que en la cama eres un tigre, si no, ya te hubiese cambiado por otro —confesó dándole un pico a su chico.

Ana estalló en carcajadas le encantaba el desparpajo de Juanjo, era un tío genial y la seriedad de Paco era el complemento perfecto para su locura.

—Chicos, ¿qué les parece si seguimos la fiesta en la discoteca donde trabaja nuestro chico de mantenimiento? Hysteria, se llama. Dicen que está muy bien y yo aún tengo ganas de fiesta.

—¡Sí! Es la misma donde trabaja Jean Carlo, él nos dio una tarjeta hace una semana —contestó Juanjo.

—No lo sabía, a nosotras nos dio la tarjeta Óscar —explicó Ana—. Yo tengo muchas ganas de conocer ese lugar. ¿Vamos?

—Por mi sí, ¿qué dices amor? —Juanjo miró a Paco con una sonrisa.

—Vale, vamos a seguir divirtiéndonos, pero espero que te comportes.

Los tres se rieron y Juanjo puso los ojos en blanco. Después de tantos años juntos no entendía cómo Paco no se daba cuenta de que él era así. Solo era diversión, nada serio.

—No encuentro la tarjeta con la dirección, ¿la recuerdan? —preguntó Ana.

— Yo sí, sobre todo porque me pareció curioso que estuviera también en el número 13 como este edificio —explicó Paco mientras salían—. Está en la calle Tuset 13.

— ¡Qué coincidencia! —exclamó divertida—. Entonces, ¿llamamos un taxi, chicos?

—Adelante, hermosa dama —dijo Juanjo haciendo una venia exagerada que los hizo reír.

Luego mientras bajaban en el ascensor cuchicheaban sobre algunos de sus vecinos más raros. Salieron al portal y se llevaron un susto al ver abrirse la puerta de la señora Paulina, la cotilla más grande de todas.

—De fiestita, ¿no? —comentó seria. Llevaba los rulos y una bata de guatiné—. Por cierto, vecinos, a ustedes dos quería pillar. A ver si se dejan de besuqueos en las áreas comunes que la gente no tiene por qué aguantarlo.

—Pues que no miren —espetó Juanjo molesto.

—No se preocupe Paulina, intentaremos no molestar la sensibilidad de ciertas personas —contestó Paco llevándose a un Juanjo indignado—. Buenas noches.

—Buenas noches, eres un encanto mi niño. Lástima que seas rarito. —Le sonrió la vecina mientras los veía marcharse—. ¡Ay! —suspiró—. Juventud divino tesoro —murmuró para sí al mismo tiempo que entraba en su casa.

Nada más entrar en el apartamento Marcelo se abalanzó sobre Paula y un enredo de

manos y bocas los llevó al traspie hasta un enorme sofá donde cayeron. Medio vestidos, se comían a besos y se tocaban con desesperación. Pero lo que más deseaban era sentir el calor de sus cuerpos fundirse. Las ropas terminaron desperdigadas por el salón, no veían ni oían nada, solo sentían ese fuego que los devoraba desde dentro, que amenazaba con incendiar todo a su alrededor.

Cuando estuvieron desnudos cuerpo con cuerpo, observaron maravillados la diferencia entre sus dos pieles, una tan blanca y otra tan oscura, era excitante ver ese contraste. Y como una marea que baja dejando el mar en calma, ambos se dedicaron a descubrirse. Caricia tras caricia, beso tras beso, fueron descubriendo lo que más los excitaba, regalándose placer mutuamente.

Paula observó al detalle la maravillosa erección que tenía frente a sí. Era perfecta, larga, gruesa y sedosa al tacto. Se besaron entregándose a esa pasión que no lograban entender, pero que no podían controlar.

Después de deleitarse en preliminares, Marcelo decidió continuar la fiesta en la habitación, se incorporó y la cogió por las nalgas haciendo que Paula envolviera sus piernas alrededor de esa masculina cintura. Sin dejar de besarse y saborearse llegaron a un cuarto donde predominaba una enorme cama. Marcelo se dejó caer de espaldas y Paula quedó a horcajadas sobre él.

—En la mesita hay preservativos. Quiero que me lo pongas tú, deseo sentir tus manos deslizándolo por mi polla —susurró mordiéndole los labios.

Ella siguió sus instrucciones encantada, lo deseaba y ya no quería esperar más. Gemidos y jadeos se entremezclaban con besos y caricias, Paula se incorporó y mirándolo a los ojos tomó su pene y fue introduciéndolo despacio en su vagina, era grande, pero sabía que se acoplaría a la perfección. Así sucedió, ambos bailaron sincronizados ese delicioso baile, el más antiguo de la humanidad. El baile de las sensaciones, de la pasión, el placer, y por qué no, el baile de la magia, porque lo que ambos sentían era sublime.

Unidos más allá de sus carnes se dejaron absorber por esa onda expansiva que iba creciendo a cada roce, a cada embestida, a cada vaivén de sus cuerpos. Y de esa forma, ambos explotaron gritando y aferrándose el uno al otro para compartir el placer de la experiencia vivida.

Extenuados se dejaron caer y se acurrucaron compartiendo el calor que sus cuerpos habían generado. Fue en ese instante en el que los dos comprendieron la diferencia entre follar y hacer el amor, y eso los dejó aún más confundidos que antes. Solo que el cansancio venció y los arropó llevándolos a un sueño placentero.

Mientras la pareja disfrutaba de un descanso, al otro lado de la pared, no muy lejos, Valeria estaba mirando a un dormido Jean Carlos y se preguntaba qué coño había pasado. Se levantó despacio, se puso una camiseta y salió a la terraza para respirar un poco de aire fresco, eran las 2:30 de la mañana y la noche estaba preciosa. Miraba el cielo y volvía a preguntarse qué era eso que había sentido con ese bombón. A parte de ser un experto en la

cama, no había sido solo sexo del bueno, no sabría explicarlo, pero había sido algo más.

De pronto sintió una manos de dedos largos y expertos rodearle la cintura, luego un cuerpo cálido pegarse a su espalda.

—¿No puedes dormir, preciosa?

—No, menos aún con un tío tan bueno como tú en mi cama —contestó sonriendo.

La risa ronca y cálida de Jean Carlos la hizo temblar y él la abrazó más fuerte contra su cuerpo.

—Pues este tío tiene ganas de jugar otra vez. —La hizo girar entre sus brazos hasta tenerla de frente—. Creo que me voy a hacer adicto a ti, Valeria —murmuró sobre su boca.

—Yo también a ti.

Ambos se entregaron a ese abrazo y se comieron a besos sin reparo, a la vista de cualquier noctámbulo que se dedicara a espiar por las ventanas.

—Me encantaría hacer un trío contigo y otra persona, me gusta la variedad en el sexo, los juegos, las fantasías —le dijo mientras la desnudaba.

Cogiéndola por las nalgas se sentó en una de las sillas de la terraza, estaba muy excitado y no quería esperar. A pesar de la brisa que acariciaba su espalda Valeria sentía mucho calor, todo su cuerpo ardía.

—¡Pretendes que follemos aquí! —Lo miró entre espantada y excitada.

—¿Por qué no? ¿No te parece morboso imaginar que nos están mirando?

—¡Oh, sí! —jadeó al sentir la lengua de Jean Carlos rodear uno de sus pezones y su boca succionar con fuerza—. ¡Dios! Qué lengua tienes, no pares... Jean el preserva... ¡Ah, sí! —gimió de gozo.

—En la mesa, cógelo, *amore*.

Se dejaron llevar, la pasión y el morbo del momento los hizo alcanzar un orgasmo épico. De esos que no se olvidan con facilidad, hasta los ángeles escucharon sus gritos.

Marcelo desayunaba como todas las mañanas en su cocina, pero ese día estaba ensimismado pensando en dos mujeres. En Nadine, porque aparte de intrigarle esa mujer, después de darle vueltas al asunto de la tarjeta extraviada había pensado que quizás ella la encontró aquel día en el ascensor. Y luego estaba Paula, esa pequeña fiera que lo tenía subido a una montaña rusa de sensaciones que solo conseguían confundirlo más.

Pero lo primero era subir a casa de Nadine y hablar con ella de frente, además, así aprovechaba y la conocía un poco más, era una mujer un tanto misteriosa.

Terminó de desayunar y subió al apartamento de ella; frente a su puerta y a punto de

tocar el timbre la misma se abrió y ante él apareció Nadine, tan efímera como su nombre.

—¡Qué casualidad!, iba a buscarte, pasa —dijo con una sonrisa aflorando a sus labios.

Sin más comentarios y atraído por esa misteriosa sonrisa Marcelo entró sin recordar en ese momento a qué había subido ahí.

Dos plantas más abajo Paula hablaba por teléfono con Sammy, una chica simpática que vivía en el séptimo piso. Le caía muy bien, era muy espontánea y alegre.

—A ver Sammy, ¿por qué no viniste el sábado pasado a la fiesta? Nos quedamos esperando.

—Lo siento, Paula, pero no me he encontrado bien. Por eso te llamo, tengo anemia y me han recetado unas inyecciones de hierro. ¿Podrías ponérmelas tú todos los días?

—Por supuesto, cuenta conmigo. Debes cuidarte, creo que no te alimentas correctamente.

—Ya me leyó la cartilla el médico. Tú solo dime a qué hora puedes subir.

—En media hora más o menos, ahora estoy con las mechas que me acaba de poner Valeria.

—Muy bien, te espero entonces. —El silencio se hizo al otro lado de la línea—. ¡Joder con la vecina! Se está montando una fiesta salvaje bien temprano —comentó riendo.

—Pero Sammy, ¿es qué hay hora para un buen polvo? —indagó muerta de risa Paula.

—Tienes razón, para eso cualquier hora es buena. Nos vemos en un rato, chao.

Paula colgó sonriendo, con lo delgadas que eran esas paredes ya se podía imaginar el concierto que estaba escuchando la vecina en esos momentos.

—¿De qué te ríes, golfa?

—De Sammy, tiene concierto de sexo con la vecina de al lado.

—Si es que es el mejor deporte —afirmó con picardía Valeria.

Se sentaron en el salón a tomarse un café mientras esperaban que pasara el tiempo del tinte.

—Por cierto, estamos a mitad de semana y no me has contado qué tal te fue con la pantera.

—No tengo palabras para describirlo y eso me tiene acojonada.

—¡Hostias! Te has pillado por ese tío —gritó Valeria.

—No sé, Val, pero si no estoy pillada estoy a punto de estarlo.

—Joder, nena, todo un flechazo.

—¿Y tú con el Adonis? —preguntó Paula.

—Pues estoy pilladísima, para qué voy a negarlo.

—Pues la cosa va de flechazos y nosotras que nos reíamos de eso de Cupido y sus flechas; hala, toma, a las dos y en pleno centro del corazón. —Paula cerró los ojos e inspiró fuerte—. La diferencia es que Jean Carlos te llama y viene todas las noches a verte, se nota que está loco por ti. En cambio, Marcelo parece que se asustó y echó el freno.

—Dale tiempo, cada persona es distinta. Marcelo se ve que no es un hombre de impulsos aunque contigo los haya tenido, pero yo lo veo de esos que estudia y analiza todos los pro y los contra.

—Bueno, no quiero comerme la cabeza pensando. Él dijo sin compromisos la otra noche y así fue.

—Venga, vamos a quitarte el tinte y a dejarte guapa esa melena.

—Por lo que me cuentas estás encoñado, Jean Carlos. —Rafa lo miraba con cara de guasa.

—Puede ser, pero es que esa mujer me tiene loco. Es tan desinhibida y le gusta la aventura tanto como a mí. Estoy loco por hacer un trío con ella, me pongo burro solo de pensarlo.

—Pues me alegro tío, de verdad. Parece que esa noche de sábado había algo fluyendo por el aire.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo también conocí a toda una hembra y desde esa noche nos vemos todos los días. Tengo ganas de presentártela, me gustaría que jugáramos con ella, pero ahora que estas con Valeria no sé si vas a querer.

—Me gustaría hablarlo con ella, es que... me pasó algo anoche y aunque fue muy excitante, después me sentí mal.

—¿Qué pasó?

—A ver, me hicieron una proposición de lo más curiosa por decirlo de alguna manera, pero como soy así y no sé decir que no, y además, era algo muy atrevido, me lancé de cabeza.

—¡Joder, cuenta!

—En el segundo vive una pareja que a primera vista es muy normalita, pero la mujer tenía una fantasía recurrente que su marido quiso satisfacer.

—¿Y cual era esa fantasía? ¿Que la follara otro mientras su marido la miraba?

—No, ella deseaba ser violada.

—¡No me jodas! —gritó Rafa—. Y lo hiciste.

—A ver, yo solo tenía que entrar con un pasamontañas y hacer toda la pantomima de la violación, pero al final quien la penetró fue su marido. Participé y los vi follar además de llevarme una gratificación.

—Jean, a ti te pasan unas cosas que yo lo flipo, tío.

—Lo sé. Será mi encanto natural, que los atrae —dijo riendo a carcajadas.

—Ya, pero luego te sentiste mal por hacerlo sin Valeria —afirmó Rafa.

—¡Exacto!, esa fue mi sorpresa, sentir que debí hacerlo con ella allí, participando o por lo menos compartiendo el momento. —Miró a Rafa serio—. Y eso nunca me había pasado.

—Pues quiero conocer a ese monumento de mujer.

—La conocerás, pasado mañana irá a la discoteca con unas amigas.

—¡Perfecto! Así también conoces a mi muñeca.

—Me parece que nos tienen amarrados.

—Pues me gusta ese amarre —afirmó Rafa—. Ahora déjate de rollos e invítame a algo, que vaya anfitrión estás hecho.

Paula se despidió de Sammy hasta mañana por la tarde, habían tomado algo después de inyectarla. Y está la puso al día sobre el concierto sexual de la vecina. Según ella, aparte de follar, había estado viendo pelis porno hasta hacía poco, lo cual dedujo por los ruidos y las voces que se escuchaban. Le dijo que parecían estar comentándolas, cosa que les hizo mucha gracia.

Mientras esperaba a que el ascensor subiera escuchó abrirse una puerta y por inercia se giró, cuando vio quien salía se quedó lívida por la sorpresa. No podía creer que el del concierto con la vecina hubiese sido Marcelo. Los vio despedirse con una sonrisa y a ella cerrar la puerta.

Al girarse y empezar a caminar hacia el ascensor Marcelo se quedó mirando los ojos oscuros de Paula y, algo dentro de él se revolvió haciéndolo sentir un miserable. Siguió caminando y llegó a su lado, no sabía qué decirle, no estaba acostumbrado a esto. Además, sabía que lo de Nadine solo había sido sexo, salvaje, pero solo sexo.

—Hola, Paula.

—Hola —contestó sin poder mirarlo a los ojos.

Se sentía tan mal que solo deseaba desaparecer en ese momento, desintegrarse en el aire a ser posible. Qué ilusa había sido, pensaba que ambos habían sentido lo mismo, pero

no, como él había dicho, solo sexo sin compromiso.

—Paula, por favor, mírame —suplicó.

—¿Para qué quieres que te mire?

—Quisiera explicarte lo que pasó con Nadine.

—A mí no tienes nada que explicarme, no somos nada más que vecinos que se han enrollado en una noche de copas —espetó muy seria aunque temblaba por dentro.

El ascensor abrió sus puertas y Paula supo que no podría bajar con él en ese espacio tan reducido.

—Espera, Paula, esto no es así de simple.

—Ahórrate las palabras, me voy —dijo y se dirigió hacia las escaleras.

—Baja conmigo —pidió Marcelo sujetándola por un brazo.

Ella se revolvió furiosa al sentir el contacto de su piel y se enfrentó a él con los ojos brillantes de rabia y lágrimas a partes iguales.

—¡Suéltame!, olvídate de todo, solo fue un rollo, vale. Sigue con tu vida, pero sobre todo aléjate de mí.

Se fue corriendo por las escaleras como alma que lleva el diablo, Marcelo se pasó las manos por el cabello despeinándose. Se sentía frustrado, y sobre todo, sentía que de alguna manera le había fallado.

¿Es que se estaría volviendo loco?, se preguntó entrando en el ascensor. ¿Se puede uno enamorar en un instante perdido en el tiempo? Esas y otras preguntas se hizo en el corto trayecto que tardó en llegar a su casa.

Paula entró dando un portazo y corrió a su habitación donde se lanzó sobre la cama a llorar como una idiota. Agradecía que en ese instante no estuvieran ni Valeria ni Ana. No quería hablar con nadie.

Se puso boca arriba mirando el techo mientras las lágrimas seguían rodando traicioneras por su rostro.

—Esto tiene que ser una epidemia, una enfermedad. Nadie puede enamorarse en un instante —se decía en voz alta.

Pero su corazón latía alocado y al mismo tiempo sufría al recordar la imagen de Marcelo saliendo de ese apartamento. Paula creía que se había hecho falsas ilusiones y lo peor era que vivían puerta con puerta, no sabía cómo lo soportaría.

En ese instante decidió que se iría el resto de la semana al pueblo a ver a sus padres. Necesitaba tranquilizarse y asimilar que lo de Marcelo y ella solo fue un lío de una noche. Llamó al hospital y dijo que por una emergencia familiar tenía que ir a casa de sus padres. Recogió todo lo necesario para cuatro días en un *trolley* y se marchó, dejándoles una nota a las chicas.

El sábado, Ana y Valeria se fueron juntas a la discoteca. Habían quedado con Jean Carlos, además de que Ana lo había pasado genial la otra noche. Llegaron a la entrada y se encontraron con Óscar que al verlas las saludó y las dejó entrar, a lo que siguieron protestas de todos los que estaban en la larga cola.

—¡Es una pasada, Ana!

—Te dije que te iba a encantar.

Se adentraron en el local y caminaron buscando a Jean Carlos. Después de unos minutos lo localizaron en la barra charlando con otro hombre igual de atractivo.

—Hola, guapo —saludó Valeria acercándose a él de manera insinuante.

Este nada más verla la tomó por la cintura y se la comió a besos.

—¡Ana, cariño! ¿Conoces a Valeria? —preguntó Rafa abrazándola.

Amabas se miraron entre sí y luego volvieron a mirarlos a ellos.

—Ana, ¿este es tu hombre?

—Sí, pero por lo que veo ellos ya se conocen.

—Dios los cría y ellos se juntan —afirmó mirando a esos ejemplares divinos que tenían ante sí.

—A ver, recapitulemos chicas —interrumpió Jean Carlos sin salir de su asombro—. Me estáis diciendo que el chico de Ana es mi mejor amigo y, del que te hablé para hacer un trío o intercambio de parejas.

Ambas asintieron risueñas, pero Jean Carlos se quedó espantado pensando que ahora no podría hacer nada porque Val no lo aceptaría.

—¿Qué te pasa, Jean, no te parece una casualidad maravillosa? —preguntó preocupada.

—Esto, sí, claro... solo que...

Las dos empezaron a reír al comprender el motivo de su cara.

—Amor, nosotras hemos compartido parejas, hecho tríos, intercambio y todo lo que nos ha apetecido. Lo único que tenemos claro es que los juegos son consensuados y que fuera de ellos cada una con su chico —explicó Valeria besándolo.

Después de eso el ambiente se relajó y los cuatro empezaron a divertirse de verdad. Jean Carlos y Rafa se miraron y se guiñaron un ojo mutuamente, estaban convencidos de que habían encontrado a su pareja ideal, pero solo el tiempo les daría la razón.

En un momento de la noche las chicas fueron al baño. Estaban encantadas con las atenciones de sus chicos, eran la envidia de todas las lagartas que les lanzaban miradas asesinas y eso las tenía en una nube.

—¿Has sabido algo de Paula?

—Nada más que regresa mañana por la tarde —contestó Valeria.

—Estoy segura de que algo pasó con Marcelo —afirmó Ana.

—Sí, pero el capullo no quiso soltar prenda. Solo que era algo entre ellos, me dijo.

—Tiene parte de razón, será mejor esperar y ver si pueden solucionarlo. Se nota que le dio fuerte a nuestra pequeña —dijo Ana.

Regresaron con los chicos y Valeria vio a Jean Carlos hablar con su vecina Mabel, sus ojos se incendiaron por el ataque de celos que la asaltó de pronto. La mujer se le estaba insinuando descaradamente, algo que ella no iba a permitir.

Caminó segura hacia su chico y se plantó frente a ellos.

—Buenas noches, vecina. Qué casualidad —comentó agarrando el brazo de Jean Carlos.

—Ah, hola niña, qué tal. ¿Divirtiéndote? —Mabel la miró de arriba abajo y no dejó escapar el detalle de cómo se aferraba al hombre del que ella se había encaprichado.

—Pues sí, divirtiéndome mucho con unos amigos y mi chico. ¿Y tú, buscando a alguien?

Con una sonrisa petulante no dejó ver que la habían derrotado. Jean Carlos estaba embobado mirando a la mujer y Mabel comprendió que no tenía nada que hacer.

—Sí, buscaba a alguien, pero no ha venido. Sigan pasándolo bien, adiós vecinos.

Se marchó sin esperar respuesta, Valeria se giró para mirar a Jean Carlo que aguantaba como podía la risa.

—¿Te ha hecho gracia? —inquirió molesta.

—Vamos, nena. No te enfades, es que disfruté mucho de tus celos y tu territorialidad. Y puedo decirte que es la primera vez que disfruto de ello. —La tomó de la cintura y la besó apasionadamente.

Se entregaron a ese beso a pesar de la música y de la gente que los rodeaba. Cuando estaban juntos todo lo demás desaparecía.

Entró en su apartamento y soltó la maleta, se dirigió al sofá y se dejó caer. El silencio la recibió en una casa vacía. Algo que la sorprendió siendo un domingo por la mañana. Paula se quitó los zapatos e hizo un esfuerzo por levantarse y caminar hasta su cama que la esperaba con ansias. En la orilla del colchón se dejó caer cuan larga era y cerró los ojos. «Hogar, dulce hogar», pensó antes de quedarse dormida.

Marcelo como era su costumbre se levantó temprano, estaba desesperado por hablar con Paula. Había sido un tonto por no obligarla a que lo escuchara, pero no descansaría

hasta que hablaran. De pronto sintió ruidos provenientes de la habitación de ella.

—Por fin has regresado. Ahora solo me queda buscar la manera de acercarme a ti —habló en voz alta mientras pensaba.

Una sonrisa genuina apareció en su boca por primera vez en días, caminó decidido hacía su mesita de noche.

Paula se removía en sueños aunque estaba muy cansada. En el pueblo tuvo que ayudar a detener una epidemia de gripe y eso la tuvo trabajando horas y horas durante esos días.

Un chirrido incesante la hizo despertar dando un respingo, era el sonido atronador del despertador de ese capullo. Se levantó echa una furia, no podía creer que ese imbécil volviera a usar ese aparato del demonio. Es que acaso pensaba torturarla o vengarse de ella por pasar de él, se dijo mientras caminaba decidida a cantarle las cuarenta a la pantera. Ya podría ser como una de las panteras de D.W. Nichols, la escritora que había descubierto por casualidad y que la tenía atrapada con sus historias.

Salió dando un portazo que resonó en todo el edificio, llegó a la puerta de Marcelo y apoyó el dedo en el timbre con todo su peso volcado en él. Esperaba que se quedara medio sordo.

Al momento la puerta se abrió y delante de ella estaba el hombre que continuaba invadiendo sus sueños noche tras noche. Lo miró con toda la rabia, el deseo y el amor que él le inspiraba.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó muy tranquilo, pero deseando abrazarla. Esos días sin poder verla lo habían hecho admitir lo que aún le costaba creer. Se había enamorado de ella, así, sin anestesia.

—¡Me preguntas qué me pasa! ¿Tienes la osadía de preguntarme qué me pasa? ¡Me pasas tú, tu maldito despertador, tus ojos, tu nada de compromisos, eso es lo que me pasa! Quiero poder vivir tranquila otra vez y para eso tengo que sacarte de mi cabeza —soltó sin pensar, dejó salir todo lo que llevaba dentro y luego abrió los ojos espantada al darse cuenta de lo que había hecho.

Marcelo sonrió al escuchar toda esa diatriba dirigida hacia él, sabía que estaba dolida y celosa, pero se encargaría de hacerla entender que a partir de ese momento y hasta que los astros y la tierra quisieran, ella sería la única.

—Mejor entras y hablamos sin curiosos. Que en este edificio hay muchos cotillas.

—No tengo nada que hablar contigo, solo advertirte que dejes de usar ese maldito despertador. —Se giró y al llegar a su puerta resopló, luego y se dio de cabezazos contra la misma.

—¿Se puede saber que haces? —preguntó Marcelo que la había seguido.

—Me dejé las llaves dentro por tu culpa —contestó sin fuerzas—. Ahora tendré que

quedarme aquí esperando a que lleguen las chicas, si es que llegan.

—Paula, por favor, ven a mi casa. Tenemos que hablar. —Ella se giró y lo miró a los ojos—. ¿Es que no merezco la oportunidad de explicarme?

Sin fuerzas para resistirse ella asintió, se sentía vacía después de soltar lo que llevaba dentro. Marcelo la tomó de la mano y tiró de ella, ambos entraron en silencio y una vez que cerró la puerta solo atinó a estrecharla entre sus brazos.

Eso la sorprendió con la guardia baja y de sus ojos escaparon lágrimas que arrastraban una mezcla de sentimientos que no sabía explicar.

Se encaminaron al salón y una vez sentados Marcelo habló:

—Paula, cuando pasó lo de Nadine, yo aún no había podido asimilar lo que sucedió entre tú y yo. Llevaba intrigado por esa mujer días y habíamos tenido unos encuentros fortuitos con mucha tensión sexual. —Se masajeó la nuca nervioso—. Cuando subí a su piso no era con la idea de acostarme con ella. Solo quería saber si había encontrado una micro tarjeta SD que había perdido, y como recordé que nos habíamos cruzado en el ascensor el mismo día que la perdí, pensé que quizás ella la tenía.

—¿Y la tenía? —preguntó Paula serena.

—Sí, y había visto su contenido y... eso fue lo que no sé cómo, nos llevo a acostarnos juntos. Estoy seguro que ella tampoco lo tenía tan claro. A lo mejor fue la excitación de lo que se encontró y la imaginación voló libre excitando nuestros sentidos.

—¿Qué tiene la tarjeta? —indagó con curiosidad.

—Videos sexuales caseros la mayoría, en algunos salgo yo. —Observó como los ojos de Paula se abrían asombrados—. Me gusta mirar, grabar mientras mantienen sexo y luego ver las películas, me pone mucho más que una porno artificial.

—¡Joder, Marcelo! Nunca lo hubiese imaginado —dijo incrédula.

—Lo sé, parezco un tío aburrido y serio, pero como verás las apariencias engañan.

—Ya, y claro, ella estaría caliente y la cosa se fue de madre. Lo entiendo, son cosas que pasan —dijo tratando de quitarle hierro al asunto.

—No voy a negar que pasó, pero tampoco voy a decirte que fue igual de intenso que lo que compartimos. Fue solo sexo y con ello esa tensión se desvaneció. —Se levantó y se acuclilló frente a ella—. Paula, no puedo prometerte nada, no me gusta prometer lo que no sé si puedo cumplir. Pero lo que siento cuando estoy contigo es tan fuerte que quiero vivirlo, no quiero dejar pasar esto. ¿Lo intentamos?, ¿nos dejamos llevar por estos sentimientos?

Ella lo miró a esos ojos ámbar que poblaban sus sueños y sus deseos, sintió la fuerza de su pasión envolviéndola y supo, que no podía dejar pasar la oportunidad de amar intensamente.

Se lanzó a sus brazos haciéndolo perder el equilibrio, ambos cayeron al suelo entre un amasijo de piernas y brazos. Besos desesperados, caricias intensas y la pasión que siempre los encendía prendió y, solo pudieron dejarse llevar por ella.

Un par de horas más tarde, tumbados en la cama y saciados, se acariciaban lánguidamente disfrutando de esa sensación de plenitud que llegaba después de hacer el amor.

—Marcelo.

—Dime.

—¿Puedo pedirte algo?

—¿El qué?

—Ver esas películas porno que tienes grabadas.

Marcelo se incorporó un poco para mirarla a los ojos y se encontró con esos dos pozos negros que brillaban picaros y su sonrisa lo desarmó.

—Solo de pensar en verlos contigo me estoy poniendo cachondo.

—Pues aprovechemos el momento —dijo abrazándolo y besándolo con pasión y mucho amor.

Tres meses después...

El alboroto en portal hizo que Paulina se asomara a la mirilla al reconocer a las personas que hablaban y reían abrió la puerta y salió a saludar. Vestía su desgastada bata de guatín y sus eternos rulos.

—Hola, parejitas. Qué, ¿se van de fiesta?

—Hola, doña Paulina —contestó Paula—. ¿Qué hace aún despierta a estas horas?

—Ay niña, con la edad el sueño se aleja y la noche se hace eterna.

—Pues tómese un vaso de leche templada con miel y acuéstese.

—Eres la más encantadora de este edificio, sí señor —afirmó la anciana emocionada—. Gracias preciosa, ve y disfruta de tu salida, y sobre todo, cuida a ese chico guapo.

Los demás la saludaron y se marcharon riendo abrazados, tres parejas que en poco tiempo habían unido sus vidas, ojalá que fuera para siempre. Paulina, como buena romántica adoraba los finales felices.

De repente una sombra la sobresaltó.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz trémula.

—Soy yo, Óscar, doña Paulina.

—¡Muchacho!, casi me matas de un susto —lo regañó llevándose una mano al pecho—. Ven, acércate, hoy no trabajas en esa discoteca.

—Hoy es mi día de descanso.

—Muy bien, pero ¿por qué no sales con alguien a divertirte? Eres joven y solo te veo trabajar. ¿Es que no te diviertes, hijo?

—Yo me divierto de otras maneras, señora —susurró con una mirada enigmática.

—Que chico más raro eres. Por cierto, ¿no has notado que parece como si tuviéramos una epidemia en el edificio?

—¿Epidemia?

—Sí, en estos meses ha brotado el amor como si de la primavera se tratara. Fíjate en los que se acaban de marchar. Las tres chicas del 5º; ahora, la enfermera vive con el mulato, y las otras dos comparten el piso con esos dos chicos guapos de los que no se separan. Y a saber que más comparten, que esta juventud de hoy en día está muy pervertida —cuchicheó Paulina.

—Pues qué mejor epidemia que esa, ¿no cree?

—Sí, hijo, mejor esa que otra. Solo que a esta vieja le cuesta aceptar ciertas cosas. En mi época las cosas eran muy distintas.

—Cada época tiene su encanto particular, señora —afirmó Óscar.

—Por cierto, aquí entre nos, aunque muchos piensen que estoy tarumba, yo siento que este edificio está envuelto por un ente misterioso. Hay algo extraño rondándonos. ¿Tú no has sentido nada raro?

—Puede ser, pero quizás sea algo bueno... ¿no cree? —sonrió Óscar enigmático—. Buenas noches doña Paulina, descanse tranquila que todo está bajo control —dijo y se marchó guiñándole un ojo.

La anciana abrió los ojos de manera desorbitada al ver asomar unas alas por la espalda del chico de mantenimiento, después, como en trance entró en su piso, cerró la puerta y al meterse en su cama ya había olvidado lo que había visto.

En su cuarto, Óscar pensaba que aún le quedaba algún que otro trabajo para poder emprender viaje hacía otros horizontes... ¿A quién le tocaría esta vez? Sus ojos brillaron en la oscuridad de la noche mientras elegía a sus próximas víctimas.



Para ti, que estás en los cielos.

Su pasado era de cuento de hadas, excepto por el hecho de que sus padres no supieron amarla. Marcela amó de forma desgarradora y pasional una sola vez. Se casó, viajó y vivió la vida como si no tuviera un mañana. Optaron por no tener hijos. Francesco, su marido, era músico y trabajaba en el conservatorio. Era una persona muy respetada por cantantes y famosos. De hecho, llegó a componer canciones para algún que otro grupo de *brit pop* ochentero. Con los beneficios de las obras, se labraron una buena vida. Marcela vivía holgadamente en un precioso piso en el Paseo de Gracia de Barcelona. Todo fue idílico para ella, hasta que una mañana recibió la más angustiada y dolorosa noticia de su vida. Francesco había salido a trabajar, se había despedido de ella —que seguía pegada a las sábanas— con un tierno beso y le había dicho que volvería tarde a casa. Una hora después, Marcela recibió una llamada del conservatorio. Francesco había fallecido de forma súbita. La muerte lo recibió en el umbral de recepción, mientras abría el maletín para entregar unos papeles a la recepcionista. A partir de entonces, Marcela se laureó a sí misma como la viuda triste. Se tatuó un dragón enorme en la espalda, se hizo un *piercing* en la nariz y otro en la ceja, se maquillaba los ojos como si se los tiznara, se tiñó el pelo de azul eléctrico y empezó a vestir gótica.

En cambio, mi vida fue la antítesis de la suya. Yo cavé mi propia tumba, me casé preñada con veintitrés años deseando ser independiente y me salió el tiro por la culata. Elegí el marido equivocado, lo supe la misma noche de bodas. Tras yacer y dejar en mi interior su simiente, salió de mi cuerpo diciendo que yo había sido su mayor error, que se había casado conmigo porque esperaba un bebé. Bebé que nunca nació, que mi cuerpo expulsó de forma natural. Algo que, a diferencia de otras mujeres, a mí me alegró. Odiaba a Antonio y mi cuerpo repelía su semen. Cada vez que culminaba en mi interior, sentía asco y repulsión y rogaba a Dios que ese salvaje no me hiciera un hijo. Antonio también me odiaba a mí, tanto que deseaba matarme. Así de fino hablaba el camionero de mi difunto marido. No sé qué connotación tiene el odio de las personas. Me hubiera gustado que él tuviera indiferencia por mí, que se hubiera alejado cuando perdí al bebé, pero a la vez, Antonio era un vampiro que necesitaba nutrirse de mi savia. Verme amargada y de mala leche le daba vigor y alegría. Y quizás yo me sentía útil siendo su chacha. No tenía el valor de plantarle cara y optar por otra vida, pensaba que no valía para otra cosa.

Uno de los dos tenía que morir de forma dramática, y todas las papeletas apuntaban que sería yo. A pesar de tener una vida asquerosa, luché por vivir y esquivé muchos de sus golpes. Quizá porque la lucha se convirtió en una batalla de dos. Tras ingresar en el hospital por un paulatino envenenamiento, decidí que quien iba a ganar esta guerra sería yo. Tener tres hermanos fuertes y con sangre fría también fue una de las razones por las

que me armé de valor para planear su muerte. ¿Quién dijo que el crimen perfecto no existe? Si existe, llega a ser tan perfecto que nadie lo descubre. Mis hermanos se encargaron de manipular el camión del capullo de mi marido; fue un plan perfecto, premeditado con gran frialdad y sin un ápice de presunción de culpabilidad, porque nunca hubo denuncias de malos tratos. Así que el camión de Antonio apareció en un descampado y sanseacabó.

Una vez enviudé, me negué a ser una mujer amargada, atrapada en el recuerdo de haber sido maltratada. Quise renacer, había saldado el problema y ahora tocaba VIVIR. Marcela me enseñó a vivir una nueva vida. Todo era posible, aún era joven. Así que volví a aprender a andar, a correr, a pedalear. Me ayudó a nacer tras mi resurrección. Antes, se podía atisbar en mi rostro la angustia. Tenía cara de mujer maltratada, rostro pálido e incoloro, ojos caídos con profundas cuencas en su base, el cutis lleno de granos enquistados y mis piernas fofas y celulíticas. Todo tuvo solución; Gimnasio, nutrición, tratamientos, y mucha dosis de mimos y perdones a una misma. Con facilidad me aclimaté a mi nuevo físico, nueva personalidad y nueva vida. Quizás fue sencillo por la edad, pero era un cambio físico; por dentro, estaba llena de magulladuras y secuelas, que odiaba formaran parte de mi organismo. Desde el principio, decidí ser justa conmigo misma, entenderme y perdonarme por haber sido tan frágil y valorar tan poco mi vida.

Durante un largo periodo de tiempo, los hombres carecían de importancia, deseaba que se extinguieran. Para mí ninguno era lo suficientemente digno como para estar conmigo. Todos eran unos maltratadores y manipuladores con instinto de asesino. En todos visualizaba la capacidad de darme un puñetazo en la cara o partirme el labio de una hostia.

Tuvieron que pasar muchos años para que yo dejara de tener ese estigma y dejara de sentirme vulnerable frente a un hombre. Trabajar en un bar me ayudó a entender que de todo hay en la viña del Señor, ver al del butano, al de las cervezas, al de las *coca colas*, tratar con el carnicero, el afilador, el pescadero... había hombres y hombres, no todos eran como el borracho o el salido de turno que no se iba del bar ni con agua caliente. Trabajar de camarera me dio vida. Aunque parezca un trabajo simple, a mí me servía para relacionarme con todo tipo de personas y acabé desarrollando un instinto especial para detectar a gente auténtica digna de una sonrisa y guarnición de conversaciones durante su estancia o, por el contrario, gente plasta a la que tratar con algo de mano izquierda.

Y así fue como conocí a Marcela. Sus rasgos duros, su rostro triste y sus aires de prepotencia no fueron impedimento para intuir que era alguien especial.

Marcela estudiaba fotografía en una academia de Barcelona, situada justo arriba del bar donde yo trabajaba. Venía todas las mañanas a desayunar. Me tenía acostumbrada a pedir siempre lo mismo: Café con leche y tostadas con tomate, aceite y sal. Por la tarde volvía a venir alrededor de las cinco y se tomaba un café o una caña. Pasaba más horas en el bar que en su propia casa. Nos hicimos íntimas amigas. Empatizó con mi pasado y me ayudó a superarlo, a tener una nueva vida. Fue el mejor medicamento para sanar mis

heridas. Me llamaba siempre «la viuda alegre». Y cuando me veía triste, me decía: «¡Vamos, viuda alegre! ¡Eres afortunada! Muchas hubieran envidiado tu suerte».

Las dos odiábamos las obligaciones familiares, por lo que celebramos juntas la Navidad y Nochevieja. Las dos éramos viudas, así que en verano decidimos irnos de vacaciones de crucero en un grupo de solteros. Pero nosotras pasábamos de los tíos, íbamos allí a liarla... y acabábamos en el grupo de los gays. Nos encantaba la experiencia de que nos llamaran *cari* y nos dijeran piropos, pero que no quisieran meter la polla en nuestro interior a cambio.

El mejor regalo que me hizo Marcela fue hacerme fotos con ropa bonita, tratando de sacar mi lado seductor. En un puente de mayo, alquilamos una casa de turismo rural en Soria. Ella trajo ropa suya, de hacía unos años atrás. Disfruté probándome las prendas; muchas de ellas me quedaban como un guante y Marcela decidió regalármelas. Fue un subidón, verme con escotes, corsés y estampados alegres mientras mi amiga fotógrafa me pedía que mirara a la cámara con deseo, que jugara con ella como si fuera el pene de un negro. Yo, que me había teñido mi larga cabellera de rubia, me sentía como Samantha Fox en sus inicios. Quizás aún no me resultaba natural ser sexy, pero empezaba a perder los pudores, tanto que incluso me animé a hacerme fotos con matices eróticos con Óscar, su vecino, un tío de estos que parecía sacado de un calendario de bomberos. No en vano, era el encargado de mantenimiento del edificio.

Todo sucedió como ella predijo. Yo odiaba sus conversaciones monotemáticas, siempre presumiendo de ser la novia de la muerte y programando postular por ella. Doña muerte, orgullosa de que la idolatren, la mantuvo en vela durante muchas noches provocándole gemidos, aullidos, angustias, ojeras y ansiedad. Me cansé de conminarla a que fuese al médico, algo no iba bien en su organismo. Meses después de mi insistencia y por voluntad suya, Marcela se hizo varias pruebas. Los resultados no eran alarmantes, pero sí serios. Marcela tenía una enfermedad inmunológica. Semejante mala noticia no le supuso un gran disgusto, si no la coartada perfecta para tontear con su amor platónico. La muerte empezaba a penetrarle el alma.

La vida de Marcela cambió a raíz de que le diagnosticaran soriasis reumatoide, una enfermedad autoinmune. Por consecuencia, nuestra relación empezó a ser menos cercana. Yo empezaba a ser feliz, a encontrarme con alguien que nunca supe que fui. En menos de tres años había dejado de trabajar como camarera y trabajaba en la consulta de un podólogo. También me había apuntado a pintura y había flipado con mi talento. Nunca pensé que fuera capaz de dibujar aquellos preciosos lienzos surrealistas y llenos de colorido. Muchos *amateurs* se enamoraron de mi estilo y empecé a vender cuadros e incluso a exponer en el Borne de Barcelona.

Mientras yo me sostenía con equilibrio en la cima del éxito y empezaba a sanar mis estigmas, Marcela jugaba a la ruleta rusa con la muerte.

Marcela renegaba de los efectos secundarios de ser la prometida de Doña muerte, pero al mismo tiempo, no quería despegarse de ella. Tenía todo lo que quería. Doña muerte le había arrebatado su identidad hacía unos años cuando se llevó de forma súbita a su marido de treinta y siete, y desde entonces se sentía como una peonza, dando vueltas sin sentido, mareada, sin rumbo fijo, sin ganas de luchar. La vida no tenía sentido para ella, que había declarado la guerra a toda su familia por no entenderla, por no aceptarla, por no haberle dado el cariño que precisaba, por tacharla de esperpento. Su orgullo y debilidad fueron los mejores efectos secundarios para rendirle pleitesía a Doña muerte. Quería demostrar, quería dar un puntapié en las narices a los necios, y lo pensaba hacer escupiendo hacia arriba, resguardándose de un paraguas que conciliara sus escupitajos. Cuando se dio cuenta de que así no conseguía nada, entendió que perecer sería el mejor escape. Marcela era orgullosa, prepotente, seria y, sobre todo, estaba cabreada con la vida. Por ello, la gente la temía o huía. Solo había dos personas en el mundo que la aceptaban tal y como era, con sus rarezas y manías y que la querían y sobre todo, entendían. Una era yo y la otra, su amigo Valerio. Nunca me presentó a Valerio, ella no quería que nos conociéramos. Nunca supe por qué, pero estimé la idea como correcta. Marcela, cada vez que nos veíamos, se desfogaba de la ira y frustración que Valerio le provocaba.

El rol de Marcela con Valerio era similar al de una madre y un hijo. Marcela sentía que no hacía carrera con él y venía a mí a desahogarse: Que si Valerio era un inmaduro, que si Valerio le había pedido doce mil euros y ya le debía seis mil de un máster, que si Valerio había perdido su norte, que si Valerio estaba metido en un buen lío de faldas, que si Valerio tenía muchos bloqueos emocionales por haber tenido unos padres carentes de afecto... Valerio, Valerio, Valerio. Yo tenía su nombre desgastado y hasta le había cogido manía sin conocerle. ¡Daban ganas de estampar a ese capullo! La de veces que le dije a Marcela que se alejara de Valerio, que era una persona tóxica y que cada vez que quedaba con él, venía de mala hostia y me tocaba a mí aguantarla. Estaba asqueada. Al final, yo pagaba las consecuencias de que ella le quisiera tanto.

Las buenas confraternizaciones con la muerte le otorgaron a Marcela pistas reveladoras: preveía como iba a desenvolverse su final en este mundo y esa certeza le provocaba impaciencia por que sucediera de forma presta.

—Carolina, con esta enfermedad, yo moriré pronto. Será una muerte lenta y dolorosa, pero segura. Iré apagándome como una velita poco a poco, pero no necesitaré de ayuda, la enfermedad será lo suficientemente leve como para prescindir de nadie. Un día entraré en el hospital por mi propio pie y saldré metida en una caja de pino. Habrá gente que se encontrará en mi vida por causalidad y me ayudará, tendrá compasión por esta loca gótica. Pero las personas más importantes en mi vida, que sois tú y Valerio, no sabrán nada de mi ingreso y tampoco de mi muerte. Os enteraréis semanas después de mi incineración.

Yo le gritaba, la zarandeaba, la llamaba macabra y pirada. Era de las únicas personas capaces de plantarle cara. No lograba creer lo que decía y odiaba que lo sacara a colación en cada uno de nuestros encuentros, apagando la alegría que la atmósfera nos regalaba.

Decidí dejar de verla y ella también así lo decidió. Ya había acabado el curso de fotografía, así que era fácil evitarme. La echaba de menos, pero me incomodaba su falta de espíritu. Mi vida empezaba a ir bien, había dejado de ser la pringada víctima de malos tratos, estaba ilusionada por vivir, sonreía a la vida porque ella me sonreía a mí. De hecho, ¡los sueños me habían alcanzado a mí sin si quiera pretenderles! Tenía veintitantos, como yo decía y me negaba a que alguien me aguase la fiesta. Marcela cambiaría, encontraría la forma, no sabía cómo, pero tiraría para adelante. Y yo estaría ahí para darle una palmadita en la espalda y decirle cuán orgullosa de ella estaba.

Me encontré con Marcela justo una semana antes de mi cumpleaños; hacía casi un año que no nos habíamos visto. Decidimos encontrarnos en las afueras de Barcelona, en el Laberinto de Horta. La encontré algo más delgada, algo más gótica, algo más envejecida e incluso algo más serena. Hablamos de los tíos que nos habíamos beneficiado durante esos meses. Marcela se había acostado con un negro, no sé de dónde, pero por lo visto era muy muy negro y lo de entre piernas, era muy muy grande. La zarandeé y dije: «¡Marcela, a ver si ahora te tienen que coser por dentro!». Fue una tarde agradable. Ella seguía igual, pero yo ya no era la misma de siempre. Estaba más serena, más esperanzada con la vida, algo más bromista y vivaracha. Marcela me contó que no asimilaba tener esa enfermedad, que detestaba tener que estar tomando medicamentos y lo peor, no controlar cuándo tendría los achaques. Y de nuevo, volvió con el tema de la muerte...

Pactamos vernos mucho más a menudo, pero ambas sabíamos que era algo que no sucedería a corto plazo. Lamenté sentirlo así, pero percibí que nada volvería a ser lo de antes.

Habían pasado once meses desde aquel encuentro en el Laberinto de Horta. Empezaba el verano y yo iniciaba mis vacaciones estivales. En consecuencia, recordé a Marcela y nuestros inolvidables veranos y sentí muchas ganas de verla. También me sentí con la vitalidad y el arrojo de enfrentarme a ella y darle una patada en el culo a su novia, la muerte. Pensé que podríamos ir al cine a ver una película titulada *Mil veces buenas noches*. La protagonista era fotógrafa en misiones de guerra. «¡Dios, cómo le gustará está peli!», pensé. Y luego podríamos ir a la plaza del Sol donde comer en una terraza nuestra *piadina* favorita. Y después un buen helado, italiano, ¡cómo no!

Me encerré en mi taller, me puse a preparar unos lienzos para mi última exposición y perdí la noción del tiempo. Decidí evadirme de la forma más cutre y banal en la que hoy en día todos nos evadimos, navegando por *Facebook*, viendo cómo disfrutaban todos los «amigos» del veranito. Nada más abrir la aplicación, quedé sorprendida. Hacía tiempo que no recibía una solicitud de amistad, y eso que desde que dibujaba y pintaba, tenía muchos conocidos virtuales. Acepté la invitación y en menos de un minuto, recibí un mensaje de aquella persona. Era una amiga de Marcela, me pedía mi número de teléfono, deseaba comunicarme una cosa. Tecleé los nueve dígitos de mi móvil con velocidad y decisión. Mi

mano tembló al igual que mis labios, mi corazón se quedó encogido como una pasa. Sonó el teléfono, y ahí tenía la noticia esperada.

Marcela había fallecido hacía dos semanas. Había ingresado en el hospital por molestias derivadas de su enfermedad en las articulaciones. Dos días después del ingreso, la enfermedad había dañado algunos de sus órganos y era monitorizada. Cuarenta y ocho horas más tarde, falleció. Sus padres y hermanos vinieron desde Sicilia para hacerse cargo del cadáver. Por suerte para la difunta, que nunca quiso ser enterrada en Italia, hubo muchos impedimentos al gestionar la repatriación, así que decidieron incinerarla y arrojar sus cenizas en Montjuic, su lugar predilecto, cumpliendo así con una de sus voluntades.

Pasé uno de mis peores veranos, llorando por los rincones, hablándole a Marcela en la cocina. Sintiendo un gran vacío. Era una paradoja: nos habíamos distanciado porque nos deseamos y no queríamos perjudicarnos en nuestro proceso evolutivo, pero eso no significaba que nos hubiéramos dejado de querer. El hecho de saber que la tenía ahí para siempre, que sabía de mí hasta lo más ruin, me daba cierta solidez emocional. Y ahora... me sentía abandonada.

Acabándose el verano, recibí una llamada de una notaría. Los familiares de Marcela habían pedido las últimas voluntades y yo estaba incluida en el testamento. Supuse que me entregaría algo emotivo, que significara algo para ella, como la ropa, el equipo fotográfico... fui a la notaría ilusionada por conocer a sus padres y familia, pero, para mi asombro, Marcela no había incluido a ninguno de sus familiares directos en el testamento. Solo nos había declarado como herederos legítimos a las dos personas más importantes en su vida: Valerio y yo.

Supe reconocer de inmediato a Valerio, tan pronto como entré en la notaría. Le había visto muchas veces en fotografías, aunque había que reconocer que era mucho más atractivo en persona. Un hombre alto, delgado, con unos hoyuelos en su seductora sonrisa que te podían hacer perder el norte. Los dos nos miramos extrañados, como si nunca hubiésemos deseado habernos conocido, no por disgustarnos sino porque hubiera significado que Marcela estaba con nosotros.

Su herencia no constaba más que de una vivienda en el Paseo de Gracia nº13, sexto piso, segunda puerta. Su vivienda habitual.

Había ido en numerosas ocasiones a dicho apartamento. No era una casa decorada con excesivos lujos. Marcela era más bien práctica y minimalista. En cambio, disponía de una cocina digna de cualquier chef, con su isla central, su nevera de dos puertas y su horno y vitrocerámica de última moda. A parte de al guaperas de Óscar —al que había conocido muy bien en mis sesiones de fotos—, conocía también a los vecinos colindantes de Marcela. En el 6º-1º vivía Elva, una chica de unos treinta y tres, de pelo castaño, ojos verdes, piel blanca y estatura media. Era una chica fuerte e independiente con la que Marcela y yo, habíamos salido de fiesta alguna vez. En el 6º-3º vivía Valentina, una chica jovencita que se había instalado hacía poco en el edificio a la cual durante la mudanza, le robaron un sofá que dejó en el portal mientras aparcaba el coche y montó un tremendo

pollo con toda la comunidad.

Fue verdaderamente incómodo encontrarme ante el notario con Valerio, aquel hombre no tan desconocido por el que me sentí de inmediato profundamente atraída. Tras finalizar con el papeleo, quedé algo ausente sin saber qué hacer en ese instante.

—Carolina, ¿tomamos un café y hablamos?— sugirió Valerio.

—De acuerdo —dije todavía bloqueada colocándome las llaves que me pertenecían en el bolso.

Valerio me dirigió hasta un local recién inaugurado que no había visto antes, una de esas típicas pastelerías que se centran en hacer divertidos *cup cakes* y pasteles. Un local pintado de blanco, con lámparas de diseño, muebles de madera y parqué. Por un momento me calmé y empecé a disfrutar de las ventajas de compartir algo con él. Valerio parecía un tío muy interesante y atractivo, entre nosotros se respiraba la química y la atracción que provocábamos el uno con el otro. Las miradas intimidatorias y las sonrisas, hablaban por sí solas. Al mismo tiempo, existía una especie de resistencia por sucumbir a nuestros deseos por respeto a la persona que nos unió y que siempre nos había mantenido alejados.

—Deberíamos ir cuanto antes a casa de Marcela. Ver si tiene algo en la nevera, recoger enseres y sobre todo decidir qué hacer, si venderlo o alquilarlo.

—Sí, sobre todo esto último— dije yo.

Parecía que nos costara hablar. Como si nos negásemos a conocernos. Temí que Marcela le hubiera hablado mal de mí, como hizo con él. Entonces, íbamos mal...

Nada más llegar al edificio nos encontramos con la pesada de Paulina, la típica cotilla que no tiene vida y compra la de los demás. Al vernos, salió con su bata azul del revés y cuatro rulos mal colocados. Dios mío, no sé qué temo más de cumplir los cincuenta, si volverme una cotilla o que se me pongan los tobillos como a ella.

—Hola, guapos. ¡Por fin os veo juntos! Mira que le dije de veces a Marcela que hacéis una pareja de rechupete. Pero ella, cabezota, que no quería presentaros por si la cosa salía mal. ¿Y ahora qué? ¿Venís a llevaros recuerdos de la difunta? Por cierto, yo le dejé hace unos meses una batidora, si no os importa, ¿puedo subir con vosotros y la recojo?

—Paulina, todavía estamos conmocionados. Danos unos días. Yo mismo te devolveré la batidora —dijo Valerio frenándole.

—¿Pero qué va a pasar ahora con el piso? ¿Lo ha dejado en herencia a sus padres? ¿Lo van a poner en alquiler? Lo digo porque tengo una sobrina en Lleida que viene a estudiar a Barcelona, y con eso de que hay confianza y los padres están donde Cristo perdió la sandalia, yo podría encargarme de que esté todo limpio a cambio de que mi sobrina Núria esté hospedada.

Mierda, de nuevo Paulina saliendo airosa de un tercer grado. No había forma de callar a esta vieja pesada. Siempre se las arreglaba para conseguir información de primera, te

acorralaba y te obligaba a decirle la verdad.

—Paulina, Marcela nos ha dejado el piso a mí y a Valerio en herencia. De momento venimos a recoger su ropa, ver si hay algo en la nevera que se haya pasado y poco a poco iremos pensando que hacer con él. Pero quítate de la cabeza la idea de alquilárselo a tu sobrina. Valerio vive de alquiler así que en breve se trasladará aquí —respondí a la cincuentona con tono firme y algo enfadado.

En menudo barrizal nos había metido la vecina cuando nosotros siquiera habíamos decidido qué hacer, pensaba mientras subíamos en el ascensor. El trayecto hasta el sexto piso se hizo eterno, ambos íbamos callados, sin saber qué decir.

Ya saliendo del ascensor, reprimida por buscar la llave del apartamento en mi bolso, puesto que Valerio la llevaba en el bolsillo de su pantalón, me atreví a decir algo pero sin mirarle a los ojos.

—La única verdad que ha soltado Paulina, es que hacemos muy buena parejita. No pretendo con esto tirarte los trastos, solo espero que nos entendamos.

Mierda, Carolina, ¡¡por qué has dicho esa parida!!

—Es cierto, yo también me di cuenta, Carolina. Hacemos buena pareja. Y al igual que Paulina, nunca entendí por qué Marcela nunca nos quiso presentar. Siempre hablaba bien de ti. Nos quería mucho. En fin, vamos a hablar claro: Yo quiero quedármelo —afirmó sin miedos.

—Vaya, ahora sí tenemos un buen problema —dije.

—Vivo de alquiler —sentenció él a su favor.

—Pues yo pago una hipoteca y me vendría bien un ingreso extra. Podríamos sortear quién de los dos se lo queda y este entregarle una aportación mensual al otro —sugerí yo.

—¿Y qué hay de los impuestos? Porque se pagaría por alquilar y por tener propiedad. ¿Por qué no vivimos juntos un tiempo? Tiene dos habitaciones grandes y un buen salón, y nos beneficiaríamos ambos.

—¿Y si nos llevamos a matar?— pregunté.

—Pues nos matamos...a ver quién gana a quien —dijo Valerio.

Ese comentario me dolió e incluso me hizo pensar que en algún momento Marcela hubiese hablado de más.

—No pongas esa cara, Carolina. ¿Cuánta gente en Barcelona comparte piso? Yo comparto piso, coño, parece mentira que se te haga algo raro.

Yo vivía en mi piso de casada. Pagaba una hipoteca de cuatrocientos euros mensuales. Podía elegir entre alquilar mi piso y al mismo tiempo saldar la deuda o pedirle a Valerio una parte proporcional de alquiler. En ese instante pensé en Marcela. Aunque nunca antes nos presentó, ahora nos había dado algo para compartir. Pensé en su buena fe, en que

quizás lo que pretendía era que las dos personas más especiales de su vida se llevaran bien a la fuerza, se uniesen de algún modo, que uno pudiera proteger al otro.

—Oye, ¿sabes lo que pienso? Marcela nos quería y nos ha dejado huérfanos. Yo no sé tú, pero yo no tengo a nadie. De hecho, Marcela pagó mi máster, le debía dinero. ¿Sabes lo que es tener unos padres, verte en apuros y que te ayude un amigo?

Parecía que Valerio me leyera el pensamiento.

—Bueno, lo puedo entender. Yo sí tengo padres y hermanos, pero Marcela era el motor de mi vida. Le debo mucho. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, quizás porque la había dejado de necesitar, pero el hecho de saber que ya no está me deja desamparada.

—Carolina, sé que suena algo extraño, pero creo que deberíamos empezar a tenernos el uno al otro. Y no quiero decir con ello que nos hagamos novios ni amantes. Que si sucediese, no me importaría. Solo creo que deberíamos ayudarnos y protegernos. Es lo que Marcela hubiera querido. Trasladaré mis cosas aquí durante esta semana.

—De acuerdo. Aunque yo tardaré en venir. Primero quiero poner mi piso en alquiler.

—¿Sabes qué me gustaría, Carolina? —interrumpió ansioso.

—No —respondí a secas.

—Que nos veamos esta noche, tomemos algo o cenemos y que nos tiremos todo el tiempo hablando de ella.

—Suena a un plan perfecto. No sabes cuánto lo necesito.

—Había pensado que saliéramos por ahí, pero ahora que estamos en su casa, pienso que qué mejor lugar que este para conocernos y homenajearla.

—Sí, y además sentirla entre nosotros.

—Ojalá se oigan ruidos extraños o suceda algo paranormal mientras, porque sé que será ella jactándose de sus dos amores.

—Cuidado, no adelantes acontecimientos. Según Marcela, en este edificio pasan cosas muy, muy raras. Me dijo que el de mantenimiento se cree que es Eros, el dios del amor.

Cuando un ser fallece, parece que necesites recordar y recordar una y otra vez las mismas frases, los mismos momentos, las mismas bromas y sobre todo, aquellas sentencias que soltaba sintiéndose alguien.

Era un lujo poder compartir esa sensación y ese vacío con Valerio.

Perdimos la noción del tiempo y nos sentimos tan arropados el uno con el otro que incluso optamos por pasar la noche juntos, abrazados, protegidos, sintiendo de vez en cuando la presencia de un querubín observándonos.

Dormí sintiendo el espíritu de Marcela, pero también sentí que en esa habitación había otro ser paranormal. Entreabrí un ojo y vi un torso desnudo y brillante pasearse por la habitación, sin embargo, mi cuerpo se sentía tan sereno y abatido que fue incapaz de reaccionar. Amanecí con mi cuerpo entrelazado al de Valerio, fue él quien me despertó sobresaltado y con los ojos abiertos como platos. Quizás lo que le extrañaba a él, era mismo que a mí, que ni siquiera nos hubiéramos besado y estuviéramos tan acaramelados.

—Carolina, esta noche ha entrado Eros a esta habitación —afirmó con contundencia.

—¿Qué dices, tío? Yo también noté a alguien, pero mi cuerpo estaba como drogado, no podía reaccionar. ¿Entonces, es verdad lo de que Eros vive en este bloque?

—Yo también pensaba que eran paranoias de Marcela, pero parece ser que es cierto. De hecho, habló conmigo, y no fue un sueño. Estaba sentado justo en el borde de mi cama.

—¿Y qué te dijo? —pregunté.

—Traía un mensaje del más allá. Dijo que estamos hechos el uno para el otro, que desde hoy, una fuerza sobrehumana nos unirá por siempre.

Me parecía tan ilógico que Valerio hablara así... Los hombres normalmente suelen esconder sus sentimientos, además de ser poco subjetivos. A decir verdad, sentía algo especial por Valerio. Una mezcla de amor fraternal y deseo. Volvimos a entrelazar pies y brazos, uno de los dos se acercó al otro entregándole un beso sonoro. Tras ese beso llegó otro más carnal y siguió otro más pasional, sin importarnos nuestros alientos matutinos.

Esa misma mañana, alrededor de las doce del mediodía, decidimos salir a tomar el *brunch* y leer el periódico. Cogimos el ascensor y nos encontramos con Óscar, el chico de mantenimiento, el mismo ser que presuntamente, se había manifestado ante nosotros aquella noche. Vestido con su mono azul y algo sudoroso, irradiaba una energía especial, con una sonrisa cautivadora.

—Bienvenidos al edificio, chicos, hacéis muy buena pareja —dijo con una mirada intimidatoria.

—Gracias —contestamos los dos al unísono.

—¿Sabéis que tengo poderes para reconocer a las almas gemelas?

—Sí, algo así me dijiste la pasada noche, ¿verdad? —intervino Valerio.

Óscar permaneció en silencio, las puertas del ascensor se abrieron y él se dirigió hasta el cuarto de mantenimiento, tan lozano, como si nada hubiera pasado.

Pasaron días, meses. El amor entre Valerio y yo fue creciendo de forma paulatina. Nos habíamos deseado de forma expansiva, pero ambos quisimos esperar a amarnos. Era algo tan intenso que incluso dolía. Decidimos que fuera así, pues sería la única forma de saber que lo que sentíamos era cierto y no algo situacional relacionado con un piso, o una amiga. Cinco meses después de nuestra convivencia, decidimos amarnos de verdad.

Hoy se celebra el aniversario de la muerte de Marcela. Durante este año hemos

entendido que ella eligió morir y fue valiente. No la echamos de menos, porque está siempre con nosotros. Además, sabemos que desde arriba se ríe de las jugarretas del destino y del amor, feliz de saber que vivimos bajo el amparo de Eros. Lo único que no hemos acabado de entender es por qué nunca hizo que Valerio y yo nos conociéramos.

En la entrada hemos habilitado una especie de santuario, ella no era muy religiosa y nosotros siempre hemos pasado de los dogmas, pero deseamos sentirla todos los días. Además, a ella le encantaban las flores, siempre tenía flores frescas en casa. Necesitamos tener este acto de agradecimiento por haber sido nuestra amiga y protegernos esté donde esté.

He entendido la expresión que dice: «cuando el Señor te cierra una puerta, en otro sitio abre una ventana». En mi caso, se abrió un ventanal de aire fresco proveniente de una de las principales arterias de Barcelona y envuelto de un intenso y pasional amor por un ser que nunca pensé que existiera. Así que desde aquí, Marcela, *Grazie mille amore*.



*A*quí llega Elva, la vecina del 6º1ª. La pobre no ha vivido su mejor año. Y aunque seguramente, me odia en todas mis formas y huye de mis flechas como de la peste, sé que por las noches se siente triste y sola porque ya no recuerda lo que es un abrazo. Ha dejado de creer en el amor, y ha perdido por el camino su autoestima y la confianza en sí misma. Pero quizás esto vaya a cambiar antes de lo que piensa. Hoy es noche de Perseidas, y ya se sabe lo que dicen... Si ves caer una estrella fugaz, pide un deseo.

—No insistas, Lucía, hoy no pienso salir —sentencio categórica mientras busco las llaves de casa en el bolso.

—Para un día que libro con el taxi y me dejas tirada. Eres un muermo, Elva, ¿lo sabes?

Y dale con la cantinela. Eso era algo que yo ya sabía, pero ese día Lucía estaba especialmente insistente.

—Sí, lo sé, gracias por recordármelo, así que déjalo ya.

—Hija, qué rancia te has levantado hoy...

—Si mañana fuera el día en el que tu ex-novio, se casara con la zorra con la que le pillaste follando en tu propia cama, seguramente tú también te levantarías rancia —escupo dolida.

—Lo sé, lo sé... —Me di cuenta que, efectivamente, estaba más cerrada que nunca, que ese día estaba pagando con mi amiga mis platos rotos, pero guardé silencio—. Perdona, tienes razón en eso, pero ya hace un año de aquello, nena. Tienes que seguir tu vida y pasar página. ¡Manda ya a tomar por culo a Carlos, su boda y todo lo que representa!

—Y lo haré. Pero no hoy, Lucía. —¿Por qué me duele tanto todavía?—. Escuece, ¿sabes? Saber que lo que nunca estuvo dispuesto a hacer conmigo, lo va a hacer mañana con ella... No puedo evitarlo.

—¿Y qué piensas hacer entonces? ¿Quedarte en casa amargada viendo *Titanic* y fustigándote mientras escuchas a Alejandro Sanz? Eso no va a cambiar las cosas.

—Lo sé, pero necesito estar sola. ¿Lo entiendes? Estoy cansada y quiero acostarme pronto —le informo mientras sigo buscando las llaves, ¿dónde demonios están?—. Además, sabes que odio a Alejandro Sanz.

—Está bien, tú misma. Me hacía mucha ilusión pasar esta noche contigo en la playa, pidiendo deseos locos y conociendo tíos buenorros. No me hace ni puñetera gracia dejarte así, pero si es lo que necesitas, allá tú.

—¡Gracias a Dios! ¡Aquí están! —celebro aliviada al encontrarlas y comprobar que lo he hecho sin necesidad de dejar todas las bolsas que acarreo.

—Pero prométeme una cosa; si en cualquier momento, entre llanto y sorbetes de mocos, tienes un momento de lucidez y te apetece salir, llámame. Llevaré el móvil encima y, en dos minutos, a la mierda la playa y nos presentamos todas aquí. Prométemelo.

—Lucía, de verdad. Yo no... —pero me corta a mitad de la frase.

—Que me lo prometas. ¡Vamos! No colgaré hasta que no lo hagas.

—Vale, de acuerdo, pesada, te llamaré —bufo mientras sonrío.

—¿Seguro?

—Que sí, ¡mira que eres tocapelotas cuando quieres! ¿eh? —Con ella es imposible enfadarse después de todo.

—No te voy a decir que no, pero eres mi amiga y me preocupo por ti. No me gusta verte así.

—Anda, vete o no te dará tiempo a arreglarte.

—¡Uy, es verdad, qué tarde es ya! Mañana, en cuanto se me pase la resaca, subo a verte.

—¡Venga, cuelga ya! Que lo paséis bien. Da un beso a las chicas de mi parte.

Me despido mientras aguanto el teléfono con la barbilla y el hombro, intento abrir la puerta con una mano y agarrar las bolsas de la compra con la otra. Entro en casa y apoyo la espalda en la puerta para cerrarla. Aquí estoy por fin, en mi dulce morada, sola. Miro al frente y recorro con la mirada toda la estancia. Sesenta metros cuadrados prácticamente diáfanos, repartidos entre el salón con cocina americana, habitación doble con baño integrado, separado del resto por una gran librería y una habitación individual que sirve de vestidor. Pero si estoy enamorada del apartamento, es por la pequeña terraza que tiene mirando hacia la costa y las preciosas vistas que puedo divisar por la noche. Sonrío y suspiro resignada, porque aunque me siento muy a gusto aquí, todo me recuerda a él.

Gracias a que tengo un trabajo mal pagado como recepcionista en un hotel de cuatro estrellas del centro, y que me dedico a hacer trabajos de diseño de forma *freelance* en casa, puedo permitirme seguir viviendo aquí. Cuando pasó «aquello», era lo que menos deseaba. Hubiera dado lo que fuera por irme lejos. Lima, Pekín o Marte hubieran sido buenas opciones, pero ni tenía el dinero suficiente para hacerlo, ni donde caerme muerta en esta ciudad. Y aunque mi familia, me hubiera recibido con los brazos abiertos, no quería pasar por el trance de tener que tragarme mi fracaso ante ellos.

Carlos, a partir de ahora, *el innombrable*, se marchó ese mismo día. Recogió sus cosas personales de mala manera y el resto lo vino a recoger una empresa de mudanzas una semana después. Ella, por supuesto, desapareció del vecindario casi al mismo tiempo.

Como siempre en estos casos, fui la última en enterarme de que mi novio se tiraba a

la vecina del 3º, porque lo sabía hasta Óscar, el de mantenimiento de la comunidad. Pero claro, de eso me enteré mucho después, cuando yo iba como alma en pena llorando por las esquinas y, detectaba miradas de compasión y comentarios por lo «bajini» por parte de los vecinos.

Pasó más de un mes hasta que pude cogerle el teléfono, y dos largos meses hasta que soporté tenerlo cerca y mirarle a los ojos sin echarme a llorar, o, directamente, pegarle un puñetazo en la boca y dejarle sin dientes, por haberme destrozado la vida y el corazón. Llegamos con rapidez a un acuerdo respecto al apartamento. Una vez descubierta la traición, *el innombrable* tenía mucha prisa por arreglarlo todo, por lo que no puso objeción alguna en que yo me quedara en él y sufragara todos los gastos. Fue en el notario cuando le vi por última vez, y de eso hacía ya casi nueve meses.

Al poco tiempo, me enteré de que se había ido a vivir con la *zorrasca* del 3º, que habían alquilado un piso de ciento ochenta metros en la zona más pija de la ciudad y que se les veía muy bien.

En ese momento, tenía la esperanza de que simplemente fuera una aventura pasajera, que al final, el calentón y el morbo pasarían. Que él me echaría de menos y volvería a casa arrepentido pidiéndome perdón. Pero no. Yo, que creía conocerle, en el fondo de mi ser sentía que no era un simple encoñamiento. ¿Y si realmente se había enamorado de ella? ¿Y si realmente el amor de su vida no era yo? Era difícil de aceptar que tras cinco años, hubiera significado tan poco en su vida, pero no tuve más remedio que intentar aceptarlo.

De nuevo, no quise alertar a mis padres por mi entonces precaria situación económica. Fue gracias a la persuasión de Lucía, que conocía al dueño del *Hysteria*, la disco por donde se movía habitualmente con sus amigas, que acabé haciendo pequeños trabajos de diseño para el club: carteles, *flyers*, etc... Tuve suerte y en pocos meses me encontré trabajando para varios negocios de la noche, e incluso haciendo portadas de novelas para escritores.

Lucía, qué habría sido de mí sin ella. Hasta que pasó «aquello» apenas habíamos tenido relación. Nuestro trato había sido estrictamente el de dos vecinas que se cruzan de vez en cuando en el portal o en el ascensor. Hola, adiós y las dichas predicciones del tiempo. Por entonces, yo vivía en mi perfecta nube de amor y felicidad y poco me interesaba lo que ocurría alrededor de ella. Ni siquiera sabía que era taxista y mucho menos que fuera una tía tan legal. Fue la primera cara amable que vi cuando salí de mi aturdimiento, tras hacer aquel doloroso descubrimiento.

He de decir que aquel fatídico día en el que descubrí al *innombrable* follándose a la vecina en mi propia cama, yo había ido a trabajar al hotel como era habitual. A media mañana recibí una llamada de Óscar, el de mantenimiento, en la cual me recordaba que el inspector de gas efectuaría la inspección ese mismo día. Juré no tener constancia de ello, pero él insistió en que alguien de la compañía había llamado, por no sé qué problema del conducto general que afectaba a mi piso. Resignada, intenté localizar a mi novio pero no dio señales de vida, por lo que me vi obligada a solicitar con urgencia un par de horas de

asuntos personales con el consiguiente enfado de mi superior. Llegué a casa, y a partir de ahí todo fue como una película de terror. Al entrar en la habitación les pillé —nunca mejor dicho— con las manos en la masa. Me quedé allí plantada, estupefacta. Mi mente no podía asimilar lo que mis ojos estaban viendo, y pasaron varios minutos hasta que aquel par de desgraciados, totalmente entregados como estaban a la faena, se dieron cuenta de mi presencia.

Nunca olvidaré la expresión del capullo de mi novio cuando me vio. Primero de sorpresa, para luego dar paso al alivio puro y duro. Y eso es lo que me dolió más, porque al descubrirle, el muy cobarde sintió que por fin se libraba de la carga del engaño.

Me habló de forma pausada, como si se dirigiera a una niña de seis años, diciendo que me tranquilizara y no montara un escándalo. ¿Que no montara un escándalo? Por un momento me decepcionó. Esperaba el típico «esto no es lo que parece», pero obviamente, sí que lo era. Y sin asimilar del todo lo que acababa de ver, la mente, que es muy sabia, hizo que me rebelara. Empecé a reírme como una posesa, hasta el punto de no poder contener las lágrimas del esfuerzo. Verle allí plantado en pelotas, y con su erección menguando por momentos tras la inoportuna interrupción, era muy cómico. ¡Aquello sí que había sido un *Coitus Interruptus* en toda regla! Mi risa se fue convirtiendo en histeria y no me percaté de que lloraba a mares, hasta que empecé a beberme las lágrimas. Entonces sí grité, grité mucho. Y fui capaz de sacar de mi casa a aquel cabrón de metro ochenta en pelotas y dejarlo tirado en el rellano, a la vista de todos los vecinos curiosos que se habían congregado para ver el espectáculo. A ella no tuve que decirle nada, simplemente la miré y salió corriendo como a quién la persigue el diablo; no le dio tiempo ni a recoger su ropa.

Aún me pregunto cómo lo hice, porque realmente de aquel momento tengo recuerdos muy vagos, fruto del estado de ofuscación y nervios en el que me encontraba.

Según me dijo más tarde Lucía, mis gritos se habían oído hasta en Montjuic. Fue a ella a quién abrí la puerta una vez salí de mi letargo. Fue ella la que se encargó de disolver la concentración de vecinos. La que pasados unos días, se acercó a verme y la que estuvo pendiente de mí, dándome espacio, aguantando mis lágrimas y lamentos, sin decir una sola palabra.

Eso nos unió, y a partir de ahí fuimos inseparables. Me presentó a sus amigas, con las que enseguida tuve buen *feeling* y desde entonces, de vez en cuando, salimos juntas o quedamos en casa para ver una peli, y acaba poniéndome al día de sus conquistas.

De ahí, ha nacido una amistad de esas que pocas cosas pueden romper. Lo mismo pasó con Paula, mi vecina del 5º, que trabaja como enfermera y fue la que me asistió aquel fatídico día. Calmó mi ansiedad con su voz dulce y una cantidad ingente de tranquilizantes como para dormir a un elefante, imaginaos mi estado. Con ella salgo a veces a tomar café o al cine, pero sus turnos de trabajo hacen difícil que coincidamos lo que quisiéramos. Al menos de todo aquello salió algo positivo. Es lo único que le puedo conceder al *innombrable*.

Por cierto, el inspector del gas jamás hizo acto de presencia. Ella no lo sabe y nunca se lo confesaré, pero sospecho que fue Lucía la que se aseguró de que yo llegara a casa antes de tiempo aquella mañana. Y aunque al principio me dolió pensarlo, sé que lo hizo por mí, porque no quería seguir viendo cómo era la última en enterarme de que me engañaban. Solo por eso, la perdono y la quiero.

Y así han ido pasando los meses, trabajando, saliendo con Paula, Lucía y las chicas, e intentando sobreponerme al palo más grande que me he llevado en la vida. No he sido capaz de tener otra relación, aunque he tenido varios pretendientes e incluso algún rollito sin importancia, del que luego me he arrepentido. La herida que me ha dejado Carlos en el corazón todavía está muy tierna, y la de la confianza no creo que cicatrice nunca. Pero bueno, lo he ido sobrellevando con mis días buenos y mis días menos buenos, pero avanzando. Hasta hace justo dos semanas, cuando me encontré a una amiga común, bueno, del susodicho, en un centro comercial y no perdió la oportunidad de dejar caer la noticia bomba.

—No sabes qué mal me siento por ti, Elva. Debe ser duro haberte enterado de la boda de Carlos en tan poco tiempo...

¿Cómo? ¿Carlos? ¿Se casa? ¿Qué? ¿Con quién? Creo que estuve clínicamente muerta durante un instante, porque mi corazón dejó de latir de sopetón y la oscuridad se apoderó de mí. Lo siguiente que recuerdo es estar sentada en un banco rodeada de gente, con una señora bastante rechoncha dándome palmaditas en la cara, mientras me daba de beber agua de un botellín. Comprobé en mis propias carnes que sí, te puedes desmayar de la impresión.

Obviamente, mi «amiga» se disculpó de forma reiterada, pero la muy zorra sé que en el fondo disfrutó. Fue un palo saber, que aquel hombre con el que había compartido los que yo creía los mejores años de mi vida, el hombre que posponía el momento de formar una familia porque nunca era el momento adecuado, el hombre que me decía que no creía en el matrimonio porque lo consideraba un atraso, y que nosotros ya estábamos unidos sin necesidad de un papel, se casaba con la *zorrasca* del tercero.

Tras esa penosa escena, volví a caer en el pozo de la desesperación. Durante estas dos semanas he vuelto a revivir los malos momentos de hace un año, y el dolor y el rencor se han vuelto a apoderar de mí. Por eso hoy no voy a salir con Lucía y las chicas. Tengo la necesidad de revolcarme en mi propia mierda, y sí, veré *Titanic*, me emborracharé a base de *Malibús* y por supuesto, escucharé a Alejandro Sanz hasta que el setenta por ciento del agua que forma mi cuerpo, me abandone mientras lloro y le maldigo. Por destrozar mi corazón, por traicionarme, por mentirme y engañarme. Pero, sobre todo, por no quererme.

Así que decidí planear el fin de semana. Paula había comentado de salir fuera, irnos a un hotel de la costa y pegarnos dos días de desconexión del mundo. Pero le asignaron una guardia de veinticuatro horas por sorpresa y se nos fue al traste el invento. Ya sé que ocultarme en casa, cual avestruz metiendo la cabeza en un agujero, no va a cambiar el hecho de que mi ex-novio se case mañana con esa rubia con cara de mosquita muerta.

Prefiero evitar las miradas de lástima y compasión de mis amigas, o evitar beberme hasta el agua de los floreros y acabar en una cama que no conozco, con alguien al que seguramente detestaría por la mañana.

Me dirijo a la cocina y por el camino enciendo la televisión con el mando a distancia. He descubierto que es una buena solución para no sentirme sola los ratos que estoy en casa. Sentir el jaleo de fondo, llena el silencio que me acompaña en mi día a día. Hay quien tiene un gato; yo pongo la tele.

Dejo las bolsas que acabo de llenar en el súper sobre la encimera y admiro las delicias que he comprado para superar la jornada de bajón: *Doritos*, salsa de queso, chocolate blanco, helado de vainilla con nueces de Macadamia, una pizza barbacoa, una bandeja de cruasanes rellenos de crema y una botella de Malibú que me pienso meter entre pecho y espalda, si antes no he muerto porque mi hígado ha explotado ante tal cóctel *Molotov*. Ideal, sonrío satisfecha.

Decido darme una ducha antes de ponerme en situación. He calculado al milímetro las siguientes horas. Tengo preparadas varias películas y una lista de canciones en un pendrive, que cualquier otro día me harían morir por sobredosis de azúcar. Hoy voy a obligarme a verlas por aquello de autocompadecerme y tal, y fustigarme hasta que se me olviden los seis últimos años de mi vida. A veces pienso en si los americanos habrán inventado ya un aparatito de borrado de memoria selectiva, con el que poder mandar a paseo ciertos momentos de tu vida. Estoy convencida de que sí, pero como son tan suyos seguro que no lo quieren compartir con el resto del mundo mundial. ¡Agonías!

Tardo más de media hora en salir de la ducha. Hace calor y el agua templadita me ha venido de perlas para quitarme las tensiones de los últimos días. Me pongo mi pijama favorito de pantalón corto y camiseta con estampado de mariquitas y me hago una coleta, que enrolló con la goma hasta hacer un moño. Me miro al espejo y lo que veo reflejado no me gusta. Aunque me siento fresca y limpia, llevo una enorme carga sobre mis espaldas y un nudo me oprime el pecho hasta doler. Ya no veo el reflejo de aquella chica pizpireta y feliz que vivía con comodidad y sin preocupaciones. Ahora la imagen del espejo es un fantasma de lo que fui, una chica de ojos tristes y sonrisa rota. Muy delgada y con el mismo brillo en el alma que en lo que antes fue una bonita melena castaña, ninguno. Una lágrima furtiva se desliza por mi mejilla, reacciono con rapidez y la hago desaparecer. No puedo, no quiero llorar. Al menos, aún no. Me pregunto en qué momento dejé de quererme. Paula siempre me lo dice, «*Para que los demás te quieran, tienes que empezar por quererte a ti misma, cielo*». Y tiene toda la razón pero ¿cuesta tanto reponerse de algo así! Carlos se fue y con él se marchó mi autoestima.

Al salir del baño, me detengo frente a ese enorme trasto inútil llamado cama. Desde aquel miserable día no he podido volver a dormir en ella. He sido incapaz de tumbarme siquiera, sin que acudan aquellas dolorosas imágenes a mi mente. Sí, desde hace casi un año tengo montada mi trinchera nocturna en el grandioso y cómodo sofá de tres plazas color musgo, que gracias a Dios me empecé en comprar cuando nos mudamos, en contra

de la opinión de Carlos. Cada vez estoy más segura, de que ese sofá y yo estábamos predestinados a estar juntos.

Me dirijo a la cocina a prepararme algo de picar, mientras algo en la tele me llama la atención. Durante las últimas semanas la gente ha estado como loca con la llegada del cometa y su lluvia de estrellas. Al parecer cada 150 años la actividad de este cometa, de nombre impronunciable, se acentúa de manera considerable, llegando a triplicar los registros de Perseidas que aparecen habitualmente cada mes de agosto. A este singular acontecimiento lo han bautizado como «La noche de los Deseos». La fiebre consumista que nos controla, la ha utilizado para lanzar todo tipo de *merchandising* sobre el tema y, se han organizado fiestas y excursiones para disfrutar de tan mágica noche en playas y montañas. De hecho, la fiesta a la que se dirigen Lucía y mis amigas es una de ellas, dispuesta en la playa de la Barceloneta en plan *chill out*. Las locas, creen que el deseo que van a pedir hoy les cambiará la vida. ¡Ojalá fuese verdad!

Cojo una cerveza de la nevera y me apoyo en la barra, mientras los *Doritos* con la crema de queso se calientan en el microondas. Pienso que el único acontecimiento que a mí me emociona, y no gratamente, es la boda mañana de mi ex. No sé, igual me animo y pido un deseo cuando comience la dichosa lluvia de estrellas. Que el *innombrable* se encuentre a la novia fornicando con el padrino en los lavabos del restaurante durante el banquete o, que una legión de ladillas carnívoras, invada su entrepierna y la industria farmacéutica no tenga fondos para investigar un tratamiento efectivo contra semejante plaga. No estaría mal, pero no va en mí ser tan mala persona. La mala persona fue él. Ese desgraciado, fue quien jugó conmigo sin importarle lo más mínimo el sufrimiento que me causaría.

Me quemo los dedos al sacar el plato de *Doritos* del microondas, creo que me he pasado con el tiempo. Tiro el plato como si fuera un *Freesbee* sobre la mesa del comedor, y tras coger otra cerveza fresquita de la nevera, me acomodo en mi fabuloso sofá.

Escucho que un mensaje llega al móvil. Me da coraje tener que levantarme, ahora que ya estaba cómoda sobre el hueco que tengo hecho bajo mis posaderas, ya que el bolso está en la cocina. Decido no moverme, pero el dichoso tono del pajarito suena de nuevo, e imagino que posiblemente sea Lucía. Si no contesto, me arrepentiré de no tener una recortada para poder cargarme al dichoso pajarraco ante tanta insistencia. Me levanto y busco el teléfono. Efectivamente son *Whatsapps* de Lucía.

L: «¿Cómo vas Doña Depre?»

E: «Idiota, ahora voy a picar algo».

L: «Nosotras de tapas y luego a la playa, menudo ambientazo».

E: «Ya lo he visto por la tele, ni que se fuera a acabar el mundo».

L: «En serio, ¿no quieres venir?»

E: «En serio. Pijama, cena y a la cama».

L: «Por cierto, Oscar me ha dado un libro que le ha dejado Paula para mí esta mañana. Está sobre la mesa de tu cocina».

E: «Óscar, ¿el de mantenimiento?»

L: «No preguntes».

E: « ¿Estáis liados? ¿Desde cuándo?»

L: «No comment».

E: «¡Serás zorra! ja ja ja».

L: «Lo dicho, léelo y luego me dices de qué va por si me pregunta cuando se lo devuelva, que ya sabes que a mí, si no va de látigo y esposas como que no».

E: «¡Qué morro tienes! ¡No pienso leer nada!»

L: «Pediré un deseo por ti si lo haces».

E: «Pasadlo bien».

L: «Si te aburres, llámame».

E: «La la la la la».

Lanzo el móvil hacia la otra punta del sofá, mientras me rio sola. Lucía tiene una capacidad de espantar mis malos rollos abrumadora. Con un poco de suerte, ya no me molestará nadie más esta noche. Me meto en la boca un *Dorito* con salsa, que más bien es medio kilo de salsa con un *Dorito* dentro. Enchufo el *pen* en el portátil, mientras le quito la voz a la televisión y elijo una película para ver. Me asombro de mí misma. He escogido una variedad de películas bastante tétricas para pasar la noche: *Love Actually*, *Los puentes de Madison*, *Diario de Bridget Jones* y, como no, *Titanic*. Me decido por la primera, la he visto mil veces y Hugh Grant me encanta. Presagio que esta película hoy no me va a gustar tanto, pero estoy decidida. Si supero esta noche sin llorar, me haré inmortal.

Me acomodo con un cojín bajo la cabeza y me dispongo a comenzar la sesión cinéfila, cuando recuerdo lo que me ha dicho Lucía sobre el libro. Allí está sobre la mesa, tal y como me ha indicado. Me pica la curiosidad, y me levanto a cogerlo mientras comienza la peli. La portada ya de por sí, tira un poco para atrás. Se ve a un hombre de oscura melena, sosteniendo una espada con la espalda desnuda y un kilt como única vestimenta. Mira hacia la lejanía, en donde se alza un castillo imponente. Vaya, el título no deja dudas sobre de qué trata: «*La insignia del Highlander*», de la afamada autora Helena Carsham. No es que no me guste la novela de género romántico, de hecho, desde que estoy sola, Paula se ha encargado de prestarme algún libro, y la verdad, con algunos me he divertido mucho. Pero no estoy preparada todavía para los finales felices, cuando mi vida amorosa es una constante mierda desde hace un año. No hay nada en este libro que me

llame la atención, por muy *best-seller* que se indique en la portada que es. Lo más seguro, es que trate sobre el típico escocés machista que va en auxilio de la pobre muchachita terca y sin cerebro. Sinceramente, hoy no me apetece leer algo así.

Durante la siguiente media hora, me da tiempo de pasar varias fases. Río mientras como, lloro mientras bebo, rememoro los mejores y peores momentos de mi relación con ese demonio encarnado en mi ex y, acabo maldiciendo el día en que le conocí. Me doy cuenta de que mi espíritu masoquista llega a nivel semidiosa, cuando advierto de que he rebobinando como veinte veces la escena de los carteles de Keira Knightley. Ahora tengo hipo, me ahogo entre lágrimas y debo tener la cara más hinchada y deformada que los orcos de *Mordor*. Me niego a estar así mientras él está celebrando su última noche de soltería más feliz que una perdiz. Siento pena de mí misma, doy asco. ¡Me da rabia ser tan débil!

Apago el portátil y decido poner algo de música, porque si sigo así, acabaré yendo al hospital para que me descongestionen la nariz. Si no muero de pena esta noche, lo haré por asfixia por la gran cantidad de mocos que me están poseyendo. Reconozco, que quizás no ha sido tan buena idea ver esa película. Hugh Grant de repente, ya no me resulta tan encantador.

Sin saber qué CD está puesto en el reproductor, lo activo y suena el último de One Republic. Tras pensármelo un segundo, recuerdo que a Carlos no le hacían ninguna gracia, así que me alegro de la elección y comienzo a bailar lentamente disfrutando de los acordes de «*I lived*». Es una canción de esas que te contagia el buen rollo, de esas que necesito para olvidar, que mañana él habrá dicho el sí quiero y tendré que aceptar que le perdí para siempre.

Acompañada de los acordes de la siguiente canción, decido prepararme un Malibú y encender el horno para cocinar la pizza. No es que tenga mucha hambre, pero si sigo bebiendo solo con los *Doritos* en el estómago, voy a caer redonda. Recojo de la mesa los restos del picoteo, y coloco los cojines del sofá para sentarme cómodamente a escuchar música, mientras veo las imágenes de la silenciosa tele que aún está encendida. Por lo que veo hay lo mismo de siempre: contertulios haciendo aspavientos y destrozando la vida de algún infeliz, que ha ido a contar sus miserias por un pastizal. Penoso. Cambio de canal pero no hay nada potable en ninguno de ellos y, al tirar el mando sobre el sofá veo el libro de nuevo. Lo cojo y lo reviso otra vez con curiosidad. Leo en la sinopsis que trata sobre Connor Murray, un *Laird* y fabuloso guerrero temido por sus oponentes, que ha caído en desgracia por un mal de amores y, ha de tomar en matrimonio a una mujer del clan enemigo para no perder sus tierras, o bien llegar a un acuerdo con los ingleses para no llevar a su pueblo a una guerra que no soportarían. ¿Encontrará entre tanta maldad el amor? Típica.

Sin darme cuenta, me encuentro inmersa en sus páginas, conociendo la vida de ese escocés. Un hombre al que para mi sorpresa, no le hace justicia en absoluto la sinopsis.

Tuvo muy poco tiempo de ser niño, ya que desde joven tuvo encima una

responsabilidad enorme. Vio como la enfermedad se cebó con su familia, quedándose completamente solo. Tuvo la mala suerte de perder a su primer amor, cuando esta fue casada con otro caballero. A partir de ese momento, pierde el norte, centrándose en los asuntos de guerra sin importarle nada más. Por culpa de malos consejos y peores decisiones, está llevando a su pueblo a la ruina más absoluta. Un hombre confiado de los que considera amigos y, que está a punto de perderlo todo por su ignorancia y buena fe. Angus, su mentor y consejero, le propone un pacto con un Clan afín a los ingleses. Un acuerdo que les libraría de la penuria y de ser vasallos de los Lennox, el clan vecino que quiere adueñarse de sus tierras. Este arreglo, les proporcionaría el favor de la corona inglesa.

He avanzado hasta leer casi medio libro sin poder evitarlo. La vida de Connor es fascinante, y reconozco que no podía estar más equivocada respecto a él. Un hombre íntegro y honesto, pero que tiene defectos y se equivoca como cualquier mortal, un hombre al que el dolor le ha hecho perder su esencia.

Eso me gusta, el que sea imperfecto. Siento empatía por él. Quizás nos parecemos más de lo que creo. Pierdo por completo la noción del tiempo. Estoy tan metida en la historia que estoy incluso en tensión.

—¡No te fíes de Angus, creo que te la va a jugar! No puedes pactar con los ingleses. ¡Os traicionarán! No te conviene confiar en ese tipo por mucho que sea tu mentor, algo busca que no sabemos —no puedo evitar decir en voz alta—. ¿Le estoy hablando a un libro? Estoy peor de lo que pensaba —me río, pero continuo leyendo la novela que sin saber si es provocado por lo que he bebido, el dolor, o simplemente porque Connor me ha cautivado, me tiene atrapada entre sus páginas.

Fantaseo con su imagen en mi cabeza, alto, moreno, de ojos azules profundos como océanos, sonrisa pícara, fuerte y protector. Claro, no voy a imaginar a un hombre de metro y medio, calvo y con joroba. Con todo el respeto, no pega. Sonrío ante la tontería que acabo de pensar y es entonces cuando huelo a quemado.

—¡Mierda, la pizza!

Bueno, lo fue en su vida anterior, porque ahora es mi cena absolutamente carbonizada. Me quemo de nuevo la mano al cogerla, y la tiro al fregadero mientras maldigo en arameo. La casa se llena de humo y de olor a barbacoa chamuscada. Abro la puerta de la terraza, para intentar ventilar la estancia con rapidez antes de que Paulina, la radio-patio del edificio, llame a los bomberos creyendo que como estoy depre, me he vuelto pirómana o algo parecido. No puedo creer el rumbo que está tomando la noche y no puedo dejar de sonreír al percatarme de que al menos, ya he dejado de llorar. Mientras intento hacer desaparecer el humo por la ventana con la ayuda de un cojín, vuelve a sonar el móvil. Lo más probable, es que vuelva a ser Lucía, pero esta vez me apetece responderle y que me contagie su buen humor con sus *Whatsapps*.

L: «Bruji ¿aún estás viva?»

E: «Casi. Me acabo de quedar sin cena, por poco quemo el edificio».

L: «Y, ¿qué estabas haciendo?»

E: «Leyendo el libro de Paula».

L: «¿Interesante?»

E: «No está mal».

L: «Bueno, mejor eso que pensar en el gilipollas de tu ex. ¿Has pedido ya tu deseo?»

E: «No voy a pedir ningún deseo».

L: «Tú misma. El de hoy dicen que se cumple, de verdad de la buena».

E: «Sí, claro. ¿La noche bien?»

L: «Si, y tiene pinta de que va a acabar mucho mejor».

E: «¿Ojos verdes?»

L: «Marrones, pero con un culo de infarto».

E: «¡Estás como una campana!».

L: «Te dejo que viene culo prieto. Besos».

E: «Besitos».

Lucía me da envidia, pero de la sana. Ojalá tuviera yo la capacidad de pasar de todo y disfrutar de esta noche como ella. Como veo que va a estar muy ocupada el resto de la velada, le quito el volumen al móvil y lo dejo sobre el sofá. El humo casi ha desaparecido, pero aún huele a fritanga, así que dejo las puertas de mi pequeña terraza abiertas y salgo a disfrutar del aire fresco de la noche. No sé en qué momento he cogido el libro, pero ahora lo llevo en la mano. Me siento en la silla de madera que tengo en mi pequeño pero estupendo paraíso, y retomo la lectura mientras la brisa nocturna y el suave olor a lavanda de las macetas que me rodean, acarician mi piel.

Connor, lo tiene bastante complicado la verdad. La otra opción que le queda si quiere evitar el enfrentamiento con el enemigo y la penuria de los suyos, es casarse con una tal Ilona, la hija de su rival del Clan Lennox. Ilona, resulta ser una cría bastante estúpida y un poco ligerita de cascos. Aunque no hace ascos al trofeo que para ella representa Connor, me da a mí, que está muy poco interesada en la fidelidad. Además, no me gusta nada la extraña alianza que misteriosamente han fraguado ella y Angus. Por otra parte, el consejero no hace más que insistirle con que un acuerdo con los Campbell y los ingleses, acabaría con todos los problemas. Connor, no se decanta por ninguna opción de momento. No debe ser fácil tomar una decisión que puede cambiar el futuro de tanta gente. Se recluye en solitario, pensativo, y se torna muy esquivo. Supongo que valora la opción

menos mala.

Casi me da lástima el escocés. Tan grande, guapo y valiente que lo imagino y a la vez, tan desdichado. Cierro el libro y lo abrazo contra mi pecho, fantaseando sobre un imposible.

—Lo que daría yo por encontrarme un hombre así y sentirme protegida. Se le iban a quitar todas las tristezas de golpe. Y a mí también, para qué negarlo. —Contemplo con resignación al hombre que aparece en la portada—. Míranos, tú vas a casarte con alguien a quién no quieres, y el que quiero yo se casa con otra. Es gracioso y triste a la vez, ¿no crees? —Suspiro y me animo yo sola—. Algún día llegará el hombre de tus sueños, ya verás Elva. Algún día.

¿Lo he dicho en voz alta? ¡Ay madre! ¡Necesito beber algo! Me hago otro Malibú con piña y abro una lata de aceitunas rellenas de anchoa —que me pirran—, y sigo leyendo al fresquito, expectante por lo que sucede en la historia. Como siga así me la ventilo de un tirón, y me da pena, porque no quiero que termine nunca. Sospecho que no va a acabar tan bien como deseo, pero tengo la esperanza de estar equivocada. ¿Las novelas románticas no acaban siempre bien? Viene a mi mente *Romeo y Julieta*, y el corazón se me encoge. ¡No seas pesimista Elva!

Connor negocia con el clan rival aconsejado por Kieran, su jefe de armas y mejor amigo y, aunque la detesta, porque es una arpía de mucho cuidado, creo que va a aceptar casarse con Ilona Lennox. Su moral y su historia le impiden pactar con los ingleses, por encima de todo está su honor, y tras perder tantas cosas en su vida no quiere que le arrebaten el único orgullo que le queda, el ser escocés. Angus, en un último intento de convencerle de que su propuesta es la mejor opción, le convoca a un encuentro para negociar con los Campbell. Pero algo no me huele bien, desconfío del consejero, y mucho. Tengo un palpito. En cuanto mi hombretón de ojos azules se descuide, se la va a meter doblada. Intuyo intereses ocultos que pueden perjudicar a Connor, y me dan ganas de gritarle que no vaya, porque me temo que se trata de una trampa.

—¡No vayas! ¡No te fíes, Connor! Angus, no me da buena espina. ¿No te parece raro que ahora esté tan interesado en el pacto con los ingleses, cuando antes era su más ferviente opositor? —¿Qué diablos estoy haciendo?

Pero Connor no me oye, ni siente el peligro. Se dirige directo y confiado a lo que yo creo que es una emboscada, y de la que sospecho, no va a salir muy bien parado.

La ansiedad no me abandona. Me retuerzo incómoda en la silla, como si de repente tuviera alfileres. Un mal presentimiento se apodera de mi alma a cada segundo que el *highlander* se acerca al lugar, que está absolutamente desierto. Alguien aparece entre las sombras y por sorpresa. El filo de una daga que no ha podido esquivar y un golpe en la cabeza, dejan al guerrero escocés herido e inconsciente en el suelo. Mi cuerpo se congela por un momento, y mi ira se materializa cuando consigo volver a respirar.

—¡No! ¡No, joder! ¡Lo sabía! ¡Te lo dije, no debías confiar en él! —alucino conmigo

misma, pero estoy indignada—. ¿Por qué no me has hecho caso? ¡Ahora no te puedes morir! ¿Cómo no lo has visto venir? ¿Por qué no me has escuchado? —y se lo digo dolida al hombre que aparece en la portada de un libro. De locos.

No me he dado cuenta, pero en el balcón de al lado está Óscar el de mantenimiento, apoyado en la barandilla con un destornillador en la mano y flipado por completo con la escena que estoy montando.

—Eh... Hola —me incorporo de un salto muerta de la vergüenza y me tiro por encima medio Malibú.

—¿Estás bien? —me pregunta con cara de póker.

—Sí, sí... Es solo que estoy leyendo y me he emocionado un poco. —Tierra trágame.

—Ya veo, ya... — me contesta con una media sonrisa traviesa pintada en la cara.

—Perdona, pero es que hoy no estoy teniendo un buen día —le respondo mientras intento parecer lo más presentable posible.

Él me sonríe, suspira profundamente y pierde su mirada en el horizonte. Le observo y veo que no lleva puesto su uniforme habitual de trabajo. Va vestido con ropa informal y por primera vez, dejo de ver a Óscar como el chico de mantenimiento. ¡Lo que cambia un uniforme!

—¿No sales a celebrarlo como toda la ciudad? —me pregunta tras un silencio algo incómodo.

Se me está pegando la camiseta al cuerpo y estoy algo pringosa.

—¿La lluvia de estrellas? ¿Y quién te dice que no lo estoy celebrando? —contesto a la defensiva inflándome como un pavo.

Levanta las cejas y me mira condescendiente.

—¿En serio?

Me desinflo como un *soufflé*, cuando comprendo que no engaño ni al manitas del edificio.

—Vale, me pillaste. No tengo ánimos para celebrar nada. Soy la vecina depre y que llora por los rincones, ya sabes —le recuerdo algo irónica.

—No deberías castigarte. Esta es una noche mágica. Hoy es la noche en la que se cumplen los deseos —me dice sin retirar la mirada del libro que sostengo en mis manos como un tesoro. Carraspea y sonríe—. Al menos, eso es lo que todo el mundo dice.

—Bobadas, eso es lo que son —afirmo poniendo los ojos en blanco—. Y tú, ¿has pedido ya el dichoso deseo?

Se inclina acercándose un poco más hacia mi dirección y bajando la voz, me susurra divertido y en confidencia.

—¿Te puedo contar un secreto? Soy muy supersticioso y, aunque negaré públicamente haber dicho esto, sí, lo estaba haciendo cuando te escuché... gritar. No quiero ser el único ser al que no se le concede un deseo esta noche. —Los dos reímos a la vez y yo me siento más relajada. Creo que este chico va a caerme bien.

—Puedes estar tranquilo. No se lo diré a nadie, si tú olvidas mi escenita de tragedia griega.

—Soy una tumba. —Y haciendo el gesto de la cremallera en la boca, se retira señalando el destornillador—. Bueno, me marcho. Solo vine a arreglar la persiana antes de irme a trabajar al Hysteria. El lunes llegan nuevos inquilinos y quería dejarlo listo.

—Bien. Yo debería ir a cambiarme... —le respondo señalando el lamparón que me ha dejado el Malibú en el pijama, y levantando la mano en la que llevo el libro me despido—. Buenas noches.

Asiente con la cabeza y le veo desaparecer. Cuando estoy a punto de girarme para entrar en casa, oigo de nuevo su voz que me sobresalta.

—Por cierto Elva, hoy puede ser esa noche en la que dejes de ser la vecina depre y que llora por los rincones. Tan solo tienes que desearlo. Recuerda, es una noche mágica.

Me lanza una última sonrisa mientras me guiña un ojo, y vuelvo a quedarme sola un poco confusa por esta última frase. ¿Es que todo el mundo se está volviendo loco hoy? Pero lo admito, en otro momento más feliz de mi vida, hubiese sido la primera en hacer todo tipo de rituales en una noche como esta. ¿Qué te ha pasado, Elva?

Reflexiono en por qué hoy voy a contracorriente de todo el mundo, encerrándome en casa y negándome la posibilidad de divertirme y pasármelo bien. En este plan nunca superaré lo de Carlos. Pero me conozco, soy muy cabezota, y si digo que esta noche no pediré un deseo como todos los habitantes del planeta, no lo haré. Me apoyo en la barandilla y miro al cielo inusualmente estrellado. Suspiro mirando hacia arriba, cuando veo caer una estrella fugaz, dejando a su paso una estela brillante y mágica que desaparece en pocos segundos. ¿Y si de verdad se cumple? Pienso divertida. Quizás Óscar tiene razón y tan solo tengo que desear algo... Bah, imposible. Suspiro profundamente y levanto la mirada.

—Está bien, está bien. Ya sé que esto es una chorrada y que por supuesto, si pido un deseo no se va a cumplir. Joder, ¡eres solo un cometa! Pero vale, lo haré. —Mientras hago un repaso a mi alrededor, para asegurarme de que no hay testigos indiscretos, suspiro de nuevo y me lanzo—. Yo no te lo voy a poner fácil. No quiero un cochazo, ni que me toque la Primitiva, ni un Grey que me solucione la vida, como seguro que te está pidiendo media humanidad. —Me entristezco por momentos, pero cojo aire y hablo decidida—. Sólo quiero dejar de estar triste. Quiero poder superar esto y pasar página. Volver a sonreír, quiero olvidar, quiero dormir en una cama sin tener pesadillas, quiero no sentir dolor y poder quererme y que me quieran... Solo eso. Si lo consigues, de verdad que no volveré a dudar de estas cosas en la vida. —Dudo durante un segundo mientras observo la

ilustración del *highlander* y prosigo—: Bueno y ya puestos, que Connor no muera, que encuentre una mujer que le quiera de verdad y le salve de la patraña de amigos que tiene, que evite la guerra y que sea feliz —sentencio orgullosa—. Pero esto último no me lo tomes en cuenta, llevo ya unos cuantos Malibús encima, nunca mejor dicho.

No puedo evitar reír asombrada. ¿En serio he dicho todo eso? Estoy verdaderamente mal, y creo que ya debería empezar a preocuparme. No he advertido que el CD de One Republic ha terminado y ahora suena Coldplay. ¡Cómo me gusta este grupo! Cojo lo que queda del Malibú, el libro, y entro en casa bailando y cantando a todo trapo «*A sky full of stars*». ¡Me encanta esta canción y no podría ser más adecuada! Estoy emocionada y me voy creciendo hasta límites insospechados, en los cuales me creo Beyoncé y me contoneo como si fuera una experta contorsionista contra la barra de la cocina. De un salto me subo al sofá y con el mando por micrófono sigo imitando a Chris Martin con los ojos cerrados. ¡Lo estoy viviendo!

Lo que no espero al abrirlos, es encontrar el filo de una espada enorme apuntando a mi barbilla. Como tampoco encontrar al pedazo de hombre que la sujeta.

Sé que no he dejado de respirar, por los jadeos que emite mi garganta tras el espectáculo que acabo de dar. Tengo los ojos como platos y el corazón a punto de reventarme en las sienes. Decido quedarme absolutamente inmóvil. ¡Cualquiera es la guapa que se mueve!

El desconocido y yo nos escrutamos con la mirada en silencio. Veo una fina línea que se dibuja en su boca, debido a la presión que está haciendo con la mandíbula y no me atrevo a decir nada. Lo único que se me ocurre es desconectar el equipo de música, aprovechando que tengo el mando en la mano.

—¡No te muevas! —me gruñe una voz masculina mientras me amenaza con el arma.

—Y tú, ¿quién coño eres? ¿Qué estás haciendo en mi casa? Cómo... ¿Cómo has entrado aquí? —me embalo, los nervios me acaban de traicionar.

—¿Por qué hablas tan rápido muchacha? ¡Apenas puedo entender lo que dices! ¿Qué es este lugar? Y, ¿quién eres tú? —me apremia con una voz ronca que me parece del todo seductora. Recapacito, y veo al extraño que hay frente a mí y el temor me puede.

—¿Qué quién soy yo? ¡Estás en mi casa y deberías marcharte antes de que grite tan alto que se entere todo el vecindario!

—Esto es... ¿Tu casa?... —efectúa un reconocimiento al salón algo sorprendido y vuelve a centrarse en mí, con cara de pocos amigos—. ¡No te muevas, mujer!

—En serio, ¿me estás amenazando con una espada? Venga ya. —Aunque el disfraz está muy logrado, lo de apuntarme con un arma me parece demasiado, así que intento apartar la hoja con un dedo, y el dolor que siento al pincharme con el filo me devuelve de una bofetada a la realidad—. ¡Joder! ¡Es de verdad!... No me hagas daño, por favor —le suplico, mientras lamo la herida e intento apartarme de él.

Él se sorprende, y hasta creo reconocer un puntillo de diversión en sus hermosos y enormes ojos azules.

—Tranquila, aunque estés medio desnuda no voy a lastimarte. Tan solo dime de qué manera me has embrujado para traerme aquí.

—Estás de broma, ¿no? Mira, si esto es cosa de Lucía, no tiene ninguna gracia. Sabe de sobra que no me van estas cosas de los *boys*. —Como haya sido ella, juro que la mato.

—No sé de qué me estás hablando... ¿Dónde están los hombres de la casa? Necesito saber quién y cómo me ha traído hasta aquí —inquieta sin quitarme ojo de encima.

Pero, ¿de qué va este tío? Me envalentono y me enfrento a él con lo primero que se me ocurre. Presiento que la voy a fastidiar, pero el impulso es superior a mí.

—Pues ya somos dos. Primero, aparta esta cosa de mi cara, ¡ya! —le ordeno—. Si has venido a robar, como verás aquí no hay nada de valor, y si quieres violarme, te informo de que tengo una enfermedad venérea incurable, que hará que en unas horas muera de una forma muy lenta y dolorosa. Además, mis cuatro hermanos están a punto de llegar a casa, así que te recomendaría que te marcharas, ¡ahora mismo!

—Eres tú... —farfulla frunciendo el ceño y apretando la mandíbula. Intento hablar pero me interrumpe—. ¡Deja ya de hablar como una cotorra! ¿No puedes callarte ni un solo momento? —Baja la espada y mientras la envaina en su cinturón, murmura casi sin que yo pueda escucharle con claridad—. Esto no es posible. —Se acerca a mí mesándose el pelo, y me zarandea por los brazos, exigente, pero sin ser brusco—. ¿Qué tipo de brujería es esta? ¿Qué demonios me has hecho?

—¿Perdona? —le recrimino entretanto trato de zafarme de sus manos y desciendo del sofá—. Creo que me estoy perdiendo algo. ¡Eres tú el que te has colado en mi casa, por Dios! ¡Me has dado un susto de muerte! —Le observo pasmada y me sorprendo al ver que lleva falda—. Y ¿de qué vas disfrazado?

Le noto tenso y contrariado, ¿qué está pasando aquí?

—¿No has tenido suficiente con meterte en mi cabeza a todas horas? ¿Acaso también necesitabas secuestrarme de no sé qué forma para traerme hasta este lugar?

—Mira, no sé de qué vas pero me estás asustando. Si te has obsesionado conmigo de alguna forma estás muy equivocado, te aseguro que ¡no valgo la pena! Yo estaba aquí tan feliz ahogando mis penas cuando has llegado y, créeme, no tengo ni idea de cómo lo has hecho. La puerta está cerrada por dentro y joder, ¡vivo en un sexto piso!... ¡Esto es de locos!

—Solo quiero que me expliques por qué hace un momento estaba en mis tierras acudiendo a una reunión y ahora mismo estoy aquí —insiste cruzándose de brazos frente a mí.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Yo... Espera, ¿qué has dicho? —Es entonces cuando le observo con detenimiento y descubro que ese hombre que está plantado ante mí como

un roble, no me es del todo desconocido. De hecho, creo que le reconozco, y empiezo a trastornarme por el descubrimiento que mi mente se niega a aceptar. Mi mandíbula acaba por desenchajarse del todo, cuando me percató de que, de modo inexplicable, llevo un rato hablando en inglés con ese hombre—. Oh, oh... ¡Esto no puede ser! ¡Esto es una locura! Madre mía, ¡estoy peor de lo que pensaba! Tengo que buscar ayuda de un profesional con urgencia. —Me echo las manos a la cabeza y comienzo a moverme nerviosa—. Se acabó el Malibú, se acabaron las pelis de azúcar en vena. ¡Me he vuelto loca! —me abrazo como si eso me diera consuelo y le miro de arriba abajo, «ojiplática».

—¿Y ahora por qué me miras así, muchacha? ¿Qué es lo que te ocurre? —reclama entre curioso y cabreado.

Intento pensar con claridad, pero me cuesta mucho. No es posible que la persona que tengo frente a mí, ese hombre al que ahora miro entre maravillada y asustada, sea quien creo que es.

—¿Cómo te llamas? —atino a preguntar casi en un murmullo.

—¡Deja de hacer preguntas estúpidas y contesta a las mías! —creo que se le está acabando la paciencia. Me reta con su mirada intransigente y me atraviesa el alma.

—Está bien, está bien —suspiro y me doy por vencida—. Mira, no sé cómo decirte esto, pero creo que ya sé cómo has llegado hasta aquí. Te va a parecer una locura pero ¡es que lo es! Solo necesito saber quién eres. —Debo de tener una expresión temerosa, porque la suya cambia y se torna indulgente.

—Está bien, te diré mi nombre si prometes contarme la verdad —coge aire y muy solemne comienza a contarme algo que yo ya sé—. Mi nombre es Connor Murray, *Laird de...*

—*Laird de Stonefield* —prosigo tímidamente pero con decisión—, en Escocia. No tienes familia y vas a casarte con la hija del Clan Lennox, a menos que pactes una alianza con los Campbell que son pro-ingleses. Necesitas una tregua y salvar a tu pueblo de una guerra que no quieres. Tu mentor es Angus, al que quieres como un padre y en el que confías ciegamente y Kieran es tu mejor a...

—¡Basta! —me grita amenazador— ¿Cómo sabes todo eso? ¡Responde, muchacha!

—Lo he leído —susurro asustada.

Comprendo que me mire con esa expresión de incredulidad. Supongo que es muy parecida a la mía.

—¿Lo has leído? ¿Dónde? —me exige mientras se acerca a mí, asombrado.

—En un libro —respondo dando un paso atrás por precaución.

—Pero ¿cómo es posible? ¿De qué libro se trata?

Me pellizco esperando que todo esto sea una pesadilla y de repente, me haga despertar. Pero creo que voy a tener que contentarme con explicarle a este atractivo

morenazo cómo me las he ingeniado para traerle aquí.

—Vale, vale.... A ver, esto va a sonarte un poco raro, pero créeme que yo estoy alucinando en este momento. —Intento poner en orden mis ideas—. Hice algo, y creo que Lucía tenía razón.

—No comprendo nada de lo que me dices, mujer. ¿Quién es Lucía? —pregunta contrariado.

Al mesarse el pelo, nervioso, veo que un pequeño hilillo de sangre cae por su frente.

—Por Dios... ¿Eso es sangre?

—Ah, esto... No es nada —contesta tocándose la cabeza. Cuando me enseña la mano está totalmente manchada de sangre.

— La madre de Dios, ¡estás sangrando! ¡Estás herido! —exclamo preocupada.

—Créeme, no es más que un rasguño —por su mirada de sorpresa, presiento que ni él mismo se lo cree. ¿O es por mi interés por lo que está sorprendido?

—¿Estás loco? Necesitas atención médica. Voy a llamar a una ambulancia o a la policía, y da igual en qué orden.

—¿Es que nunca has visto un corte de espada, mujer? —¿En serio me ha preguntado eso?

—Te estás quedando conmigo, ¿no? —al ver que su expresión no cambia, me lanzo—. ¿Puedo verte la herida? —Es tan alto que tengo que subirme al sofá para verla bien.

Madre mía, ¡que olor a hombre! ¡Concéntrate Elva, concéntrate!

—No te muevas —Gruñe de dolor y comienzo a sentir como mi salón por alguna razón está dando vueltas. La herida no es profunda, pero sí lo suficiente como para dar algún punto de sutura, lo justo para que me haya dado mucha impresión—. Necesitas puntos, yo sólo puedo limpiarte el corte... Creo que me estoy mareando.

Y cómo si lo hubiese planeado, hago una caída de esas melodramáticas que he visto en tantas películas. Afortunadamente, esos brazos fuertes me recogen, aunque la cara de su dueño no es que sea la amabilidad en persona. Me zafo de sus brazos y me recompongo frente a él mirándole avergonzada. Por su mirada, deduzco que ha confundido mi vergüenza con un acto de desprecio.

—¿No te han enseñado modales? —¿está dolido?

—Por lo que veo, a ti sí a colarte en las casas ajenas —le espeto cortante cuando vuelvo en mí completamente.

—¿Dónde me has traído? —me pregunta mirando la estancia con cara de póquer.

—Estás en mi casa, en Barcelona. Año 2014 —le explico con cuidado por temor a su reacción.

—Año 2014, Barcelona... Está bien muchacha, ¿y cómo es eso posible? —se carcajea mientras mueve la cabeza, lo que me indica que le cuente lo que le cuente, no se lo va a creer.

Suspiro resignada, como una niña que va a confesar una travesura y teme ser castigada.

—Pedí un deseo.

—¿Pediste un deseo? —ahora la carcajada es mayúscula—. ¿Y por qué demonios ibas a desear traerme aquí? ¿Por qué a mí?

Doy gracias a Dios, porque no diera al ser humano el don de la lectura de mentes, ya que si no, este hombretón imposible que me traspasa el alma con su mirada, descubriría lo que me ha hecho sentir mientras leía y lo que me hace sentir al tenerle cerca.

—Bueno, es más complicado de lo que parece, ni yo misma puedo entenderlo, pero no le encuentro otra explicación.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —me pregunta condescendiente.

—Elva.

—Un nombre muy bonito. —Intuyo que lo ha dicho sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta, porque enseguida me estudia desconcertado—. Bien, Elva, vas a contarme paso a paso todo lo que recuerdes que has hecho, y creas que ha sido el motivo por el cual ahora estoy aquí y no en un bosque de mis tierras en 1714.

—Está bien, pero luego no digas que no te he advertido de que es una locura. —Suspiro algo turbada y le invito a acompañarme—. Ven, te curaré esa herida en el baño mientras te lo explico, ¿vale?

Tras examinarme con algo de desconfianza, sospecho que al final comprende que no soy peligrosa y accede. Mientras nos dirigimos al lavabo, veo el móvil tirado en el sofá con la pantalla encendida y parpadeando. Probablemente, es Lucía de nuevo. ¿Debería cogerlo? ¿Debería explicarle lo que me está ocurriendo? Me detengo, decidida a tomar una decisión. Observo furtivamente a ese hombre, a ese cuerpo increíble que hay junto a mí, y miro el teléfono. Mi curiosidad, y el morbo que me provoca este pedazo de hombre me pueden, e ignoro el aparato.

—Siéntate por favor. Te aviso que no soy muy buena enfermera, pero al menos evitaremos que se infecte. —Se sienta en el borde de la bañera, y mientras cojo el botiquín y me preparo para limpiarle y ponerle unos puntos de sutura de papel —que por suerte tengo en la caja—, le narro todo lo ocurrido.

Hasta yo misma me sorprendo de la historia que estoy contando, de lo imposible que es. Se la explico tranquila, esperando que en algún momento me diga que me entiende y que eso me haga no perder del todo la esperanza de que lo que estoy viviendo es real. Nos hacemos varias preguntas, cuyas respuestas son complicadas de explicar. Entiendo que para un hombre de su tiempo es difícil comprender lo que le cuento. ¡Qué leches! ¡Y para

una mujer del mío!

Termino de hacerle las curas y me siento junto a él en la bañera. Siento que si no lo hago, mis piernas me traicionarán y volveré a desmayarme en sus brazos. Creo que con hacer una vez el ridículo, ya he tenido suficiente. Ahora es él quien me habla, me cuenta lo último que recuerda antes de aparecer en mi casa. La verdad es que apenas le hago caso, su voz se va solapando con el sonido retumbante de mis latidos, mientras admiro sus ojos azules como el lapislázuli, su boca de labios carnosos y sensuales, ese lunar que tiene bajo el ojo izquierdo, el otro en la mejilla derecha, su nariz pequeña y recta, su pelo negro y brillante.... Elva, ¿qué estás haciendo?

Me sobresalto cuando oigo el timbre y escucho como alguien aporrea la puerta. ¿Quién puede ser? Casi son las dos de la mañana. ¿Lucía? Quizás por eso me ha llamado varias veces. ¡Mierda! ¿Y ahora qué? ¿Cómo voy a explicar la presencia de semejante Dios griego, o escocés en este caso, en mi casa? ¿Qué coño pasa esta noche?

—¿Qué ocurre? —pregunta divertido, cuando ve mi cara de enojo.

—Alguien llama a la puerta —susurro con cautela.

—Eso ya lo veo. Pregunto qué es lo que te preocupa. —Sonríe y me derrito por segundos.

—¿Tú que crees? —suspiro mientras levanto las cejas a modo interrogativo y le ordeno—: Quédate aquí, no salgas bajo ningún concepto, yo ahora mismo vuelvo. ¿Vale?

—Vale —contesta imitándome y arrastrando la palabra entre una sonrisa burlona.

Me atuso la ropa lo mejor que puedo, y me miro en el espejo que hay junto a la entrada. Por Dios, ¡estoy hecha un asco! Va a ser imposible no parecer exactamente lo que parezco, pero me esfuerzo por tener la lucidez suficiente para terminar la visita de Lucía lo antes posible. Abro la puerta y encuentro a la última persona en la faz de la tierra que esperaba encontrar, apoyada en el marco de mi puerta. Me aferro al pomo para no caer por la sorpresa, mis piernas, de repente, casi se niegan a sostener mi peso.

—Hola Elva.

—¡Tú! ¿Qué haces aquí? —atino a decir en cuanto mi boca se vuelve a encajar en su sitio.

—Necesito hablar contigo.

—Ya es un poco tarde para eso, Carlos —intento cerrar la puerta pero su brazo me lo impide.

—No me cierres la puerta por favor, Elva. Sé que fui un cabrón y no tengo derecho a pedirte nada, pero necesito decirte una cosa, déjame entrar, por favor... —no lo puedo creer. Mi ex, la noche antes de su boda... ¿Va a pedirme perdón?

—Yo es que alucino contigo, después de todo lo que ha pasado ¿qué es lo que quieres? ¡Te casas mañana por Dios! —y se lo digo cansada y harta de todo.

—Ya lo sé, pero dejemos eso a un lado ahora, ¿vale? Esto se trata de ti y de mí —apunta con pesar.

—Oh sí, claro. —Y me cabreo conmigo misma como nunca, porque sé que aún tiene poder sobre mí y abriendo la puerta, le hago un gesto para que entre—. Dos minutos, ¿vale? Es lo que tienes. Dispara.

Me quedo de pie de espaldas a la puerta, con los brazos cruzados, e incómoda porque sé que en el mismo momento en que he accedido a escucharle acabo de cometer un gran error. Él entra tímido, y veo como mira con nostalgia la que fue nuestra casa. Detiene su mirada en la mesa, hecha un asco con la cena y la bebida, y luego me mira a mí como evaluando la situación algo sorprendido.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Estás bien?

—El tiempo pasa, *tic, tac, tic, tac...* —le aviso impaciente.

—Está bien, está bien —se dirige hacia el sofá verde musgo que tanto odiaba y se sienta apartando como puede los cojines—. Mira Elva, sé que ya nada va a cambiar lo que hice pero quiero pedirte perdón por todo el daño que te he causado —intento cortar su discurso—. No, por favor, déjame seguir o no podré hacerlo... Aún que no lo creas, aún te quiero...

—¡Sal de mi casa, ya! —exclamo señalando la puerta y evitando mirarle. No me puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Tendrá cara?

—¡Escúchame, por favor! —me suplica mientras baja la mirada con expresión sombría.

—Esperé durante mucho tiempo una explicación, Carlos. Necesité que me dijeras cuál había sido mi error, por qué te liaste con otra mujer a mis espaldas... ¿Pensaba que me querías, que estábamos bien! —se me está revolviendo el estómago solo de recordarlo.

—¡Y lo estábamos!, pero necesitaba un poco de espacio, estaba agobiado y la rutina me estaba matando —escupe contrariado mientras se meca el pelo.

—Es una excusa patética y lo sabes.

—No tengo ninguna excusa, lo reconozco, y no sabes cómo me arrepiento de haberte herido. Fui un cobarde, debí decírtelo antes de que...

—Ni se te ocurra hablar de aquel día, por favor. ¡Fue humillante! —le advierto amenazante.

Me coge de la mano y me insta a sentarme a su lado. Mi defensa ha empezado a resquebrajarse al tacto de su mano, caliente y no tan olvidada por mi memoria como yo esperaba.

—Elva, no busco que me perdones por lo que hice, me merezco todo lo malo que puedas desearme, pero no quería dar este paso sin hablar primero contigo. En estos meses he pensado mucho en lo mal que hice las cosas. Maldigo el día en que empecé todo esto y

acabé perdiendo lo único que me importaba de verdad. Aún te quiero, cariño.

—¡No me lo puedo creer! —le espeto impaciente e incrédula.

—Sé que tú también me quieres. Es por eso que tenía que hablar contigo. No quiero cagarla otra vez, esta vez quiero hacer las cosas bien, escúchame...

—No sé qué es lo que pretendes, pero ya es muy tarde, Carlos. —dudo si siento de verdad lo que estoy diciendo.

—¡No, no lo es!

—¡Mañana esperarás a otra persona en un altar, una persona que no seré yo! —le reprocho. Y me trago las lágrimas que no quiero que él vea y me duele el alma mientras se lo digo. Me coge de las manos reclamando toda mi atención.

—Dime que me quieres y no lo haré.

—¿Estás loco?

—¡Dímelo, y no me casaré! Empezaremos de nuevo y te juro que me esforzaré para que vuelvas a confiar en mí. ¡Dime que aún queda algo y no cometeré el error más grande de mi vida!

La situación me supera. Llevo meses esperando este momento, toda la rabia que llevo guardada en mi corazón reclama salir con fuerza.

—¡Pues claro que te quiero! Pero estoy intentando aprender a no hacerlo, ¿entiendes?

—Elva....

Es su mirada desesperada lo que me desarma por completo, realmente puedo ver que no es feliz, que me necesita de verdad, posiblemente tanto como yo a él. Sin poder remediarlo, me dejo llevar. Fija su mirada en la mía, y un atisbo de esperanza ocupa mi corazón. Mis barreras se vuelven de mantequilla, cuando él coge mi cara con suavidad entre sus manos y delicadamente me besa. Un beso cálido y lleno de sentimiento, que me hace caer en el abismo.

—Cuánto te he echado de menos, cuanto he echado de menos tocarte, besarte... —me susurra mientras me besa cada rincón de la cara. Siento su aliento ahogado en alcohol estrellarse en mi piel y, me da náuseas.

Mi sentido común lucha contra lo que manda mi corazón y, de momento, no hay claro ganador. Aun así, no es lo que esperaba. Carlos ha vuelto a por mí, pero inexplicablemente, ahora mismo no puedo pensar en otra persona más que en el hombre que hay escondido en mi baño. Eso me sorprende. Me doy cuenta de que aunque aún siento algo por Carlos, una gran parte de mis emociones siguen apagadas como si se hubieran fundido. Ni sus palabras ni sus besos las han despertado.

—Esto no está bien. —Me aparto sofocada intentando mantener la distancia.

—No, lo que hice yo no estuvo bien. Esto es lo que tenía que haber sido siempre.

Hablaré con ella, le explicaré que no puedo casarme porque sigo enamorado de ti.

—Me has hecho mucho daño Carlos. No sé si podré perdonarte.

—Esperaré lo que haga falta, cariño. Hasta que vuelvas a confiar en mí. —Veo en sus ojos el brillo de la esperanza, pero no puedo confiar en él, no puedo.

—Necesito tiempo para pensar, ahora mismo esto me sobrepasa.

Estoy confundida. Llevaba un largo año esperando este momento, pero no logro entender por qué me siento decepcionada, por qué no siento la necesidad de abrazarle, por qué Carlos y todo lo que tenga que ofrecerme, ahora mismo, me dan igual.

—No te preocupes, yo tendré que arreglar mis cosas primero. Voy a formar el escándalo del siglo. No será fácil con el niño de por medio, pero me haré cargo de él sin ningún problema.

—¿Qué has dicho? ¿Qué niño? ¿De qué estás hablando? —le grito alucinada. Cómo sea lo que creo que es, la voy a liar parda.

—Elva yo...¡Pensaba que lo sabías! Bueno, ella se quedó embarazada hace unos meses. No fue buscado, pero una cosa llevó a la otra y se fijó la boda y yo... Dios... No quiero casarme, Elva, ¡no con ella! — exclama realmente desesperado.

—¡Eres un miserable de la peor calaña! ¡Sal ahora mismo de mi casa! ¿Cómo te atreves a venir aquí a humillarme de nuevo? ¡Vas a ser padre! —exclamo con las manos hacia arriba sin poderlo creer y me dirijo a él aliviada—. Te pasas la vida huyendo, Carlos. Afronta tus errores de una puñetera vez, ¡madura! Vas a dejar a esa pobre chica embarazada esperándote en un altar, para volver conmigo. ¿Te estás oyendo? Pero ¡¿qué tipo de persona crees que soy?! ¿De verdad esperabas que aceptara algo así?

—Elva escúchame, ¡no quiero casarme! —lloriquea.

—¡Pues no lo hagas!, pero no me utilices a mí para huir de tus problemas. —Me coge del brazo y aprieta hasta hacerme daño—. Eres un cobarde... ¡Suéltame!

—¡Elva por favor, no me dejes! Aún me quieres, ¡tú misma me lo has dicho hace un momento! —suplica.

—Y no sabes lo que daría porque no fuera así. No me toques. ¡Suéltame!

—No puedes hacerme esto. —Su súplica se ha tornado una orden y su mirada se oscurece hasta llegar a hacerme temer lo peor.

Preso de la furia me agarra con fuerza, tirándose sobre mí en el sofá. Me inmoviliza con sus piernas y sus manos buscan mi cuerpo con ansiedad, mientras con su boca busca la mía con una urgencia que me asusta. Intento zafarme de su abrazo, pero su peso es mayor que el mío y apenas puedo respirar. Me revuelvo y consigo darle un rodillazo en sus partes nobles, y durante un momento, se aparta dolorido, pero vuelve a la carga más cabreado aún que antes, si cabe. No me da tiempo ni a pensar en gritar y salir corriendo, cuando un fuerte bofetón me gira la cara y me deja aturdida, más que por el golpe, por la

sorpresa.

—¡Tú eres mía! —me escupe a la cara.

Ahora sí que tengo miedo.

Veo sus intenciones, reflejadas como llamas impresas en sus ojos oscuros, aquellos que una vez me miraron con calidez y ahora brillan obsesionados y perdidos. Me besa y me hace daño, sus manos ya se han hecho dueñas de mi cuerpo e intenta meter una de ellas por dentro del pantalón del pijama.

—¡Suéltame, Carlos! ¿Qué estás haciendo? —sollozo. Apenas me quedan fuerzas para luchar. Me duele que quiera hacerme esto y si no entra en razón, cometerá el error más grande de su vida. No consentiré que me destroce más la vida—. ¡Suéltame joder, me haces daño! ¡Estás borracho! No hagas esto por favor, no lo hagas. ¡Suéltame!

Cuando empiezo a verlo todo negro a causa de la impresión y el cansancio, noto que su peso desaparece de mi pecho y de nuevo puedo respirar.

—¡Te ha dicho que la sueltes!

Un gruñido como salido de lo más profundo de la tierra, me hace volver a la realidad.

Me hago una bola en el sofá, intentando tapar con mis manos la vergüenza y la humillación que estoy viviendo. No puedo dejar de mirar a esa masa musculosa que hace unos minutos se escondía en mi baño, golpeando la cara de mi ex.

Mi agresor intenta defenderse de los golpes, pero los suyos tienen el mismo efecto que harían los de una pulga a un elefante. Sigo paralizada ante el dominio de aquel hombre que me ha salvado de experimentar la peor noche de mi vida. Le golpea con furia y rabia, la misma con la que yo lo haría si pudiese moverme. Reacciono, cuando veo que Carlos tiene la cara ensangrentada. Tengo que levantarme a detener a Connor, porque creo que le ha roto la nariz. He sentido un crujido y ahora grita como un cerdo. Y aunque se lo merece, estoy segura de que si no le detengo, mi salvador es capaz de matarle allí mismo.

—¡Para Connor, para! ¡Vas a matarle! Para, por favor. ¡Connor, basta! —Por un segundo, desvía su mirada hacia mí pero creo que no me ve, está ofuscado y no divisa más allá del cabrón que supuestamente, un día me quiso, y que ha estado a punto de forzarme. Toco su brazo intentando calmarle, justo cuando saca un puñal de entre su ropa y lo coloca en el cuello de Carlos. Me acerco más a él, casi rozando su oreja—. Estoy bien, déjale, por favor. —Se lo digo con la voz más tranquila con la que se lo puedo decir en ese momento. En un principio, pienso que mis palabras no surten el efecto esperado, pero me mira y sus ojos se desplazan hacia la mano que mantengo en su musculado brazo. Es cuando detecta el temblor que me domina, cuando su semblante se relaja, y el estado de furia que le posee se desvanece poco a poco. Mantiene la mandíbula prieta, sus labios carnosos ahora son una fina línea en el rostro, y respira como un toro a punto de embestir a su presa. Busca mis ojos y yo asiento intentando tranquilizarle.

Noto como su cuerpo va perdiendo el rigor de la lucha, y tras apartar la daga, empuja

a Carlos contra la pared y le advierte, con el dedo a un centímetro de su cara ensangrentada:

—No te acerques a ella. ¿Me oyes? ¡Jamás!.

Cuando Carlos puede reaccionar, se aparta de él a toda prisa con las manos en la cara, intentando detener la hemorragia nasal.

—¿Y este quién es? —me grita con la misma actitud chulesca que hasta ahora y se acerca a Connor para plantarle cara—. ¡Me has roto la nariz, hijo de puta!

—¿No me has oído? ¡Aléjate de ella, miserable! —sisea con la rabia a punto de desbordarse.

—Elva... ¿De qué va esto? ¿Quién es este tío? —Nos mira a los dos pero yo no tengo nada que decirle, estoy tan sorprendida por su comportamiento, que no atino a pronunciar ni una palabra—. Ah, entiendo. ¿Has dejado que hiciera el ridículo mientras tenías a otro esperando en tu cama? ¿Es eso? —Me mira cada vez con más desagrado—. Has disfrutado, ¿verdad?

—Sal de mi casa por favor, ¡ya! —exploto.

—¡Eres una zorra! He estado a punto de mandar mi vida a la mierda por ti. ¿Cómo he podido ser tan imbécil? Me has dicho que aún me querías, ¡me has besado!

—¡También te he dicho que no, y tú no has dudado en hacerme daño!

—¿Sabes?, me has decepcionado. Me has demostrado que no vales lo suficiente como para que sacrifique mi vida por ti. ¡Vete al infierno!

Su desprecio solo hace que llenar mi vacío de dignidad, y me niego a seguir aguantando ningún tipo de insulto más.

—¿Yo? Vienes borracho a mi casa pidiendo perdón y acabas intentando... ¿Qué te ha pasado, Carlos? ¿En qué te has convertido? —Siento una enorme lástima por el desconocido que tengo ante mí—. Sal de mi casa y no vuelvas a venir jamás, olvídate, por favor. ¡Déjame en paz!

—¡Mírate, Elva! ¡Mira cómo has acabado, como una maldita zorra, metiéndote en la cama con cualquiera! ¡Esperaba más de ti!

Connor da un paso al frente intentando intimidar a Carlos, que me mira con cara de verdadero asco.

—Sal de aquí ahora mismo, si no quieres que este cualquiera te haga tragar esos bonitos y blancos dientes que aun tienes colgando de tu repugnante boca —sisea amenazante a dos centímetros de su cara—. Te advierto que si vuelves a acercarte a ella, a tocarla o incluso a mirarla, te encontraré. Y en esa ocasión no habrá nadie que me impida abrirte el pescuezo con mi daga. ¿Lo has entendido? ¡Largo!

Carlos nos atraviesa a ambos con la mirada, dominado por la furia y la impotencia.

Escupe al suelo, a mis pies, y se marcha pegando un portazo.

Me rompo en mil pedazos, mi cuerpo empieza a quedarse laxo y mi estómago decide hacer un centrifugado exprés por su cuenta. Noto que unos brazos fuertes, pero que siento cálidos, han impedido que llegara al suelo. Como puedo le indico que me lleve de al baño, en donde me arrodillo frente al inodoro. Allí, me libero del dolor que me ha causado Carlos durante el último año. Vomito las mariposas muertas que ha dejado en mi cuerpo. Expulso la vergüenza que me provoca haber sido tan débil ante él, el haber creído sus palabras. Pero sobre todo, dejo ir casi un litro de Malibú, que entre pitos y flautas, me he bebido esta noche. Cuando creo que sólo me faltan por vomitar mis órganos vitales, me limpio la boca y la nariz con un poco de papel del váter y me siento en el suelo. Me abrazo las rodillas con ambos brazos entre lágrimas, temo que si no aprieto fuerte me voy a descomponer por el dolor. Este no es el final de la historia que yo esperaba.

—¿Te encuentras bien? —oigo desde el rincón en el que me encuentro, deseando que se convierta en una cueva profunda y oscura.

—Déjame sola, por favor.

—Te ha... ¿Estás herida? —La delicadeza con la que me pregunta me ablanda. Niego con la cabeza, pero de alguna manera miento.

Porque sí estoy herida, pero por dentro, de modo que esas heridas no se ven. Connor sigue ahí, de pie, junto a la puerta. No le miro, me avergüenzo. Se acerca y se acucilla ante mí.

—Lo siento, muchacha.

Esas palabras me rompen el alma, porque le miro y sé que ese desconocido lo dice de verdad. Se me inundan los ojos, y cuando empieza a temblarme la barbilla, noto que su mano se acerca a mi rostro y limpia una lágrima furtiva. Su tacto es cálido, demasiado. Giro la cabeza y la escondo entre mis rodillas.

—Por favor, vete. Por hoy ya he tenido suficiente —le digo levantando la mano para que no se acerque más.

—No voy a irme a ninguna parte. No sé dónde tendría que ir en mi situación —me sonrío con timidez—. Además me has traído tú, por si has olvidado ese pequeño detalle —puntualiza tocando la punta de mi nariz con un dedo.

Se sienta junto a mí, mientras dejamos que el silencio se apodere de nosotros.

—Creo que se la has roto. La suya, digo —le indico casi en un susurro.

—Y me parece que su sonrisa tampoco va a ser la misma —sentencia. Suspira y se mira los nudillos dañados por los golpes.

—¡Te has hecho daño! —exclamo cuando me percató de las contusiones y cortes.

—No es nada.

—Déjame que te limpie las heridas, por favor. —Me levanto y le insto a sentarse de nuevo en el borde de la bañera y, con el teléfono de la ducha, le limpio los restos de sangre con cuidado. Tras un instante, al sentir el tacto de su piel, la preocupación desaparece, y una sensación de alivio inunda mi corazón—. ¡No me lo puedo creer! —Me río a carcajadas, supongo que soy presa de los nervios. Necesito sacar toda la tensión que hay dentro de mí—. ¡Creo que mañana va a tener que dar unas cuantas explicaciones a su futura mujer!

—Un hombre que trata así a una muchacha, se merece mucho más que lo que yo le he hecho. Ha tenido suerte de que me hayas detenido. —Su gesto sombrío me confirma que podría haberle hecho mucho más daño, pero tampoco se siente orgulloso de ello—. Él era tu hombre, ¿verdad? —me pregunta mirándome de reojo.

Mi risa nerviosa cesa al escuchar su pregunta y su tono solemne. Dudo si responder. Carlos, mi héroe durante 5 años, convertido en villano.

—No, ese no era el hombre al que yo conocí. O quizás sí, ya no lo sé.

—Sí, es triste saber que las personas en las que confías no son cómo pensabas que eran. —Sonríe decepcionado.

—Veo que no soy la única que conoce esa sensación.

—Supongo que no, pero en mi caso no ha sido tan grave y en eso tienes mucho que ver tú —responde aliviado.

—¿Yo? —pregunto sorprendida.

—Reconozco que por un momento sentí perder la cordura —me explica poniendo los ojos en blanco—. Me costó mucho aceptar que te oía, puedes creerme. Nunca había escuchado a una mujer con tanto genio. Eres muy insistente, ¿sabes?

— ¿Qué? ¿Me escuchaste? Todo lo que yo... ¿Todas mis advertencias? ¿Me oíste?

Asiente y noto el peso de la carga que lleva este hombre, al que me une un lazo que no sé explicar.

—Decidí tomar precauciones y hacerte caso. Temía que si no lo hacía me castigaras con tus impropiedades durante toda la eternidad y además, no tenía nada que perder.

—Entonces, cuando fuiste a reunirte con Angus, ¿ya sospechabas de él?

Estoy alucinada. Esto es como una película.

—Fui precavido. Kieran, mi jefe de armas, me advirtió y se negó a que me reuniera a solas con los Campbell sin ningún tipo de protección. Creo que él también sospechaba algo. Reclutó a varios hombres, que se ocultaron en el bosque para responder en caso de una emboscada, como así fue. Si no llega a ser por ti, es muy probable que ahora estuviese muerto.

Me cuenta con detalle sus sensaciones al llegar a la reunión, y me siento apenada.

—Pero aun así, no pude evitar que te hirieran —musito señalando la herida de la cabeza.

—Ah esto, es un rasguño no te preocupes —dice restándole importancia.

—No puedo creerlo, esto es muy..., cómo decirlo, ¿raro?

—Sí muchacha, lo es, pero aquí estamos —contesta acariciándome la mano.

Un pequeño silencio se instala a nuestro alrededor. Observo que su semblante se ha vuelto sombrío y me inquieta el sentimiento que le aflige.

—¿Estás preocupado?

—Así es. Ahora no sé en qué situación estará todo. Temo que Angus tome represalias en mi ausencia, y debo atender un asunto importante. He de volver, si supiera cómo claro.

—Lo siento, todo esto es culpa mía.

—Tienes razón, eres la responsable de que ahora me encuentre aquí, pero gracias a ti estoy con vida, y he descubierto que el mal crecía dentro de mi propia casa. No te disgustes por ello. Muchacha, no sé lo que has hecho ni cómo, pero gracias. —Percibo su gratitud reflejada en esa gran sonrisa que me deslumbra y me deja hecha natillas.

—¿Y ahora qué? ¿Qué voy a hacer contigo?

—De momento si me lo permites, me gustaría asearme. Aquí hace un calor del demonio y, no es que esté muy presentable que digamos para estar frente a una dama —bromea zalamero—. Y no lo niego, estoy hambriento.

—Por supuesto, es lo mínimo que puedo hacer. Puedes ducharte si quieres mientras preparo algo de comer. Pero no tengo ropa que prestarte, dudo que alguno de mis pijamas te sirva.

—No te preocupes por eso. Cualquier cosa estará bien. Pero necesitaré que me echés una mano con esto —me dice señalándome la grifería de la bañera.

—Derecha agua fría, izquierda agua caliente. Puedes regularlo hasta conseguir la temperatura que quieras. —Me sorprende ver su reacción cuando le explico una acción tan cotidiana para mí, pero que para él debe ser como estar en una peli de ciencia ficción.

—Interesante. —Le miro y le veo con el ceño fruncido, lo que me deja con cierta duda de si lo ha comprendido—. Una cosa más, necesito que me ayudes. Apenas puedo levantar el brazo y no puedo quitarme la camisa. Si no te importa, claro.

Me quedo callada y no sé qué contestar. Creo que a él le ha dado más vergüenza que a mí preguntarlo. Le veo tan grande, tan potente pero a la vez tan vulnerable, que no desconfío de sus intenciones. ¿Cómo podría desconfiar del hombre que me ha salvado de ser humillada por mi ex? Me coloco tras él, mientras saca su camisa de la falda. La levanto con cuidado de no hacerle daño y ante mí se descubre una espalda esculpida cual estatua griega. Siento como las mariposas que he sentido en mi estómago durante toda la noche,

ahora parecen elefantes bailando la conga, y a medida que le voy rodeando y la camisa sale por completo, mi respiración se va tornando veloz de modo inexplicable.

Ya frente a él, me doy cuenta de su magnitud. Ancho, musculoso, fibrado, un hombre fuerte pero natural. De piel curtida color café con leche y cicatrices, muchas cicatrices.

—Puedes tocarlas, ya no duelen —me anticipa como si me hubiera leído el pensamiento.

Recorro con cautela con la punta de mis dedos, una enorme marca que atraviesa su antebrazo, y noto que se le eriza el vello. Mis ojos prácticamente le llegan al pecho, ¿en serio es tan alto? Me siento pequeña y frágil a su lado. Aunque Carlos tenía un buen físico, nunca me había encontrado ante uno tan perfecto y sugerente. ¡Cuánta historia hay en ese cuerpo! Bajo la mirada por su estómago hasta llegar a... ¡Oh Dios mío, me muero! ¡Tiene los oblicuos más bonitos que he visto en mi vida!

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta con voz ronca y un ligero tono burlón.

Imagino que tengo que tener una cara de completa salida, y que está experimentando todas y cada una de las tonalidades de rojo que pueden existir. ¡Sal corriendo de ahí, ya!

—Voy a por unas toallas, ahora vuelvo —farfullo nerviosa.

—Espera —me coge con dulzura de la barbilla y me obliga a mirar hacia arriba, a sus ojos.

—No me importa que me mires, siempre que lo hagas como lo acabas de hacer.

Creo que mi ropa interior se ha volatilizado, así por las buenas, sin avisar. Su voz profunda me hipnotiza por momentos. Aproxima peligrosamente su rostro al mío, y como si fuera un imán, no puedo evitar pegarme a él y buscar su contacto. Cuando siento su aliento apenas a unos centímetros de mi boca, me pierdo en sus ojos, caigo profundamente en ellos. De hecho, creo que acabo de hacer un mortal hacia adelante con triple tirabuzón. Oigo los latidos de mi corazón palpitando en mis sienes, y un hormigueo en mis labios que hace que emita un jadeo que anticipa el estado en que me encuentro.

—No puedo. —Reacciono con decisión y me aparto asustada. Sus manos me queman como si fueran brasas.

—Yo... lo siento, no quise... —se disculpa confundido.

Aturdida, no se me ocurre otra cosa que coger el cepillo y la pasta de dientes y salgo escopeteada del baño, sonrojada hasta las orejas y respirando con dificultad. Ahora sé, lo que tuvo que pasar Bella cada vez que hiperventilaba por Edward Cullen. ¿Qué me está pasando?

Si esta situación ya era surrealista desde un principio, ahora se está tornando de lo más inverosímil.

Me apoyo en la puerta que acabo de cerrar tras de mí e intento mantener mi respiración y mis pensamientos a raya. Tengo a un Dios de la guerra de hace varios siglos

dándose una ducha en mi bañera, un hombre que no puede ser real, ¡el personaje de un libro! ¡Mi Jamie Fraser particular! Un hombre que está despertando sensaciones que yo ya creía muertas tras mi fracaso con Carlos. Es una locura, todo esto lo es, pero no puedo evitar sentirme atraída por él. Es la primera vez desde hace meses, que siento.

Y es cierto, hace mucho que no me pego un buen revolcón con un hombre y esto puede que esté revolucionando mis hormonas de mala manera, pero yo no quiero un «aquí te pillo aquí te mato». Me imagino haciendo el amor con semejante *highlander* y ardo.

¡Estoy loca y muy salida! Lo que me faltaba.

Media hora después, ya me he cambiado de ropa, me he lavado los dientes en el fregadero de la cocina y estoy preparando algo de picar. Mi nevera no es que sea un culto al *delicatessen*, y menos con la cantidad de guarradas que compré por la tarde, creyendo que pasaría el fin de semana en completa soledad. Así que tiro de la siempre socorrida pasta y me las ingenio para hacer unos macarrones a la carbonara con cuatro cosas que he encontrado en los armarios. Sonrío satisfecha cuando veo el resultado. Limpio y preparo la mesa del comedor, mientras fantaseo con mi escocés oliendo a mi champú de violetas. Reparo en que Connor aún no ha hecho acto de presencia y me alarmo. No porque crea que ha podido pasarle algo, sino porque temo que se haya marchado de la misma forma en la que llegó, por sorpresa.

Entro en la habitación y me dirijo con lentitud hacia el lavabo, temerosa de llamarle y que no responda, y con ello, despertar de este sueño que estaba empezando a gustarme demasiado. La puerta está entreabierta, la empujo con cautela y ahora sí, casi en un susurro, le llamo.

—¿Connor? ¿Estás bien? —No recibo contestación—. Voy a entrar —anuncio cerrando los ojos y cogiendo aire antes de hacerlo. De nuevo el silencio es lo único que escucho y me encuentro el vacío. La ansiedad y la desilusión se apoderan de mí, salgo hacia la habitación pensando en voz alta sin darme cuenta—: Por favor, que no se haya ido, por favor, aún no...

—¿A dónde podría ir muchacha? —me preguntan a mis espaldas, con un *tonito* un poco vacilón.

Me giro mientras suspiro de alivio, y tal y como lo hago, me arrepiento de haber liberado el poco aire que tenía en mis pulmones, porque me siento sin oxígeno. Me quedo totalmente petrificada y con el corazón a punto de salirse de mi pecho como un *alien*. Le veo apoyado en la baranda del balcón, tan fresco, desnudo por completo salvo por la toalla anudada en la cintura y que en su cuerpo se ve diminuta.

¡Madre mía, qué oblicuos por favor! Creo que he empezado a arder por combustión espontánea, cuando al bajar la vista, me he percatado de lo que se marcaba bajo la minúscula toalla. ¡Madre del amor hermoso! ¡Esto es una tortura!

—Por Dios, ¿qué haces ahí? Quieres taparte con... ¿con algo? —le reprendo dándome la vuelta, azorada.

—¿Qué te ocurre? ¿Nunca has visto a un hombre desnudo? —se sorprende.

—Claro que sí —replico nerviosa, pero nunca uno como él, a un metro de distancia de mí—. Si no quieres que nos denuncien por escándalo público, será mejor que no vuelvas a salir al balcón en pelotas. —Intuyo que Connor se lo está pasando bomba y me doy la vuelta. Su sonrisa me relaja, no sabe cuánto—. Si llega a verte Paulina, la cotilla del bloque, nos monta un cirio de narices.

La verdad, es que no puedo evitar reír mientras lo imagino. Esa mujer abochornada e indignada ante tal monumento a la virilidad.

—Siento si te ha molestado. Hacía unos días que no disfrutaba de un baño en condiciones, y aquí hace mucho calor, no he podido evitarlo. No estoy acostumbrado a esta humedad, es una novedad muy agradable para mí.

—Perdona, no debí reaccionar así, es que yo hace mucho tiempo que no estoy con un hombre, me refiero así, desnudo... quiero decir... cerca... y tan...

¡Cállate que lo estás estropeando todo! Me ordeno a mí misma.

—Tranquila, yo también hace mucho tiempo que no estoy con una mujer. De hecho, es la primera vez que estoy cerca de una mujer como tú.

—¿A qué te refieres? —le interrogo a la defensiva.

—A una mujer que habla por los codos. Eres como un tintineo continuo, como un cascabel. Un sonido dulce que te acaba martilleando en lo más profundo del cerebro —se mofa gesticulando con las manos alrededor de su cabeza.

Cuando más desprevenida estoy a causa de la sorpresa e indignación que me han producido sus palabras, el muy traidor me lanza la toalla a la cara. Eso que he visto de refilón, ¿es de verdad?

—¿Eres tonto? —le reprendo mientras inhalo su aroma impregnado en la toalla— ¡No vuelvas a hacer eso! ¿De qué vas? Anda, vístete y comamos algo.

—A sus órdenes, mi dama. —Me dedica una sonrisa socarrona mientras me hace una reverencia imposible y se dirige hacia el baño guiñándome un ojo. ¡No mires abajo Elva! ¡No mires! ¡Dios, tiene un culo perfecto!

Floto con sus palabras, por el tono en el que las dice. Me siento afortunada de vivir esta locura que no sé cuánto va a durar, pero que ha tornado una noche triste en algo muy especial.

Suspiro y salgo al balcón desbordada por esta sensación. Miro al cielo estrellado y sin pensarlo, le grito.

—¡Gracias cometa, gracias!

—¿Decías algo muchacha? —pregunta asomándose por la puerta del baño.

—Eh... ¡no, no! —me muero de la vergüenza pero estoy feliz; como hace mucho que no lo estaba.

Durante la siguiente hora y media, nos dedicamos a comer y a charlar como si fuéramos dos conocidos de toda la vida. Al principio, me sentía cohibida, pero la mirada de Connor me calma. Es como una anestesia que me hace olvidar que él no puede ser real, y que estoy comiendo un plato de macarrones en plena noche con un guerrero escocés protagonista de un libro. Me habla de muchas cosas y me pregunta muchas más.

Es curioso, como intenta comprender el mundo en el que vivo, y percibo lo mucho que quiere a su tierra y a su gente. No puedo evitar quedarme embobada cuando me habla.

—Bueno, Elva de Barcelona, hálame de ti —me pregunta curioso mientras saboreo la cena.

—No sabría qué contarte, mi vida no es nada interesante —respondo espontánea. Realmente, no le he mentado.

—No me parece justo, tú pareces saberlo todo de mí.

—Sólo sé lo que cuenta el libro, y dudo, por lo que dices, que muchas cosas sean del todo ciertas. De hecho, creo que la escritora no ha sido nada fiel a la realidad.

—¿Tienes familia? —prosigue interesado.

—Nací en un pueblo gallego. Mis padres emigraron a Barcelona en busca de trabajo y bueno, crecí aquí. Hace unos años ellos volvieron a casa. Yo me quedé por amor. O por desamor —puntualizo resignada—. Supongo que en breve tendré que volver a casa. —Dejo ir un suspiro de nostalgia y decepción a la vez, y me percato de su silencio.

Le hablo de mi familia, de mi trabajo, de mis sueños, de mi vida. Al principio con timidez, pero acabo encontrándome tan a gusto con él, que no me siento en absoluto cohibida. No he sabido hasta hoy cuanta falta me hacía que alguien me escuchara.

Le observo y está pensativo. Noto que quiere preguntarme algo y por alguna razón, no se atreve.

—¿Qué te preocupa?

—¿Dice el libro si volví a casa? —¿Es temor lo que leo en sus ojos?

—Pues no lo sé, justo me quedé en la parte de cuando fuiste herido. —Dejo el tenedor sobre el plato y se me ocurre una idea. — Espera.

Me dirijo a buscar el libro que no sé dónde he dejado tras los acontecimientos de la noche. Aparece bajo un cojín del sofá, con la portada doblada y un poco maltrecho.

—Aquí está. Vamos a ver. Según esta historia, fuiste herido, y tras la emboscada desapareciste.

—Es evidente. —Sonríe y se cruza de brazos expectante.

—Espera —murmuro mientras alucino con lo escrito en el libro y él se desespera.

—¿Qué?

—Al final hay boda —expreso con sorpresa.

—Te aseguro que no pienso casarme con Ilona después de esto —me responde rotundo.

—Lo sé. Tú no te casas con ella, lo hace Angus. —¿Por qué me complace tanto esta noticia?

—Vaya, tal para cual. No sé por qué no me sorprende.

—De todas maneras esa arpía no te merece, es una auténtica zorra —escupo sin apenas darme cuenta.

—¿En serio? —Incorporándose, apoya los codos sobre la mesa con mirada inquisitiva — ¿Y qué es lo que me merezco?

—Bueno, yo no debería haber dicho eso. —Rectifico con algo de embarazo—. Ya eres mayorcito para saber lo que te conviene.

—No, en serio. Dime. —Disfruta torturándome con sus preguntas y mis reacciones, lo sé.

—No has tenido una vida fácil y no tienes en quién confiar. Te mereces una mujer que te quiera por lo que eres, por lo que sientes, no por quién eres. Una mujer que se preocupe por ti, para variar. Que quiera compartir el peso que soportas. —Hasta yo misma me sorprendo de la sinceridad de mis palabras.

—Vaya —susurra afectado. Sospecho que no esperaba esa contestación.

—Perdona, a veces soy una bocazas.

Fija sus ojos azules en los míos, y su expresión se endurece, con un extraño brillo de contención reflejado en sus pupilas. Su voz emerge ronca y masculina de la garganta, haciendo que raspe por toda mi piel.

—Y, ¿qué necesitas tú, Elva?

¡Baboommm!... Mi corazón acaba de explotar como una granada.

—Eh...Yo, dormir. —Me levanto absolutamente turbada, por el tono de su voz y el cariz que está tomando la conversación—. Estoy hecha polvo, demasiadas emociones juntas.

Recojo los platos y los llevo a la cocina, suspiro mientras los dejo en el fregadero e intento recuperar mi autocontrol.

—Claro, por supuesto. —Se levanta algo decepcionado, y me ayuda a despejar la mesa.

No quiero que la magia se rompa, me siento muy bien con él. Dudo que haya estado tan cómoda, con un hombre al que no me une ningún vínculo afectivo desde hace años. Porque no lo hay, ¿no? Pero es que no puedo ni mantenerle la mirada sin que mi cuerpo reaccione.

—¿Puedo fiarme de ti? —pregunto con una falsa inquietud pintada en la cara.

—Tranquila, no voy a aprovecharme mientras duermes si es lo que piensas. ¿Puedo fiarme yo? —¿Me está tomando el pelo? Me pregunto sofocada.

—¿Tan desesperada me ves? —No sé qué me cabrea más, si la pregunta o su silencio. Desde luego este escocés en falda, es un provocador profesional.

—Dormiré en el suelo, si te parece bien. —Me indica señalando el lateral de la habitación.

—Ni hablar, puedes dormir en la cama. Yo dormiré en el sofá.

—No voy a permitir que duermas en esa cosa en mi beneficio. —¡Eh tú, con mi sofá no te metas! Exclamo mentalmente.

—Llevo un año durmiendo ahí, una noche más no me matará, créeme.

—Eres extraña, ¿lo sabías? —¿Pregunta o afirma? No te desnudes, delante de mí no, por Dios. Suplico para mis adentros en cuanto veo que comienza a desatarse la falda.

—Si no te importa, espera a que yo me acueste. No es por nada, pero... —¡Cállate ya Elva! O se va a notar que te pone como una moto.

—Está bien, tranquila. —Se cruza de brazos con una expresión placentera, señal de que está disfrutando lo indecible con mi reacción de niñata adolescente.

Mientras preparo mi humilde camastro, oigo una risita guasona que me pone a mil.

Escucho como se desviste. El roce de las sábanas y como su cuerpo se desliza entre ellas. Un gruñido, que imagino es causado por el cansancio y las heridas. Y un gemido profundo producido por la comodidad. No puedo impedirme curiosear por encima del sofá. Tengo a la perfección humana durmiendo en mi cama ¡en pelota picada! No sé él, pero dudo que yo vaya a pegar ojo en lo que queda de noche. Estoy tumbada boca arriba, con las manos cruzadas sobre el estómago. Miro al techo y suspiro. No puedo creer que esto me esté pasando a mí, no puede ser real. Intento contener mis ganas de asomarme por encima del respaldo del sofá, pero no puedo evitarlo. Sigue ahí, tumbado libre y descansando a pierna suelta.

—¿En qué estás pensando? —Me doy cuenta de que me ha pillado de lleno, y muerta de vergüenza vuelvo a la misma posición, tapándome la cara con las manos—. Sé que estás despierta. Todo esto es muy extraño, muchacha —¡Qué me vas a contar! Me digo a mí misma.

Tras un silencio incómodo, decido romperlo con lo primero que se me ocurre:

—¿Qué haremos mañana? Aquí no puedes quedarte, bueno, al menos no para siempre.

—¿Y dónde se supone que debo ir entonces? Si como bien dices estoy en otra época, eso significa que no tengo hogar, no al menos en este tiempo.

—De hecho dudo que ese lugar exista, eres el personaje de un libro. Eres el fruto de la imaginación de una escritora.

—Eso no puede ser cierto. Mi casa es... Es de verdad. Mis tierras, mi vida. Yo soy de verdad.

Y ante eso no sé qué responder, pues tiene toda la razón. Suspiro y me cabreo por no saber darle una respuesta, porque no la sé. Quizás todo esto es fruto de mi mente, tras haber pasado una etapa triste de mi vida. Ni yo misma sé cómo afrontar esta experiencia.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Se sienta en la cama y yo me incorporo ligeramente en el sofá.

—Sí, claro.

—¿Por qué le esperabas? A ese hombre. Si tan mal se ha portado contigo, ¿por qué has perdido tu tiempo esperando a que volviera?

Por un momento me siento ofendida, pero no por lo que me dice, sino porque es la pregunta que yo he evitado contestarme durante el último año.

—No lo sé. Pensé que era el hombre de mi vida, ¿sabes? Cuando le vi con otra mujer, mi mundo se hizo añicos. Mi vida controlada y organizada al milímetro se desvaneció y me sentí perdida. Yo no soy de aquí, mi mundo se limitaba a mi trabajo, su círculo de amistades y a él. Ha sido muy duro para mí verme sola de verdad, por primera vez en mi vida.

—Discúlpame, no quería molestarte. Es solo que me cuesta creer que haya dejado escapar a una mujer como tú. —Mis ojos se agrandan como platos al escucharle. ¿Qué quiere decir con lo de una mujer como yo? Creo que la penumbra me ha delatado. — Eres hermosa y por lo que he visto pareces buena muchacha.

—Me quieres llevar al huerto, ¿verdad? —disparo sin pensar.

—¿Qué?

—Nada —rectifico completamente azorada. Alucino porque es la primera vez en mucho tiempo que alguien me ve hermosa—. No soy nada del otro mundo. La verdad es que tengo más defectos que virtudes. No es que me sobren los pretendientes, precisamente.

—¿Por eso dijiste que ojalá conocieras a un hombre como yo?

—¡Yo no he dicho eso! —espeto sorprendida levantándome de golpe del sofá. ¿O sí?

—Sí lo dijiste —manifiesta con contundencia.

—No. —Ahora recuerdo que es posible que lo pensara en voz alta.

—Te aseguro que sí. Y muchas otras cosas más. —¿Será mamón?

—¿Qué cosas? ¡Yo no he dicho nada! —le interrogo cabreada como una mona mientras me acerco a la cama.

—Muchacha, he de admitir que me sorprendió mucho saber lo que sentías. Te oía sí, pero también percibía tus pensamientos. Tu preocupación, tu estado de alerta, tu pena y tu compasión al saber de mi vida. La soledad, la decepción, tus deseos...

—¡Qué vergüenza! —Pido al cielo que no haya visualizado los pensamientos más calenturientos que habitan mi mente, pero por su expresión picarona, sospecho que ha sido espectador en primera fila.

—No te avergüences, me ha gustado mucho conocer tu interior. Supongo que lo mismo que tú a mí. —Me lanza una sonrisa de esas tan socarronas y al instante, se vuelve más amarga—. Tenías razón, ¿sabes? He sido un hombre muy desdichado desde que Aileen, mi primer amor, se casó con un Lennox.

—¿Con un Lennox? Pero, ¿Ilona no es también una Lennox? —le pregunto, mientras tomo asiento en el lado contrario de la cama con la mayor naturalidad.

—Exacto. Hubiésemos sido parientes. ¿Imaginas lo que iba a suponer eso para mí? Verla casada después de tanto tiempo...No sé... —su mirada se pierde en recuerdos, que intuyo dolorosos.

—Lo siento. Ni me imagino lo que has debido pasar. ¿Aún la quieres? —Desconozco por qué le hago esa pregunta, pero mi lado cotilla me puede. Ahora que estamos de confidencias, no me parece tan descabellada esta cuestión.

—La quise mucho, eso es cierto. Pero yo he cambiado e imagino que ella también. Amo su recuerdo, que es lo único bonito que me queda de ella. Pero eso no quiere decir que no me doliese verla de nuevo, y con otro hombre que no fuese yo.

—No entiendo. Entonces, ¿qué vas a hacer con los clanes? Si no te casas con Ilona tendrás que pactar con los Campbell y los ingleses —exijo preocupada.

—No. Al comenzar a escucharte, sembraste en mí la duda sobre Angus. Hice varias averiguaciones y descubrí que aún tengo parientes vivos en las Highlands.

—¿Te lo ocultó? —Alucino. ¡Vaya con el mentor y amigo!

—Así es. Envié a un emisario con una propuesta a mis parientes, que no pudieron rechazar. Volvió hace dos días con una respuesta afirmativa. ¡Mis tierras estarán a salvo, muchacha! —Me coge de las manos con una sonrisa que ilumina sus ojos como dos faros, y calienta mi corazón como en una puesta de sol—. Pero tengo que volver para solucionar varios asuntos si no quiero que todo se tuerza.

—¡No sabes lo que me alegro por ti! No era nada optimista, llegué a pensar que...

—Que la volvería a fastidiar como tantas otras veces —me corta resignado.

—Lo siento. —Realmente, lo siento de verdad.

—No lo sientas, eres sincera y eso me gusta. Reconozco que la culpa de que haya estado a punto de perder mis tierras, lo único que merece la pena de este mundo, es enteramente mía. En cambio, el que me haya dado cuenta es gracias a ti, niña —su tacto me envuelve y su mirada es una caída al abismo que no tiene fin.

—Creo que voy a volver al sofá. Ya es tarde y tendríamos que dormir un poco —me justifico, cohibida ante la comodidad que se está fraguando entre ambos.

—Por supuesto. Debes estar cansada.

Me dispongo a levantarme cuando una serie de risas, golpes y a continuación gemidos, inundan la fantástica tranquilidad que reina en mi casa.

No puede ser, ¡esa mujer es insaciable!

Mabel es la vecina fogosa del piso de abajo. Una mujer con una más que activa vida sexual, que ha estado atormentándome durante los últimos meses con sus polvos olímpicos.

—No me lo puedo creer —susurro avergonzada.

—¿Qué sucede? ¿Qué es eso? —pregunta alarmado.

—Shhh... Escucha y verás. —Sonrío y le insto a acomodarse y a que preste toda su atención a lo que va a suceder ahora.

Gemidos, susurros, gritos de placer se hacen eco en la noche, mientras a Connor se le abren los ojos como platos.

—¿Es eso lo que creo que es? —no puedo aguantar la risa al ver la incredulidad y sorpresa que delata su cara—. Dios mío, es... es... —me mira y no puede evitar sonreír conmigo—. Pero, ¿qué demonios están haciendo?

Estallo en una carcajada. Me doy cuenta de que es una liberación, hacía meses que no lo hacía y me siento bien, muy bien. Me tapo la boca con la mano, ahogando la risa e incluso, se me empiezan a escapar algunas lágrimas. Connor, está tumbado en la cama, aguantándose el estómago por la risa. No puedo dejar de mirarle, le veo tan feliz y relajado que mis mariposas revolotean hasta mis labios, en donde empiezo a notar un picor extraño que no desconozco.

—¿Es que en este tiempo no existe el decoro? ¡Es impresionante!

Le explico con esfuerzo, que llevo viviendo esto desde hace más o menos dos años. Al principio me hacía gracia, incluso me daba una envidia sana el que fuera tan «activa». Pero reconozco que este último año ha sido una verdadera tortura. Lo que menos necesitaba era escuchar lo bien que se lo pasaban otros, mientras yo estaba aquí ahogando

mis penas. Me mira comprensivo y vuelve a cogerme la mano con suavidad, cuando veo un brillo travieso en esos ojos, que me hacen perder el sentido. ¿Qué está tramando?

—¿Confías en mí cómo para cometer una pequeña locura? —pregunta socarrón.

—No te entiendo. —Estoy confusa, me acaba de dejar fuera de juego.

—Creo que va siendo hora de que le den un poco de su propia medicina. Ponte de pie sobre la cama. —Le miro sin saber qué quiere decir o hacer. Enrolla la sábana en su cintura y se alza junto a mí—. Haz todo lo que yo te diga. —Me coge de las manos y empieza a botar sobre la cama con lentitud. Con la mirada y sin dejar de sonreír me insta a hacer lo mismo—. Ahora, despacio... *Mmmmm* —Dios mío, ¿eso ha sido un gemido?

—Yo... No puedo. Me da vergüenza —le susurro casi sin moverme

—Vamos, es la hora de tu venganza... *Mmmmm... ohhhhh* —la verdad es que la estampa es muy divertida, y me convenzo, de que si un hombre como él puede dejarse llevar por el momento, yo también.

—¡Oh, sí! —comienzo a decir con voz trémula, aunque cuando veo que él sigue saltando y elevando más la voz, me animo— ¡Ohhh, cariño... sí!

—¡Oh, sí!... ¡Muy bien, mi amor!... *Aggggg* —apenas puedo contener la risa, pero seguimos manteniendo una especie de duelo sexual con Mabel «la fogosa», como la llama medio edificio, durante unos minutos. Los muelles de la cama rechinan como si fueran campanas, el cabecero da golpes contra la pared. Logramos jadear de verdad, presos del esfuerzo y la contención de las carcajadas. Hemos llegado a un nivel de éxtasis tal, que temo que la cama acabe cediendo y nos peguemos el batacazo padre. Nos hemos desatado en gritos de placer propios de películas porno, cuando de repente nuestros contrincantes callan. Hemos ganado el pulso.

—Se han callado —susurro mientras dejamos de botar con lentitud, poniendo atención.

—Creo que no han podido superar nuestro arrebató de pasión. —Su sonrisa pícará me desarma y el ejercicio de contención llega a su fin cuando me arrodillo sobre la cama y comienzo a reírme a carcajada limpia. Él me acompaña sentándose, exhausto.

—¡Estoy agotado!

—¡Y yo! No imaginaba que «no hacerlo», cansara tanto. —Sigo sonriendo mientras me siento a su lado, y me estiro hacia atrás mirando el techo—. Gracias. Ha sido genial.

—¿Genial? Curioso. Es la primera vez que me felicitan por un acto sin consumir. —me guiña un ojo y me arranca otra carcajada mientras se tumba a mi lado en mi misma posición. Nos miramos sonriendo, hasta que me inunda la preocupación al ver el semblante serio que se ha instalado en su rostro—. Me ha gustado verte reír. Eres como un ángel cuando sonríes.

Desvió la mirada roja como un tomate. Siento una descarga eléctrica atravesar mi

columna vertebral, hasta erizarme hasta el último pelo de mi cuerpo.

¡No puedo estar sintiendo esto, no es posible que este hombre, me haga sentir esto! Su mirada se torna profunda y oscura, haciendo que un escalofrío recorra mi ser.

—Cuando llegué aquí, te pregunté cómo me habías embrujado, ¿recuerdas? Ahora me vuelvo a hacer la misma pregunta. No sé qué me está pasando, muchacha, pero no puedo evitar sentirme atraído por ti. Tienes algo, que despierta sensaciones que creía tenía enterradas desde hace mucho tiempo. —El brillo de sus ojos me traspasa el alma, pero me da paz. No sabe hasta qué punto le entiendo.

Sin apenas darnos cuenta, estamos el uno frente al otro, de medio lado. Las palabras han dejado de tener sentido desde hace ya unos minutos, y no las echamos en falta. Mi mano se ha hecho presa de la suya, atrapándola en suaves caricias en su exterior.

Nuestras respiraciones, se aceleran al mismo ritmo que el latido de nuestros corazones. Estoy casi segura de que puedo escuchar el suyo retumbando como un tambor de guerra.

Me caigo en su mirada y me pierdo, sus ojos azules como océanos me engullen y me cortan la respiración. Para evitar caer presa de su hechizo, decido cerrarlos. El hormigueo que recorre mi cuerpo desde mi sexo hasta mis labios, acabará por desterrar cualquier atisbo de contención. Acerca su mano libre, y aparta de mi cara un mechón que cae rebelde sobre ella. Noto su tacto dibujando mi pómulo y no puedo evitar estremecerme. Brasas, fuego, deseo, pero también algo más. Aguantamos por un segundo la respiración anticipándonos a algo que es posible que no tenga marcha atrás.

Cuando abro los ojos ya he tomado una determinación, no puedo luchar contra lo que siento. Acerco mi rostro hacia el suyo sin dejar de mirarle. Estamos envueltos en una burbuja, ajenos a todo. No existe ni un solo destello de duda respecto a lo que va a pasar ahora, porque no puedo controlarlo. Acerco mis labios a los suyos embriagándome con su aroma varonil mezclado con mis violetas, esperando que él haga el mínimo gesto de rechazo, pero me sorprende atrapando mi cara con sus manos y se apodera de mi boca de una forma que me deja desarmada por completo. Sus labios presionan los míos con necesidad, hasta que un jadeo se escapa de mi garganta estrellándose contra su boca. Es entonces cuando noto que se aparta asombrado y entre jadeos se disculpa.

—Lo... Lo siento.

Sonrío levemente, pues comprendo que esta situación es tan sorprendente y nueva para mí como para él. Vuelvo a acercarme a unos pocos centímetros de su rostro. Le doy un tímido beso en la comisura de la boca, otro más dulce en el lado contrario, le beso en el pómulo, en la barbilla, en los labios. Pequeños besos, que no son más que mi forma de mostrarle lo que siento, la forma de darle mi permiso. No me da tiempo a más. Nuestras bocas se acercan como un imán, sin poderse apartar la una de la otra, esta vez con más fuerza pero cargadas de ternura. La necesidad de poseernos nos nubla la razón, pero hay algo más, lo siento. No es solo sed de sexo, es algo más profundo que me llega al corazón,

algo que no estoy preparada para sentir aún, algo que me da miedo.

Abro los ojos ya bañados en lágrimas y me aparto compungida, con los labios hinchados y el corazón latiendo en cada miembro de mi ser. Me tumbo de espaldas a Connor y me encojo como una oruga, mientras su sabor se mezcla con mis lágrimas dentro de mi boca.

—Elva, ¿estás bien? ¿Te he lastimado? —me pregunta contrariado mientras recupera al aliento. Me retiro como si su mano quemara en cuanto toca la piel de mi hombro.

Oigo su angustia y me siento despreciable. ¿Por qué he empezado algo que ahora no puedo acabar? ¿Cómo puedo acostarme con un extraño cuando hace unas horas mi ex ha intentado forzarme? Sí, peco de mojigata, pero sé que aunque lo deseo y este hombre también me desea a mí, acostarme con Connor no me va a hacer ningún bien. Carlos me ha roto el corazón dos veces, aquella fatídica mañana y esta noche. Y los cachitos van a tardar mucho en recomponerse. Sencillamente, no puedo hacerlo. Ahora mismo, no es lo que necesito. Mañana me arrepentiría de estropear esto tan bonito que ha surgido entre nosotros. Me siento como si tuviera en un hombro al ángel bueno y en el otro al mismísimo demonio. Quiero, pero no puedo. ¿Por qué no puedo olvidarme de todo y retozar con este regalo que me han traído las estrellas? ¿Qué mujer en su sano juicio perdería la oportunidad de pasar una noche con semejante espécimen? Si Lucía se entera de esto, ¡me mata! ¿Por qué ha tenido que salir a flote mi maldito sentido común? Mi angelito me susurra al oído la respuesta: «Porque ahora, lo que necesitas es solo un abrazo. Un abrazo que recomponga tu alma y tu corazón».

Como si leyera mi mente, noto como su calor desaparece de mi lado en cuanto se aparta y se sienta en el borde de la cama. Le miro de reojo y le veo de espaldas mesándose el pelo y apoyando sus brazos en las rodillas pensativo. No logro entender que es lo que dice entre siseos, y que parece una maldición. Seguro que me está poniendo a parir. ¡Menuda caliente braguetas estoy hecha! Me incorporo y apoyo mi mano suavemente sobre su hombro. Las palabras apenas emergen de mi garganta como un susurro, pero quiero tranquilizarle y explicarle lo que me pasa.

—Connor, yo...

Se gira hacia mí evitando, con la cabeza gacha, posar sus preciosos ojos azules sobre los míos. Coge mis manos con delicado apremio, me mira y en ellos veo el pesar, que creo a pies juntillas, le acabo de causar.

—Te pido mil perdones, no sé qué me ha ocurrido ¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¿Cómo he podido ser tan insensible? —Sus discurso me confunde. ¿Por qué sus palabras están llenas de culpa?—. Por Dios, hace unas horas ese despreciable ha intentado mancillarte... ¿Cómo he podido siquiera intentar...?

Se levanta de la cama y su semblante derrotado se enfurece hasta tensarse por completo.

—¿En qué demonios estoy pensando? Me han traicionado, no sé cómo he llegado

aquí, ni siquiera sé si voy a poder regresar y arreglar todos los problemas que he causado a mi gente... y... y lo único en lo que puedo pensar es en besarte y arrancarte la ropa y hacerte mía hasta que desfallezcas. ¿Cómo puedo ser tan egoísta? —grita rabioso, sin dejar de moverse por la habitación.

Yo me quedo estupefacta ante su reacción. No esperaba de ningún modo, una salida como la suya. Aunque me halaga el que Connor quiera hacerme suya hasta desfallecer, creo que lejos de sentirse rechazado, lo que se siente es culpable y eso me mata.

—Me he comportado como un hombre despreciable y te ruego me perdones. Entenderé que quieras que me marche por no haberte respetado y por haberme puesto a la altura de ese hombre que quiso hacerte daño. Tienes todo el derecho a pedirme que me vaya de tu vida. —Cada palabra pesa como una losa sobre mi alma. ¿De verdad ha pensado que me ha humillado?

Se queda quieto frente a mí, esperando una respuesta que yo, atónita como estoy, no puedo pronunciar. Simplemente me levanto por inercia y le abrazo. Lloro como una niña pequeña, amarrada a su pecho y su espalda como si fuera a desvanecerse. Connor, que en un principio se sorprende por mi acción, no tarda en entender que es lo que necesito y me abraza con el mismo ímpetu con el que yo lo hago. Me consuela y me besa la cabeza.

Cuando me recompongo lo suficiente como para recuperar la voz, le cojo de la mano y le invito a sentarse junto a mí en la cama.

—Connor, no te sientas culpable por nada de lo que hayas dicho o hecho. —Le miro y le hablo con calma. No sé por qué, pero ahora me siento mucho mejor. Mis sentimientos fluyen como si ese nudo que sentía en mi pecho este último año, por fin se hubiera deshecho—. Necesitaba besarte y lo he hecho, necesitaba tocarte y no he podido evitar hacerlo. Y lo creas o no, nada me gustaría más en este mundo que acostarme contigo hasta el amanecer. ¡Estaría loca si no quisiera hacerlo! Pero son demasiadas emociones incluso para mí. Para abrir una puerta tengo que cerrar otra, y ahora mismo, aunque es lo que más deseo en el mundo, sé que no podría soportar hacer el amor contigo y ver como desapareces después. No estoy preparada. No necesito más de ti que lo que hasta ahora me has dado, tu complicidad, tu comprensión, tu amistad y tu consuelo.

—Pero... he debido controlarme y no dejarme llevar por mis instintos más primarios cuando sé que no estás bien —insiste avergonzado.

—Vamos a ver, *highlander* cabezota —contesto con algo más de humor—. No estoy enfadada contigo, ni me siento humillada ni mancillada ni ningún adjetivo que acabe en «ada». Quizás un pelín ridícula por este dramón que te he montado, pero nada que no pueda superar.

—¿Estás segura? ¿no quieres que me marche? —repite, esta vez, con más tranquilidad.

—Ni lo pienses, no te vas a librar tan fácilmente de mí. Aunque sea una niñata estúpida y llorona, que no ha dudado en aprovecharse un poquito de tu perfecto cuerpo de

Dios escocés.

—¿Perfecto cuerpo de Dios escocés? Ummmm... reconozco que eso me ha gustado mucho. — Sonríe abiertamente por mi ocurrencia y se tumba hacia atrás mirando el techo.

—Va, no seas vanidoso, que seguro que en tu tierra estás acostumbrado a que las mujeres se tiren a tus pies —respondo poniendo en blanco los ojos y sonriendo por fin, con toda naturalidad.

—Siempre que les pagues lo acordado, desde luego —responde categórico.

No puedo creer lo que acabo de escuchar. ¿Connor, de pilinguís? Al ver mi asombro comienza a reír con fuerza hasta casi doblarse del esfuerzo. Me siento idiota porque no he pillado que era una broma, y he quedado completamente en ridículo.

—De verdad has pensado que yo...

—¡Cállate!

Cojo un cojín del suelo y le golpeo en la cabeza con él. Intenta zafarse de mí y me ataca con la almohada como si fuéramos dos niños pequeños hasta que, obviamente, pierdo la batalla muerta de risa. Volvemos a quedarnos como hace un rato, jadeantes el uno frente al otro y esta vez, ya no hay tensión entre nosotros. Solo complicidad, una intimidad que muy pocas personas deben sentir junto a otra persona, sin que se vean abocados a una sesión de lujuria y desenfreno.

Aparta de mi rostro un mechón rebelde y me acaricia la barbilla con suavidad.

—¿Y ahora qué, preciosa?

Le observo con una sonrisa sincera, y enredo mis dedos entre los suyos, sellando así las grietas que mi inseguridad le ha causado.

—¿Qué te parece si me cuentas lo que tienes pensado hacer cuando vuelvas a casa? Ese capullo de mentor, ¡tiene que recibir su merecido!

—¿Qué te parece si te lo explico mientras te abrazo?

Sonrío mientras me acomodo en el hueco que su cuerpo me ofrece, y su voz empieza a mecarme transportándome a tierras escocesas.

Me desperezo, acompañada de un gemido de satisfacción que hasta a mí me parece algo cursi y con la impresión de que estoy muy a gusto en la cama. Es de esas mañanas, en las que el cuerpo está cómodamente incrustado en el colchón, es de esos días en los que podrías quedarte allí horas y horas por placer. Sonrío feliz y con una sensación de paz absoluta, cuando noto un brazo que me rodea el hombro y deja caer una mano sobre mi estómago. Abro los ojos como platos. Una ráfaga de imágenes y emociones inundan mi mente a cámara rápida. ¡Oh Dios mío!

Giro la cabeza con lentitud, para intentar reconocer a mi acompañante y allí está Connor, con esa melena negra y brillante cayéndole sobre la cara. Pero, ¿cómo puede ser tan guapo hasta dormido! ¡Este hombre no debería ser legal! Nota mi movimiento y con un gruñido, entierra su rostro en la curva de mi cuello hasta encontrar lo que parece su lugar perfecto para descansar. No es posible que el simple contacto con este hombre me erice hasta las pestañas. Me tiene totalmente atrapada entre sus brazos, estamos acoplados como dos cucharitas, como dos piezas de puzzle destinadas a encajar. Al contrario de lo que esperaba en un primer momento, no me inquieta. Saber que sigue ahí, acostado conmigo, me relaja y me siento mejor de lo que pensaba. Decido no moverme más y aprovechar el placer de sentir su calor, su cuerpo y el latir acompasado de su corazón sobre mi espalda. Me siento protegida. ¡Me siento de maravilla!

Rememoro los momentos más interesantes de la pasada noche y disfruto de cada uno de ellos, hasta el punto de que me siento totalmente nueva. Aquel hombre me ha dado algo mucho más valioso que su cuerpo, me ha abierto su alma. Me trató con una delicadeza extrema en los momentos más dulces, y con su silencio y abrazo protector en los de bajón. Pasar la noche tumbados en la cama, simplemente estando el uno con el otro, ha sido algo de otro mundo. Hablamos hasta el amanecer, comimos helado e incluso jugamos con él, reímos, nos abrazamos. Volvimos a disfrutar de la intimidad y conexión que nos dio la noche con «*Magic*» de *Coldplay* sonando de fondo, para después quedarnos dormidos, exhaustos y felices. ¿Podría ser más perfecto? Esos recuerdos me confirman un hecho, ¡ha sido una de las mejores noches de mi vida!

Disfruto perdida entre mis pensamientos, cuando noto algo que se clava entre mis muslos. Una voz ronca y llena de picardía, se abre paso entre mi pelo hasta mordisquear mi oreja.

—Si sigues rozándote así, creo que no podré contenerme durante mucho más tiempo, muchacha. No soy de piedra.

—¿Estabas despierto todo el rato? —le digo fingiéndome ofendida, mientras intento darme la vuelta zafándome de sus brazos.

—Shhhh...Aún no te he dado los buenos días, *Mo Cion Daonnan*. —Esa frase hecha susurro, se adentra en cada poro de mi piel y me deja literalmente deshecha.

Memorizo cada uno de sus rasgos mientras nos admiramos en silencio. Recorro con un dedo el mapa que me dibujan los tres pequeños lunares, uno bajo cada ojo y otro en la mejilla, que le hacen tan sexy. No es amor, lo sé. Pero me siento tan a gusto con mi *highlander* que no puedo describir lo que nace dentro de mí. Es una auténtica liberación.

Es extraño, que dos desconocidos lleguen a tener esa conexión más allá de lo físico en tan poco tiempo, pero es tan visceral lo que sentimos, que tengo miedo de dejar de tocar el cielo.

—¿Qué significa lo que dijiste antes?

—¿*Mo Cion Daonnan*? Mi amor eterno. Mi padre solía decírselo a mi madre a

menudo. Tenéis mucho en común. ¿Sabes que ella también le salvó la vida? —Levanto la mirada, incrédula, y le insto a continuar—. Mi padre fue un joven bastante... ¿cómo decirlo...? afortunado en cuanto al arte de seducir mujeres. No es que me enorgullezca de ello, pero al ser el hermano pequeño y no tener obligaciones, fue libre para disfrutar de la vida con mayor libertad que su hermano Finn, primogénito y futuro Laird del clan Murray. Cambiaba de cama como de camisa, y en cierta ocasión, digamos que fue sorprendido con una amante que olvidó comentar que estaba casada con el terrateniente del pueblo. Huyó por la ventana como Dios le trajo al mundo, perseguido por un marido furioso y media aldea armada hasta los dientes, deseosos de colgarlo de una soga en la plaza.

Me besa divertido el cuello mientras recorre mi brazo con una caricia que me hace estremecer de lo a gustito que estoy. Él me mira de reojo y al ver mi cara de interés continúa sonriendo con la historia.

—Logró entrar en un granero de las afueras en el que mi madre, casualmente, estaba practicando tiro al arco. Y en este caso, las flechas del amor hicieron el resto, exactamente una, en el trasero desnudo de mi padre.

—¿Le clavó una flecha en el culo? —pregunto incrédula incorporándome sobre su pecho.

—Sí, muchacha, por accidente, pero le hirió. Y al verle desnudo, perseguido e indefenso, le escondió bajo la paja hasta que todo se calmó. Una vez pasó el peligro, le atendió la herida y él se desmayó mientras miraba a aquella muchacha angelical. —Mientras me toca el cuello con las yemas de los dedos sigue hablando con voz profunda y melancólica—. Se despertó horas más tarde cuando fue encontrado en el camino de Stonefield por los hombres de Finn. Solo podía pensar en su ángel de piel blanca como la nieve y pelo rojo como el fuego, y aunque todos pensaban que estaba delirando, él sabía que no era un sueño, gracias al dolor que sentía en sus posaderas cada vez que se movía. —Ambos reímos imaginando la escena y vuelvo a acurrucarme en su abrazo. — Cuando se recuperó, volvió camuflado a la aldea y la buscó hasta encontrarla. La cortejó durante meses y, finalmente, huyeron y se desposaron. Mi tío Finn murió sin descendencia en una emboscada de los Campbell a los pocos meses, y mi padre ocupó su lugar como Laird. El resto de la historia ya la conoces.

Percibo su gesto contrito y llevo mi mano hacia su barbilla intentando apaciguar su pesadumbre con mi caricia. No puedo imaginar lo que es perder a tu familia y no tener a nadie para protegerte. Descubro para mi sorpresa, que la idea de esa soledad me aterra.

—Curiosa historia —susurro divertida para cortar mis pensamientos.

—En efecto, debe ser herencia en mi familia el conocer a una mujer especial en circunstancias «curiosas» —bromea tocando la punta de mi nariz con un dedo, mientras suspira, mirando al techo, pensativo—. Aunque creo que esta supera a cualquiera que conozca. Dudo que alguien me crea cuando lo cuente a mi vuelta a casa.

—Ojalá no tuvieras que irte. Me caes bien, escocés socarrón y exhibicionista.

—Ojalá pudieses venir conmigo, cascabel. No disfrutarías de los placeres de este hogar, pero disfrutarías de los de mi tierra. Yo he de volver. Mucha gente depende de mí, y no puedo fallar a la memoria de mi familia más de lo que ya lo he hecho.

Un escalofrío se apodera de mí, pero lo siento diferente.

—¿Y si desapareces? ¿Y si te vas en cualquier momento? No sabemos cuándo puede ocurrir, ni siquiera si vas a llegar a irte. —Lo admito, la idea de que se marche me espanta.

—Eso es algo que no está en mi mano solucionar, Elva. Al igual que no pude controlar este viaje de ida. Inexplicablemente estoy aquí, y sabes tan bien como yo, que puedo no estarlo en cualquier momento. —Noto que se debate entre dos aguas, y entiendo todo lo que él puede perder quedándose aquí.

—Perdona, siento ser tan egoísta. No debí decir eso. ¿Quién soy yo para impedirte nada? Tú tienes tu vida, tu casa, tu gente, en algún recóndito lugar de la Escocia de un libro.

—¡Ay, querida!, hablas con demasiada ligereza sobre mi hogar. —Se acomoda mirando al techo con nostalgia—. ¿Te he dicho que tengo un castillo? Stonefield —recalca con orgullo—. Una construcción magnífica, rodeada de buenas tierras y frondosos bosques a la orilla del lago Fyne, en la península de Kintyre. Te encantaría, preciosa —me dice dulcemente mientras me besa la punta de la nariz—. Es una casa muy bonita, aunque no tan limpia. Disfrutamos de un clima menos cálido que aquí, eso es cierto. Pero hay unos bosques preciosos, jardines llenos de flores silvestres, un lago maravilloso en el que bañarte a la luz de la luna... ¡Cómo echo de menos un baño en esas condenadas aguas heladas!

Le sonrío mientras imagino los parajes que me está describiendo, el hogar donde hace mucho fue feliz y que ahora debe recuperar como sea. Enredo mis dedos en la cadenita de oro que tengo colgada en el cuello. Es en ese justo momento cuando se me ocurre una idea que me emociona y me asusta a partes iguales.

—No quiero que esto suene cursi ni te sientas obligado a hacerlo, pero por si no nos diera tiempo a despedirnos, quiero decir, por si en algún momento desapareces, ¿te importaría que nos despidiésemos ahora? Así no habría dramas, y nada por decir se quedaría en el tintero.

—¿Te he dicho ya lo extraña que eres, Elva? —pregunta divertido.

—Varias veces. —Le miro con cara de cordero degollado e insisto explicándole los motivos de mi propuesta—. No me gustaría que te marcharas sin decirme adiós.

—Está bien, porque yo tampoco quisiera marcharme sin decirte adiós —me confiesa besándome la frente.

Me arrodillo junto a él y desabrocho la cadenita con el sol celta que llevo conmigo desde hace seis años. Un astro pequeño y reluciente, regalo de mi abuela y que según ella,

era un símbolo de sus antepasados celtas.

—Quiero darte esto, para darte las gracias por aparecer en mi vida y cumplir mi deseo, porque no sé cómo lo has hecho, pero ya no estoy triste. Te ofrezco este sol, que para mí tiene mucho valor, para que recuerdes la calidez del sol siempre que lo necesites, para que recuerdes este extraordinario viaje y para que no me olvides.

Intuyo por su expresión que no se lo esperaba. Noto cierto destello de emoción en sus ojos. Aprieta la mandíbula mientras recoge mi regalo y, mirándome fijamente, se lleva la mano al corazón. Creo que le está costando encontrar el resuello necesario para hablar.

—Siempre te llevaré conmigo, *cascabel*, porque has llenado de calor un corazón frío, lo has hecho revivir. Es imposible que pueda olvidarte, pase lo que pase. —La emoción que derivan sus palabras hacen que por un momento las lágrimas fluyan en mis ojos, deseosas de salir rodando por mis mejillas, pero se detienen al verle levantarse de la cama y dirigirse hacia su ropa—. Yo también tengo algo para ti. —Veo que busca algo en su *sporran* y vuelve hacia la cama sentándose frente a mí—. No tengo nada aquí que pueda darte, con más valor que mi nombre y el nombre de mi casa —me dice solemne, mientras deposita algo envuelto en una tela sobre mis manos.

Una especie de pañuelo de lino, envuelve un broche parecido a una hebilla. Tiene forma de herradura y sobrepuesto en el centro, el relieve de lo que parece un bosque, un castillo y la orilla de un lago.

—Stonefield — digo en voz alta.

—Exacto, no hay nada de más valor para mí que mi hogar y quiero que nunca olvides que ya formas parte de él, como él de ti.

No puedo evitar emocionarme y dejar brotar las lágrimas que esperaban ansiosas su libertad. Connor las seca con el pañuelo que envolvía el broche y, reparo en su fabuloso y delicado bordado. Una herradura, un cardo y tres palabras: *Mo Cion Daonnan*.

—Fue un regalo de mi madre antes de morir —confiesa cabizbajo.

—Yo... No puedo aceptarlo. —Le miro asombrada, no esperaba algo así.

—Sí que puedes, porque yo así lo deseo —me dice categórico, besándome a continuación como si de un momento a otro fuera a desvanecerse—. No solo has salvado mi vida, sino la de todo un clan, la de toda una región, mi familia. Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Algún día, Elva, un buen hombre pondrá a tus pies el paraíso que mereces. Nada me hará sentir más orgulloso que el saber que vas a vivir una vida tal como la deseas. Confía en ti, vive y disfrútala.

Exhaustos por la noche en vela e intentando olvidar los motivos que nos mantienen intranquilos, nos mantenemos abrazados hasta que un rugido proveniente de mis tripas,

rompe el silencio del que disfrutamos.

—Creo que es hora de darle de comer a la bestia, muchacha —me avisa serio, abalanzándose sobre mí para hacerme cosquillas.

—¡Tú sí que eres un bestia! ¡Para, por favor!

Me escabullo como puedo de la cama y me dirijo hacia el baño para hacer un pis. Al mirarme al espejo, me maravillo al ver la imagen que se refleja en él. Mis ojos brillan, mi piel vuelve a tener un tono sano y sonrojado. No dudo que es gracias a los beneficios de una noche de «no sexo» legendaria, de confesiones y pasos de página. Sé que algo ha cambiado en mí, en lo más profundo de mi alma.

Elva por fin ha vuelto.

Me aseo y me pongo un pijama corto con rapidez, deseando volver a la cama junto a Connor, pero cuando salgo él está en el sofá intentando poner en marcha el televisor. Juro que no hay nada más sexy en el mundo, que verle con la sábana como única vestimenta.

—Increíble. Da miedo. Parece tan real... —murmura asombrado.

—Y lo es, pero nada interesante la verdad. Prefiero escuchar a *Coldplay*.

Retiro el volumen del televisor, sustituyéndolo por el sonido del cd del reproductor. *Coldplay*, sin duda, va a ser la banda sonora de esta fantástica aventura que estoy viviendo. Será el equivalente a la canción de una pareja de enamorados.

—Me gusta lo que canta ese hombre, ven. —Me coge de la cintura y me sienta junto a él. Me acomodo apoyando la cabeza en su pecho, inhalando su aroma, ese que me da seguridad, el que me hace sentir protegida. — ¿Te he dicho ya que tienes un pelo precioso?

Enreda sus dedos en mi cabello mientras clava sus bonitos ojos en los míos, hechizándome.

—Definitivamente, tienes los genes de tu padre, canalla. —le amonesto divertida.

—Por cierto, Elva. No me has dicho como termina el libro.

—Mierda, perdona. —Cojo el libro que está sobre la mesa, ojeo las últimas páginas y maldigo al aire indignada—. ¿Qué? ¡No puede ser verdad! —Connor me mira sin comprender nada, y yo sigo buscando algo que sé que no voy a encontrar—. Atención —le aviso, y leo las palabras de la última página—: ¿Cuál es el misterio que se esconde tras la desaparición de Connor Murray, laird de Stonefield? Si quieres conocer el destino que le aguarda a este gran guerrero escocés, muy pronto lo descubrirás en «El legado del Highlander». ¡Maldita sea! ¡Es una puñetera saga!

—Y eso... ¿qué significa? —reclama confundido.

—Pues que no podemos saber que te ha ocurrido. El libro acaba con la boda de Ilona y Angus. Nada dice de tu vuelta a casa. Parece ser que hay un segundo libro, pero aún no

se ha publicado.

Arrastro estas últimas palabras, temerosa de su reacción. La posibilidad de que esté atrapado en mi tiempo y en mi casa, es del todo real.

—Connor... eso no quiere decir que no vuelvas a casa. Simplemente lo cuentan en el segundo libro, es imposible que estés aquí...

—¿Atrapado? —pregunta irónico.

Suspiro totalmente impotente, no se me ocurre qué decir. Creo que él nota mi preocupación y me atrae con delicadeza hasta su cuerpo. Me coge la barbilla y la levanta suavemente hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Mi destino sea cual sea, se ha cruzado con el tuyo, muchacha. Y si he de quedarme aquí el tiempo que sea, estaré orgulloso de tener tan buena compañera. —Acabo de morir de amor, literal—. Solo prométeme una cosa. Si en algún momento desaparezco, búscame. Intenta averiguar qué fue de mí, si logré volver a casa, si solucioné los problemas de mis tierras. Si conseguí salvar a mi gente de esos traidores. Búscame para saber si este viaje valió la pena.

Asiento, porque no tengo ninguna duda de que pase lo que pase le buscaré. Y sellamos la promesa con un leve y delicado beso en nuestros labios.

Escuchamos en silencio «*O (Fly on)*», cada uno perdido en sus pensamientos. Evito pensar en que esto puede acabarse en cualquier momento, quiero disfrutar de cada segundo de su reparadora compañía.

—Podría quedarme así eternamente —le confieso mientras le beso en el pecho espontáneamente. Otra vez, mis tripas rugen como el león de la *Metro*. ¡Traidoras!

—Y yo, cascabel, pero en estos momentos temo por mi seguridad. Si no llenas esa barriguita con algo sólido, sospecho que te abalanzarás sobre mi brazo para comerme.

Me levanto sin gana alguna y sonrío, mientras tarareo otra canción y abro la nevera, en busca de leche para preparar el desayuno.

—¡Mierda!

—¿Qué ocurre? —No sé cómo, pero ha tardado cero coma en estar junto a mí.

—No hay leche —contesto mientras me acoplo al cuerpo que tengo a mi espalda.

—¿Y? —pregunta excitado.

—Tengo que bajar a comprar un cartón, al menos, para poder hacer el desayuno. —Y lo digo nada convencida, porque no me apetece nada separarme de él. Me mira con esa expresión socarrona que tanto me gusta, y aunque anoche decidimos no traspasar esa línea, estoy a punto de perder la compostura cuando noto su mano tanteando mi trasero—. De verdad, necesito un café para ser persona. Y vístete ya, vanidoso.

Preparo un plato con los cruasanes de crema que compré ayer, y los dejo sobre la mesa, mientras observo como se viste con su indumentaria habitual. Nunca antes un hombre en falda me había parecido tan sexy, ¡esas rodillas! Me muero de la vergüenza cuando es evidente que me ha vuelto a pillar mirándole con la boca abierta.

—O sales por esa puerta o no respondo, muchacha, quedas avisada — sentencia.

—Vale, vale. Será mejor que baje a casa de Lucía a por la leche o corro el riesgo de perder el control, arrogante escocés —le reto con un tono sensual, desconocido en mí.

Veo que se recuesta sobre el sofá cómodamente, mientras le pega un mordisco al cruasán y se relame de gusto. Voy a la habitación y me cambio de ropa. Un vestido corto de algodón, será suficiente para visitar a mi amiga sin levantar sospechas.

Me dirijo hacia la puerta y lo último que veo al girarme, es a Connor ojeando el libro que habla sobre su propia vida. Está relajado y feliz. Levanta la mirada y me sonrío con los ojos.

—Ya te echo de menos, *Mo Cion Daonnan* —veo como vuelve a morder el cruasán y el relleno le cae por las comisuras de la boca. Un hombre tan grande y a la vez, un niño tan torpe. Sonríe cerrando la puerta tras de mí, y salgo corriendo a toda pastilla para conseguir un cartón de leche y proseguir con mi particular fiesta de pijamas a la escocesa.

Llego al 4º y me encuentro ante la puerta de Lucía. Dudo en llamar, porque seguramente, como es tan perspicaz, es capaz de notar el notable cambio que hasta yo misma he notado en mí.

—¡Tú has follado! —me grita sorprendida en cuanto me abre la puerta.

—¡Lucía! —le recrimino falsamente escandalizada.

—Y además te han follado bien. ¡Serás zorra! Y yo preocupada porque me encontré a Carlos en la playa y estaba dispuesto a venir a verte. ¿Quién es? ¿Aún está en tu casa? ¿No habrá sido el gilipollas de tu ex? ¡Cuéntamelo todo! —me grita eufórica, hasta que su resaca la hace encogerse y enmudecer de golpe.

—Ahora no es buen momento. Pero no, no tiene nada que ver con Carlos. Te prometo que hablaremos, ¿vale? Ahora solo necesito leche para hacerme un bendito café.

—Está bien. Te vas a escapar, porque tengo al maldito David Guetta montando una *rave* dentro de mi cabeza. Anda, toma. —Me da la leche de mala manera, aguantándose la cabeza como si le fuera a salir volando en cualquier momento—. Pero te juro que me vas a contar con pelos y señales quién es el macho ibérico que te ha dejado con esa puñetera cara de satisfacción — me dice apuntándome con un dedo acusador.

—Prometido. Anda, acuéstate que falta te hace. Te llamo, ¿vale? —Le doy un beso y salgo como un cohete de su casa. Ni se imagina lo afortunada que me siento y ni me paro a coger el ascensor. Estoy pletórica hasta tal punto que subo los dos pisos trotando por las

escaleras. Pienso en cuán equivocada está Lucía, porque el que me ha hecho relucir de nuevo ni es un macho ibérico, ni hemos intercambiado fluidos. Y sinceramente, aunque en otro momento hubiese sido la noche de lujuria y desenfreno del siglo, siento que he ganado algo mucho más especial que un polvo de una noche.

Abro la puerta, ansiosa por ver a mi Dios escocés de nuevo y me encuentro el sofá vacío.

—Connor, ¡ya he vuelto! ¡Te voy a preparar un café que en tu vida lo vas a olvidar! —digo elevando la voz. No recibo respuesta alguna, pero imagino que está en el baño, por lo que preparo la cafetera esperando a que vuelva al salón.

Mientras aguardo, me apoyo en la barra de la cocina mirando la tele. De nuevo, las noticias sobre el cometa acaparan todo el interés. Leo en los rótulos impresos de la pantalla un titular que despierta todas mis alarmas.

«Adiós al cometa, adiós deseos. Hasta dentro de 150 años».

Me acerco poco a poco al televisor y subo el volumen, cuando tropiezo con algo que hay tirado en el suelo. Recojo un libro, el libro de Connor. De repente, todos mis temores se hacen realidad, la congoja se apodera de mi cuerpo y mi corazón se acelera hasta el punto de querer estallarme en el pecho.

—¡No! ¡Connor! —grito casi sin aliento cuando me dirijo al baño. Vacío. Un gramo de esperanza me hace ir hacia el balcón. Quizás esté allí en pelota picada tomando el sol. Vacío—. ¡No, por favor, aún no! —me giro desesperada y corro hacia el vestidor, pero por supuesto, tampoco está allí.

La ansiedad me puede, necesito sentarme o caeré en redondo y, ya no están sus brazos para recogerme. Me siento en la cama y observo mi casa, durante un día llena de vida, y ahora, llena de su ausencia. Me recuesto con el libro sobre el pecho, apretándolo hasta casi fundirlo con mi cuerpo. Miro al techo, intentando contener el llanto. Sabía que esto iba a pasar, él tenía que volver de una forma u otra. Y lo ha hecho igual que llegó, sin avisar.

Me resisto a llorar, pero no puedo evitar que mis lágrimas tengan vida propia y decidan correr libres por mis mejillas. Aún noto su olor impregnado en las sábanas, siento su tacto acariciando mi piel, su voz varonil susurrando en mi oído. Estoy triste, pero no soy infeliz. Me acomodo sobre la cama en posición fetal y veo sobresalir algo entre las sábanas. Una herradura plateada, un bosque, un castillo, un lago. Cojo el broche y lo admiro con agradecimiento. Al menos pudimos despedirnos. Me abrazo, mientras escucho a Chris Martin cantar «*Oceans*».

*Behind the walls, love,
I'm trying to change,
I'm ready for it all, love...*

*I'm ready for the pain
So meet under blue sky,
Meet me again,
In the rain,
In the rain,
In the rain,
The rain...
Got to find yourself alone in the swirl,
You've got to find yourself alone.^[1]*

^[1] Tras los muros, amor. Estoy intentando cambiar. Estoy listo para todo ello, amor. Estoy listo para el dolor. Así que encontrémonos bajo el cielo azul. Volvamos a encontrarnos. En la lluvia. En la lluvia. En la lluvia. La lluvia. Tienes que encontrarte otra vez en el remolino. Tienes que encontrarte sola otra vez.

Entiendo que Connor, ha sido un regalo en el peor momento de mi vida. Y gracias a él, la Elva que fui una vez, ha vuelto para quedarse. Y te prometo, Connor Murray, que un día no muy lejano, bajo el sol, la lluvia o las estrellas, te encontraré.

Epílogo

DE: Elvamota82@gmail.com

PARA: RomanticaconReditorial@rcre.com

Estimados señores:

Me pongo en contacto con ustedes para mostrarles mi interés por la obra editada bajo su sello «La insignia del Highlander», de la autora Helena Carsham. Ante la imposibilidad de contactar con dicha autora a través de las redes sociales o web alguna, les hago llegar este mensaje para intentar localizarla. Tengo entendido que es una persona muy ocupada, pero si fuese posible a través de ustedes concertar una cita para conversar sobre su novela, les estaría eternamente agradecida. Estoy muy interesada en charlar con ella sobre la figura de Connor Murray y su vida en Stonefield. Adjunto mi teléfono. Muchas gracias.

Atentamente,

Elva Mota

¿Logrará Elva saber que fue de Connor? Si quieres saber cómo continúa esta historia, muy pronto podrás acompañarla en un viaje apasionante en: El paraíso de Elva.



La siguiente historia es de una pareja un tanto especial, quizá será mi misión más complicada y aunque el protagonista es un ser con el que discrepo en prácticamente todas las situaciones, también tiene derecho a vivir su propia historia de amor.

Neizan es peligroso y oscuro, pero en el fondo, no es diferente a cualquier otro hombre. Todos necesitamos amor y él no es menos.

Después está Samantha, una joven de 24 años que vive en el séptimo piso del concurrido edificio que me he propuesto hechizar. Ella es especial, lo supe desde que la conocí, y siendo de esa forma, no tenía otra opción más que unirla a alguien también especial.

No tengo ni idea de qué ocurrirá, sin embargo, como dios del amor, espero que este haga milagros una vez más.

Tenía entre manos una difícil misión. Hacer el mal era su cometido a pesar de que a veces se contenía. Él, como demonio, se había ganado uno de los más altos rangos por su sangre fría a la hora de cumplir sus retos. En el Infierno todos le temían, mientras que en la tierra era capaz de pasar desapercibido como un humano y hacer vida normal, incluso había pensado en establecerse allí y vivir de forma desenfadada, apartado de todo.

Tomarse un respiro.

Antes, vivía en una apacible casa en el centro de Nueva York. Ahora, para su próxima misión, iba hasta la otra punta del mundo, España, concretamente a Barcelona, al centro de la gran ciudad, donde en un edificio se encontraba un ser del panteón griego, Eros, el dios del amor.

El mundo entero caería en el caos si el dios moría. El amor desaparecería de la faz de la tierra y las pobres almas humanas caerían en la ira, el dolor y la maravillosa sensación de estar enamorado, disfrutar de la familia y la grata compañía de las personas, quedaría relegada, y, de nuevo, el Infierno tendría un control absoluto de todo.

Sin embargo, para Neizan el amor era innecesario. ¿De qué servía? Siempre llevaba al sufrimiento.

Neizan sufrió en manos de ese maldito dios a pesar que de donde él venía las cosas eran muy distintas.

Lo único positivo que él veía del amor era yacer con las personas. A pesar de ser malvado, era un hombre, con deseos carnales como cualquier otro, y disfrutar junto a las féminas era un pasatiempo que llevaba a cabo desde sus inicios.

Ser malvado también debía tener su lado divertido, sin embargo, no se libró de sufrir un duro revés en su vida cuando Eros, con una de sus flechas, le arrebató a la mujer que amaba, haciendo que se enamorara de otro.

Quería venganza. Quería hacer sufrir a ese dios torturándolo de una forma sangrienta y sádica. Meterle una paliza que lo dejara desvalido y con ganas de huir de allí por patas, quitándole las ganas de unir parejas.

Fuera donde fuera, Neizan lo encontraría. Utilizaría toda su vida inmortal para fastidiarlo.

Su parada era un edificio de la zona del Eixample, en pleno centro. Un edificio lleno de parejas y de amor, del que le habían llegado rumores de que el pequeño dios de las flechas, con un hechizo de amor, se estaba apoderando.

Él llegaba para pararlo.

Debía prepararse, porque las flechas de Eros no distinguen entre humanos y demonios. Cualquiera puede caer en su embrujo.

Neizan también corría peligro de enamorarse, sin embargo, lo dudaba. Eros solo actuaba para arrebatarse el amor y estaba casi seguro de que se libraría de su ataque.

—Me voy, chicas. Hasta mañana —se despidió Samantha tras doce interminables horas de intensivo trabajo en el Restaurante La Tagliatella.

En temporada de verano el trabajo se multiplicaba de forma bestial, y los turnos de ocho horas se transformaban en doce que dejaban a la joven agotada.

Las últimas dos semanas, fueron un auténtico infierno. Todas las noches llegaba pasada la madrugada a su querido piso del centro de Barcelona, en la zona del Eixample, y su vida social quedaba reducida a saludar a los vecinos las escasas veces que los veía por los rellanos. Llevaba dos años instalada allí, y a veces era una comunidad de locos, no obstante, bastante divertida. La mayoría se llevaban bien, aunque de vez en cuando falsos rumores habían provocado peleas vecinales dignas de subir a *Youtube*. Ella misma, una vez, se peleó con la vecina del segundo, Marta, y si no hubiera sido por su marido se hubieran tirado por las escaleras después de arrancarse los pelos. Era un matrimonio tranquilito, pero por culpa de la cotilla, las cosas se liaron.

Después estaba la del quinto, una cuarentona solterona que cada día estaba con un hombre diferente y todos los vecinos debían soportar sus gemidos diarios y los continuos ataques de perra en celo para ligarse a alguno de los hombres ya pillados de la zona. Daba la sensación que más que disfrutar de una noche de pasión, la estaban matando. Era escandalosa e impedía que disfrutaran de un sueño sin interrupciones, no obstante, también había gente normal, como Paula, Valeria y Ana, las vecinas del quinto con las que se llevaba bastante bien. Paula se encargaba de inyectarle dosis de hierro para la anemia que el médico le había diagnosticado, y prácticamente se veían todos los días.

—Hola, Sammy, ¿otra vez currando hasta las tantas? —preguntó Paulina.

Paulina era la cotilla oficial del edificio de nueve plantas y veintinueve viviendas en el que vivía. Su pasatiempo favorito era fijar el ojo en la mirilla de su puerta para salir en cuanto cualquier ser vivo osara pasar por delante de su casa y darle por saco. Por desgracia, ni subir en ascensor libraba a los inquilinos de su interrogatorio exhaustivo, vivía en el bajo, y sí o sí, había que pasar por delante de su puerta.

—Sí. El verano es una mierda —resopló. Muchas veces había intentado no responderle, pero era peor. No pensaba tampoco darle más detalles, lo mejor eran frases cortas y concisas. Pero Sammy, esa noche, no tuvo suerte y la vecina no le dejó huir despavorida hasta su séptimo piso; Paulina, con sus perfectos rulos puestos cual maruja de serie de televisión, tenía ganas de cotillear sobre el vecino nuevo, y ella no veía el momento de meterse en la cama a descansar.

—¡Cada vez quedan menos pisos libres! —dijo emocionada. Sammy pensó que se le acumulaba la faena.

¿Tendría una libreta en la que apuntaba dónde vivía cada vecino y a qué se dedicaba? Dado su grado de cotilla, era probable.

—Se llama Neizan y parece muy misterioso. La verdad, me da un poquito de miedo —continuó. Sammy optó por sentarse en el inicio de las escaleras y apoyó la cabeza en sus manos mientras fingía interés. Paulina no iba a dejarla escapar con facilidad y tarde o temprano tendría que escuchar la presentación sobre el nuevo inquilino. Además, si se proponía subir a su séptimo piso sin despedirse y a hurtadillas, la seguiría sin pensarlo.

No sería la primera vez.

—Está lleno de tatuajes por todo el cuerpo. Creo que estuvo en la cárcel. Obviamente no me lo ha dicho, pero tengo un radar para esas cosas. No sé, me dio la impresión de ser un poquito peligroso —continuó parloteando.

Sammy apenas le prestaba atención, solo se quedó con las palabras «tatuajes» y «peligroso», dos términos que le gustaban mucho en los hombres.

¿A quién no le gustaban los malos? ¿Y los tatuajes? Ella misma llevaba un par y ya tenía ansias de hacerse alguno más. Todo el mundo decía que si empezabas era imposible parar, y era bien cierto. La teoría de Paulina de que hubiera estado en la cárcel eran paparruchas. Por llevar tatuajes no tenías por qué ser mala persona, pero claro, los prejuicios estaban ahí y la cotilla era una prejuiciosa de las grandes que aprovechaba cualquier ocasión para meter cizaña entre vecinos.

Sentía una tremenda curiosidad por ver a ese inquilino tan aparentemente apuesto.

—Aun así, era muy guapo. Se parece al actor de la serie esa donde todos mueren, moreno, fuerte y pelo bastante largo para un hombre. Además, iba vestido por completo de negro y chaqueta de cuero. ¡En verano! ¡Chaqueta de cuero en verano!

—Sí iba tan tapado, ¿cómo sabes que tiene tantos tatuajes? —preguntó sabiendo que

acababa de cometer un error de principiante con Paulina. Jamás había que preguntar mientras ella hablaba sobre algo, eso conllevaba a que hablara mucho más, y de verdad, tenía mucho sueño como para aguantarla, no obstante, estaba más interesada de lo que aparentaba por el tal Neizan.

—Soy buena observadora. El cuello lo llevaba descubierto y por ahí se veían restos de tinta. ¡Hasta en las manos le vi tatuajes! Es lógico que diga que va lleno. Nadie en su sano juicio se tatúa solo lo que se ve —dedujo con su lógica aplastante.

—Muchas gracias por la información, Paulina. Mañana seguimos, buenas noches —se despidió levantándose de las escaleras.

Paulina quería seguir hablando pero el ascensor llegó justo a tiempo y Sammy subió hasta el séptimo de una vez por todas, dejando a la vecina hablando sola en los bajos.

Vivía sola en un piso de unos ochenta metros cuadrados, cómodo y acogedor. Entró en su habitación, el lugar más bonito de toda su casa y el único que había podido decorar a su gusto. En el restaurante ganaba bien, pero no daba para tanto cuando se tenía un alquiler tan elevado como el de su céntrico piso. Estando en el centro de Barcelona y siendo un edificio bastante opulento, no podía pedir más. Tres de las paredes estaban pintadas de gris oscuro, mientras que en la que se apoyaba el cabecero de la cama era roja, le daba un toque relajante que a Sammy le encantaba. Su habitación estaba llena de cuadros de Buddha y pósters de sus grupos de música favoritos, y todo tipo de figuras de series y películas. Una combinación un tanto esperpéntica, pero que a ella le encantaba.

Sacó de bajo la almohada su camisón negro de Hello Kitty, monísimo de la muerte, y se quitó al fin el molesto y horrible uniforme de trabajo. Suerte que al día siguiente no tenía que ir a trabajar. Sería el primer sábado en meses que no trabajaría y pensaba aprovecharlo durmiendo hasta las tantas.

Quería dormir hasta que el cuerpo le dijera basta. Acostumbrada a dormir pocas horas, Samantha, a las ocho de la mañana se despertó. Abrió el ventanal del balcón que había en su habitación y salió a que los rayos de sol le dieran en el rostro.

Era un día caluroso en Barcelona. El sol se pegaba con maldad y el cuerpo comenzaba a sudar por culpa de la molesta humedad de la costera ciudad. Era tan asqueroso que tenía que pasarte el día bajo la ducha para estar algo decente...

Se dio una ducha fría y se vistió con unos shorts negros y una camiseta de tirantes del grupo *Guns and Roses* gris que le daba un toque sensual, con el bikini bajo la ropa. No era delgada del todo, pero sus curvas estaban bien proporcionadas y la hacían bastante esbelta gracias a su metro setenta de altura. El tono castaño oscuro y el largo de su cabello, le daban a su ovalado rostro una exótica belleza agitanada, gracias al verde de sus ojos. Su piel era más bien pálida, pero en los últimos días había tomado el sol en la terraza comunitaria que había en la parte de arriba del edificio y se veía mejor con algo de color.

Salió de casa y echó la llave antes de subir hasta la terraza.

En el noveno había tres pisos y una cuarta puerta con la terraza comunitaria. Sammy preparó su toalla sobre la hamaca que algún fantástico vecino había dejado allí y se quitó el short y la camiseta para tomar el sol. Hacía un día estupendo, estaba segura que cogería un buen bronceado.

Recordó entonces las palabras de la pesada de su vecina Paulina. Aun sin prestarle mucha atención, le inquietaba saber cómo era el nuevo. Paulina lo describió de una forma que le resultó inquietante.

Era una locura, pero se había pasado la noche imaginándolo en sueños.

¿Estaría tan bueno como decía Paulina? Esa era la pregunta que más le rondaba por la cabeza.

No podía quejarse de los hombres que vivían en el edificio, porque, para qué negarlo, estaban todos de muy buen ver. No obstante, ninguno encajaba con ella. No era una experta en relaciones, prácticamente todos los hombres con los que salía le salían rana. Incluso dos se volvieron homosexuales después de estar con ella; patético.

Desde que vivió todas esas experiencias, no se empeñaba en encontrar a nadie y tampoco es que nadie le atrajera en demasía.

Su radar para el amor debía estar destruido, o caducado...

No era una chica fácil, pero tampoco difícil. Simplemente, tenía un carácter que no a todo el mundo le gustaba, sin embargo, no cambiaría por un chico, jamás. Podía definirse como rara y excéntrica en cuanto a personalidad. No pensaba como la gente normal porque le aburría la monotonía de un mundo que se rige por absurdas normas y estereotipos que hacen de la vida algo aburrido.

Se acercó al extremo de la terraza. Las paredes medían poco más de un metro, y desde ahí las vistas eran espectaculares. La torre Agbar de Barcelona se alzaba imponente en el horizonte con sus ventanales brillantes y su forma fálica. Vivir en una gran urbe como era el centro de Barcelona podía llegar a ser estresante, pero Sammy no lo cambiaba por nada del mundo. Le gustaba la vida de la ciudad, las calles repletas de gente, las divertidas noches de fiesta en cualquier bar o discoteca de la ciudad... Tras estar la mayor parte de su vida sola, quería tener a gente a su alrededor y a solo a dos manzanas vivía Miriam, su mejor amiga, con la que compartía las escasas noches en las que podía divertirse.

Escuchó un ruido muy cercano a ella. Venía de la terraza contigua a la comunitaria, la del noveno tercera.

«¡Qué casualidad!», pensó. Ahí vivía el nuevo vecino. Era la oportunidad perfecta para descubrir cómo era.

Desvió la mirada y vio a un hombre imponente, sin camiseta, moreno y lleno de tatuajes que le llegaban hasta el cuello, con el pelo castaño y largo hasta un poco más por

debajo de los hombros. No pudo distinguir el color de sus ojos al tener la mirada gacha. Lo observó mientras se hacía una coleta y por poco no se le cae la boca al suelo al observar como sus marcados bíceps se tensaban con el movimiento.

—¡Virgen santa! —exclamó sin poderse contener.

El vecino sexy giró la mirada y Sammy se apresuró a desviar la vista hacia el horizonte.

«Creo que no me ha visto», pensó. No se atrevía a volver la mirada.

Tenía la sensación de que aquello había sido un espejismo, algo irreal. Era imposible que pudiera existir un monumento de hombre tan perfecto.

—¡Hola! —oyó que la saludaban con un tono de voz que debería estar prohibido.

Se giró, haciéndose la sorprendida, y estuvo a punto de reaccionar igual, abriendo la boca hasta el suelo cuando Neizan sonrió de forma ladeada. Una sonrisa sensual, casi obscena y llena de arrogancia.

Su cuerpo dio un respingo placentero y tuvo que tragar saliva antes de contestar.

—Hola... —dijo con voz más tímida de lo normal.

¿Qué le pasaba? ¿Se le había comido la lengua el gato?

Neizan observó a la chica en bikini que había en la terraza de la comunidad. Había algo en ella hechizante y electrizaba su cuerpo por completo. Todavía no conocía a nadie del edificio además de la mujer que se presentó nada más entrar con las maletas, Paulina, y algún que otro vecino con el que no había entablado más que un hola al subir a su piso. Y después de eso, no esperaba encontrarse con una mujer así, tan bella.

Si Eros tenía ganas de juerga, a Neizan no le importaría que fuera con esa mujer, no obstante, se negaba. El dios solo lo putearía.

En sus ochocientos años de vida había conocido a muchas mujeres, pero ninguna de ellas le había parecido tan exótica como la que tenía delante. Sus ojos grandes y verdes lo miraban con timidez y un brillo que traspasaba barreras. No tenía un cuerpo perfecto, pero ni él, ni nadie en el mundo, lo era. Todo ser vivo, ya fuera humano o no, tenía sus defectos, y él tenía más de los que aparentaba.

Ser un Demonio capaz de arrebatarse vidas sin pestañear era uno de los peores.

Estaba ahí para eso, para destruir el amor. Para acabar con lo más bonito de la vida mortal.

—Soy Neizan —se presentó ante el mutismo de su vecina tan sensual.

El muro no le dejaba ver demasiado, pero el bikini negro sin tirantes que llevaba puesto dejaba a la vista las curvas de su cuerpo y sus pechos rellenos. Era una mujer irresistible. Una tentación demasiado a su alcance como para dejarla pasar sin intentar atraparla. Su deseo crecía cuando se cruzaban en su camino cosas bonitas, y la vecina era

preciosa.

—Yo Samantha, pero llámame Sammy —contestó después de varios segundos.

De nuevo, los dos se quedaron en silencio como dos imbéciles. El Demonio no le quitaba la vista de encima y Sammy aún no era capaz de catalogar a semejante monumento.

Paulina había dicho que era muy guapo, no obstante se había quedado del todo corta. Su torso desnudo y lleno de tatuajes era todo un escándalo para la vista, y si bajabas un poco más los ojos, los oblicuos que se formaban en sus caderas y se perdían bajo el ancho pantalón de algodón que llevaba, cortaban la respiración.

—¡Virgen santísima! —repitió sin poderlo evitar.

—¿Perdón? —sonrió Neizan socarrón. Le halagaba el escrutinio al que Sammy le estaba sometiendo. No perdía detalle de su cuerpo.

—¡Nada! —respondió más alto de lo normal—. Hace mucho calor. Este sol es insoportable.

—Sí, Barcelona es como un infierno estos días —rio interiormente por la estúpida broma que solo él entendía y volvió a centrar su mirada en ella—. Tengo una pequeña piscina que acabo de montar, ¿te gustaría probarla?

Sammy frunció el ceño divertida. El desconocido vecino se había fijado en el escrutinio que le había hecho, sin embargo, ella también había sido consciente de cómo Neizan la miraba.

¿Sería una locura entrar en su casa sin apenas conocerlo y bañarse con él?

Por supuesto.

Neizan se golpeó mentalmente por ser tan estúpido. ¿Por qué la invitaba sin conocerla? No es que le preocupara coger algún virus humano, ya que él no lo era, pero no estaba allí para divertirse. ¿Y lo de la piscina? No tenía ninguna piscina allí dentro.

Menudo imbécil estaba hecho.

Acababa de invitar a una vecina, la cual debía reconocer era un bombón muy succulento del que podría alimentarse para toda la eternidad, a una piscina inexistente. Suerte que con solo chasquear los dedos podía conjurarla.

Ventajas de ser un ser de ciencia ficción para los humanos. Podía matar y construir piscinas con un movimiento de sus manos.

El timbre de su casa sonó y con paso ligero se acercó, pensando por el camino si había dejado algún arma de las suyas al descubierto.

Al abrir la puerta, Sammy sonreía un tanto avergonzada. Ella misma se preguntaba el porqué de su atrevimiento a la hora de presentarse allí sin conocerlo apenas. Era un

vecino, y normalmente no se metía en casa de los vecinos a la primera de cambio. Era una mujer un tanto apática en muchos aspectos de su vida, y prefería la gente de la calle a los de su propio edificio.

Iba a ser cierto lo que Paulina le dijo un par de semanas atrás; en la comunidad estaba pasando algo muy raro. Parecía que alguien, un ente incorpóreo que el ojo humano no era capaz de ver, estuviera moviendo fichas para traer el amor a la comunidad.

Menuda locura. Debía dejar de escuchar a esa mujer o acabaría tan loca como ella. No quería envejecer y salir por el edificio con rulos a cotillear sobre todos como una maruja.

—Adelante, entra —la invitó Neizan sonriente.

Sammy por poco no se queda sin aliento al prendarse de su sonrisa. Era seductora, peligrosa y atrayente. Un pecado con patas, esa era una definición bastante acertada para describirlo.

Pasaron hacia la terraza y la piscina estaba allí, sin embargo, parecía más un jacuzzi. Era grande y ocupaba parte del extenso patio, poco profunda, pero lo suficiente para que dos personas cupieran con comodidad. El sol no incidía en el interior, estaba cubierta con una pérgola color borgoña que le daba un tono oscuro. Aun así el día era lo suficientemente caluroso como para que no afectara a la temperatura del agua.

Un tanto avergonzada, se metió junto a Neizan en el agua. Él no llevaba bañador. Con todo el descaro del mundo, se quitó los holgados pantalones que llevaba, y se quedó en bóxers.

«Activar modo recoger babas», se dijo Sammy a sí misma. Ese tío era puro vicio, puro pecado, una tentación irresistible que hacía que su sangre comenzara a hervir como una olla exprés y no ayudaba que el agua estuviera templada.

Estaba segura que no harían falta ni siquiera las burbujas del Jacuzzi, ella misma, con el calor de su cuerpo, la pondría en estado de ebullición como continuara mirándolo con ojos de acosadora pervertida. Desnudarlo apenas hacía falta, no había mucho que le faltara por ver y tras los estrechos bóxers de los que no se acordaba del color, había una herramienta que se le antojaba de un tamaño considerable.

Había cierto erotismo en los movimientos de ambos. Neizan comenzó a preguntarle cosas a Sammy y ella respondía poniendo ojitos y tocándose su largo pelo castaño de vez en cuando. Él no le quitaba la vista de encima. Le atraía la belleza de los seres humanos para su propio beneficio, disfrutar de ellos, pero Samantha tenía algo más, electrizante y a la vez perturbador. Despertaba en él cosas que no creía posible conforme iba hablando y explicándole su vida.

Era camarera en una franquicia de un restaurante Italiano, vivía en el edificio desde hacía un par de años e incluso se había peleado con algún vecino.

—Y dime, ¿tienes pareja?

—No. Todavía no he encontrado a mi príncipe azul —sonrió coqueta.

—Puede que los príncipes azules no existan, Samantha.

—Puede. Pero soñar es gratis, ¿no?

—Tienes razón. Pero quizá, el hombre que buscas es lo opuesto a un príncipe. Además, suelen ser aburridos —sonrió una vez más—. A veces los demonios son más divertidos...

—¿Y tú eres un demonio? —se lanzó a preguntar. De forma inconsciente, estaba poniendo morritos seductores. Neizan por poco no deja atrás la cordura para saborear esos carnosos labios.

—De los mejores.

Le tocó el turno de preguntas a ella, pero Neizan no era tan locuaz. Parecía como si sus palabras fueran meditadas a conciencia, intentando guardar una parte que no parecía del todo limpia.

Le dijo que no tenía familia y que había viajado desde muy lejos para asentarse en la zona. Sobre su trabajo apenas descubrió nada. Decía que era alto secreto y ella, como una tonta embobada con esa sonrisa que rompía todos sus esquemas, asentía sin pedir más explicaciones. Por dentro, pensaba en lo misterioso que parecía. Había algo tan oscuro en él que le ponía los pelos de punta, pero aun así, era incapaz de huir.

Neizan se acercó un poco más. El agua les llegaba hasta el pecho y los de Samantha quedaban a la vista. Tenía el busto erguido, y bajo el bikini avistó cómo sus pezones se ponían duros con la cercanía.

Para ella todo le parecía como una invitación a hacer lo que quería hacer desde que lo vio, probar esos labios. Sin darle opción a réplica, se lanzó a por ellos, los lamió y saboreó con su lengua y la introdujo en el interior de su boca. Al principio, Neizan se quedó aturdido por su osadía, pero al sentirla no pudo más que responder a ese beso, agarrándola de las caderas y luchando con su lengua en una ardua batalla de lo más placentera.

Sus respiraciones se aceleraron, y al separarse, notaron un vacío que los dejó algo aturdidos.

Sammy decidió que ya iba siendo hora de marcharse. La temperatura de su cuerpo no dejaba de subir, y no era de las chicas que se lanzaran a fornicar con desconocidos seductores aunque ella hubiera sido la que se lanzó primero. Aquello no estaba bien. Sus ganas de huir aumentaban por momentos, avergonzada.

—Esto... creo que es mejor que me vaya. Muchas gracias por la invitación.

Salió del Jacuzzi en silencio. Neizan observaba sus movimientos, y a pesar de que su erección crecía por momentos deseosa de liberarse, no la paró. La situación se había vuelto incómoda para ambos, y él tenía ciertas sospechas de qué había podido pasar.

Al marcharse ella, Neizan se vistió con un chasqueo de sus dedos, ataviado por completo de negro cubriendo casi la totalidad de sus tatuajes con una cazadora de cuero, y salió de su piso en busca de quien estaba jugando con él. Sabía a la perfección lo que estaba ocurriendo. Eros volvía a mover sus fichas y las cosas no podían continuar así.

Él era un demonio. ¿Lo había tomado por imbécil?

Debía haber llegado a oídos del pequeño dios que estaba ahí para vencerlo, no obstante, no imaginó que él también podría caer en sus hechizos.

La nueva vecina le atraía y no hacía falta que Eros jugara para saberlo. Era sexy, tierna, divertida y una mujer con todas las letras, que en las dos horas que habían compartido había despertado algo en él que hacía mucho que no sentía. Cuando rozó los labios contra los suyos, por poco no explota de placer. Aun así, con él no se jugaba.

Salió por la puerta de su casa con un cuchillo atado en el cinturón del pantalón que se camuflaba con la cazadora. Tenía calor, pero era la forma más sencilla de esconder sus armas. Bajó por las escaleras para no parar en el ascensor y, haciendo uso de su poder de concentración, examinó el edificio en busca de algo mágico.

No le resultó demasiado complicado. Al descender hasta el sexto piso, encontró lo que buscaba.

—Así que crees que buscándome una pareja impedirás que me vengue de ti —murmuró con voz oscura.

Con su apariencia humana, ojos azules como el cielo despejado, pelo rubio y vestido con un traje azul de trabajo, Eros se giró en dirección al demonio y sonrió enseñando sus blancos dientes. El dios no le tenía miedo al demonio.

—Hola Neizan. Me alegro de verte —respondió Eros haciendo caso omiso a la oscura amenaza.

Al dios no le costaba pasar desapercibido en esa forma. Tenía la tapadera perfecta para pasearse por el edificio utilizando sus flechas y sus poderes para unir a la gente. Era el chico de mantenimiento. Para todos, era Óscar, un humilde trabajador que pasaba la mayor parte del día ahí metido, y que por las noches ejercía de portero en la discoteca *Hysteria*.

Sin darle tiempo a reaccionar, Neizan se lanzó con el puño por delante hasta Eros, acertando en su impoluta cara y partiéndole el labio. El dios, sorprendido, no se lo pensó dos veces en contestar. A pesar de que él no era alguien conocido por luchar con maestría, sabía defenderse. Al fin y al cabo era hijo del dios de la guerra. Lanzó un ataque mental con su telequinesis al demonio y lo lanzó hasta el final del descansillo del rellano. Estuvo a punto de caer por las escaleras, pero Neizan, cada vez más cabreado, se incorporó y preparó una bola de fuego que apareció en la palma de su mano y la lanzó.

Eros la esquivó...

—Estás consiguiendo cabrearme, demonio. Ahora tendré que arreglar tus estropicios.

El dios conjuró una flecha hechizada y se la lanzó a Neizan dispuesto a acertar en la diana. Había llegado su momento de encontrar el amor, y a pesar de que de lo que menos ganas tenía era de hacerle un favor, ése era su trabajo. Sin embargo, Neizan la atrapó en sus manos con una sonrisa socarrona y se la guardó bajo la cazadora de cuero como recuerdo.

—Vete a la mierda, Eros. Tú eres el único capaz de hacer estropicios, y lanzarme una flecha no va a conseguir hacerme cambiar de opinión —gruñó furioso volviendo a ir a por él.

Le dio otro puñetazo, esta vez en el estómago, y Eros se lo devolvió acertando en su bello rostro adornado con una mueca malévola, adornando su estiloso ataque con una patada en la espinilla que encogió de dolor durante unos segundos a Neizan.

—No era para ti, Neizan. Tú no eras su amor verdadero.

—¡A la mierda con el amor verdadero! Juegas a tu antojo con la gente, y más que unir destrozas parejas y corazones. El amor es algo que tú has inventado en tu propio beneficio para creerte alguien mejor en un mundo que está absorbido por la oscuridad —contestó, y aprovechó para darle otro puñetazo.

El dios estaba recibiendo unos cuantos golpes, sin embargo, Neizan también. Los dos tenían heridas sangrantes en sus caras y sus miradas furibundas provocaban temor, hasta que Neizan comenzó a reír de forma descontrolada tras atacar con un arma sorpresa a Eros.

Eso sí que no se lo esperaba.

—Serás... —gruñó el dios volviendo a probar suerte con sus flechas, y, esta vez, acertando de lleno en el pecho de Neizan.

Se la arrancó de inmediato. Con suerte, no surtiría ningún efecto en él. Su corazón estaba oculto bajo un manto oscuro que dudaba que la bondad de un dios pudiera traspasar.

Le dio otro golpe en la cara. Suerte que ningún vecino había salido a ver qué ocurría, estaban solos en el edificio.

Pero no por mucho tiempo...

Sammy tras darse otra ducha de agua fría, salió de su casa para intentar tomar aire fresco en un día lleno de calor. Estaba esperando el ascensor en su piso, cuando escuchó ruidos en la planta de abajo. Decidió usar las escaleras, que bajó de dos en dos. Hasta ella llegaban los gritos de hombres que discutían acaloradamente.

Cuando por fin llegó al sexto piso, los vio; eran Neizan y Óscar, el buenorro de mantenimiento del edificio.

¿Se conocían?

Vio como se peleaban y murmuraban palabras que ella no lograba entender. Había

pronunciado el nombre de Eros varias veces y por un momento creyó estar soñando al ver luces y cosas sacadas de la magia en directo.

—Tenemos compañía —adujo Óscar, impidiendo que Neizan volviera a golpearlo. Tanto el uno como el otro habían conseguido su misión; Neizan meterle una buena paliza y Eros clavarle su flecha.

El demonio se giró en la dirección que señalaba y encontró a Samantha escondida tras la valla de las escaleras, mirando todo con los ojos muy agrandados por el estupor.

— ¡Mierda! —gruñó.

—Yo me largo. Que tengas un buen día, Sammy —sonrió Eros socarrón, dejándole el marrón a Neizan.

Sammy no sabía qué hacer en ese instante. Lo más racional era marcharse a casa y tumbarse en la cama a dormir para que ese día tan extraño dejara de existir, sin embargo, ella no era una persona racional y bajó los dos escalones que faltaban para alcanzar a Neizan.

Había algo que la atraía directamente hasta él.

—Estás sangrando —afirmó como si estuviera diciendo que afuera llovía. Neizan se encogió de hombros—. Ven, sube a mi casa, te curaré ese labio.

Subieron en silencio por las escaleras. Neizan se preguntó por qué Sammy no preguntaba nada acerca de lo ocurrido con Óscar. Actuaba de forma distinta a la que debería actuar, lo había visto utilizar su magia. ¿Por qué no reaccionaba como cualquier otro ser humano, gritando, tirándose de los pelos y llamando a la policía?

Sammy abrió la puerta de su casa y lo invitó a pasar. Observó lo que le rodeaba. El piso era muy parecido al suyo, pero sin duda la decoración era mucho más femenina. Predominaban los colores claros, combinados con oscuros dándole un toque austero y acogedor. Samantha tenía muy buen gusto y también dedujo sus aficiones por la cantidad de cosas frikis que se encontró por el camino. Tenía bastantes figuras de películas y en el salón, una estantería plagada con libros de ciencia ficción y también románticos.

—Siéntate ahí —le indicó señalando el sofá.

Fue al baño en busca de alcohol y una gasa para curarle y se sentó a su lado. Neizan la miraba con atención, intentando descifrar sus reacciones pero no mostraba nada fuera de lo normal. Debía reconocer que le encantaban las atenciones que ella le mostraba y la suavidad con la que curó la herida de su labio, que en unas pocas horas estaría cerrada como si nunca hubiera existido.

El silencio los acompañaba y no era para nada incómodo. Neizan estaba a gusto a su lado y no entendía el por qué.

—¿No vas a preguntarme nada?

—Si lo hago me dirás que estoy loca y que todo han sido imaginaciones mías. No

sería la primera vez —contestó Samantha encogiéndose de hombros.

Terminó con el alcohol y secó sus heridas antes de dejarlo todo en la mesita de comedor.

Neizan se preguntó por qué era tan extraña esa humana, y sin entenderlo del todo, confesó lo que era.

—Soy un demonio y estoy aquí porque quiero vengarme de Eros. Ese que tú conoces como Óscar, el de mantenimiento del edificio y portero de *Hysteria*.

Sammy no mostró ningún tipo de reacción por su parte, se quedó callada, pensativa... Su mente procesaba la información con una lentitud abrumadora y sabía que debería reírse, o al menos gritar por lo absurdo de la situación, sin embargo, el silencio le pareció lo más correcto y no cuestionó lo que el demonio le decía, lo aceptó.

—Vale. La verdad es que me parece lógico. Lo que has dicho y lo que he visto, concuerda a la perfección —contestó mirándolo directamente a los ojos.

Neizan parecía más sorprendido que ella.

—¿Qué eres? —le preguntó. Un humano no aceptaba esas cosas a la primera de cambio. Hubiera esperado burlas e incluso que llamara a la policía creyendo que era un psicópata, pero Sammy no actuó de ninguna de esas formas y le inquietaba.

Era una humana de lo más extraña.

—Humana. Rara, pero humana —sonrió con dulzura—. Sé que no es la reacción que se esperaría, pero soy así. No te voy a mentir diciendo que creo en estas cosas desde siempre, pero sí que debo admitir que creo en lo que veo, así que si eres un demonio y Óscar es el dios griego de las flechas, pues me lo creo —se encogió de hombros poniendo una mueca de lo más entrañable.

Neizan no sabía qué contestar. Estaba muy aturdido, no se esperaba una reacción así por su parte. Sammy era especial y lo demostraba con sus palabras.

Hablaron durante largo rato sobre todo aquello. Neizan le explicó más cosas sobre él, todas aquellas que, momentos antes, escondió mientras pasaba un apacible rato con ella en el jacuzzi improvisado. Las maldades de Neizan la sorprendieron, pero no lo juzgó. Al fin y al cabo, era su naturaleza. Era un ser sobrenatural que había llevado una vida envuelta entre la oscuridad, pero ya no era así, en la actualidad intentaba convivir con los humanos, e incluso se hacía pasar por uno de ellos para disfrutar de lo que la humanidad llamaba vida.

En el fondo no era tan diferente a ella, a pesar de ser inmortal. Sammy vivía la vida de forma distinta al resto de la humanidad, no encajaba en ningún sitio porque tenía unos locos pensamientos sobre la existencia que con nadie compartía, y Neizan, la escuchó embelesado, prendándose a cada segundo, del sensual movimiento de sus labios mientras le explicaba cómo era en realidad.

Recordó entonces el beso que ella le dio en su propia casa hacía menos de una hora, y, sin apenas pensarlo, se lanzó a probar sus labios de nuevo. En menos de un día se habían besado dos veces, una extraña conexión los envolvía y Neizan no podía evitar pensar que era cosa de Eros después de haber recibido su ataque. Según el dios, sus hechizos solo funcionaban cuando se trataba de tu otra mitad, sino, no era efectivo.

Él no era humano, ¿podría funcionar con él?

Lo dudaba. Quizá era un efecto pasajero de un hechizo que jamás acabaría de encajar con él.

Sus labios se unieron y comenzaron a examinarse a fondo. Sammy cogió a Neizan por la cabeza y lo acercó al máximo hasta ella. Sus besos eran como una droga, adictivos, sensuales y peligrosos...Sabía que estaba tratando con un demonio, uno de verdad, con poderes mágicos y puede que incluso inmortal.

¿Cuántos años tendría?

Con su lengua contorneó sus labios y los lamió una y otra vez para después enredar su lengua con la de ella sin descanso. La temperatura subía a cada segundo que pasaba. Sammy tomó la iniciativa y sin pensárselo, le retiró la cazadora de cuero junto con la camiseta negra, dejando a la vista su increíble torso al desnudo. Sus tatuajes eran impresionantes, iba lleno y deseó lamerlos de arriba abajo, deseo que cumplió sin pensarlo mientras Neizan la cargaba en volandas y la llevaba hasta su habitación para tumbarse en la cama.

—Me vuelves loco, Samantha —murmuró soltando un gruñido gutural mientras su lengua recorría la totalidad de sus tatuajes.

Loca se estaba volviendo ella con su sabor tan exótico. Lo hacía con extrema lentitud, contorneado con los dedos sus estupendos dibujos, prendándose de los intrincados diseños que el artista había plasmado en su cuerpo.

Neizan temblaba del deseo que consumía sus venas y decidió entretener a Sammy antes de quedar como un absurdo humano adolescente. Le arrebató la fina camiseta gris que portaba y dejó al descubierto sus pechos tras arrebatarle el sujetador. Sus rosados pezones yacían erectos, expectantes y deseosos de obtener un poco de atención. Él los alcanzó con sus labios, deteniendo el sugerente recorrido de la lengua de ella, provocándola con sus dientes y arrancando suaves gemidos de su interior.

Sammy sentía cómo perdía la cabeza con aquellos roces. Hacía mucho que no se sentía deseada de esa forma, quizás, nunca lo había sentido. El placer que otros hombres le habían dado a lo largo de su escasa trayectoria amorosa, no se parecía en nada a lo que el demonio provocaba en su interior. Cada roce, cada contacto de su lengua, sus dedos, o incluso su cabello largo y sedoso posándose en su cuerpo, despertaba todas las terminaciones nerviosas que habitaban en su interior y creía que en cualquier momento, explotaría, y eso que ni siquiera habían terminado de desnudarse.

Él gruñía cada vez que la saboreaba. Era exquisita. Su cuerpo le incitaba a cabalgarla durante todo el día, una y otra vez. Ansiaba tenerla en esa posición para siempre, él sobre ella, absorbiendo su aroma, la pasión y el deseo. Retiró los cortos shorts de una vez por todas y ella hizo lo mismo con sus molestos pantalones de cuero.

—Eres perfecta... —la admiró con ojos brillantes de deseo y Sammy se sonrojó con timidez, haciendo que una punzada placentera atacara el pecho del demonio.

Ambos estaban en igualdad de condiciones. Samantha no se privó de observarlo con detenimiento. Era perfecto. Cada recoveco de su esculpido cuerpo estaba cubierto por algún dibujo que la dejaba sin aliento, apenas quedaba sitio libre para más tatuajes e incluso escondía la poco profunda herida situada en su pecho. Los oblicuos de sus caderas cortaban su respiración. Con sus manos los acarició y se entretuvo en los espesos rizos de su pubis, observando como su inmensa erección crecía por momentos.

—Por dios...creo que me vas a romper por dentro... —musitó de forma inconsciente, provocando una carcajada en el demonio.

—Dios os hizo a su imagen y semejanza y los demonios recibimos atenciones de más. Solo un demonio podría romperte, nena —sonrió socarrón haciendo bufar a Sammy por su arrogancia, aun así, era incapaz de parar.

Acarició su miembro de arriba abajo de forma lenta, haciéndolo suspirar con cada roce y notando como sus músculos se tensaban resistiendo la tentación de dejarse llevar. Sammy era dulce, cuidadosa y salvaje, una mezcla explosiva que lo enloquecía y se creía desfallecer. Tuvo que apartarla con ferocidad, cambiando las posiciones para ser él quien tuviera el placer de torturarla.

Tenía delante de sus ojos a toda una belleza latina. Su piel bronceada por el sol emitía calidez y sus curvas prometían aventuras inigualables. Sammy lo rodeó con sus piernas y sus sexos entraron en contacto. De sus gargantas salió un profundo gemido por el roce.

Ninguno era capaz de articular palabras, ambos buscaban lo mismo, el placer, unirse... convertirse en un solo ser entre gemidos y lujuria desenfrenada.

Neizan la penetró de una estocada y el gritito de placer de Sammy lo acompañó durante la totalidad de las embestidas. A pesar de tener un tamaño más grande del habitual, se acopló a la perfección en su interior. Llenándole, haciéndole sentir especial con cada embestida de Neizan. Mantuvo la mirada puesta en sus ojos verdes y la besó de forma apasionada, mordisqueando su labio inferior sin perder el ritmo.

Se sentía a punto de explotar. Sammy era estrecha, cálida y perfecta. Podría pasarse el día entero sintiendo su placer sin hacer nada más. Cada vez la notaba más excitada y sus agudos gemidos le indicaban que estaba cada vez más cerca de llegar al orgasmo.

—No cierres los ojos —le ordenó cuando sus gemidos la hicieron echar la cabeza hacia atrás, sintiéndose poseída por la necesidad de sentir esas sensaciones con los ojos cerrados.

Obedeció de inmediato y Neizan aprovechó para alzarla, haciendo así que ambos quedaran sentados sobre el mullido colchón, sin dejar de mirarse. Se movían al compás, sus cuerpos sudaban por el ejercicio y Sammy ya no sabía ni cómo se llamaba. El demonio introdujo su mano en el punto en que se unían hasta el fondo y acarició su clítoris acelerando la llegada de su clímax, con un grito que competía directamente con los de su vecina del quinto. Estaba segura de que todo el mundo se había enterado de cómo gritaba descontrolada mientras el más absoluto placer la absorbía haciéndola explotar.

Neizan siguió con su vaivén sin perderla de vista, disfrutando con una sonrisa socarrona de su eterno orgasmo, buscando el suyo propio.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Sammy descontrolada, moviendo sus caderas, deseando que esa sensación jamás terminara.

Con unas últimas embestidas, Neizan acabó en su interior llevándola de nuevo al cielo del placer, dejándola exhausta y sobre la cama.

Sus respiraciones eran entrecortadas. Neizan la miró con fijeza y Samantha percibió un brillo especial en sus ojos castaños. Una extraña conexión acababa de nacer entre ellos.

Quería pensar que aquello significaba algo, pero no podía ilusionarse. Tal y como había llegado, Neizan podría desaparecer.

No se podía creer lo que acababa de hacer. Ya estaba anocheciendo y con una sonrisa salió de casa de Sammy para ir a dar una vuelta por la ciudad.

Al bajar por las escaleras, se encontró a los del segundo, Rocío y Juan, en una situación un tanto comprometida y sonrió divertido al recordar lo que él mismo había hecho antes de marcharse al exterior. Aun siendo una locura, lo había disfrutado. Sin duda Eros estaba actuando con fuerza en el edificio, el muy cabrón.

Deseaba estar enfadado, matarlo y deshacerse de él de forma lenta, torturarlo para vengarse por haberlo separado de ella tiempo atrás, sin embargo, tras conocer a Sammy, algo le pasaba y no quería relacionarlo con la flecha que le había provocado una herida en su pecho que aun no había cicatrizado.

Apenas hacía veinticuatro horas que ella había entrado en su vida, era su vecina y se habían acostado. ¡Menuda locura! Quería decirse a sí mismo que simplemente había sido un impulso primitivo que lo había llevado a acostarse con una mujer guapa, nada más, pero comenzaba a pensar que no era así.

Al salir a la calle, su humor se agrió un poco, como si el hechizo del edificio hubiera desaparecido.

No podía desviarse. Eros estaba utilizando a Sammy para distraerlo. Debía centrarse.

Las cosas no podían quedar así.

Se marchó en dirección al Paseo de Gracia. Percibió el poder de Eros allí y lo

encontró en la puerta de la discoteca *Hysteria*, ejerciendo de portero. Además del chico de mantenimiento, era portero de discoteca. No creía que el dios fuera tan patético. De nuevo, estaba cabreado.

Cabreado por ser tan idiota de caer en sus redes, cabreado porque fuera capaz de jugar con él con todo el poder que tenía. Debía demostrarle que con él no sería fácil.

Hizo la cola pertinente, y aun sabiendo que no iba vestido de forma tan arreglada como el resto de visitantes, sabía que entraría aunque tuviera que liarla.

Óscar se lo quedó mirando con una sonrisa socarrona, vestido todo de negro con su correspondiente enseña de seguridad.

—Tu vestimenta no es adecuada para el local —musitó cuando llegó a la entrada.

—Mira, Eros, me vas a dejar entrar si no quieres que monte un espectáculo. Bastante has hecho ya hoy —lo amenazó taladrándolo con la mirada.

Eros gruñó por lo bajo, y sin decir nada más, le dejó entrar sin perderlo de vista.

El ambiente interior era un tanto agobiante. Apenas era medianoche pero el local ya estaba lleno. La gente bailaba y bebía sin descanso, comenzando ya a achisparse a causa del alcohol. Neizan no estaba acostumbrado a ese ambiente, cuando salía por el mundo de los humanos se decantaba por locales más oscuros con un estilo diferente, más acorde con su personalidad, pero para lo que buscaba esa noche, el *Hysteria* le servía.

Se acercó a la barra y le atendió una chica joven, de no más de veintiun años, que le sirvió su copa con una estupenda sonrisa que prometía fiesta. Desenvolviendo todo su encanto sobrenatural, Neizan le sonrió y la chica quedó prendada de ese chico con pinta de peligroso que no encajaba con el ambiente. Con solo indicarle con el dedo que la siguiera, la chica lo hizo y juntos se dirigieron a los baños.

Sabía que se iba a arrepentir. Estaba actuando de forma irracional solo para fastidiar a Eros, sin embargo, mientras le arrebatava la ropa a esa chica que gemía excitada con cada roce que Neizan le provocaba, se dio cuenta que su acción no solo era una forma de retar a Óscar, también era una forma de fastidiar a Sammy.

¿Por qué lo hacía?

Por orgullo.

No quería dejarse controlar por el dios y era su forma de vengarse, de decirle que a él no se le podía controlar. Había ido a ese edificio a darle su merecido a Eros, no a ligar, y por supuesto, no para enamorarse de su vecina al primer día de conocerse.

Mientras penetraba a la desconocida, no podía quitársela de la cabeza, pero continuó aun notando cómo con cada movimiento algo se resquebrajaba en su interior. Continuó sabiendo que jugaba sucio, que su actitud era irracional, pero era un Demonio y nadie ponía condiciones en su vida.

Una semana después

Llevaba una semana sin cruzarse con Neizan. Lo cierto es que estaba cabreada. ¿Qué demonios le pasaba al demonio? Se habían acostado, y desde entonces no daba señales de vida aun habiéndose despedido a las puertas de su piso con un tierno beso que le transmitió un montón de sentimientos.

—Me ignora, Miriam. Estoy harta —gimió Sammy lastimera al teléfono mientras hablaba con su amiga—. Soy una imbécil. Le dejo que se acueste conmigo, me cuenta su vida al completo y ahora pasa de mí...

—A ver, cariño, te has acostado con él nada más conocerlo. ¿Estás loca o qué te pasa? Podrías haber esperado, no sé, al menos hasta una segunda cita. Te has precipitado y me parece que lo has asustado.

—Muchas gracias por los ánimos —bufó. Sin embargo dudaba que lo hubiera asustado, era un demonio, ¡uno de verdad!, no creía que fuera fácil de asustar.

No podía explicarle la verdad a su amiga, debía guardar el secreto y además tampoco la creería. Hablaron durante un rato más, cambiando drásticamente de tema y al final colgó por no poder seguir la animada conversación que su amiga intentaba entablar.

Odiaba sentirse de esa forma. Se lo había cruzado solo una vez en toda la semana por las escaleras del edificio, y él, la ignoró por completo, incluso le negó el saludo, dejándola con cara de tonta tras haber intentado lanzarle su mejor sonrisa. Desde entonces ya no había sabido nada más. Ni siquiera lo veía de refilón, y parecía como si cada día que pasara sin tenerlo aunque fuera solo unos segundos cerca, algo se apagara en su interior.

Sonaba patética, como una mujer desesperada, pero lo que sintió con él al acostarse jamás lo había sentido con nadie.

Lo suyo ya se estaba convirtiendo en obsesión. Ni durmiendo conseguía quitárselo de la cabeza. Neizan aparecía para atormentarla cada noche desde que se acostaron. Se sentía engañada y defraudada. Esa conexión inicial con él, le hizo creer que la cosa podría funcionar entre ellos, a pesar de ser una utopía. Él era un ser sobrenatural, un demonio, para más inri, y ni siquiera sabía la edad real que tenía.

Su relación estaba destinada al fracaso y quizás era mejor el desprecio que estaba recibiendo por su parte. Al menos, no sufriría otro nuevo desengaño amoroso. Sabía que Eros en el pasado había jugado con él, consiguiendo que la mujer a la que amaba se fuera con otro, y ahora el demonio se resistía al amor. Aun así, Sammy comenzaba a pensar, que de nuevo, Eros estaba jugando, y ella estaba saliendo herida en la cruzada.

Lavó los platos después de tirar la comida que no había tenido ganas de comer, y se puso un fino vestido negro con calaveras para ir en busca del hombretón de mantenimiento. Necesitaba explicaciones y no podía dejarlo pasar durante más tiempo.

Una semana llevaba pensando en el tema y ya iba siendo hora de resolverlo. Bajó las escaleras de morros hasta los bajos y buscó a Óscar en su cuarto de mantenimiento. No quedaba mucho para que se fuera, ya casi era de noche pero tuvo suerte al encontrarlo ordenando los materiales del cuartillo de la limpieza.

—Hombre, Sammy, ¿qué tal? —la saludó nada más verla.

—¿Que qué tal, diosecillo de quinta? Tú lo debes saber mejor que nadie. Por tu puñetera culpa me siento como una idiota. ¿Qué mierdas me has hecho?

—Vaya humos, mujer. ¿Se puede saber qué he hecho? —preguntó con inocencia despertando la furia de Sammy.

El dios estaba tremendo, su pelo rubio se mecía al compás de sus movimientos al ordenar el cuartillo, y esperó cruzado de brazos a que una muy molesta Sammy contestara a su pregunta.

—Lo sabes a la perfección. ¿Qué me has hecho? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en Neizan? —quiso sonar enfadada, pero en su voz se pudo atisbar un tono lastimero, apenado por sentirse tan idiota.

—Yo no he hecho nada. Las cosas pasan por que tienen que pasar —murmuró en tono místico, con aires de superioridad.

La humana lo miró instalando en su rostro una mirada que si tuviera la capacidad de arrebatarse vidas, se llevaría la de Eros sin dejar ni los huesos, y gruñó furiosa descontenta con sus absurdas explicaciones.

Óscar suspiró con cansancio. Él ya había hecho su trabajo, la flecha fue directa al corazón de Neizan, pero el demonio se resistía a su poder, ignorando sus sentimientos para quitarle la razón sobre el amor, sin ser consciente, que al final, lo único que conseguiría sería destruirse a sí mismo y a Samantha. La humana ya sufría las consecuencias de ser ignorada por su otra mitad y se notaba en su cara que no descansaba, incluso la veía algo más delgada y sabía por Paula, la vecina del segundo, que tenía anemia y ella la estaba tratando con inyecciones de hierro para coger fuerzas.

No debía inmiscuirse, pero, si no lo hacía, temía que ocurriera una desgracia.

—Estáis destinados, Sammy, pero él está intentando negarlo y acabaréis muy mal como no reconozca la verdad —murmuró con un suspiro. Sabía lo que pasó una semana atrás dentro del Hysteria. Se acostó con una chica y desde entonces huía de Samantha. No quería decírselo, pero si quería despertar sus instintos más primitivos, debía hacerlo. Era jugar de forma sucia, pero merecía saberlo a pesar de que podría ganarse otra paliza por parte del demonio. Quería despertar en ella el sentimiento de los celos—. La semana pasada se enrolló con una chica, en el Hysteria, lo vi...

Sammy palideció durante un instante y se cabreó segundos después.

«¡Maldito cabrón!», pensó.

¿Cómo podía decir Óscar que estaban destinados a estar juntos cuando Neizan se acostaba con otras?

—Le clavé una flecha y quiere creer que con él no funciona, y la forma en la que está actuando acabará por destruirlos.

Sammy se sentó en las escaleras mientras escuchaba lo que el dios le decía. Su vida estaba condicionada por un hechizo

Siempre soñó con encontrar a su hombre perfecto, uno que la comprendiera y la quisiera pero nunca creyó que Eros, el dios griego del amor, fuera el encargado de emparejarla. Creía que esas cosas ocurrían por que sí, pero al parecer, el amor también estaba condicionado a algo, y su supuesta pareja, era un ser inmortal, un demonio que odiaba al dios y ansiaba con todas sus fuerzas evadir su poder.

Nunca había creído en el amor a primera vista, pero cuando los dioses se inmiscuían en el asunto, todo era posible. No podía decir que estaba enamorada, obsesionada se acercaba más a la definición de lo que sentía, sin embargo, el instinto de propiedad emergía cuando se trataba de Neizan.

—¿Por qué todo lo raro me pasa a mí? —preguntó en voz alta para sí misma.

—Eres especial, Samantha —respondió Óscar posicionándose junto a ella en las escaleras. Colocó la mano en su mentón y le levantó el rostro para que le mirara a los ojos—. Nunca has encajado con nadie, siempre has sido la rarita, una chica con unos pensamientos alocados y fuera de lo normal que cree en lo imposible. Sé que encontrar el amor en un demonio que lleva una existencia de maldades, no es lo mejor que te podría pasar... —puso una mueca—, pero eso es lo bonito del amor; que se encuentra donde menos te lo esperas.

—Yo no estoy enamorada, solo...

—¿Obsesionada? —asintió—. Es casi lo mismo. La obsesión nace de nuestros más profundos anhelos. Neizan se clavó en ti del mismo modo que tú te clavaste en él nada más conectar vuestras miradas. Solo vosotros tenéis el poder de seguir adelante.

—Pero Neizan es inmortal. ¡Es imposible que salga bien!

Era su mayor preocupación. No sabía nada de él, pero Neizan era inmortal y ella una simple humana con fecha de caducidad. Lo suyo podría funcionar un tiempo, pero con el paso de los años Samantha envejecería, mientras que Neizan continuaría con su eterna apariencia de chico malo.

—No hay nada imposible, querida. Puedes conseguir todo lo que te propongas y hay muchas formas de vivir para siempre —volvió a su tono misterioso y se levantó—. Tengo que marcharme, pero antes quiero darte un último consejo; si el demonio no va a ti, ve tú y dale una buena hostia.

—Un consejo de lo más inteligente —sonrió con brevedad mientras Óscar desaparecía por la puerta de entrada del edificio.

Estaba a punto de quedar como una idiota delante de Neizan, y sobre todo, de sí misma, no obstante, era incapaz de retroceder un solo paso y meterse en el ascensor para descender hasta su piso. Quería una explicación y había tomado la decisión de hacer caso al consejo de Óscar.

¿Por qué la estaba tratando así? Enterarse por Eros de que Neizan se había acostado con otra en el baño público de la discoteca donde trabajaba de portero no fue muy agradable por su parte, y menos después de haberse acostado con ella.

¿Qué pretendía? Si tantas ganas tenía de ignorarla, ¿por qué le había contado la verdad sobre lo que era?

Bueno, estaba el hecho de que pilló a Eros y Neizan peleándose de forma sobrenatural, sin embargo, estaba segura de que tendrían sus trucos para esconder todo eso en su mente si quisieran y le molestaba que no lo hubieran hecho, además, una flecha del dios había acertado en el demonio y eso había desencadenado en ella esa sensación de soledad, ansiedad y rabia por no tenerlo cerca.

Estaba cabreada, y mucho... No solo porque se sentía ridícula a punto de derramar lágrimas por un tío que había conseguido lo que quería de ella en un solo día y después la había sustituido por otra, sino porque le dolía de forma inexplicable esa sustitución.

No era chica de creer en cuentos de hadas, pero fue una ilusa al emocionarse pensando que con Neizan pasaría algo más y él aparecería al día siguiente con un ramo de flores a declararse.

Patética...

Estaba indecisa, pero, finalmente, llamó al timbre preparada para abordarlo nada más asomara la cabeza.

Neizan abrió con rostro somnoliento la puerta y se despertó de golpe al ver a Sammy allí con rostro furibundo. Su noche había sido de lo más movida. Tuvo una pelea con un demonio que quería obligarlo a volver al infierno y tuvo que matarlo, no sin antes recibir una buena paliza que lo dejó destrozado y cansado.

Llevaba días con ganas de tener delante ese bello rostro y besar esos carnosos labios, pero se resistió a sus impulsos y esperó a que ella se lanzara a hablar.

Tenía la opción de cerrar la puerta y esconderse como llevaba haciendo toda la semana, pero estaba cansado. La pena lo consumía y no entendía muy bien el por qué. Necesitaba verla, sentirla. Comenzaba a darse cuenta que la flecha había hecho justo el efecto que se empeñaba en negar.

—Vas a pensar que estoy loca, y puede que así sea, pero no pienso guardarme lo que te voy a decir porque al final acabaré por reventar —musitó comenzando su diatriba.

Neizan la miraba entre divertido y socarrón, se ponía tan atractiva cuando discutía consigo misma.

Vio en ella algo que lo conmovió. Su piel parecía más pálida que la última vez en que la vio y sus ojos habían perdido el intenso brillo que lo cautivó. Las ojeras cubrían el inferior de sus ojos y parecía no haber descansado en días.

—Ya sé que no tienes por qué darme ningún tipo de explicación, pero te acostaste conmigo después de contarme que eres un puñetero demonio y después te piraste con otra dejándome a mí como una idiota. No somos pareja, y no debería pedirte explicaciones, pero lo que no entiendo es, ¿por qué cojones me contaste la verdad si tenías pensado ignorarme como si fuera una furcia más?! —Había alzado demasiado la voz. Seguramente Paulina estaría con la oreja puesta en lo que ocurría y Neizan decidió hacerla pasar para que su condición no fuera pasto de los comentarios de todo el alocado edificio.

—Entra. Es mejor no hablar de esto aquí fuera —murmuró con esa voz que la atormentaba por las noches, tan sexy y gutural.

A regañadientes, entró.

La oscuridad de su piso los envolvía y fue directa hasta el espacioso salón apenas iluminado. Neizan ni siquiera había abierto las ventanas y la escasa luz del atardecer, apenas entraba en la estancia.

Sammy se quedó de pie entre el sofá y la mesa de comedor y lo miró, enfrentándose a una mirada de él que no supo interpretar.

—¿Por qué me ignoras? Sé que soy humana y tú inmortal, pero al menos merezco una explicación. Después del momento que compartimos, creo que lo merezco —espetó con seriedad.

Neizan no abrió la boca. La miraba mientras se debatía en si continuar hablando, o esperar a que él lo hiciera.

Los dos se quedaron en silencio.

Sus miradas se encontraron y la tensión los envolvió. Parecía poder cortarse a trocitos con un cuchillo. Sammy estaba frustrada.

¿Por qué no hablaba?

Había esperado alguna reacción por su parte, pero se mostraba impasible mientras la miraba, indiferente. Volver a verlo había despertado una intensa sensación que le revolvía las entrañas, como si cientos de hormigas se removieran inquietas, haciendo vibrar todo su cuerpo de arriba abajo.

¿Es que él no sentía nada?

¿Y si tenía razón al decir que con él las flechas no funcionaban?

Por lo que deducía, ella no había recibido el ataque de Eros. Con que uno de los dos

recibiera la hechizada flecha, bastaba. Pero, ¿qué pasaba cuando la otra mitad era un demonio salido directamente del infierno?

Ella sentía las consecuencias del hechizo. Sentía esa necesidad de estar con su otra mitad a pesar de no estar segura de que Neizan fuera esa mitad.

—¡Di algo! —gritó harta de tanto silencio.

Neizan se acercó a ella con extrema lentitud, levantando la cabeza con altivez con cada paso que daba. Seguía sin mostrar nada en su mirada. Samantha lo encaró, frunciendo el ceño y a punto de gruñir como una bestia desesperada por una explicación que parecía no querer llegar, sin embargo, otra cosa llegó.

El demonio la agarró por las caderas y la pegó por completo a su cuerpo. Inhaló el dulce aroma que tanto había anhelado y, con la mano libre, levantó su rostro que había quedado casi hundido en su musculoso pecho para que le mirara.

—Soy un demonio —habló después de tanto silencio para decir algo que ella ya sabía e hizo una pausa—. Hace unos cuantos siglos creí haberme enamorado de una mujer, se llamaba Clarissa y era humana —comenzó—. Ella sabía lo que yo era, temí que me rechazara pero nunca lo hizo. Nunca he sido un hombre bueno, pero ella me aceptó junto con todos mis defectos.

»Vivimos muchos años juntos e incluso conseguí que se convirtiera en inmortal consiguiendo un poco de Ambrosía, la bebida de los dioses, para que así permaneciéramos juntos para toda la eternidad.

Sammy lo escuchaba con atención, inmersa en esa historia que parecía sacada de un libro.

—Nos mudamos al Infierno a vivir y al principio todo fue bien, hasta que, durante unos días que volvimos al mundo de los humanos, nos topamos con Eros y sus flechas...

»Cuando la flecha acertó en el corazón de Clarissa, creía que nuestra relación se volvería irrompible, sin embargo, apareció otro hombre en la ecuación, otro demonio del que nunca más he vuelto a saber. Se enamoraron perdidamente en cuestión de días y Clarissa me abandonó —relató. Su mirada estaba ensombrecida por el dolor que le provocaba ese recuerdo—. Desde entonces he querido encontrar a Eros y vengarme de él. Castigarlo por lo que me hizo, por dejarme con el corazón roto en mil pedazos.

—Pues parece que no lo has conseguido... —musitó Samantha con algo de rencor. Neizan había perdido el tiempo intentando luchar en contra del dios, de nuevo se veía inmerso en un hechizo provocado por sus flechas, pero en ese instante, era él el perjudicado.

—No, no lo he conseguido, pero después de una semana, creo que he conseguido algo mejor —la miró a los ojos, ya no parecía indiferente, la miraba con intensidad. El castaño de sus ojos brillaba con fuerza, dando la sensación de que fueran lágrimas que intentaba contener de la emoción—. Intentaba huir de algo que no soy capaz de controlar. Creer en

el amor a primera vista, no es algo a lo que esté acostumbrado, si no fuera por Eros, creo que ni siquiera existiría, pero incluso antes de que él clavara su flecha en mi corazón, te metiste en mi interior. Tu mirada me cautivó nada más verla en el terrado, con la luz del sol incidiendo en tu cuerpo, iluminando tu ya de por sí intensa aura.

—¿Qué me estás queriendo decir? —preguntó con voz temblorosa, asustada por la intensidad de lo que estaba sintiendo en esos momentos. Abrumada por un sentimiento que se le antojaba como eso llamado amor.

—No sé me da bien esto, estoy confuso, pero en esta semana he estado pensando —continuó—. En el momento en que me acosté con aquella chica, sentí que te traicionaba sin saber por qué. En estos días, he intentado evadir lo inevitable, no he dejado pensar en ti, apenas he dormido y comido. Te echaba de menos... —susurró—. No sé lo que pasará, ni cómo, y a pesar de mi odio hacia Eros debo agradecerle haber puesto en mi camino a una persona como tú, Sammy.

La besó con profundidad ante su atónita mirada por lo que escuchaba. Saboreó los labios que tanto había añorado y disfrutó de cada segundo en el que sus lenguas se reconocieron.

Ninguno de los dos podía decir que sería fácil. Les esperaba un camino lleno de baches, de aventuras, un mundo oscuro en el que Samantha debería meterse de lleno si quería permanecer con él para siempre.

Era pronto para hablar de amor, pero los sentimientos a flor de piel emergían con todo su poder creándoles una conexión imposible de evitar.

La misión para la que Neizan había aterrizado ahí, ya no tenía sentido. El juego de poder que quería llevar a cabo para vencer al dios, ya no era importante.

Ahora solo quería una cosa, estar con Sammy, quererla e intentar vivir una historia de amor para toda la eternidad.



Si hay algo que he aprendido a odiar desde lo más profundo de mi ser, es a los intelectuales. No es que yo sea una burra, de hecho tengo mis estudios y me defiendo en cualquier conversación que no se ponga demasiado técnica, pero mucho de lo que pude haber disfrutado en mi vida fue consistentemente estropeado por algún gilipollas que no compartía mi lista de prioridades.

Que tampoco es tan estricta. Primero divertirse, después ver la posibilidad de llegar algo más lejos en la escala de diversiones y por último conversar, antes o después de la ducha. Es lo que normalmente ocurre cuando una sale de juerga el fin de semana, para resarcirse de todos los sinsabores del trabajo y del estudio.

Para mí es lo normal —después de todo tampoco soy tan vieja—, aunque comprendo que haya habido gente que me haya tomado por una mujer ligera, y hasta inmoral, como le escuché decir a la del Bajo 2º, una vez que pensó que no la oía.

—Esa tía ha cepillado más en su vida que la limpiadora del Palacio Real —decía.

No sé de dónde puede haber sacado esa idea, salvo del día que me vio llegar con dos tíos, y que fue una de las pocas veces en que el propósito era totalmente inocente, y no había riesgo alguno en que terminara en jarana. Si terminó así fue por accidente, pero la idea era otra.

Para mí que la vieja me tomó a mal que yo le hubiera hecho una broma conocidísima, pero que parece que no había escuchado nunca. Pasé por su lado una vez que estaba en la puerta del apartamento sacudiendo la escoba y le pregunté: «¿Qué pasa? ¿No arranca?». No veas cómo se puso. No me dijo nada, pero le subieron los colores y como me hubiera quedado allí, seguro que me rompe la escoba en la cabeza.

Después de eso casi no me habla, pero sí que habla de mí a mis espaldas. Por mí que se despache a gusto. Peores cosas me han pasado en mi vida y las que me quedan por pasar. A mí no me preocupa lo que piensen de mí porque seguro que se equivocan. Las apariencias pueden ser muy engañosas, y en mi caso reconozco que yo colaboro bastante.

Me visto con cierto gusto, pero no con mucha discreción, para qué vamos a andar con historias. ¿Y por qué habría de hacerlo? Una tiene sus piernas y sus otras cosas no solamente para caminar o hacer lo que las otras cosas hacen, sino también para lucirlas. Y vaya si las luzco, dicho con toda modestia.

Ahora las cosas hay que saber llevarlas, y yo soy buenísima para eso. A mí no me importa el qué dirán, pero como me digan algo se llevan una buena sorpresa. Yo puedo escuchar críticas sin problemas. Ahora, que me interesen ya es otra cosa. Eso sí, si me lo dicen con franqueza y a la cara, no como los intelectuales que te miran por encima de las gafas, te sonríen como si te hubiera salido otro diente en el lugar del que le dejaste al ratón debajo de la almohada para que te dejara pasta, y te tuvieran que explicar todo con una

paciencia de santo, como si estuvieran hablando con una idiota.

Para mirarte las tetas sí que no se hacen problemas con las gafas. Ahí sacan el láser y venga imaginarse cosas. Tú puedes estar hablando de la teoría de la relatividad esa, que no harán más que decir que sí, como si te estuvieran dejando hablar para que no quedes como tonta y aprovechar de ganar puntos para el revolcón de más tarde.

Y uno de los que tenía todas las opciones para pasar a la lista de tíos intelectuales bordes era el que me topé en la cafetería. Profesor de Universidad, según dice, aunque se ve joven como para estar recién saliendo de la secundaria. Pelo negro lacio, las puñeteras gafas y uno de esos jerséis amplios, en plan carpa, que lo hacen ver más delgados de lo que son. Es como si se los hubieran comprado «crecedores», como decían las viejas cuando le compraban ropa al niño cinco tallas más grande, para que le durara varios años y además le sirviera al hermano pequeño más tarde. Eso en mi familia, por lo menos. En la de él no creo. Primero porque se ve que tiene dinero y segundo porque a los veintiún años no te compras ropa para cuando crezcas.

Roberto, que así se llama, me encontró en el casino de la empresa en la que trabajo, que es bastante mejor que la bazofia de la Universidad, por lo que muchos cruzan la calle para comer mejor y más barato. Y me pilló justamente agachada tratando de sacar uno de esos yogures que están en la parte más baja del refrigerador y al final de todo.

Como no tomé la precaución de acucillarme quedé expuesta a la visión de este pobre hombre, que si no hubiera usado esos zapatos de suela de goma que no hacen ruido, me habría dado cuenta de que estaba detrás de mí y se habría ahorrado el bochorno. Cuando me incorporé y me giré, creí ver que las gafas estaban empañadas, pero pensé que podría ser por el vaho que salía del frigorífico.

—Yo busco uno de esos mismos —me dijo con esa sonrisa sobrada de intelectual, a pesar de que yo sabía perfectamente que se estaba cagando en tres tiempos.

—¿Esos mismos de qué? —pregunté para asegurarme de que no estaba hablando de mi culo.

—Esos yogures —respondió, sin entender la posible confusión.

—Ah, muy bien —dije—. ¿De cuál quieres?

—El mismo que tú —respondió.

No quise hacerle pasar la vergüenza de decirme el sabor porque estaba segura de que no tenía ni idea. Era más fácil para mí torturarlo de otra manera en la que no lo dejara en evidencia sino simplemente lo sometiera al suplicio de la carne deseada y no conseguida.

—Muy bien —dije, y volví a inclinarme esta vez sin flexionar nada, pero nada. Está mal que lo diga, pero estoy en muy buen estado físico, me cuido, como bien, hago ejercicio, y no me cuesta nada agacharme para coger un yogur sin doblar las rodillas, aunque estén por allá atrás.

—¿Éste? —pregunté.

—Ese está perfecto —respondió el joven—. ¿Ya estás en algún sitio?

—¿Lo qué? —pregunté de vuelta.

—Que si ya tienes un lugar donde vas a comer —dijo.

—No —respondí.

—¿Te parece que busquemos uno juntos? —preguntó con todo el candor del mundo. Tenía aspecto de gili pero no creo que pudiera llegar a pensar que con ese tipo de tácticas me iba a poder conquistar. Definitivamente estaba fuera de su liga. Primero me lo tiraba yo dentro del refrigerador, antes que él hubiera llegado a la segunda frase del «Manual de Seducción para Cenutrios Inofensivos».

—Seguro —dije con mi mejor sonrisa.

Nos sentamos en un lugar menos poblado y comenzamos a organizar las viandas.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunté para ahorrarle el primer tópico.

—Con alguna frecuencia —respondió—. Trabajo en frente, en la Uni.

—Mira qué bien —dije—. ¿Y qué haces?

—Hago clases —dijo.

—¿Clases? ¿Tan joven? —exclamé fingiendo sorpresa.

—Tan joven no soy —dijo—. Tengo veintiséis años.

—Pues yo no te hubiera echado más de... veinticinco.

No sé qué habrá encontrado de divertido en el comentario pero soltó una carcajada que tuvo que ahogar con la servilleta de papel.

—Eres muy galante —dijo.

—¿Galante? —pregunté—. ¿Una mujer? ¿De qué haces clases en la Universidad? ¿De español?

Tuvo que volver a reír. Entendió que me había echado el piropo equivocado pero no se atrevía a confesar la razón por la que estaba tan confundido. O más bien dicho, las razones.

—Pues sí —dije—, soy bastante caballeresca.

El tío seguía riendo y no había comido nada, de modo que decidí traer la conversación a algo más cotidiano.

—Bueno, dime, ¿qué enseñas? —pregunté.

—Física —respondió, ratificando mis peores temores. Mientras más enrevesadas eran las especialidades, más bordes eran. Lo sabía por experiencia propia, por uno que me tocó, también de la Universidad de enfrente, pero sin el encanto de éste, que me dijo que era docente de química, y con aire de suficiencia me preguntó: «¿Y tú qué enseñas?» «Las

tetas —respondí—, pero solo cuando quiero y a quien quiero. Y a ti va a ser que no.»

Éste era de otro material y me sentía bien con él. No sé por qué.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó. Sus ojos tenían esa profundidad almendrada de la Nefertiti del museo de Berlín, que me había tenido extasiado durante horas cuando la visité por primera vez. La chica era una contradicción ambulante. Su lenguaje era enormemente primitivo, pero su voz era un bálsamo para los oídos, al punto que hasta ese «¿Lo qué?» parecía adquirir corrección gramatical en sus labios.

Y hablar de sus labios era hablar de frutas de la Cornucopia. Cuando se separaron una vez más con ese mohín granate que forzaba a la lujuria, fue para preguntarme mi nombre.

—Roberto —respondí.

—Roberto —repitió—. Bonito. Me gusta. ¿Y cómo te dicen?

—Roberto —dije—, pero tú me puedes decir como quieras.

«Mierda» pensé. «¿Qué estoy diciendo?» Estaba comenzando a sentir vergüenza de mí mismo por entrar a ese camino de clichés casposos para impresionar a una mujer que, sin duda me había gustado como nadie antes en el mundo, pero que no pasaría de ser una relación fugaz para una hora de merienda en la cafetería de enfrente. Cuando me recibió, ofrendándome sus posteriores ante el refrigerador, la impresión fue grande, pero de ahí a pensar que me iba a convertir en un crío balbuceante ante el resto de su belleza, había un camino demasiado largo.

Su lenguaje era basto y lo que tenía que contar no se aproximaba siquiera a lo que tenía para mostrar, y a pesar de todo, mi única ilusión era conseguir que me comprendiera y valorara lo que le decía. Por eso que no resistí a la tentación de entablar una conversación de trivialidades, en la esperanza de estar hablando su idioma. Pero mientras más lo intentaba, más lejano me sentía.

Una estupidez, teniendo en cuenta que la mejor estrategia era dejarla hablar, responder sus preguntas lo más satisfactoriamente posible y alargar la estadía en Shangri-La hasta que no hubiera más remedio que dejarla volar, dejándome en tierra con mi paraíso irremisiblemente perdido.

—Estás muy pensativo —le dije, mientras pelaba la manzana.

—Sí —respondió Roberto—. Estaba distraído mirándote.

Uy, Dioos, el chico parecía que estaba cogiendo vuelo y faltaba poco para que comenzara a atracarme el bote definitivamente. Estaba llegando el momento de decirle lo que pensaba de los intelectuales, pero, pensándolo bien, no hubiera sido justo, porque hasta ahora se había comportado bien. Salvo las actitudes que yo reconocía de otras veces con otros tíos, y a las que les atribuía las malas intenciones, pero Roberto no había pasado

ninguna raya ni pisado ningún juanete todavía. No podía bajarle ánimos que no había subido.

¿Qué me miraba las tetas? Bueno, oye, eso está dentro de la convivencia normal. Tampoco hay que ponerse así. Pero fuera de eso, lo de mirarme el diente, en realidad era una postura en guardia por mi parte, pero no había ocurrido. Tampoco se había empecinado en usar palabras raras para dejarme en Babia, como hacían otros. Y mira que debe haber sabido hartas. Pensé que estaba siendo injusta con él y me propuse darle algunas facilidades para el acercamiento, aunque dentro de límites.

—Mi nombre es Silvia —dije—. Por si te interesa.

—Lo sé —respondió—. Está en tu placa.

Lógico. El casino estaba en mi oficina y tenía puesto el uniforme con la placa donde estaba mi nombre. Con el paso del tiempo me empezaba a convencer que no hacía falta que Roberto hiciera demasiados esfuerzos para hacerme parecer una idiota porque yo misma me estaba encargando de demostrarlo.

—Silvia también me gusta —me dijo, repitiendo mi comentario del comienzo.

—No —respondí—, quédate con Roberto. Te calza mejor.

Volvió a reír y comprendí que era conmigo y no de mí. No me ocurría a menudo. Tener a alguien frente a mí que se divertía con mis tonterías y cuya conversación no parecía forzada, era una impresión poco frecuente cuando se trataba de intelectuales. Mi carácter me ayuda a sobrellevar situaciones embarazosas, pero eso no quiere decir que no lo sintiera por dentro. Ahora mi tranquilidad era absoluta. Él parecía más temeroso de meter la pata que yo y mira que tenía estudios.

Algo en mi interior, esa parte de mi personalidad que se va a ir de cabeza al infierno y posiblemente arrastrará a todas las buenas cualidades a su alrededor, me hizo pasar al ataque con la ferocidad del sociópata.

—Eres muy bello, Roberto —dije mirándolo a los ojos.

—Te amo Silvia —respondió inesperadamente.

Su reacción se asemejó a la de aquel que está esperando fuera del baño público, cruzando las piernas para no mearse y por fin le abren la puerta para desahogar sus urgencias.

Me salió una breve carcajada, pero no llegó a herirle los sentimientos.

—Espera un poco —dije—. Tampoco es para ponerse las argollas enseguida. No pongamos los bueyes detrás de la carreta. Partamos por lo primero. ¿A qué hora te desocupas?

—A las cinco —dijo Roberto.

—No vivo lejos de aquí. Cuando salgas de la Uni, ve a esta dirección. Trata de que la

del Bajo 2º no te vea. Mi reputación ya no corre peligro, pero quizás la tuya sí, y esa vieja es una depredadora de honores.

Así, sin más preámbulos, me dio su dirección y quedó conmigo para encontrarla un par de horas después. Si me lo hubiera imaginado en alguna de mis divagaciones de quinceañero, cuando no pescaba nada ni en una curva en bajada, seguro hubiera terminado en el primer retrete que encontrara dando salida manual a mi calentura. Jamás se me hubiera pasado por la mente, sin embargo, que algo así me llegara a ocurrir en la vida real. Entonces o ahora.

Toda la poesía del encuentro, todas las Nefertitis y las Cornucopias dejaron paso al apetito voraz, y el orangután que llevaba adentro vino a reemplazar a cualquier atisbo de sofisticación que todavía conservara. Silvia no me había enamorado, me había enardecido. No merecía poemas sino arengas de las barras bravas de sol. Y yo, pobre imbécil, tenía que olvidarme de cualquier resto de decoro, para sumergirme en ese marasmo de sensualidad, lujuria y primitivismo, y gozar por primera vez de un placer auténticamente darwiniano, sin fijarme en qué rama del árbol de la evolución tenía encaramado al primate que llevaba dentro.

No sé qué les expliqué a mis alumnos en las dos horas que me quedaban de clases, y espero que hayan prestado tan poca atención como de costumbre porque seguro que habrá sido una agresión a cualquier concepto de ciencia o de racionalidad. Al menos no se me escapó ninguna de las exclamaciones que me pasaban por la cabeza mientras, por un lado, escribía una fórmula en el pizarrón y por otro lado pensaba en Silvia.

Debo haber dado una impresión muy extraña, porque la chica que me preguntó si había algo que preparar para la próxima clase, no se extrañó mayormente con mi respuesta: «En el segundo de la primera planta, pero espero no encontrármela.»

Cuando toqué el timbre, desde dentro se escuchaba una música que fue la primera desilusión que me llevé ante mis prejuicios de pequeño burgués arrogante y boludo. No era André Rieu, tocando el Danubio Azul, ni algún engendro irreconocible de MTV, sino Archie Shepp y Chucho Valdés en un tema de fusión afro cubana que no reconocí, sino solo por su estilo.

Abrió la puerta. Llevaba un vestido delgado de una pieza, sin las flores multicolores que esperaba sino con estampados de colores pastel, no había cojines en forma de corazón, ni frazadas con el escudo del Madrid; había un estante con libros (sí, joder, con libros) y en las paredes no había un cartel de toros de esos que venden el Paseo del Prado con Antonio Ordoñez, José Tomás y su nombre aquí, sino una reproducción del Guernica. Me insulté internamente por ser un fascista prejuiciado y me arrepentí de no haberle llevado flores o algo, para demostrar que yo también era una persona refinada.

En mi defensa debo decir que mi desesperación por llegar lo antes posible me hizo olvidar una precaución mucho más importante: comprar condones. Me acordé solamente

al entrar al edificio y ya era tarde. Me hubiera tomado demasiado tiempo y demasiado esfuerzo salir a comprar tres por un euro en el Metro, y además sin saber si no era otra invitación a la depresión si no llegaba a tener la ocasión de usarlos.

Mi corazón bombeaba como una locomotora a vapor, y yo sabía que no era por los tres pisos que subí por la escalera. Estaba anhelante como un adolescente cachondo ante su primera porno, y todo después de una conversación que había mantenido desde mi pedestal de persona educada ante una interlocutora que parecía muy lejos de estar a mi nivel. Todo no debería haber pasado de un cotilleo menor, y jamás se me hubiera ocurrido hacer una cita con una desconocida, para el mismo día que la conocí.

Pero todo se había desmoronado en el momento en que me miró, y terminó de aniquilarse cuando me habló. Todo el desprecio que me producía ese grupo de guarros que solía ver cuando pasaba por la esquina en dirección a la Uni, que lanzaban piropos obscenos a las chicas, sin distinción de edad o apariencia, se convirtió en una profunda admiración por su capacidad de ser ordinarios, audaces, viles. Su meta era follar sin pensar en presentes ni futuros, sino con el único objetivo de desfogar sus instintos y gozar. Yo quería tener esa capacidad, quería perder la vergüenza, quería poder responder a mis sentidos sin tener que hacer todas esas concesiones a mis principios éticos. Y cuando pensé que había encontrado a la persona idónea para hacerlo, me salía Archie Shepp, Chicho Valdés y el puñetero Guernica.

Estaba frente a mí con unos ojitos como una ardillita de Walt Disney. Pobre. Lo único que le faltaba era haberme llevado flores. Venía vestido con el estilo desgarrado de los intelectuales que yo ya conocía, pero en su caso parecía ser sincero. Simplemente nadie le había dicho que se veía fatal con esos vaqueros y esa combinación de colores. Pero yo no sería la primera, ni dejaría que ese detalle me estropeará una interesante experiencia.

—¿Te fue fácil encontrar la calle? —pregunté.

Roberto tragó saliva y sonrió. Parecía no ser capaz de pronunciar palabra. Supuse que estaba luchando por elegir qué decirme sin parecer demasiado obvio, pero, en realidad, su cara denotaba una suerte de preocupación. Es como si hubiera caído en una celada y estuviera empezando a reconocer el terreno para saber por dónde iba la cosa y cómo iba a tener que zafarse.

—Dame tu chaqueta —le dije—. ¿Quieres beber algo?

—Si tienes algo fresco, sería perfecto —dijo Roberto.

—Lo más fresco que tengo es agua —dije—. Y lo más sano. Pero si prefieres el jugo de naranja, también hay.

—Agua está bien —dijo Roberto, dejando correr la mirada por mi minúsculo piso.

Salí hacia la cocina y lo dejé que se fuera acostumbrando al ambiente. Cuando regresé estaba sentado en el sofá con los ojos fijos en la cajita de porcelana que

habitualmente se ocupa con bombones. En esta es donde tengo los Durex. Yo misma había dejado la tapa abierta, de modo que no podía acusarlo de fisgonear. Y si lo hubiera hecho, qué diablos, el muchacho estaba enamorado.

—Aquí tienes tu agua —dije, entregándole el vaso.

Roberto se la bebió de un trago y seguro que quedó con ganas de más, pero no se atrevió a pedírmelo. Seguía interesadísimo en el decorado, por alguna razón que yo no acababa de entender. Y no lo hubiera hecho si no me la hubiera dicho él mismo.

—Me gusta este lugar —dijo, volviendo a adoptar un aire de seguridad que no traía cuando entró—. Está adornado con muy buen gusto.

—Gracias —dije—, aunque no es entera responsabilidad mía.

Me miró y asintió, sin atreverse a preguntar nada. La caja de condones al parecer ya lo había desubicado un poco, y cualquier otra información que yo le diera corría el riesgo de taladrar todavía más la herida.

—Comprendo que te guste —le dije—. Tú eres alguien de otro nivel. Tus preferencias artísticas y literarias no se pueden comparar con las mías. Estoy segura que en todas las fases de la cultura estás muy por encima de mí, y me parece muy bien. Pero la vida siempre suele cambiar según las circunstancias y lo pone a uno en predicamentos en los que reacciona muy distinto a como lo haría en condiciones normales. Tú eres un hombre reflexivo, un intelectual y tus sentidos los tienes controlados por tu concepto de la ética. Yo soy una tía simplota, sin mayores rollos de conciencia, ni interés por responder a algún patrón. Se supone que yo dejo actuar al animal y tú al profesor de Universidad que llevas adentro. Pero cuando nos enfrentamos a situaciones emocionalmente extremas estamos condenados a dejarnos llevar por nuestros instintos.

Roberto me miraba como si le estuviera hablando en chino, pero estaba claro que lo entendía todo. Lo único que no sabía era a dónde quería yo llegar y de dónde había sacado tanta labia para una perorata así. Lo último daba igual, pero lo otro me preocupé de aclarárselo.

—Tú viniste aquí a follarme —le dije—. Yo te invité para hacerte el amor.

Así me lo dijo. Por la cara. Me dejó helado, por usar un símil poco afortunado, porque en realidad estaba caliente como una tetera. La miraba de vuelta y lo último que me faltaba era comenzar a respirar con la boca abierta y la lengua afuera. La vi como se quitaba el vestido y se quedaba en bragas. La vi como comenzaba a desvestirme, con el oficio de una niñera. La vi como se retiraba un paso para verme desnudo y sonreír levemente antes de volver a acercarse y presionar sus labios contra los míos.

Se suponía que ahora yo tenía que hacer algo —al menos eso es lo que yo pensaba —pero estaba tan fuera de mí, que no se me ocurría nada que no fuera a estropear toda la magia de una escena irrepetible. A eso había venido, era verdad. Incluso me había querido

patear el trasero por no haber comprado condones, pero una vez metido en la faena, toda mi imaginación se había esfumado y no quedaba más que el envoltorio de un imberbe a merced de su lujuria, pero sin saber precisamente qué hacer con ella.

Silvia sí lo tenía claro. Con la sabiduría de una avezada cortesana, cogió toda mi rígida virilidad en sus manos y comenzó a frotar con sobriedad, sin prisas, a la espera del momento justo en el que debía trepar sobre mí y hacerme suyo. Sí, esa era la interacción correcta. Ella me estaba haciendo suyo. Ella era la auténtica alfa y yo no era más que un perrillo de la manada a la espera de comer el último.

El momento llegó, y suavemente me impulsó a que me acostara de espaldas en el sofá, mientras ella se tendía sobre mí, y guiaba mi miembro hacia su sexo. No se molestó en ponerme un condón y yo tampoco le pregunté nada. Si había de pescarme algo venéreo pues sea. Esa era hasta una buena forma de morir.

No cabía duda que Silvia suponía, con buenas razones, que yo era semivirgen y que no corría demasiado riesgo si me violaba sin protección. Yo no tenía ningún antecedente para opinar sobre ella, pero presumo que no sería tan descuidada como para irse a la cama con alguien y correr el riesgo de que le contagiaran algo. Excepto conmigo, claro, donde el riesgo era mínimo, porque yo era un pendejo que no debía ligar ni con orden judicial.

Sus reacciones me hicieron cambiar mi actitud nihilista. Parecía estar disfrutando y hasta creo que llegó al orgasmo en alguna oportunidad, aunque entre mi falta de experiencia, mi estado de excitación y mi estupidez congénita en temas sexuales, no fui capaz de determinarlo con seguridad.

Solo supe que había llegado el momento de interponer alguna acción por mí mismo y no dejar que fuera ella la única que llevara todo el peso de la relación.

Se incorporó en el sofá y suavemente me hizo salir para acomodarme de rodillas. Fue una buena manera para mí de demostrarme, no solamente que estaba vivo, sino también que estaba gozando el coito. Por mi parte yo ya se lo había hecho saber con un orgasmo prematuro, de los que no suelo tener, y que me reveló una parte de mi carácter que no conocía, como una malsana tendencia a la necrofilia.

Mi pobre Robert estaba paralogizado debajo de mí esperando acontecimientos, y de no haber sido porque se percató que yo había llegado al clímax, creo que no se hubiera animado a besarme, y hasta a abrir la boca para dejarme acariciar su lengua con la mía. En ese momento me sentía como una perra enseñando a su cachorro a andar, hasta que noté que tomaba la iniciativa de cambiarme de posición y que me quería poseer por detrás.

Por mí, perfecto. Yo estoy por la variedad, y en este caso el resultado fue muy gratificante. Roberto resoplaba detrás de mí, y sus embates eran fuertes pero no tanto como para causarme molestias. Solamente me daba placer y yo quería comprobar si el también lo estaba pasando bien. Me di vuelta para mirarlo a los ojos, y sí. Lo estaba pasando muy bien. Lo besé y tal vez no debí hacerlo, porque eso desencadenó un torrente

que sentí dentro de mí como las cataratas del Niágara, y que duró más de lo que yo estaba acostumbrada a que durara. No es que me queje, de ninguna manera. Solamente lo hago presente.

En ese momento me quise morir. Cómo podía ser tan imbécil, y cómo ese cuerpo mío, que me servía tan bien para otras cosas, especialmente en el departamento cerebral, me podía dejar en la estacada de esa manera. Estaba comenzando a penetrar en el Paraíso cuando un ángel me besó y me tuve que correr dentro de él. Es que no podía ser más ridículo. Además, al hecho de que no había conseguido aprovechar al máximo la posibilidad de gozar del sexo en toda su extensión, se sumaba mi sospecha de que esta sería una experiencia única y que no habría otra opción de resarcirse y de dejar una mejor impresión.

Como la hoja de la guillotina, que descendió para decapitar definitivamente mis esperanzas, sonó el teléfono.

—¿Dígame? —respondió Silvia, sentada desnuda a mi lado.

El resto del diálogo fragmentado me llegó a mis oídos como el repiquetear del tambor que precedía a los condenados a muerte en su camino al cadalso.

—Hola... ¿Cuándo regresas...? Ah, bien, te iré a buscar... Bien, ¿cómo quieres que esté...? Por supuesto que estoy sola, ¿qué te has creído...? ¿No me crees? Pues haces bien. Te he engañado, estoy con un tío buenísimo que me ha cepillado gloriosamente, y enseguida me lo tiro de nuevo. ¿Te parece bien ahora?

Silvia rio con franqueza. Todo esto era una broma. Estaba contándole la verdad a su amante, como si le estuviera contando una mentira. ¿Qué mejor manera de salvar cualquier responsabilidad? Y ese tío que la había cepillado tan gloriosamente ya podía irse a tomar vientos porque había cumplido con su labor, y no con demasiados honores tampoco.

Guardé silencio. Yo nunca he sido un hombre de reacciones airadas, y mucho menos cuando se trata de rebelarse contra un trato que puedo haber merecido. Me habría parecido tan indigno como ponerme a chillar cuando era el último en el colegio al que escogían para jugar en el equipo de fútbol. Los que escogían no tenían culpa. Yo era un paquete. En este caso era lo mismo, por lo visto. No es que yo sea un acomplejado tan militante, pero la llamada me dio el mandoble final para una situación que no sabía muy bien cómo interpretar. Si no la hubiera escuchado, me habría ido a casa con la sensación de haber tenido una buena sesión de sexo con la mujer más guapa de la cantina de enfrente de la Uni, e incluso creyendo que le había provocado un orgasmo. Ahora, sin embargo, el que se había visto reducido a la categoría de pasatiempo era yo.

Pero, un momento. Y si no era yo el pasatiempo, ¿se suponía que tenía que ser ella? ¿Qué derecho tenía yo a tratar de hacer valer mi superioridad intelectual —indiscutible— para aprovecharme de su superioridad física —todavía más indiscutible— y después

dejarla en dique seco, tal cual ella estaba haciendo conmigo? ¿O no era eso lo que había pensado? Anda que se siente chungo cuando uno está a este lado, pensé.

Pero yo la comencé a amar antes de haber venido a su casa. (Excusa barata). Cuando vine ya me atraía su persona y no solamente su... (No te lo crees ni tú). Joder, si uno va a perder hasta las discusiones consigo mismo, estamos pero que muy mal. Ahora ni yo mismo voy a creer que estaba enamorado como lo estaba de una mujer desconocida, que cuando la empecé a conocer ya me empezó a decepcionar, a pesar que no esperé nunca nada de ella.

Pobre. No decía nada pero yo podía ver como su cabeza era un galimatías de tres pares de cojones. Me empecé a sentir mal después de haberlo hecho testigo de mi conversación, pero no era mi culpa. Simplemente estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

—Ese era Guido —dije mientras desconectaba el celular.

—Ajá —respondió.

—Es el responsable de la decoración de este lugar —agregué.

—Qué bien —dijo Robert—. Muy buen gusto.

—Claro —dije—, como que es gay. Además un gran artista.

—¿Tu amante es gay? —preguntó Robert.

—Es mi conviviente, no mi amante —aclaré—. Vive aquí por un tiempo, mientras remozan el apartamento de abajo, donde viven dos amigos suyos. Se quedará aquí hasta que esté listo, y después que se mude se pondrá a buscar un lugar definitivo donde vivir. Ya sabes cómo está el problema con las viviendas aquí.

Roberto mantenía un pequeño cojín cubriendo sus genitales, y seguía lo que yo le contaba con una avidez mezclada con estupefacción. Algo le estaba rondando por la cabeza que ni siquiera un científico como él era capaz de comprender, al parecer. Yo, como no tengo ninguna obligación de tener una mentalidad analítica, seguí adelante con lo presupuestado sin hacerme mayores problemas.

Todavía estaba desnuda y deambulaba sin pudor alguno, totalmente ajena a todo lo que había ocasionado en una mente tan inestable como la mía. Por mi cabeza había pasado el suicidio, el convento, el exilio y la carrera política para tener la posibilidad de joder a todo el mundo, con la velocidad de una película rebobinada. Ya no sabía quién era, hacia dónde iba y cuál era el sentido de estar en este mundo, en pelota picada con un cojín cubriéndome las vergüenzas.

La explicación final me había dado una cierta placidez, pero todavía no sabía por dónde iba a salir todo después que las cosas se hubieran aclarado. Y lo difícil de esperar

que las cosas se aclararan era que no había cosas que aclarar. Lo que yo había buscado era un polvete urgente con una chica que, al parecer, estaba dispuesta a dar el salto, y ya estaba todo concluido. Era verdad que no había que poner bueyes detrás de carretas, porque no había ni bueyes ni carretas. Fui por lana y salí trasquilado, por más que se me haya salido un «Te amo, Silvia», con la boca llena con un croissant.

—¿Es verdad que me amas? —preguntó Silvia.

Yo creo que lo hizo a posta, para demostrar una vez más que las mujeres nos leen los pensamientos.

—¿Por qué me lo preguntas ahora? —dije.

—Porque es el mejor momento para hacerlo —respondió—. Ya has tenido lo que querías, ya sabes que no tengo compromiso y corres el riesgo de transformarte en uno; ya me conoces más íntimamente y tienes claro que fuera de lo que ves —y señaló su cuerpo desnudo—, de mí no tendrás mucho más. Y la gente no puede andar por la vida sin conversar, y sin compartir gustos ni intereses.

Maldita muchacha. Tenía razón, pero me estaba planteando el problema cuando creía que yo ya estaba lo suficientemente satisfecho para aceptar de inmediato su teoría. Ya se sabe, después de la cama, la pasión se desinfla. Pero ahora y conmigo se equivocaba. Si lo estaba haciendo para probarme, se había pifiado violentamente. Yo la amaba. La amaba más que nunca. No quería dejarla nunca más. Estaba loco por ella. Si me abandonaba, me iría a la Legión Extranjera.

Por lo visto, este tío no me lo iba a poner fácil. Ya toda la ternura que había sentido por él se estaba transformando en inquietud por que las cosas se salieran de quicio. Todo lo que le dije era verdad. Además para ambos. Yo tampoco veía un futuro demasiado promisorio escuchando ecuaciones, conversando de filosofías profundas y oyendo esas pijadas del Stockhausen ese, que no las entiende ni su padre. No sabía si Roberto tenía esos gustos, pero podía explicarme que los tuviera. En mí no había ninguna posibilidad.

Lo único que nos unía ahora mismo era la cama, y esa opción era tan disfrutable como útil para tomar una decisión definitiva.

—Escuchaste que le dije a Guido que después de conversar con él te iba a volver a tirar, ¿no?

—Si —dijo tímidamente Roberto.

—¿Me vas a dejar como una mentirosa? —sonreí.

—No —sonrió de vuelta.

El cojín saltó por los aires y dejó al descubierto un miembro en posición de combate, que procedí a introducir en mis fauces y darle su merecido. No tardó mucho en tomarme en sus brazos, besarme con furia y lanzarme de espaldas en el sofá para poseerme como un

hombre de las cavernas. El intelectual refinado poseyendo como un primate a la mujer rústica. El mundo al revés, los papeles cambiados.

Cuando después de lo que pareció una eternidad, pero no fue más de una hora, lo sentí desbocarse en mi interior, me abracé a él con ardor y esperé que nuestro orgasmo común se calmara. Nos besamos. Ya habíamos regresado a la realidad. Él volvía a ser el intelectual y yo la tosca.

Y el beso era el mismo. Complicada señal. Esto había que estudiarlo con calma.



Estos dos están hechos el uno para el otro, aunque todavía no se han dado cuenta. Yago arrastra una culpa que no debería llevar, y que lo ha empujado a alejarse de su familia y amigos. Estoy convencido de que Belén, con su carácter, es ahora mismo la única mujer que puede lograr sacarlo del pozo en el que está. Y Belén está sola, aunque no quiera darse cuenta; necesita una familia que la arrope, que la mime: un lugar al que pertenecer y en el que se sienta querida de nuevo.

Mi misión es hacer que den los primeros pasos hacia una relación que los catapultará hacia una plenitud que ninguno de los dos conseguirá por separado.

—Pero... ¡Será posible la tía esta! —exclamó Yago.

Cada tarde, cuando llegaba de trabajar, se daba una ducha fría para refrescarse y salía al pequeño jardín cercado que tenía en su casa. Vivía en los bajos de un edificio de nueve pisos que había alquilado hacía menos de seis meses. Aquel jardín, con su césped artificial y un seto rodeándolo proporcionándole privacidad, se le había antojado perfecto para relajarse y desconectar de su rutina diaria. El resto de la vivienda no era nada del otro mundo, pero aquel trocito de verde inmaculado, aunque no fuese auténtico, le pareció una especie de oasis de paz en mitad de la locura que era Barcelona.

Y la vecina del primero tenía que joderle siempre los minutos que, en aquel verano caluroso y agotador, dedicaba a tumbarse en la hamaca para leer un rato a Dashiell Hammett mientras el sol iba ocultándose y el día se terminaba para dar paso a la oscuridad.

¿Que cómo lo hacía? Llenándole el jardín de ropa interior.

Bueno, no se lo llenaba exactamente, pero cada tarde, cuando salía, se encontraba dos o tres bragas (una vez incluso había un sujetador), de aquellas tentadoras, suaves, llenas de encajes y transparencias.

Yago sospechaba que lo hacía a propósito. Una mujer de su edad (28—30 años como mucho), no era una candidata al Párkinson, la única excusa que podría ser creíble para que desde el día en que se cruzaron en el portal y se presentó, se encontrara con aquella decoración esparcida por su césped.

La muy zorra lo estaba acosando. Y él estaba ya hasta las narices..., por no decir que estaba excitado, calenturiento y muy, muy necesitado de compañía femenina. Desesperado, debía admitir, para empezar a considerar seriamente ir a buscar a una mujer que no conocía de nada, plantarle las bragas delante de los morros, y después asaltarlos con uno de esos besos devastadores que, decían, él sabía dar tan bien. Una mujer que

podía ser una loca psicópata y peligrosa.

Se rio de sí mismo mientras recogía las dos muestras de hoy. Una era de encaje, en forma de pantaloncito corto (*¿culotte*, se llamaba? No estaba seguro), con una abertura delantera que se cerraba con una cinta de raso; provocadora, sexy, una de aquellas bragas que gritaban a los cuatro vientos «esta nena quiere mandanga». La otra era blanca, casi inocente, con un pequeño volante en la parte delantera de las piernas, y precisamente por esa pureza virginal que aquella prenda destilaba, la hacía aún mucho más sexy que la roja.

Pureza virginal. Sus labios se curvaron en una media sonrisa bastante cínica. Dudaba mucho que la vecinita del primero fuera virgen. ¿A esa edad y tan...? ¿Tan qué? Porque no era un bellezón, aunque tampoco podía decir que fuese fea. Alta, pelirroja, con unos ojos verdes que brillaban siempre con diversión, y el rostro salpicado con algunas pecas que le daban un aire de niña traviesa. No, nada de virgen: estaba seguro de que aquella mujer tenía una vida sexual muy activa, y que tendría una multitud de tíos que la rondaban esperando una oportunidad.

Entonces... ¿por qué se empeñaba en tirarle las bragas al jardín? Joder, ni que él fuese David Bisbal.

Sostuvo las bragas en las manos durante unos minutos, indeciso. Hasta aquel momento se había limitado a meterlas en el buzón del primero primera, que era donde vivía ella, suponiendo que así las recuperaba y que, de paso, le enviaba el mensaje de que no le interesaba lo más mínimo tener nada con ella. Pero no parecía darse por enterada, porque insistía e insistía día tras día. Bastante cansina, la chica.

Quizá era hora de subir y pedirle explicaciones.

—¡Buenas tardes, Yago!

Se sobresaltó al oír aquella voz. Se giró hacia el seto que lindaba con el jardín de su vecina Paulina, doña radio patio, manteniendo las manos a su espalda para que no viese la lencería que sostenía. Estaba seguro de que si veía ni que tan siquiera fuese un resquicio, a los pocos minutos correría por el barrio el bulo de que él era un perverso... o algo peor.

—Buenas tardes, Paulina. ¿Qué tal está hoy?

La mujer, de unos cincuenta años, sonrió con esos labios exageradamente pintados, y se atusó ese pelo lleno de rulos que, de tanto teñirlo, había perdido vigor y gracia.

—Ayyy, gracias por preguntar, hijo. Algo fastidiadilla aún, pero mejor. El verano no es bueno para mis piernas. ¿Vas a sentarte a leer un ratín como cada tarde?

—Eso pensaba hacer, Paulina. Aunque me he dejado el libro dentro de casa. — Sonrió, curvando los labios en una pose seductora, mostrando la dentadura perfecta y resaltando los hoyuelos que, sabía, volvían locas a las mujeres. Incluso a las que eran como su vecina de al lado. Sobre todo, a las que eran como su vecina de al lado.

—Yo voy a echarme en la tumbona un rato, hijo, a ver si manteniendo las piernas en alto media horita se me baja la hinchazón. Y voy a tomarme un té bien fresquito. ¿Te

apetece un vaso?

—No, gracias. No se moleste.

—¡Si no es molestia, hijo! Lo tengo aquí mismo.

—De verdad, no es necesario —insistió mientras caminaba de espaldas hacia la puerta, con las bragas bien escondidas. Si la mujer se empeñaba y se veía obligado a coger el vaso, ¿dónde coño iba a ponerlas para que no las viese?— Además, tengo que entrar a por el libro. ¡Anda! —exclamó de repente, girando la cabeza hacia el interior de su vivienda—. El teléfono —mintió—. Voy a contestar. Nos vemos luego, Paulina. Disfrute de su media hora.

—Estos jóvenes —la oyó refunfuñar mientras se retiraba del seto, pero el resto de la frase se perdió cuando entró dentro de su casa y suspiró, aliviado. Estaba rodeado de locas.

Belén maldijo cuando salió a la pequeña terracita para recoger la ropa que había tendido por la mañana, antes de irse al trabajo, y se dio cuenta que volvían a faltarle dos bragas.

—Miau, eres un cabroncete, ¿lo sabías? —le dijo al gato que la observaba con atención sentado como si fuese una figurita de porcelana, sobre la mesita de mármol y hierro forjado. El pequeño tendedero que tenía en la parte exterior de la baranda era el patio de juegos particular de su mascota, que desde hacía dos meses se dedicaba a pasear por ella cada vez que le apetecía como si fuera un funambulista en la cuerda floja, aflojando las pinzas con sus patitas. Lo que no entendía era por qué siempre tenía que caer su lencería.

Había intentado impedir que lo hiciera cerrando la puerta de la terraza, entre otras cosas porque tenía miedo que cayera y se hiciese daño, aunque decían que los gatos siempre caen de cuatro patas. Pero a su gato no le gustaba estar encerrado, creía que el balcón era su reino particular, y se vengaba de ella abriendo la puerta de su dormitorio (el muy cabrón había aprendido a hacerlo), y dejándole un «regalito» en forma de excremento, sobre su cama. Gato asqueroso.

Miau era su «más mejor» amigo desde que lo había recogido de la calle, un cachorrito todo pelo y huesos que se le acercó con cara de pena y un maullar afónico, hacía ya seis años. Lo había llevado al veterinario y se había gastado una pequeña fortuna porque el animalito estaba deshidratado y desnutrido, lleno de infecciones y parásitos, y había tenido que dejarlo ingresado varios días hasta que se recuperó.

—Y así me lo pagas, mala gente —masculló mientras se asomaba por el borde de la barandilla y miraba hacia abajo. Su vecino, Yago «el buenorro», estaba allí, con sus bragas en la mano—. Me cago en... —exclamó mientras se escondía con rapidez para evitar que la viera—. Esta me la pagarás —amenazó mirando al gato y señalándolo con el dedo.

Miau se limitó a levantar una patita y empezar a limpiarse la cara con una actitud digna de una diva de Hollywood—. Menos mal que se limita a dejármelas en el buzón. El día que decida subir a dárme las en mano, te llevaré al veterinario para que te capen.

—Miau —contestó el gato, y de un salto se bajó de la mesa y entró en el piso, caminando con toda la parsimonia del mundo hacia la cocina, donde tenía su plato con comida y su tazón con agua fresca y limpia.

—Te odio.

Se dejó caer en una de las sillas, también de hierro forjado como la mesa, y que compró en un arrebato un tanto absurdo en Ikea. Suspiró y se miró las manos, impaciente. De ninguna manera iba a asomarse para recoger la ropa mientras él estuviera allí. Iba a esperar a que entrara en su casa, deseando con fervor que no tardase mucho: era viernes, sus amigas iban a pasar a buscarla en menos de dos horas, y aún tenía que prepararse.

—¡Buenas tardes, Yago! —oyó. Vaya por Dios. La cotilla mayor del reino había salido al jardín e iba a entretenerlo. De repente abrió mucho los ojos y se tensó. ¡Él tenía sus bragas en la mano! Madre del amor hermoso, madre del amor hermoso. ¿Y si las veía y las reconocía? Esa mujer era como un agente de la CIA entrenada, con memoria fotográfica a la que no se le escapaba ningún detalle, y había visto sus bragas colgadas durante todo el día. ¡Sabría que eran de ella!

Se asomó levemente, sin levantarse, dejando que solo la frente y los ojos fueran visibles, rezando para que ninguno de los dos mirara hacia arriba. Suspiró de alivio. Su vecino Yago las tenía escondidas a la espalda, fuera del alcance de la vista de doña «Sálvame de luxe».

Se echó hacia atrás de nuevo, aliviada, y en vistas de que iban a mantener una conversación que podía alargarse, decidió meterse en la ducha y ya recogería la ropa más tarde.

Yago entró en casa huyendo de Paulina. No había terminado de decidir si la mujer le daba risa, lástima o miedo. Iba siempre tan pintarrajeada que parecía un payaso, pero en sus ojos a veces se veía una tristeza tan golpeadora que no quería ni saber a qué se debía.

Todos tenemos nuestras tragedias, pensó resignado.

Una vez dentro volvió a mirar aquellas bragas que, desde su mano, lo desafiaban. Pero, ¿a qué? ¿A subir y enfrentarse a su vecina de arriba? ¿O a subir y dejarse llevar con la vecina de arriba? Al fin y al cabo, aquello era una invitación en toda regla, ¿no?

Las dejó caer sobre la mesa de café y se fue hacia la cocina. Necesitaba tomar algo fresco, preferiblemente una cerveza. Abrió la nevera y cogió un botellín bien fresco, helado casi, lo abrió y se bebió la mitad de un trago.

Aquel día había sido especialmente agotador en el estudio de arquitectura donde trabajaba. El proyecto para el que lo habían contratado seis meses atrás estaba llegando a

su fase final, y todos estaban de los nervios. Era una empresa aún pequeña pero que estaba empezando a dar que hablar, y si aquello salía bien, podría representar un salto importante en su proyección a un nivel que ni siquiera se habían planteado.

Estaba muy estresado por la responsabilidad, y lo que menos necesitaba era que una chiflada viniese a perturbar el único lugar en el que podía relajarse: su casa.

Subiría, decidió, y le cantaría las cuarenta a la vecina de arriba.

Cogió las llaves y salió decidido. El «cling» del ascensor anunció que estaba a punto de abrir sus puertas y apareció Elva, la vecina del sexto. Se había pasado días como un alma en pena a causa de la traumática ruptura con su ex, Carlos. Yago no sabía bien qué había pasado entre ellos porque no tenía mucho interés en los cotilleos vecinales, por mucho que Paulina se empeñaba en ponerlo al corriente cada día. Pero esta vez Elva parecía radiante, feliz, y además iba arrastrando una maleta.

—Ey, vecina, ¿de viaje?

Ella lo miró con unos ojos radiantes y asintió mientras salía del ascensor.

—A Madrid —confesó—. Me he dado cuenta de que la vida es demasiado preciosa como para dejarla pasar lamentándonos de las cosas malas que pone en nuestro camino. ¡Me voy a conocer a Helena Carsham!

Yago sonrió como si tuviera alguna idea de quién era esa mujer, pero vista la alegría de Elva por conocerla, decidió que era mejor no preguntar. Parecía realmente feliz, olvidada ya la mala experiencia.

—Pues me alegro por ti. Estás mucho más bonita cuando sonríes, ¿sabes?

Elva se sonrojó por el cumplido y sonrió con timidez.

—Gracias, Yago. ¡Nos vemos a la vuelta!

—¡Buen viaje! —se despidió viéndola partir, y entró en el ascensor.

Belén había salido de la ducha y estaba preparando el secador, cuando oyó el timbre de la puerta. «¿Ya están aquí?» se extrañó. Eva y María, sus amigas, nunca llegaban antes de la hora que habían quedado, y mucho menos subían hasta el rellano. Siempre la llamaban por el telefonillo, gritando como locas, y la esperaban en el coche, con la música a todo volumen y desgañitándose cantando; a no ser que Óscar, el de mantenimiento, anduviera por ahí. En ese caso perdían el culo por entretenerlo, dirigiéndole miraditas picaronas y sonrisas tontas, como adolescentes, porque había que admitir que el tío estaba cañón. «Absurdas inmaduras», pensó sonriendo con cariño, mientras atravesaba el comedor, con una toalla rodeando su cuerpo como única vestimenta.

Pero cuando abrió la puerta no se encontró con sus amigas, sino con el vecino de

abajo, alto, imponente, con esos ojos grises que parecían taladrarla. Él no dijo nada; se limitó a extender la mano y dejar colgando ante sus narices las dos bragas que el traidor de Miau había tirado en su jardín, mientras fijaba los ojos en sus tetas, que estaban a punto de asomar irreverentes por encima de la toalla.

Belén se sonrojó como una grana mientras sujetaba la toalla con una mano para que no se cayera, y no supo qué decir. Alargó la otra para coger la ropa interior, pero él retiró la suya y la escondió detrás de su inverosímil y gigantesca espalda. Alzó una mano para apoyarse en el marco de la puerta y se inclinó hacia adelante hasta que sus rostros estuvieron tan cerca que podía sentir el cosquilleo de su aliento erizándole la piel.

«¡Hija de puta!» exclamó Yago para sus adentros cuando su vecina abrió la puerta llevando encima solo una toalla. El pelo mojado le caía sobre los hombros y había varias gotitas que se habían escapado y se estaban deslizando por su piel, yendo directas hacia el escote. Quedó hipnotizado durante unos segundos por aquellas dos traviesas lágrimas que estaban trazando un camino que se imaginó recorriendo con su lengua, y su polla respondió en consecuencia. «Joder. ¡Mierda!». Se obligó a alargar la mano para mostrarle las prendas provocadoras que había encontrado en su jardín, y la vio sonrojarse como si fuera una señal de peligro.

No pudo resistirse. Hacía tanto tiempo que no jugaba al coqueteo con nadie...

Puso la mano en el marco de la puerta, y se inclinó hasta casi rozar su rostro. Vio como ella abría los ojos desmesuradamente, y titubeaba entre cerrarle la puerta en las narices, ponerse a gritar o salir corriendo. Y por puro instinto, dejó salir esa sonrisa arrebatadora que derretía rodillas y deshacía cerebros.

—Todo esto —dijo, alzando de nuevo la ropa interior—, ¿es una invitación?

Belén boqueó cuando lo tuvo tan cerca, y su cerebro colapsó sin saber qué hacer. Y entonces, sonrió. Sonrió de una manera que la dejó pasmada, aturrida, patidifusa y asombrada. Pero sobre todo, cabreada. ¿Qué coño se había imaginado este Don Juan de chichimeca? ¿Que le tiraba sus bragas como insinuación? ¿Que quería follárselo?

Esta vez enrojeció de pura ira.

—Ni invitación ni ocho cuartos —soltó agriamente, entrecerrando los ojos y recuperando la compostura—. ¿Quién te crees que eres? ¿David Gandy? Dámelas, por favor.

Sí, no debería haber soltado eso en un tono tan antipático y borde, teniendo en cuenta que el tío era una torre de asalto y ella no llegaba a taburete, y que si se negaba a devolverle su ropa interior, poco podría hacer para obligarlo. Pero el tono tan pedante y autosuficiente con que soltó el «¿es una invitación?», le revolvió las entrañas. Odiaba a los tíos guapos que sabían que lo eran, y se aprovechaban de ello.

—¿Me vas a decir —susurró acercándose más—, que tus bragas se caen cada día en mi jardín por arte de magia?

—No. Se caen por arte del estúpido de mi gato —contestó con fiereza, mirándolo directamente a los ojos a pesar de que tuvo que levantar la cabeza hasta hacerse daño en las cervicales para conseguirlo. ¿Dónde estaban unos buenos tacones cuando más los necesitaba?

¿Su gato? Yago titubeó. Por un momento pensó que era una estúpida excusa que había puesto porque era lo primero que se le había ocurrido, avergonzada por la situación. Pero entonces oyó un «¡miau!» que venía del interior de la vivienda.

—Ahí tienes al culpable —dijo Belén mirándolo fijamente, mientras el gato hacía acto de presencia y caminaba con parsimonia hacia ellos. Se sentó y empezó a lamerse y lavarse la cara, como si todo aquel lío no lo hubiese provocado él.

—¿Cómo...?

—Tiene la mala costumbre de pasearse por el tendedero —explicó, sonriendo con malicia—. ¿Qué te habías creído? ¿Que una mujer como yo ha de urdir planes maquiavélicos y estúpidos para ligar con un tío como tú? ¡Ja!

Yago sintió que el suelo se abría a sus pies y estaba a punto de tragarlo. Ojalá. Permaneció allí con la sonrisa congelada en los labios y la sorpresa pintada en el rostro. ¿Tanto tiempo hacía que no salía con mujeres, que había perdido su sexto sentido? Se puso tieso como un palo, la columna casi crujiéndole por la tensión, y no supo qué decir.

—Yo... er... verás... —balbuceó. Belén lo miró y de repente se echó a reír, y le tocó a Yago ponerse rojo como un escolar pillado haciendo algo malo—. Tampoco hace falta que te rías —gruñó, y ella se rio aún más fuerte. Esperó durante unos segundos a que se calmara, pero cuando vio que el ataque de risa iba para largo, le cogió la mano, le puso las bragas en la palma, y se marchó echando humo por las orejas.

Belén lo vio irse hecho un basilisco, dando zapatazos contra el suelo, e inclinó la cabeza sin dejar de reír para poder observar con detenimiento esos glúteos firmes que se adivinaban bajo la tela del pantalón vaquero.

Cerró la puerta y se hostió figuradamente por haber sido tan borde. Tenía un problema y lo sabía: cuando se sentía emocionalmente amenazada por un tío, sacaba su lado más cínico y lo vapuleaba. Yago no había hecho otra cosa que intentar entrarle, imaginando, equivocadamente, que ella lo había estado provocando. Podría haberle dado una explicación de una forma más amable, sin atacarlo verbalmente y sin dejarlo en ridículo. O por lo menos, cuando lo vio avergonzado, debería haberle quitado hierro al asunto en lugar de pisotearlo.

Se había comportado como una bruja y debería disculparse.

Yago bajó los escalones de dos en dos y al final, se tropezó con Óscar, el de mantenimiento, que iba como siempre cargando con su caja de herramientas y caminaba despistado.

—Lo siento, tío —le dijo, y siguió caminando hacia la puerta de su casa.

—La del primero es todo un carácter, ¿verdad? —dijo Óscar a su espalda.

—¿Perdona? —Yago se había girado con las llaves en la mano y lo miraba interrogante.

—Belén, la que vive encima de tu casa. Tiene un genio de mil demonios, aunque no me extraña.

—¿La conoces bien?

Óscar se encogió de hombros y sonrió con picardía.

—A sus amigas les gusta perder el tiempo conmigo cuando vienen a buscarla, y hablan por los codos. Creo que intentan que le pida una cita, aunque a mí no me interesa.

—¿Por qué? ¿Tiene algo malo? —La pregunta salió de sus labios sin tan siquiera habérsela planteado, pero una vez estuvo dicha no había manera de retirarla.

—Naaaah —contestó mientras se cambiaba la caja de herramientas de una mano a la otra—. Es una tía cojonuda, pero nunca mezclo negocios con placer, ya me entiendes. Empiezas a salir con una vecina, y al poco tiempo ya se cree con derecho a exigirte que le desatasques las cañerías en cualquier momento del día.

Se rio de la estúpida broma que había hecho y se giró para subir. Puso un pie en el primer escalón, se detuvo, se rascó el mentón, y se giró para mirar a Yago con un brillo un tanto extraño en los ojos.

—¿Sabes una cosa? Belén es una tía legal que se merece un tío legal. Detrás de esa fachada de macarra que a veces se pone, hay una mujer vulnerable, y yo la aprecio mucho. Me molestaría de una forma que no puedes ni imaginarte, que un tío inmaduro que no sabe lo que quiere, le hiciera daño. Por otro lado, si ese tío mirara en su interior y decidiera olvidarse de su pasado y dar un paso hacia el futuro... —Le señaló con un dedo, y Yago sintió como una descarga eléctrica a la altura del corazón—. Digamos que tendría en mí a su más fiel aliado.

Le guiñó un ojo, y entonces sí se giró y subió por las escaleras a buen paso, dejando a Yago completamente aturdido por sus palabras. ¿A qué habían venido? ¿Y cómo sabía que él...?

Sacudió la cabeza, intentando aclarar su mente, mientras se frotaba el pecho, donde notaba una ligera quemazón. No sabía cómo el de mantenimiento sabía nada de él, pero había acertado en la diana de pleno, y entró en su casa recordando claramente por qué había venido a Barcelona.

Óscar subió las escaleras con una sonrisa satisfecha en los labios. Estos dos estaban suponiendo todo un reto para él. Dos meses hacía que había convencido al gato para que se paseara por las cuerdas del tendedero, algo que le costó una buena parte de su paciencia porque el animal era bastante testarudo, y ¡por fin! Yago se había decidido a dar el primer paso. Era el momento de seguir con su plan, y hoy viernes, un día en el que indefectiblemente Belén salía siempre de copas por la noche, sería el día perfecto.

Llamó a su puerta y ella abrió de golpe, con una sonrisa en los labios, como si estuviera esperando a otra persona. «A Yago», se regocijó Óscar. Cuando lo vio a él, esa sonrisa se convirtió en una mueca de decepción.

—¿Pasa algo, Óscar?

—¿No me has enviado un mensaje diciendo que tenías problemas con un escape de agua? —preguntó con cara de inocente.

—¿Un mensaje? No. ¿Por qué?

Óscar se encogió de hombros. Sacó el teléfono del bolsillo y lo miró, ceñudo.

—Perdona, ha sido Lucía. Me confundí —mintió. Se dio media vuelta pero antes de que Belén cerrara la puerta, giró la cabeza y la miró con intensidad—. No es un mal tío; Yago, quiero decir. Lo ha pasado muy mal durante estos dos últimos años, desde que su novia... —Se interrumpió, como si dudara entre contárselo o no—. Bueno, supongo que no es asunto mío. Buenas tardes, Belén.

La saludó llevándose dos dedos a la frente y después la apuntó con ellos, simulando disparar con una pistola imaginaria, y subió las escaleras con paso rápido. Belén se entretuvo en admirarlo. «Qué bueno está, el jodío. Hasta se parece un poco a Alex Pettyfer», pensó mientras cerraba la puerta. «¿Por qué me habrá dicho eso de Yago?». Sacudió la cabeza y se fue hacia el dormitorio para seguir vistiéndose. Sus amigas llegarían en un pis pas y no quería que tuvieran que esperarla.

Mientras, Óscar estaba satisfecho con su trabajo. Sus flechas habían dado en la diana en ambos casos, así que estos dos no tenían escapatoria. La única duda era si tendrían el valor suficiente como para dejar sus miedos de lado y lanzarse en brazos del otro.

A la una de la madrugada, después de haber cenado por ahí y visitado un par de bares de copas, Belén y sus amigas aterrizaron en el Hysteria, la discoteca de moda de la ciudad.

—¿Está Óscar en la entrada? —preguntó Eva sacando la cabeza fuera de la interminable fila que había para entrar.

—Siempre está a esta hora —replicó Belén sin mucho entusiasmo. Estaba un poco mosca con él, por lo que le había soltado de Yago. O mejor dicho, por lo que no le había contado, dejándola con una frase referida a una supuesta novia, en suspenso. «Desde que

su novia, ¿qué? —se preguntaba una y otra vez—. ¿Desde que lo había dejado? ¿Puesto los cuernos? ¿Qué, maldita sea?».

Cuando por fin les tocó entrar, Belén se entretuvo unos minutos intentando convencerlo para que le contase lo que «no era de su incumbencia», pero el obstinado rubio no soltó prenda ni cuando lo amenazó con reventar la caldera de la calefacción que había en el sótano y encerrarlo allí cuando fuese a repararla.

Sus amigas la notaron rara durante el resto de la noche, pero la conocían bien y sabían que como insistieran para que les contara qué le pasaba, lo único que iban a conseguir era que las mandara a la mierda y se largara a casa, dejándolas plantadas; así que hicieron lo único que sabían podían hacer cuando estaba con un humor de perros: emborracharla.

Después de varios cubatas, Belén vivía en un mundo de nubes flotando, pero el momento más surrealista de la noche fue cuando le pareció ver a Óscar llevando a su vecina Lucía colgada del hombro como si fuese un saco de patatas, mientras ella pataleaba y gritaba que la bajara. Parpadeó varias veces sin saber si aquello era real o se lo estaba imaginando, y después le dio por reír como una tonta. Vamos, que si la llevara a ella en esa posición, no podría aguantarse las ganas de meterle las manos por dentro del pantalón y tocarle aquel precioso culo. Porque qué culo tenía el condenado...

A las cinco de la madrugada, con un pedo digno del Libro Guinness de los records, Belén volvía a casa. Canturreó por el camino que llevaba hasta la puerta del edificio, y miró de reojo hacia la derecha, donde estaba el seto que rodeaba el jardín que pertenecía a los bajos donde vivía Yago.

Se había pasado toda la noche dándole vueltas y más vueltas, sabiendo que debía disculparse con él, pero resistiéndose a ello. Al fin y al cabo le había parecido un prepotente, y su abuelo siempre le había dicho que la primera impresión que te daba una persona, era la que contaba. Claro que tres de sus novios le habían dado buena impresión al principio y habían terminado siendo unos capullos de cuidado...

Mientras buscaba las llaves dentro del bolso, (esas malditas llaves que siempre, irremediablemente, se escondían en los lugares más inverosímiles), oyó algo que provenía del otro lado del seto. Al principio le pareció un murmullo, y después un maullido ahogado, y todas las alarmas se dispararon. ¿Y si Miau se había caído? Sabía que esa estúpida manía suya de hacer funambulismos por las cuerdas del tendedero, no le traería nada bueno.

Podría entrar, llamar a la puerta de Yago y pedirle que lo comprobara, pero después del numerito que le había montado por la tarde no le parecía buena idea, sobre todo si después resultaba que Miau no estaba allí. Sería mejor que subiera a su casa y comprobara si su gato estaba sano y salvo o no, y después ya vería.

Entonces oyó otro sonido, y esta vez lo identificó sin problemas: era un gemido humano, como si alguien estuviera sintiendo mucho dolor.

Se quitó de encima la indecisión con la misma resolución que los zapatos de los pies, y descalza, se encaramó por la pared baja y saltó por encima del seto. Le costó varios intentos porque la borrachera y la minifalda que llevaba no ayudaban mucho, y cuando al final lo consiguió, cayó de culo. Se le rompió la minifalda cuando se le enganchó con una de las ramas, y se quedó allí mismo, con un puchero en los labios y sin saber qué hacer, cuando vio a Yago dormido sobre la tumbona, manoteando como si luchara contra alguien y respirando con mucha agitación; hasta que lo oyó proferir otro lamento que le atravesó el alma.

Se levantó con rapidez y se acercó a él. Solo llevaba puesto un bañador tipo bermudas, con un estampado muy tropical, pero no se fijó en el amplio pecho, ni en los marcados abdominales que se estremecían como si estuviera a punto de empezar a sollozar; para lo único que tenía ojos era para el rictus que contraía su rostro, y para el hilillo de sangre que resbalaba entre sus labios, allí donde se había mordido.

Se agachó a su lado y lo tocó en el hombro, con cuidado.

—Yago —susurró, pero él solo volvió a gemir—. Yago —dijo más fuerte, y se revolvió en la hamaca, sacudiendo las manos delante de él—. Me cago en... —. Lo cogió del hombro y lo sacudió con fuerza—. ¡Yago!

Él se incorporó como un resorte, golpeándola sin querer con la mano en el rostro. Puso ambos pies en el suelo, uno a cada lado de la tumbona, y miró, aturdido, a su alrededor.

Belén se había vuelto a caer de culo, y se había llevado la mano a la boca, donde él la había golpeado. Cuando Yago fue consciente de su presencia allí, se envaró y la miró ceñudo.

—¿Qué coño haces aquí? —le preguntó, desabrido.

—Despertarte de una pesadilla, gilipollas. No hace falta que me des las gracias, de nada. Imbécil.

Los ojos de Yago viajaron del rostro de Belén hacia abajo, y se detuvieron justo donde ella estaba mostrando las joyas de la corona. Al caerse de culo se había quedado despatarrada, y en esa postura, la minifalda que llevaba no servía para cubrir nada de nada. Y la muy... llevaba las mismas bragas rojas que le había devuelto tan solo hacía un rato.

—Gracias. Ahora, vete —le dijo levantándose de la tumbona y girándose para que ella no viera la enorme erección que lo había cogido por sorpresa y que era la consecuencia lógica de aquél espectáculo.

—En lugar de preocuparme por ti, debería haberte dejado llorando y gimiendo como un niño. —Intentó levantarse ella sola, pero uno de sus pies descalzos resbaló sobre el césped húmedo por el rocío y volvió a caer—. ¡Aaaag! ¿Me vas a ayudar, o te vas a quedar ahí de espaldas, como un pasmarote?

—Cierra las piernas y te ayudaré —contestó él, y entonces se dio cuenta del

espectáculo que le había dado, enseñándolo todo y, además, ¡llevando las bragas que él le había devuelto aquella misma tarde! «Sabía que era mala idea ponérmelas», pensó, sintiéndose mortificada; pero la verdad era que se las había puesto porque, de alguna manera, la excitó llevar algo que él había tocado con sus manos. «Nunca aprenderé».

—Ya están cerradas.

Yago se giró y se inclinó hacia adelante ofreciéndole una mano, y tiró de ella con tanto ímpetu en cuanto se agarró, que chocaron y se quedaron así, pegados el uno al otro, durante unos instantes que parecieron eternos.

Yago la miró a los ojos y tragó saliva. Se fijó en lo apetitosos que eran sus labios, en lo suave que parecía su piel, salpicada de pecas; en el brillo de aquellos ojos verdes que lo miraban, inquisitivos, como si él fuera un enigma complicado que ella estuviera empeñada en resolver. Y vio cómo se entrecerraban con desconfianza antes de que ella se apartara de un salto y le diera un manotazo en el pecho.

—¡Eres un guarro! ¡Y pensar que yo estaba preocupada por ti! ¡No tenías una pesadilla! ¡Tenías un... un... sueño húmedo! ¡Por eso gemías!

Yago parpadeó confuso una vez más. Aquella mujer estaba a punto de volverlo loco. ¿De dónde había sacado aquella idea tan absurda? No estaba teniendo un sueño húmedo, estaba reviviendo toda la pesadilla del accidente y... Y entonces se dio cuenta que ella estaba mirando fijamente la erección que intentaba, sin éxito, ocultarse bajo el bañador.

—¡Esto es culpa tuya, señorita metomentodo! —gritó señalándola con un dedo—. ¿O crees que un hombre sano no reacciona de ninguna manera cuando una tía buena se espatarra delante de él, enseñándole unas bragas que han estado en sus mismas manos hace apenas unas horas? Y ahora, venga, desfilando hacia tu casita y deja de atormentarme de una puta vez.

Se lo espetó con tanta mala hostia mientras con el brazo extendido señalaba hacia la puerta abierta del jardín, que Belén empezó a caminar hacia la casa de forma mecánica mientras lo miraba con esos sorprendidos y grandes ojos verdes. Cuando la cruzó dirigiéndose hacia la puerta de la calle, Yago soltó una maldición y fue detrás de ella.

—¡Espera! —Belén se giró, y entrecerró los ojos.

—¡Qué! ¿Vas a volver a chillarme? Maldita si vuelvo a preocuparme por ti, pedazo de...

—Gracias. Por despertarme. Y por preocuparte por mí. Y perdona que haya sido tan brusco.

La expresión en el rostro de Belén se relajó; incluso lo miró con algo parecido a... ¿cariño?

—Parecías tener una pesadilla de órdago —le dijo con suavidad. Yago se encogió de

hombros y después se pasó la mano por el pelo.

—Sí, bueno, supongo que sí. —Ni en un millón de años le iba a contar su pesadilla, y mucho menos que en realidad era un recuerdo. Entonces se fijó en su boca. La tenía un poco hinchada, como si alguien le hubiera dado un guantazo—. Eso... —Tragó saliva—, ¿te lo he hecho yo?

—¿El qué? —preguntó, y cuando Yago le señaló la cara, se tocó el labio con los dedos y ahogó un quejido—. Mierda, se ha hinchado. Sí, me has dado con la mano cuando te he despertado. Pero no te preocupes, no es nada.

—¿Que no es nada? ¡Claro que es algo! —Parecía volver a estar cabreado, pero en sus ojos pudo ver que en realidad estaba enfadado consigo mismo por lo que había hecho, aunque fue sin pretenderlo, y también había preocupación, allí—. Ven. —La cogió de la mano y casi la arrastró hasta la cocina. Revolvió en el congelador del frigorífico y sacó una bolsa de hielo—. Ponte esto ahí, bajará la inflamación.

—Y también me dejará la cara insensible —protestó ella, pero la mirada decidida de Yago la convenció de que si no se lo ponía, lo haría él aunque fuese a la fuerza—. Está bien.

Cogió la bolsa de hielo, resignada, y se la plantó en la cara. La verdad fue que la alivió bastante en unos instantes. Yago apoyó el trasero en la encimera y se cruzó de brazos. La miró con fijeza durante un buen rato sin decir nada, y Belén empezaba a ponerse nerviosa y a sentirse muy incómoda cuando, finalmente, habló.

—Siento mucho lo de esta tarde. Me comporté como un gilipollas y me merecía que me trataras como a tal.

—Y tú tenías todo el derecho a pensar que tiraba las bragas en tu jardín a propósito. ¿Cómo podías imaginarte que era el capullo de mi gato?

Yago sonrió ampliamente, y casi se le escapa una carcajada.

—Tu gato tiene tela.

Belén le devolvió la sonrisa durante un instante, hasta que le dolió.

—Ouch.

—Voy a darte un ibuprofeno. —Rebuscó por uno de los cajones hasta que sacó una caja blanca y verde—. Toma. —Le tendió una pastilla y cuando ella la cogió, se giró para llenarle un vaso de agua.

Belén se tragó la pastilla y bebió con ganas. Tenía el rostro medio insensible por el hielo, pero aún sentía algún picotazo de dolor.

—Gracias.

—De nada.

—¿Vas a contarme tu pesadilla?

—No.

La tajante negación no la sorprendió. Yago parecía una de esas personas que se lo guardaban todo para sí mismos, sobre todo lo que era doloroso. «Lo ha pasado mal durante estos dos últimos años, desde que su novia...». Las palabras de Óscar acudieron a su mente, sacudiéndola como un rayo. ¿Tendría esa pesadilla algo que ver con ella? ¿Y qué le había pasado?

—Cuéntamelo —le dijo, decidida, mientras dejaba la bolsa de hielo sobre la encimera.

—He dicho que no. —Yago cogió la bolsa y volvió a colocársela sobre el rostro—. Y deja eso ahí quieto.

—Sólo si me cuentas qué estabas soñando.

—Eres exasperante —masculló él, mirándola con fijeza a solo un palmo de su rostro.

—Ese es mi segundo nombre. —Sonrió con inocencia—. Mi abuelo siempre decía que las pesadillas había que contarlas para que no pudieran volver a atraparte.

—Un dechado de sabiduría, tu abuelo, ¿no? —El desdén en la voz de Yago fue tan evidente que Belén se envaró—. Lo siento —rectificó con rapidez, en cuanto fue consciente de su tono. ¿Por qué tenía que comportarse como un gilipollas con ella? ¡Él no era así!—. Perdona. Solo estoy... cansado, eso, muy cansado.

—Mi abuelo era un hombre maravilloso, que crio él solo a una nieta, yo, que lo quiso con locura y que lo echa mucho de menos, imbécil. —Las lágrimas, incordiantes, no tardaron en acumularse tras sus párpados. Belén odiaba llorar, pero siempre que se acordaba de su abuelo, el hombre que la cuidó cuando su madre murió siendo ella muy pequeña, no podía evitarlo. Y este... imbécil, acababa de menospreciarlo.

—Tienes razón —asintió él, y pareció sincero—. Soy un imbécil, y un boca chancla contigo, y ni siquiera sé por qué. Me pones nervioso, ¿vale? Y estoy a la defensiva todo el rato. Perdóname, por favor.

—Cuéntame tu pesadilla y te perdonaré —le dijo muy seria—. Pero si no lo haces, buscaré una manera de incordiarte mucho más molesta que mis bragas sobre tu tumbona. Te lo prometo.

Lo dijo tan decidida, que Yago supo sin lugar a dudas que cumpliría su promesa, y que eso iba a ser muy, muy malo para él.

—¿Por qué tienes tanto empeño en hablar de algo que no te incumbe? —le preguntó, desabrido, saliendo de la cocina. Ella lo siguió—. ¡No lo entiendo! Hasta hace unas horas ni siquiera sabías que existía, ¡y ahora me estás volviendo loco!

—¡No lo sé! ¿Vale? Es solo que siento... —Se puso la mano sobre el pecho y se lo acarició. Cuando volvió a hablar, su voz era poco más que un susurro—. Me lo dice mi corazón, que sea lo que sea tienes que sacarlo de una vez. ¡Y no me preguntes cómo lo sé!

«Porque ni yo misma tengo ni idea, maldita sea. ¿Por qué me meto en camisa de once varas?»

Al otro lado de la puerta, en el vestíbulo, Óscar sonreía mientras escuchaba la discusión. Naturalmente, nadie más podía oírla. El ser un antiguo dios tenía sus ventajas, y una de ellas era que las paredes no te podían impedir ver y oír lo que querías.

«Vamos, nena», la animó mentalmente. «Vas por buen camino. Oblígalo a que vomite todo el dolor que guarda en su interior, y después... después, cúralo como solo tú puedes hacer».

Yago se la quedó mirando fijamente con esos ojos grises tempestuosos que brillaban con rabia y, sí, deseo. Dio dos zancadas hacia donde ella estaba, la cogió por la cintura en un arrebato, la arrimó a su cuerpo hasta pegarla a él, y se apoderó de su boca con un frenesí que le salió del alma.

Las lenguas chocaron una contra otra, buscándose con desesperación. Yago no podía pensar en nada más que en hacerla callar, y la había besado con la esperanza de asustarla para que se marchase de una puta vez, pero cuando ella le devolvió el beso con la misma ansia, perdió el norte y sus motivos variaron considerablemente. Hacía semanas que la molesta vecina lo traía por el camino de la amargura, deseando lo que no quería anhelar, y soñando con lo que no quería imaginar, y el contacto con aquella lengua traviesa que le estaba explorando la boca con avidez hizo que se olvidase de todo excepto de disfrutar de aquel momento mágico.

Cuando Belén posó las manos en su cintura, sintió un temblor que le empezó en la base de la columna y se extendió por todo su cuerpo; cuando subió las manos por su espalda, muy lentamente, esparciendo ligeras caricias sobre la piel, el temblor se convirtió en necesidad. Empezó a frotarse contra ella mientras sentía cómo su erección crecía a pasos agigantados, y sus manos, temblorosas, se colaron debajo del top para poder acariciar su piel tal y como hacía ella con él. Su olor, su sabor, eran tan exquisitos que sintió que tocaba el mismo cielo en un instante devastador que nunca creyó volver a vivir.

Empezó a guiarla hacia el sofá lentamente sin que ella opusiera resistencia, mientras mordisqueaba sus labios y el mentón, iniciando un viaje por el cuello que lo llevaría indefectiblemente hasta el hombro. Tiró con los dientes de la fina tira que sujetaba el top, y lo hizo caer, siguiendo su camino con los labios hasta llegar al pecho cuya base empezó a acariciar con la mano indiscreta que se había metido por debajo de la prenda. Soltó un jadeo cuando se dio cuenta de que no llevaba sujetador, y de que lo único que lo separaba de su objetivo era una fina tela que no suponía ningún obstáculo.

Bajó el top y sus pechos quedaron al aire, y con un gruñido de triunfo se apoderó de un pezón, lamiéndolo con deleite, jugando con él con los dientes, y chupándolo. Los grititos de placer de Belén, y los movimientos errantes de sus manos, que tiraban de él e

intentaban apartarlo al mismo tiempo, le decían claramente cuánto estaba disfrutando en ese momento.

Llegaron al sofá y Yago se inclinó hacia adelante, sujetándola a ella para que no cayese, depositándola con suavidad sobre el mullido mueble. Bajó una mano y se apoderó de su esbelta pierna, a la que obligó sin mucho esfuerzo a doblarse y a rodearle la cintura. Belén se había asido de su pelo, y tironeaba de él mientras gemía. Yago se frotó de nuevo contra ella, sintiendo su centro húmedo y expectante a pesar del bañador y de las bragas. Deslizó la mano por la pierna hasta llegar allí, y la acarició con los dedos. Ella dio un grito entrecortado y sus caderas se impulsaron hacia arriba, buscando un contacto más firme con aquella mano intrusa que se deslizó bajo su ropa interior y se perdió en la humedad de su vulva.

De repente se puso rígida, sus ojos se abrieron desmesuradamente y empezó a golpearlo en el pecho mientras gritaba «¡No! ¡No! ¡Basta!». Yago se apartó ligeramente de ella sin levantarse y la miró con los ojos perdidos por la confusión. Ella se revolvió, intentando salir de debajo de él, empujándolo sin que su fuerza fuera suficiente para apartarlo. Yago resoplaba con dificultad, como si se ahogara, y de repente, en un enorme esfuerzo de voluntad, se levantó y se apartó del sofá, dándole la espalda, apoyándose en la pared contraria con las manos y dejando que su cabeza cayera hacia adelante mientras intentaba recuperar el resuello y esperaba que su corazón volviera a latir con normalidad.

Ella se levantó también, terriblemente confundida y avergonzada. Se subió el top hasta taparse los pechos, y tiró de su falda para intentar cubrir su sexo hambriento

—Lo... lo siento, pero yo... —intentó disculparse mientras ahogaba un sollozo que tenía atrapado en la garganta.

—Vete. —La voz de Yago sonó seca y agria—. Lárgate de una vez y déjame en paz.

—Yo no pretendía...

—¡Me da igual qué pretendías! —gritó mientras se giraba hacia ella. Su rostro se había puesto casi morado por el esfuerzo que estaba haciendo, y tenía los puños apretados a ambos lados de su cuerpo—. ¡He dicho que te largues!

Belén se levantó de un salto y salió a la carrera de allí. Subió las escaleras corriendo, olvidándose de los zapatos que se había sacado antes de saltar el seto y que se habían quedado tirados en la calle; y del bolso donde llevaba las llaves. Cuando se dio cuenta, se quedó allí, mirando la puerta de su apartamento con los ojos nublados, se abrazó a sí misma y se dobló hacia adelante, apoyando la cabeza contra la madera y rompiendo a llorar. Se giró y se dejó resbalar poco a poco, hasta quedar sentada en el suelo, abrazada a sus propias rodillas, terriblemente perdida y confusa.

«¿Qué hago ahora?», se preguntó. No podía volver atrás a por su bolso, quién sabe qué sería capaz de hacerle Yago. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Por qué se había dejado llevar? Pero lo más importante, ¿por qué había sentido miedo?

Se limpió las lágrimas de un manotazo, enfadada consigo misma. El miedo había venido por la rabia que había notado en él. La besaba y la acariciaba a ella, pero durante un breve instante en que había abierto los ojos y lo había mirado a la cara, allí había visto demasiadas cosas: deseo, sí, pero también desespero, vacío, tormento, y una dolorosa necesidad que la había aterrorizado.

Después de la huida de Belén, Yago tuvo ganas de gritar de pura frustración. Respiraba con mucha agitación y tenía los huevos a punto de reventar. Cogió el botellín de cerveza que había dejado olvidado sobre la mesa aquella tarde, y lo estrelló contra la pared, y después se paseó como un león enjaulado de un lado a otro.

La primera vez que se había dejado ir con una mujer después de dos putos años de celibato, y ella acababa actuando como si él fuese un maldito violador. Cuando la había mirado a los ojos allí había visto terror puro y duro, y se enfadó, con ella por tenerle miedo, y consigo mismo por haber provocado aquello. ¿Qué demonios había hecho para que se sintiese amenazada? ¡Por el amor de Dios! Lo había estado disfrutando tanto como él hasta que, inexplicablemente, dejó de hacerlo. ¿Qué coño había pasado?

Salió al jardín porque necesitaba aire fresco con el que llenar los pulmones. Dentro se estaba asfixiando, y sintió una dolorosa opresión en el pecho que lo obligó a llevar una mano allí y apretar.

Y entonces lo vio. El bolso de Belén yacía olvidado sobre el césped de su jardín. Probablemente se le había caído cuando lo despertó y él, sin querer, le dio un golpe en el rostro que la tiró al suelo. Y ahora estaría arriba, en la puerta de su apartamento, sin poder entrar, porque seguramente las llaves estarían dentro del bolso.

El dolor en el pecho se contrajo más cuando se la imaginó allí, sola y desamparada, y de repente, se apoderó de él una terrible necesidad de subir corriendo para darle el bolso y abrazarla, consolarla, pedirle perdón por lo bruto que había sido al echarla de su casa con cajas destempladas.

No lo pensó dos veces. Agarró el bolso, cogió sus propias llaves, y salió a la carrera para subir los escalones de dos en dos.

Belén lo oyó salir de su casa y subir los escalones corriendo. Se levantó con rapidez, y se limpió las lágrimas con el brazo. Ni loca iba a dejar que creyera que estaba llorando por él. Tensó la espalda, echando los hombros hacia atrás, y levantó la barbilla con dignidad. Cuando apareció por el recodo de la escalera, se quedó inmóvil durante unos instantes con su bolso en la mano, mirándola indeciso. Belén caminó hacia él y se lo arrebató, furiosa, sin mirarlo a la cara, y se giró para volver hacia atrás.

—Espera —susurró Yago, cogiéndola por el codo. Ella se desasíó bruscamente y siguió caminando—. Por favor, tenemos que hablar.

—Eso es lo que yo quería —le espetó girándose y mirándolo con furia—, pero tú decidiste otra cosa.

—Y bien que me recibiste —siseó mientras sus ojos llameaban.

—No voy a discutir. No aquí. No ahora. Estoy cansada, y quiero dormir.

—Esta tarde, entonces. Te paso a buscar a las cinco.

Belén hizo un gesto vago con la mano que no quería decir nada en absoluto mientras abría la puerta de su apartamento, y se perdió el gesto de abatimiento de Yago cuando se dio cuenta de que, con aquello, quería decir que no contara con ello.

Las cinco de la tarde llegaron mucho más rápido de lo que a Belén le hubiese gustado. Tenía una resaca de órdago, y cuando Yago aporreó su puerta, se arrellanó en la butaca, agarrándose al mando a distancia de la televisión como si fuese un arma, y subió el volumen. Él sabía que estaba allí, así que era inútil hacer ver como que se había ido, pero no iba a darle el gusto de abrirle la puerta. No quería hablar con él, por lo menos todavía no.

Cuando Yago se cansó de llamar y se dio por vencido, ella respiró aliviada, y empezó a hacer zapping sin fijarse mucho en lo que estaba viendo. Al cabo de quince minutos, cuando estaba empezando a quedarse amodorrada, la despertó un estrépito que venía del balcón. Se levantó, asustada, y abrió la cortina para encontrarse con un Yago despatarrado en el suelo con una de sus sillas encima. No supo si echarse a reír o empezar a gritar, exasperada, por la cabezonería de aquel hombre.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, desabrida—. ¿Es que no te has dado por enterado cuando no te he abierto la puerta? ¡No quiero hablar contigo! —Yago se sacudió la silla de encima y se levantó de un salto. Belén, instintivamente, dio un paso atrás—. ¿Cómo coño has subido?

—Óscar —contestó enigmáticamente.

—¿Óscar?

—Se dejó la escalera en mi jardín esta mañana. Muy oportunamente. —Sonrió con malicia y dio un paso adelante. Belén dio otro hacia atrás y Yago se quedó congelado—. ¿Por qué me tienes miedo?

—No te conozco, y estás cabreado conmigo. Dame una razón por la cual no debería tenerlo.

—Porque no tengo intención de hacerte ningún daño. Sólo quiero hablar.

Belén se giró y caminó hacia el interior de la vivienda. Se dejó caer en el sillón de nuevo, subió los pies y se abrazó a sus propias rodillas. Yago entró detrás de ella, y se sentó en el sofá, lo suficientemente lejos de ella para no estar tentado de tocarla, pero lo bastante cerca para poder verle bien el rostro.

—¿Me contarás tu pesadilla? —dijo ella al final, convencida de que si insistía en ese tema él acabaría marchándose.

Yago suspiró y dejó ir el aire con mucha lentitud.

—Si tú me cuentas por qué anoche, de repente, tuviste miedo de mí. ¿Qué hice?

Belén lo miró con sorpresa. No esperaba que claudicara con tanta rapidez; es más, no creía que fuese a claudicar en absoluto.

Yago la miró, esperando. Se había pasado el resto de la noche dándole vueltas a la cabeza. Belén tenía razón en algo: lo de Mireya lo estaba matando lentamente, y era algo que tenía que soltar de una vez. ¿Por qué no hacerlo con ella? Al fin y al cabo eran unos desconocidos el uno para el otro; vecinos, sí, pero de forma ocasional, porque él no tenía intención de quedarse indefinidamente en aquellos bajos. En seis meses vencía su contrato de alquiler y se iría a otro lado, y no tendría que volver a verla. Por qué aquella idea le encogió el corazón, no lo supo.

—Tus ojos —soltó ella en un murmullo que Yago casi no oyó.

—¿Mis ojos?

—Sí. Tu mirada, tus ojos, como quieras decirlo. Me asustaron.

—¿Por qué? ¿Qué viste en ellos?

Ahora le tocó a Belén el turno de suspirar. ¿Cómo podía decírselo, sin parecer idiota? No había manera de conseguir algo así, por lo que... «De perdidos, al río», pensó.

—Necesidad —susurró—. No soporto que me necesiten, en ningún aspecto. Durante un instante me miraste como si tuvieses la esperanza que yo pudiese salvarte de algo terrible. Y también vi...

—¿Qué? —la instó cuando ella se calló.

—Vacío. Soledad. Y mucho dolor. Fue aterrador —terminó después de unos segundos de silencio—. ¿Me contarás ahora tu pesadilla?

—¿Por qué no soportas que te necesiten?

Belén levantó la cabeza que había mantenido agachada, y lo miró, furibunda.

—No era de eso de lo que se trataba. Yo te decía por qué me habías asustado, y tú me contabas tu pesadilla.

—Exacto, y lo que me has contado es qué te asustó; no por qué. Así que ahora, dime: ¿por qué no soportas que te necesiten?

—Parece que esto va a ir para largo —refunfuñó mientras se levantaba de la butaca.

—¿A dónde vas?

—A por una coca cola —contestó—. ¿Quieres una?

Yago se encogió de hombros, lo que ella interpretó por un «bueno», así que fue hasta la nevera y sacó dos latas. Le dio una a él y abrió la suya mientras se sentaba de nuevo. Dio un largo trago y chasqueó la lengua con placer.

—Esto es un vicio. Como todo lo malo —comentó con una sonrisa infantil.

—Belén... —Ella lo miró y frunció los labios en un mohín travieso—. No te va a servir de nada.

—¡Ag! Está bien. —Dejó la lata sobre la mesita de café y se giró hacia él—. Tuve un novio, ¿de acuerdo? Era un pesado, además de gilipollas. Me usaba como un cojo usa un bastón, y siempre iba de víctima. «Pobrecito yo» por aquí, «pobrecito yo» por allá... siempre buscando que yo lo consolara, que le dijera lo estupendo y maravilloso que era, y lo estúpidos y envidiosos que eran los demás. Con el tiempo, eso derivó en una dependencia emocional que me absorbía completamente. Debía vivir por él, respirar por él, pensar solo en él... No podía hacer nada sin mí, ni siquiera decidir qué calcetines iba a ponerme por la mañana. Era agotador. Así que lo mandé a paseo, le puse las cuatro cosas que tenía suyas en una maleta y le dije que se fuese para no volver. ¿Sabes qué hizo? Empezó a llorar, así, como lo oyes. Lloró como un niño primero, y como vio que la lástima no iba a funcionar, me amenazó con suicidarse. «No puedo vivir sin ti», me dijo. «Me mataré si me abandonas». Yo no me lo tomé en serio, así que lo eché. Dos horas después me llamó la policía: el muy cabrito se había subido a una cornisa y amenazaba con tirarse si yo no aceptaba volver con él.

Yago la miraba, sorprendido por la historia que estaba escuchando.

—¿Y qué pasó? —preguntó temiéndose lo peor.

—Acompañé a la policía hasta donde él estaba, e intenté convencerle de que no lo hiciese. No quería oír nada de lo que le decía, solo quería escuchar que iba a volver con él y yo no estaba dispuesta. ¿Arruinar mi vida por culpa de un idiota sin carácter? Al final lo mandé a la mierda. «Tírate», le dije. «Si tienes tantas ganas de morir, tírate de una puta vez, pero deja de tocarme los cojones».

Yago empezó a reír, convencido de que realmente le había dicho aquello. Belén era todo un carácter, y no era mujer que se anduviera por las ramas, y comprendió perfectamente por qué se había sentido aterrada ante su mirada hambrienta de necesidad.

—Al final, ¿saltó?

—¡Por supuesto que no! —contestó uniéndose a su risa—. Aquel idiota solo quería chantajearme. Cuando vio que no le iba funcionar, se bajó de la cornisa y allí acabó todo.

—Una buena historia para contar a tus nietos cuando los tengas. —Yago la miró durante un instante, sabiendo que ahora le iba a tocar a él hablar; pero su historia no era para nada divertida.

—Y ahora, ¿me contarás tu pesadilla?

Él asintió con la cabeza y se dejó caer hacia atrás en el sofá. Se frotó el rostro con las

manos, sintiéndose muy cansado de repente, pero en un acto de valor puso, por primera vez en dos años, voz a sus pensamientos más íntimos y aterradores.

—Hace dos años, mi vida era casi perfecta. —Empezó hablando en susurros, con la mirada fija en el techo—. Tenía un trabajo estupendo, y una novia maravillosa con la que llevaba viviendo cuatro años. Íbamos a casarnos, a ir de luna de miel al Caribe, y habíamos planeado tener un mínimo de tres críos. Nos queríamos con locura. —Sonrió difusamente, perdido en los buenos recuerdos. Se incorporó de repente y se echó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas, y dejando caer las manos, indolentes. Los ojos se oscurecieron y se apoderó de su rostro una mueca de dolor—. Pero todo cambió en un instante. Mis padres viven en un pueblecito de la sierra, en Madrid. Habíamos ido allí a pasar el fin de semana. Era verano y teníamos que trabajar, pero los sábados y los domingos nos escapábamos hasta allí. —Sonrió de nuevo—. Tienen piscina, ¿sabes?, y Mireya adoraba nadar allí.

Belén lo escuchaba atentamente, siendo consciente de toda la gama de emociones que iban bailando en su rostro: amor, pena, nostalgia, pérdida... y felicidad ante los buenos recuerdos. Se levantó de la butaca y se sentó en el sofá, a su lado. Le cogió la mano, con timidez, y cuando él no la rechazó, la apretó levemente, transmitiéndole fuerza. No sabía por qué, pero creía saber hacia dónde se encaminaba aquella historia.

—¿Qué ocurrió?

Yago suspiró y giró el rostro para mirarla.

—Sigo sin comprender por qué quieres que te cuente esto.

—Yo tampoco lo sé. Solo sé que... necesitas hacerlo. —Sonrió con timidez—. Es un pálpito.

—Un pálpito muy bueno. Está bien. Continuaré. —Belén asintió y volvió a apretarle la mano. Él había empezado a acariciársela distraídamente con el pulgar—. Aquel fin de semana lo pasamos muy bien, como siempre. Mireya estaba muy ilusionada con la boda, y se había pasado casi toda la tarde del domingo con mi madre, mirando catálogos de novias para escoger el vestido. Enfilamos la carretera de regreso ya de noche, muy tarde y... un coche que circulaba en sentido opuesto al nuestro, se abalanzó sobre nosotros. Quedamos atrapados dentro. —Belén ahogó una exclamación de horror. En aquel momento, lo que menos necesitaba Yago era que ella expresara ningún tipo de lástima—. Dicen que los bomberos y las ambulancias no tardaron más de diez minutos en llegar, pero para mí pasó una eternidad. Mireya se moría allí atrapada y yo no podía hacer nada. —Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas sin que él se diera cuenta—. Yo también estaba atrapado, y por mucho que grité, o que intenté ayudarla, no pude salvarla. Sé que el accidente no fue culpa mía, pero siempre me he sentido como si lo hubiera sido. No hago más que preguntarme: ¿por qué yo sobreviví? ¿Por qué ella murió? Si hubiésemos salido de casa de mis padres media hora antes, o media hora después...

Ya no pudo controlar los sollozos. Belén se acercó aún más a él y le pasó el brazo por

los hombros. Yago se dejó caer sobre su regazo, aferrándose a ella mientras lloraba, y Belén le acarició el pelo con ternura, no sabiendo qué decir o hacer, excepto intentar consolarlo de aquella manera.

—Estabas reviviendo aquel momento —dijo en un susurro. No era una pregunta, pero Yago asintió con la cabeza mientras se incorporaba y volvía a sentarse bien. Belén cogió un paquete de pañuelos y se lo pasó para que se limpiara.

—Al principio la pesadilla me visitaba cada noche, invariablemente. Ni siquiera emborrachándome podía librarme de ella, así que desistí. Pasado el tiempo, se hizo más pausado, pero no me abandonaba del todo porque Madrid me recordaba a ella constantemente. Cada restaurante al que iba; cada plaza o calle; no podía subir al metro sin tener ganas de echarme a llorar, o gritar. Y estar en casa, donde había vivido con ella durante tanto tiempo... me ahogaba. Por eso me vine a Barcelona. Pensé que si ponía distancia, los recuerdos dejarían de acosarme. Y así fue, hasta anoche.

—Y... —Belén carraspeó, intentando recuperar una voz que se había quedado apagada—. ¿Por qué crees que han vuelto?

Yago giró el rostro y la miró con intensidad.

—Por ti. —Aquella afirmación confundió a Belén. ¿Qué tenía ella que ver con todo aquello?—. Hacía dos años que no me había interesado por ninguna mujer. Mis amigos lo intentaron con todas las ganas del mundo, poniéndome por delante chicas bien guapas y fáciles para que me las tirara, pero no lo consiguieron. Para mí solo seguía existiendo Mireya, a pesar de que estaba muerta. Hasta que hace dos meses tus bragas empezaron a caer en mi jardín.

—Suena muy perverso —bromeó ella sin querer. Se arrepintió durante un segundo, hasta que vio la sonrisa que se estaba esbozando en el rostro de Yago.

—Terriblemente perverso, lo admito. Me cabreaba llegar cada tarde a casa y encontrarme tu ropa interior invadiendo mi jardín, pero también me hubiera sentido muy defraudado si un día hubiesen dejado de caer.

—¿Por qué? —preguntó ella verdaderamente interesada en la respuesta.

—Porque me habrías quitado la excusa perfecta para desearte.

Belén esbozó una sonrisa y bajó la mirada; de repente se sentía tímida y vergonzosa. La historia que le había contado Yago la había afectado; no podía imaginarse perdiendo así a alguien querido, y ser la «responsable» de que él volviera a tener pesadillas con el accidente, no era nada agradable.

—No te sientas culpable —susurró Yago, leyéndole los pensamientos. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, y ella se abandonó a aquella ligera caricia—. Yo me alegro de que haya ocurrido.

—¿Te alegras? —Ahora sí que no comprendía nada. Él asintió.

—Ya era hora de que empezara a mirar hacia adelante, en lugar de estar siempre pensando en el pasado. Mis pesadillas son una consecuencia lógica de, supongo, la culpabilidad que siento por desearte. El recuerdo de Mireya ha estado demasiado arraigado en mí, y al desear a otra mujer es como si traicionase su memoria.

—Yo no pretendía...

Yago miró a Belén. La vio tan azorada en aquel momento, tan deliciosamente ruborizada, que no pudo resistir la tentación de besarla. Fue un beso liviano, un roce de labios que les supo a poco, pero ambos sabían que aquel no era el momento de dejarse llevar por el deseo.

—¿Qué te parecería salir a cenar esta noche conmigo? —le preguntó Yago sin apartarse de sus labios. Sus narices se rozaban, y el aire que exhaló él le hizo cosquillas a ella. Sonrió.

—Me parecería maravilloso.

Yago le devolvió la sonrisa. Le acarició el mentón con el pulgar, y la miró con intensidad. Una agradable sensación le recorrió la espina dorsal y sintió que su miembro se endurecía con rapidez. Carraspeó y se levantó.

—Será mejor que me vaya. Paso a buscarte a las ocho. ¿Te parece bien?

Belén asintió con la cabeza y también se levantó para acompañarlo hasta la puerta.

—Nos vemos a las ocho.

Cuatro semanas después...

—Mierda, mierda, mierda, mierda —mascullaba Belén por lo bajo mientras recogía su ropa del suelo con cuidado de no hacer ruido para no despertar a Yago, que dormía plácidamente. O por lo menos eso creía ella.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

Se sobresaltó con el sonido de la voz profunda de él, que sonaba adormilada. Se giró para mirarlo y vio cómo se desperezaba. Estaba tan guapo el *jodío*, incluso con cara de sueño.

—A trabajar, ¿a dónde, si no? Y llego tarde, que me he dormido.

Yago rio por lo bajo y ella entrecerró los ojos. No entendía qué le hacía tanta gracia.

—Ven aquí, cariño —le dijo él incorporándose de repente y alargando los brazos para intentar cogerla por la cintura. Ella dio un saltito para alejarse, pero no lo hizo con suficiente rapidez y acabaron ambos enredados en las sábanas, sobre la cama.

—Yago, por favor —protestó cuando él empezó a mordisquearle la oreja—. Que llego tarde...

—Es domingo.

—¿Qué?

—Domingo. —Mordisco—. Hoy —mordisco—, no —mordisco—, trabajas.

Ella empezó a reírse mientras intentaba deshacerse del él.

—¿En serio?

Yago levantó la cabeza y la miró muy serio.

—Mira el móvil si no me crees.

—Era una pregunta retórica, tonto —replicó ella riendo y echándole los brazos al cuello—. Así que es domingo... mmmm... —Cuando Belén usaba esa voz de traviesa para coquetear con él, Yago no podía evitar ponerse más duro que una piedra—. Tenemos todo el día para nosotros. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Pasarlo en la cama?

Yago movió las cejas mientras la miraba, y ella volvió a soltar una carcajada. Le gustaba tanto verlo así, feliz, y haciendo tonterías.

—Eres un obseso.

—Contigo, siempre —replicó él mientras hundía el rostro entre sus pechos, y empezaba a tirar de su camiseta con los dientes para liberarlos de su prisión.

Llevaban casi un mes juntos, un mes de citas, salidas, y de retozar en la cama. A veces, era él quién se quedaba en casa de ella. Otras, como en esta ocasión, era ella la que se quedaba en casa de él. Tenían su ropa y cepillos de dientes diseminados entre ambos pisos, y dejaban que todo fluyera sin presiones. Hablaban mucho, y de cualquier cosa; Yago le mostró las maravillas del cine clásico, y se sorprendió cuando ella se declaró una enamorada de Pablo Neruda y le regaló Veinte poemas de amor y una canción desesperada. Lo hizo en un arrebato, estando segura de que él nunca abriría un libro como aquél, pero no pudo evitar la tentación de compartir con él algo que pocas personas sabían de ella.

—Esta camiseta está rebelde —farfulló mientras seguía tirando de la prenda con la boca—. No quiere salir.

Ella se rio y él la acompañó. Se reía mucho últimamente, no como cuando se conocieron, que siempre estaba serio y su alegría, ausente. Belén había descubierto que Yago tenía un gran sentido del humor, y aquello hacía que se sintiese más y más atraída

por él. ¿Atraída? Estaba enamorada hasta las trancas.

Yago había resultado ser un hombre increíble: amable, cariñoso, atento, divertido, inteligente... El sueño de cualquier mujer. Y en aquellas cuatro semanas no había vuelto a tener ni una pesadilla.

—Tu boca está muy torpe esta mañana —susurró, provocándolo—. ¿Necesitas ayuda? —Por toda respuesta, Yago levantó la cabeza, agarró la camiseta con las manos y, de un tirón, se la sacó por la cabeza. Belén soltó una carcajada—. Ya veo que no.

La risa murió cuando Yago le asaltó la boca con un beso y la invadió con su lengua. Se entabló entre ellas una fiera lucha por la supremacía, como si fueran espadas cruzadas en el campo de batalla. La respiración de Belén cada vez estaba más agitada, y Yago no le andaba a la zaga. Se frotaba contra ella, maldiciendo a la sábana que se había enrollado a su cintura y que le dificultaba el acceso a donde quería llegar con el resto de su cuerpo. Empezó a tirar de ella mientras Belén le mordisqueaba la mandíbula y recorría su musculoso torso con las manos, ávida de sentir cada centímetro de su piel. Cuando por fin pudo deshacerse de aquella molesta ropa de cama, suspiró aliviado y volvió a prestar atención a lo único que le importaba en aquel momento: los pechos de Belén. Los lamió, chupó, mordisqueó, admirándose de cómo los pezones se ponían más y más duros, arrugándose como una dulce pasa, mientras ella se aferraba a su pelo, gimiendo.

—Joder, nena, no tienes ni idea de cómo me pones —susurró mientras abandonaba los pechos y descendía lentamente por su cuerpo, regalándole miríadas de besos.

—Caliente, cachondo, tonto, berraco, palote, salido, duro como una piedra, desesperado, necesitado...

Yago se rio y decidió que iba a hacerle pagar el cachondeo que se estaba llevando a su costa, así que siguió bajando hasta llegar a las braguitas, esas de color blanco virginal que tanto le gustaban, y se las quitó con premura para poder concentrarse en lo que había bajo ellas.

Le abrió las piernas y asaltó su centro con la boca, lamiendo y chupando mientras Belén no paraba de gemir, fuera de sí, agarrada con desespero a las sábanas arrugadas.

—Yago, por favor —gimió, y él arreció su asalto mientras ella movía su pelvis una y otra vez, instándolo a profundizar más. Cuando por fin él tocó el clítoris, ella estalló en una llamarada que la fundió como si fuera una supernova, dejando ir un grito de alegría.

Yago se puso de nuevo sobre ella y, sin darle ninguna pausa, la penetró. Estar allí era como estar en casa. Sentir la suavidad que lo rodeaba, acariciándolo con cada embestida, lo hacía soñar con cosas que había olvidado y creía haber perdido con la muerte de Mireya: formar un hogar, tener una familia, hijos... un futuro junto a otra persona, caminar y trabajar hombro con hombro por cumplir sueños conjuntos.

—Dios, cielo —le susurró al oído mientras notaba cómo ella volvía a entrar en la espiral del orgasmo—. No sabes cuánto...

Se calló justo a tiempo. A pesar de la niebla que ocupaba su mente en aquel momento, fue lo bastante cuerdo como para callarse lo que sentía: que la necesitaba. Pronunciar aquella palabra supondría el final de todo para ellos, estaba seguro. Por eso silenció lo que sentía y disimuló lanzando un rugido, en parte de placer, en parte de rabia por no poder decir aún, qué escondía su corazón.

Al día siguiente, Yago volvió antes del trabajo. Venía preocupado porque, ironías de la vida, le habían dado una noticia que un mes atrás hubiese recibido con mucha alegría, pero que ahora podría significar su separación de Belén.

Belén. Pensar en ella hacía que se le acelerara el pulso, que le volaran mariposas en el estómago y que su pene se pusiese tan feliz y contento que engordaba con sólo pronunciar su nombre. Estaba enamorado como jamás hubiese creído posible volver a estarlo. No, rectificó, estaba más enamorado que nunca. Nunca olvidaría a Mireya, pero cuando se enamoró de ella era poco más que un muchacho, y su recuerdo ya pertenecía al pasado. En cambio, el amor que sentía por Belén venía arropado por la madurez y la experiencia, y por la fortaleza con la que había resurgido a la vida después de su trágica experiencia.

Y esa misma mañana, cuando su jefe le habló del nuevo proyecto en que iban a colaborar y que requeriría que él se desplazara hasta Nueva York, en lugar de sentir la inmensa alegría que se suponía debía asaltarlo por la enorme oportunidad que representaba, se hundió en la más absoluta miseria.

Porque no sabía qué sentía Belén por él.

¿Lo amaba? ¿O para ella era un simple *follamigo* al que olvidaría sin ningún problema? ¿Debía rechazar el trabajo y quedarse para intentar conquistarla? ¿Exponerse, saltar al vacío sin ningún tipo de red de seguridad, y confesarle su amor? ¿Comentarle lo del nuevo proyecto como quién no quiere la cosa y ver su reacción?

Con Belén aún no sabía qué terreno pisaba. Sabía que no era de las que se acostaban con cualquiera, pero tampoco tenía muy claro que él fuese especial.

Estaba hecho un lío.

Sumido en sus pensamientos, no se dio cuenta de la llegada de Mabel, la vecina del quinto primera, una cuarentona de muy buen ver que llevaba de cabeza a todos los vecinos con sus juergas de fin de semana, sobre todo a la pobre Elva, su vecina de arriba, que estaba pasando por una muy mala época.

Mabel entró como un torbellino y lo vio allí, perdido en sus propios pensamientos. Sonrió con picardía, se acercó despacio, lo cogió por un brazo y lo giró, empujándolo contra la puerta y echándose a sus brazos.

—Estoy muy caliente, vecino —le susurró, acercando peligrosamente los labios a su boca—. ¿Tú crees que podrías ayudarme?

Yago no supo cómo reaccionar. Mabel no lo atraía en absoluto, pero tampoco quería

herir sus sentimientos. Era un caballero, aunque ya no existiesen tales especímenes. Apoyó las palmas de las manos contra la pared para no tocarla, ni siquiera accidentalmente.

—Lo siento, Mabel, pero ya estoy pillado —le dijo con una de aquellas sonrisas moja bragas. Fue un error, porque la vecina interpretó su negativa como un coqueteo, un hacerse rogar, y reaccionó frotándose contra él y deslizándose una mano por su entrepierna.

Yago pegó un respingo y un salto, y cogió la traviesa mano que estaba apretándole lo que no deseaba ser tocado por ella. Mabel soltó una risa ladina, y se lanzó a por su boca, atrapándole la nuca con la mano que tenía libre.

Y en aquel momento entró Belén.

Se quedó quieta durante un segundo, parpadeando. No podía creer lo que estaba viendo. ¡Yago dándose el lote con la *zorraspia* del quinto! Y durante aquel segundo por su cabeza pasaron infinidad de ideas, entre las cuales estaba la de untarlos con miel y enterrarlos hasta el cuello en el jardín de él. ¿Habría hormigas rojas por allí? De aquellas que eran carnívoras. Supuso que no, así que decidió hacer lo más lógico y razonable en aquellas circunstancias: cogió la litrona de cerveza que llevaba en la bolsa de la compra, y la estampó con todas sus fuerzas en la cabeza de Mabel, que cayó al suelo sin emitir ni un solo quejido.

Yago miró a Belén, después a Mabel, y cuando volvió a alzar los ojos, Belén subía las escaleras corriendo, agarrada a la bolsa de la compra. No había dicho ni una sola palabra, pero en su mirada pudo ver claramente todo el dolor que le había causado. Él era inocente, por supuesto, pero ella no lo sabía.

Mabel gimió desde el suelo, y Yago aporreó la puerta de Paulina. La muy cotilla iba a tener una buena historia que contar, porque sabía a ciencia cierta que estaba detrás de la puerta, espiando por la mirilla.

—¡Paulina! —gritó, desesperado. Quería subir corriendo detrás de Belén, pero no podía dejar a Mabel en aquella situación sin que nadie la auxiliara—. ¡Paulina, maldita sea! ¡Sé que está ahí!

La puerta se abrió poco a poco, y la mujer asomó la cabeza.

—¿Qué ocurr..?

Yago no la dejó terminar.

—Llame una ambulancia. Mabel se ha caído. —Contó la primera mentira que se le ocurrió. Sabía que Paulina no iba a creerle, y lo vio con claridad en la manera que tuvo de mirarlo entrecerrando los ojos—. Se ha caído, Paulina, eso es lo que ha ocurrido, y eso es lo que va a contar. ¿Me ha entendido?

Y sin esperar una respuesta, subió corriendo detrás de Belén. Por suerte, tenía las

llaves de su casa, porque estaba seguro de que iba a encontrarse con la puerta en las narices.

Metió la llave en la cerradura y la giró. Empujó la puerta, pero la cadena de seguridad impidió que pudiera abrirla del todo. Maldiciendo de mil maneras distintas, golpeó la puerta y gritó:

—¡Belén! ¡Ábreme la puerta!

Belén se asomó llevando en brazos varias cosas: ropa, un par de libros, y objetos de aseo que Yago se había ido dejando allí a lo largo de las cuatro semanas que habían estado juntos.

—¿Ahora eres Pedro Picapiedra? —le espetó haciendo una mueca de asco.

—Belén, cariño, te juro que no es lo que parece. —Ella estalló en una carcajada seca y amarga. Después lo miró con furia y se giró, adentrándose en el piso—. ¡Belén! ¡Por el amor de Dios! ¡Belén! —Cuando ella volvió a aparecer, ya tenía las manos libres: se había deshecho de todas sus cosas, pero a Yago no le importó ni se preguntó cómo lo había hecho—. Cariño, ella se me echó encima, iba a apartarla cuando tú apareciste.

—Sí, claro, y yo soy tan gilipollas que voy y me lo creo.

—¡Es la verdad! —Empujó la puerta, impotente, intentando romper la cadena de seguridad, pero ésta aguantó cual lusitano contra el imperio romano—. Te quiero, Belén, estoy enamorado de ti. ¿Comprendes? Para mí no existe otra mujer más que tú. Eres la única. —Casi sollozó, y Belén casi le creyó. Casi. Pero la imagen de Mabel besándolo, y de él no haciendo nada por impedirlo, se le presentó tan clara que le heló el corazón otra vez.

—No te puedo creer —susurró, al borde de las lágrimas—. No puedo creerte.

—Nena, por favor —gimió Yago, y ahora sí, las lágrimas corrían libres por su rostro.

—Vete. Por favor. —Lo miró, callada durante unos segundos, mientras él no le quitaba la vista de encima—. Encontrarás tus cosas en tu jardín; las he tirado por el balcón. Y espero que si Miau sigue tirando mi ropa, la vuelvas a meter en mi buzón. No quiero volver a verte. Nunca.

Se giró y lo dejó solo, aferrado a la maldita puerta que no quería abrirse. Yago la golpeó con los puños hasta sangrar, pero no notaba el dolor: el único que sentía era el de su corazón al romperse en añicos.

—Esto no ha terminado, ¿¡me oyes!?! —gritó, pero Belén no contestó.

Óscar llegó justo a tiempo de impedir que Paulina llamara a la ambulancia. Si ocurría algo así, Belén podría encontrarse metida en un buen lío, así que decidió que era mucho mejor que él interviniera.

Empujó a la mujer hasta meterla en su casa mientras la sugestionaba, metiéndose en su mente, para que recordara lo que él quería: que Mabel se había levantado ella sola y le había quitado importancia al asunto, impidiéndole que llamara a la ambulancia. Después, ya solo, se agachó al lado de la mujer y le puso una mano sobre la frente. Tenía una fea brecha en la parte posterior de la cabeza que sangraba con profusión, y estaba dejando una grotesca mancha en el suelo. Parecía que últimamente la sangre y las heridas se estaban convirtiendo en algo normal en su vida. Se frotó sobre el pecho, donde él mismo tenía la herida que le había hecho Neizan y que no acababa de cerrar, y suspiró. La próxima vez que se aburriera, se iría a un campo de golf a hacer unos hoyos en lugar de entrometerse en la vida de humanos y... demonios.

Pero ahora sería mejor que arreglara ese desastre.

Cerró los ojos y se concentró en la herida de Mabel, que empezó a cerrarse en el mismo instante en que él lo deseó.

Ella abrió los ojos y parpadeó, confusa.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó.

—Se ha caído por las escaleras. —Óscar sonrió y mientras la ayudaba a levantarse, hizo un leve gesto con la mano que borró todo rastro de sangre, tanto del suelo como de su pelo.

—¿En serio? Pero... —Miró confundida a su alrededor—. Juraría que estaba hablando con Yago cuando...

—Se equivoca, Mabel. Se cayó por las escaleras. Yo mismo lo vi. ¿La acompañó hasta su casa?

Mabel sonrió, coqueta, evaluando las probabilidades de llevarse a la cama a aquel magnífico ejemplar de hombre.

—Sí, por favor —ronroneó, pasándole la mano por el pecho—. No queremos que vuelva a marearme y caerme, ¿verdad?

—Verdad, Mabel. Verdad.

Se metieron en el ascensor justo en el mismo momento en que Óscar oyó a Yago bajar por las escaleras. Después bajaría a decirle que Mabel estaba perfectamente, y a recoger los trozos de botella que aún estaban en el suelo, aunque nadie pudiese verlos. Aunque quizá antes... sonrió enigmáticamente. Sabía que aquella escalera que había comprado en la ferretería cuatro meses antes, iba a ser de mucha utilidad.

Mientras se cerraban las puertas del ascensor, y Mabel se apoyaba, desvalida, contra su cuerpo, movió levemente la mano derecha y susurró unas palabras de poder.

Yago bajó las escaleras fuera de sí. No sabía con quién estaba más furioso: con Belén por no haberle dado la oportunidad de explicarse; con Mabel por haberlo metido en aquel

lío; o consigo mismo por no haber reaccionado con más determinación y haberla apartado cuando todos sus instintos gritaban que debía hacerlo.

Se quedó sorprendido cuando llegó al vestíbulo: no había ni rastro de Mabel, Paulina, o de los trozos de vidrio de la litrona que Belén le había estampado en la cabeza a la primera. Ni se había oído sonido de sirenas.

Sacudió la cabeza y se quitó de la mente aquel enigma. Le importaba una mierda qué había pasado con Mabel; al fin y al cabo, todo se había jodido por su culpa y no tenía ni idea de qué podía hacer para solucionarlo. Y encima, en su trabajo esperaban una contestación a su propuesta en una semana.

Entró en su casa y cerró dando un portazo. Le dolían los nudillos que casi se había destrozado aporreando la puerta de Belén. Fue al baño a limpiarse las manos, mientras sentía cómo el mundo entero se derrumbaba a su alrededor.

Cuando Mireya había muerto, había sentido mucho dolor, pero el de ahora era peor. Saber que con toda probabilidad Belén lo odiaba, lo hacía sentirse como un reo condenado siendo inocente de todos los cargos. Tenía que obligarla a escuchar, y a creerlo. No iba a permitir que todo acabara así.

Belén estaba temblando. Después de lograr que Yago se fuera por fin, se dejó caer sobre la cama y, agarrada a la almohada, dio rienda suelta a su dolor. Empezó a llorar amargamente, aguantándose la rabia y las ganas que tenía de romperlo todo. Se había enamorado de un hombre que no era real. Todo el encanto de Yago había resultado ser un fraude, una máscara para tenerla contenta mientras ejercía de Don Juan. ¡Incluso su historia, tan trágica, debía ser mentira! No comprendía cómo había podido dejarse engañar de esa manera, si el simple hecho de parecer tan perfecto debería haberla puesto sobre aviso.

¿Y la forma en que había reaccionado al verlo besuqueándose con otra? Nunca había sido tan... extremista y violenta. ¡Le había roto una botella en la cabeza a Mabel! ¡Dios mío! ¿Y si la había matado?

Se levantó, horrorizada, y caminó hacia la puerta, pero antes de llegar se quedó quieta. No, no podía bajar ahora. Quizá no había sido nada, al fin y al cabo no se habían oído sirenas de ambulancia, ¿no?

Empezó a caminar arriba y abajo por el comedor, asustada y dolida a partes iguales, sin saber qué hacer. Quería gritar, llorar, salir corriendo, desaparecer. Estaba confusa y llena de sentimientos contradictorios, porque lo que más deseaba era que Yago apareciera por la puerta y la abrazara, diciéndole que todo iba a salir bien. ¡Salir bien! ¿Cómo podía nada salir bien?

Cuando Yago salió al jardín decidido a recoger las cosas que Belén le había tirado por

el balcón, se encontró con la misma escalera que un mes atrás utilizó para obligarla a hablar con él. «Qué extraño es esto. Cuando salí de casa, no estaba ahí», pensó, pero no quiso darle más vueltas a la cabeza: ya tenía demasiadas preocupaciones allí, como para gastar energía en algo baladí. «A caballo regalado...» pensó, y se encaramó por ella con decisión. Si Belén no quería abrirle la puerta, utilizaría el mismo método que cuatro semanas atrás.

Saltó la barandilla teniendo cuidado con las sillas y la mesa (no era el momento de volver a tropezar con ellas), y entró en el comedor echando humo por las orejas.

Belén era tozuda, cabezota; incluso intransigente a veces. Pero esta vez no iba a dejarla ganar.

Se la encontró caminando de un lado a otro del comedor, como una fiera enjaulada, y en cuanto lo vio se puso roja de furia, agarró lo primero que encontró a mano, y se lo tiró.

—¡Lárgate de aquí!

Yago se agachó a tiempo y el sujeta libros salió volando por la puerta abierta, estrellándose contra el césped de abajo.

—¡Y una mierda! —exclamó él, yendo hacia ella con decisión y cogiéndola por las muñecas.

—¡Suéltame! —Se revolvió, luchando para liberarse, pero él era mucho más fuerte y no lo consiguió.

Yago la hizo girar hasta que quedó de espaldas a él, con los brazos cruzados e inmovilizados por delante.

—¡Te odio! —gritó—. ¿Cómo has podido hacerme algo así?

—Te lo repito: yo no he hecho nada. Mabel se me echó encima, iba a apartarla cuando tú entraste.

—¡No te creo!

—Pues tendrás que hacerlo, porque es la verdad. ¡Maldita sea! —gritó cuando ella intentó morderlo—. Puedes morderme o patearme las espinillas hasta dejarme cojo, pero lo que digo seguirá siendo la verdad. Te quiero, te quiero, te quiero, y no me cansaré de repetirlo. Yo no besé a Mabel, ni siquiera me di cuenta de que estaba allí hasta que se me echó encima, ¿me oyes? Pregúntale a Paulina, o a la misma Mabel si quieres, a ver qué te dicen ellas. ¡Por Dios, Belén, si estaba pensando en ti cuando me asaltó! Porque tenía algo muy importante que decirte, ¡y no sabía cómo hacerlo!

Belén había dejado de luchar contra él, y ahora se mantenía quieta entre sus brazos. Quería creerle, ¡tenía tantas ganas de hacerlo! Cerró los ojos y respiró profundamente, intentando tranquilizarse. «Visualiza, visualiza», se repitió. «Cálmate y escucha. El abuelo siempre decía que tu principal problema era que no escuchabas...»

—Te quiero, Belén —repetía Yago. Había empezado a darle ligeros besitos a lo largo

del cuello, y ella se estremeció—. Te quiero tanto que ya no puedo imaginarme un futuro sin ti. Si me condenas por un error que no he cometido, me convertirás en «el desesperado, la palabra sin ecos, el que lo perdió todo, y el que todo lo tuvo».

Belén tragó saliva y parpadeó. Tenía ganas de llorar otra vez.

—Eso es de Neruda —susurró.

—Del poema ocho de «Veinte poemas de amor y una canción desesperada».

—Te los has leído... —se sorprendió.

—Por supuesto. Tú me regalaste el poemario.

—¿Por qué?

—¿Por qué me he tomado la molestia de leer poesía, cuando nunca antes me había atraído la idea? Porque te quiero, y quiero que puedas compartir conmigo todo aquello que sea importante en tu vida, mi amor.

—Yo también te quiero —susurró ella sin poder callarlo más—. Cuando te vi pegado a esa...

—Te cegaron los celos. —Yago sonrió con suficiencia.

—No estés tan orgulloso de eso. —Belén lo empujó con el trasero, y lo único que consiguió fue que Yago soltara un gemido—. ¿Cómo está Mabel?

—Supongo que bien. —Contestó en un susurro. En aquel momento Mabel le importaba lo mismo que una mosca pegada a la pared: nada. El forcejeo con Belén y su empujón, habían conseguido que se pusiera lo que comúnmente se llama «berraco», y en lo único que podía pensar era en tener a esta mujer debajo de él gritando de placer. Pero ella estaba preocupada por la vecina, así que se obligó a seguir hablando en lugar de girarla y apoderarse de su boca con un beso—. Cuando no me dejaste entrar y tuve que bajar, ya no estaba en el vestíbulo. Supongo que se recobraría y se iría a su casa.

—Me denunciará y me meterán en la cárcel.

—No voy a permitirlo. —Yago aflojó su agarre y le permitió girarse para poder quedar cara a cara, pero seguía envolviéndola con sus brazos—. Ella no te vio, así que no sabrá a quién denunciar.

—¿Mentirías por mí?

—¿Mentir? Eso no es nada, mi amor. —Le acarició el rostro con las yemas de los dedos, y ella cerró los ojos para concentrarse solo en su tacto—. Soy capaz de hacer mucho más que eso. Mataría por ti, Belén. Moriría por ti.

Aquella afirmación dicha con el semblante grave, la convencieron de la veracidad de sus palabras, y revolvieron algo en su interior. Iba a creerle, sin dudas ni desconfianzas. Iba a creerle porque ella también lo amaba.

Epílogo:

Cuando el rótulo luminoso anunció que ya podían quitarse los cinturones, Belén seguía sin creerse que se había subido a aquel avión que los estaba llevando a Nueva York. ¡Era una locura!

Yago y ella apenas hacía dos meses que se conocían, y lo había dejado todo por seguirle hasta la ciudad de los rascacielos. Hacía quince días que había avisado al trabajo que no iba a volver, y Eva y María le habían hecho una despedida por todo lo alto, con *boy* incluido; después, se habían deshecho en un mar de lágrimas porque iban a echarla mucho de menos.

No sabía si estaba cometiendo la mayor estupidez de su vida. Sabía que no iba a ser fácil adaptarse a su nueva situación, y que probablemente, con la responsabilidad de llevar el nuevo proyecto, Yago pasaría muchas horas fuera de casa, dejándola sola en un país que no conocía. Por suerte para ella, el abuelo había insistido mucho en que aprendiera idiomas, y aunque no podía decirse que hablara inglés como si fuera nativa, sabría hacerse entender. O por lo menos, eso esperaba.

Lo primero que haría en cuanto se hubiesen instalado, sería buscar trabajo. Yago ganaría bastante, y la empresa les había puesto a su disposición un apartamento durante los meses que tuvieran que permanecer allí, y no tendrían que pagar nada porque también se hacían cargo de las facturas del agua, electricidad, gas, etc., por lo que su sueldo no sería necesario para poder mantenerse con holgura. Pero no quería sentirse un parásito y, desde luego, no pensaba quedarse en casa durante las horas muertas que él estaría trabajando. Buscaría un trabajo en el que se sintiese feliz, y con el que pudiese ir conociendo gente interesante. Pero eso sería después de recorrer Nueva York de cabo a rabo. ¡Qué demonios! En aquella ciudad había multitud de sitios que siempre había querido conocer.

—¿En qué piensas? —preguntó Yago cogiéndole la mano.

—En todas las cosas que haré mientras tú estás trabajando —contestó con una sonrisa pícaro. Yago le besó el dorso de la mano y después deslizó los dedos por su mentón, acariciándola.

—Será duro para ti —afirmó con tristeza. No la había engañado. El proyecto en el que iba a trabajar le iba a ocupar muchas horas diarias. Si podía volver a casa con ella para cenar juntos, podría considerarse afortunado.

—Lo sé. Pero también sé que es una estupenda oportunidad que no puedes dejar escapar. Por eso te convencí de que debías aceptar la propuesta.

—En unos meses, en cuanto todo acabe, volveremos a Barcelona; te lo prometo.

Ella se encogió de hombros.

—Quién sabe. Quizá le encuentre el gusto a la Gran Manzana. —Volvió a sonreír—. Siempre me ha gustado la fruta.

Yago estallo en una carcajada y la abrazó. Había tenido mucha suerte al encontrar una mujer como ella y, si de él dependía, haría todo lo posible para que siempre se quedase a su lado.



Cuenta la leyenda griega que los seres humanos fueron creados con cuatro brazos, cuatro piernas y una cabeza con dos caras. Ante el temor de su poder, Zeus los dividió en dos seres separados, condenándolos a pasar sus vidas en busca de sus otras mitades, para así por fin, ser un ser completo.

Después de los miles y miles de años que llevo encargándome de estos menesteres, pensé, tonto de mí, que lo había visto y experimentado todo. Creí que los dioses no podían sucumbir a los sentimientos humanos, que no podían sentir como los mortales, pues en teoría, nosotros somos completos.

Cuán equivocado estaba...

Vestidas con nuestras mejores galas, Elva, Mariloli, Patri, Marta y yo, nos dirigimos al *Hysteria* a mover el esqueleto. Me ha quedado un poco hortería lo del esqueleto, pero ¿qué queréis? yo viví los ochenta: Espinete, la ruta del *bakalao*, las hombreras, los abanicos de Locomía...

Hacía meses que no aparecíamos por allí. La cola era enorme, y básicamente nos pasamos el rato de espera pegándole un repaso a los seguratas de la puerta. ¡Qué porte! Me recordaban a los guardias de Londres, esos que no se pueden mover ni gesticular. Vamos, un aburrimiento. Cómo echaba de menos a Juan. Era el portero que trabajaba en los noventa en el local, un colega muy majo que nos dejaba pasar sin presentar el carnet. Ese sí que era simpático, y no los muermos estos.

Tocó el turno de entrar y como siempre Mariloli empezó a gritar:

—¡Jo, qué ganas tenía de venir! Voy a pedir la última de David Guetta.

—Pero Mariloli, hija mía, que acabamos de entrar y el *DJ* te va a mandar a freír espárragos —dijo Patri.

—Yo voy a pedir algo, ¿qué queréis? —preguntó Laura.

—¡Malibú con piña!—dijimos todas a la vez.

—Si lo sé me callo, yo que preguntaba para quedar bien... Me vais a sablear.

—Te acompaño y pagamos a medias, anda —dijo Patri cogiéndola del brazo y llevándola a la barra.

Marta, Elva y yo nos quedamos contemplando al personal. Marta explicaba cómo había conocido a un chico en el pueblo y lo mucho que le gustaba mucho. Una menos con la que competir si se presentaba un chico guapo. Porque, seamos sinceras, ¿a qué venimos

mayormente a la discoteca? A ligar, sí, a ligar, no nos engañemos. Que como dice la abuela de Marta, hace falta que nos limpien las telarañas. A eso y a espabilar a Elva, que últimamente llora por las esquinas como una puñetera plañidera. Que es normal, porque ha pillado a su chico con otra, pero vamos, que ya está. A los tíos no hay que darles tanta importancia cuando se comportan así con una. Borrón y cuenta nueva. Aunque supongo que si cualquiera de nosotras estuviera en su misma situación...

El vestido me estaba matando. Había engordado dos o tres kilos y me quedaba demasiado apretado, sobre todo del trasero. Y los tacones ya ni os cuento. ¿Quién inventó los tacones? Que sí, que las piernas te quedan monísimas de la muerte, pero oye, que luego te duelen los pies una barbaridad.

Llegaron las chicas con las copas y nos dieron una a cada una. En ese instante llegó Mariloli, corriendo y sofocada.

—No os vais a creer a quién acabo de encontrarme. —Todas allí aguantando la tensión del momento esperando que dijera Brad Pitt o algo parecido, pero no, no era Brad Pitt—. Vanessa.

—¿Qué Vanessa?—dije yo.

—La que estás pensando. —Vanessa era la líder del instituto. Una rubia pechugona que se había liado con tantos tíos que ya habíamos perdido la cuenta. Y no es que yo crea que eso sea malo, no. Pero cuando a una le tocan a su hombre, pues jode, y mucho. Y ella no solo lo tocó, sino que se lo benefició y se casó con él. Y desde entonces no puedo ni verla. ¿Me entendéis, no?

—Me ha dado saludos para ti —me dijo.

Cogí mi copa y me la bebí de un tirón, le di mi vaso a Laura y me re Coloqué el vestido, hice estiramientos de cuello y suspiré.

—Luci, no...—me advirtió Mariloli—, que esta es una arpía y lo hace para provocarte.

—Es que yo no sé para qué le cuentas nada, si sabes cómo se pone con Vanessa —le recriminó Marta.

—Tranquilas, chicas, solo voy a dejarle las cosas claras de una vez por todas.

Se quedaron todas discutiendo con Mariloli. Es que es un poco bocazas, la pobre. Muy buena, pero bocazas. Con lo tranquilita que yo estaba.

Fui hacia la cabina del *DJ* que era de donde venía mi amiga, a ver si veía a la arpía por algún sitio. Después de buscar y buscar por fin la encontré, riendo como una loca junto a una amiga. Me acerqué, puse los brazos en jarra sobre mis caderas y le di dos toquecitos en el hombro para que se diera la vuelta.

—¡Ay, hola Luci, bonita! —Pija lo era un rato, pero a nivel profesional—. Te veo un poco más gordita ¿no?

—Es lo que tiene ser feliz, que engorda.

—No te ofusques, Luci, que solo era una observación. Como dice mi maridito, no te enfades que te salen arruguitas en el entrecejo, amor.

—¿Después de quince años, crees que me importa un pimiento que te hayas casado con Quique? Madura, guapa.

—¿Que yo madure? Madura tú y búscate un novio de una vez, que te veo vistiendo santos. Y si puede ser con dinero, como mi Quique, porque chica, te hace falta renovarte el vestuario. —Y todas las amigas de alrededor, tan pijas como ella, empezaron a reír. Reviví aquellos momentos de juventud en los que me sentí la última mierda porque Quique me dejara por ella. Me subieron los calores de la muerte por las piernas hasta el estómago e hice lo que no tenía que haber hecho. Pero qué a gustito me quedé. Puse las dos manos sobre su pechera y tiré hacia abajo, rajándole el vestido entero.

Se hizo el silencio por un momento, hasta que Vanessa se abalanzó sobre mi y me tiró al suelo, medio desnuda. Eso sí, qué conjunto tan bonito llevaba debajo la señora. Me tiró del pelo, le pegué un mordisco en un brazo, me arañó la cara, le di una patada en la espinilla... Lo normal en una pelea.

Lo siguiente que recuerdo es a uno de los seguratas de la puerta llevándome en volandas sobre su hombro hacia fuera del local, entre los gritos y lloriqueos de Vanessa y las súplicas de mis amigas para que no me hiciera daño. ¿Daño? ¡Si tenía una perspectiva del local que nunca había tenido! Y joder, ¡qué culo! Miré hacia abajo. Tenía un culito prieto, el muchacho. Me sacó del local sin mediar palabra conmigo. Me depositó en el suelo y me advirtió:

—Tienes la entrada prohibida en el local para los restos. ¿Está claro?

—Pero si ha empezado ella, señor agente —haciéndome la inocente, aún sin mirarle.

—No soy policía.

—Da igual, venga, porfa, déjame pasar que están mis amigas dentro.

—No. —Qué mala leche tenía el tío. Pero estaba buenote, oye...eso lo observé cuando alcé la cabeza para enfrentarle. La verdad es que me sonaba su cara...

—Vengaaaaa —supliqué—, que ha empezado ella, te lo juro.

—He dicho que no. —Continuó cruzando de brazos y con el rostro inexpresivo.

—¡Jolines! —pataleé. Así que como no podía entrar les envié un *whatsapp* a mis amigas, cogí un taxi y me fui a mi casa. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Fastidiarles la fiesta? Pero esto no iba a acabar así.

Aquella semana fue dura. Mucho. Porque yo no quería que mis amigas se quedaran sin entrar a aquel sitio por mi culpa. Tenía que idear un plan. Justo en el momento en que iba a salir por el portal, un muchacho entró deprisa, dedicándome un hola. En ese momento no caí en la cuenta, reaccioné a los pocos segundos. ¿Ese no era el portero?

—¡Oye! —grité. Pero ya se había encaminado hacia el cuarto de mantenimiento. ¡Claro! ¡Era el nuevo encargado de mantenimiento del edificio!

Mi jornada aquel día fue de las más extraña. Y es que no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Porque una era muy lista, pero a veces parecía tonta de remate. Seguro que él se había dado cuenta de quién era yo. Fue entonces cuando, al día siguiente, eché mano de Paulina. Que ya que era tan sumamente chismosa, de algo me tenía que servir. Así que ni corta ni perezosa, le pedí el teléfono del susodicho. Me dio su nombre: Óscar. Y como ella era la presidenta de la comunidad, mentí diciéndole que había visto una humedad por mi habitación y temía que hubiera una fuga en alguna cañería. Y como es una histérica, quería solucionarlo ella misma, pero claro, yo soy más lista y me la camelé.

Hola Óscar, soy Lucía, la vecina del cuarto primera. Tengo un problema en una pared de mi cama.

Miré la pantallita y vi que le había llegado, al cabo de unos segundos se puso en línea. Lo había leído. Pero no contestó. Mierda. Abrí los ojos de repente. ¿Había puesto cama?

Casa, perdón. El corrector.

Después de cinco interminables minutos, contestó.

Perdona, estaba arreglando algo. ¿A qué hora puedo pasarme?

Pensé y pensé. El momento adecuado debía ser cuando mis padres no estuvieran en casa y yo tuviera todo el tiempo posible para camelármelo.

Mañana tengo libre en el trabajo. Si quieres por la mañana.

Segundos más tarde, volvió a sonar el móvil. Yo, que acababa de ir al baño un momento, casi me caigo de boca cuando tropecé con el cable del secador, que había dejado colgado a su aire aquella misma mañana.

Ok

Mi torpeza hizo que yo le contestara sin querer, algo ilegible.

poffasojfsoss!

Maldito cable.

¿Qué?

Respondió él.

Perdona, que se me ha caído. Gracias. Te veo mañana.

Y yo, que soy una señora, pero a veces saco esa vena arpía tan necesaria en según qué casos, me coloqué unos pantalones minúsculos, de esos que se llevan ahora que enseñan más culo que nada. Un «tangalón» que me ponía única y exclusivamente para dormir, pues nadie tenía por qué observar mis vergüenzas. Aquella minúscula pieza iba a hacer que yo me saliera con la mía. Miré por el armario en busca de una camiseta con el mismo efecto, y al no encontrarla, pensé que lo mejor sería la parte de arriba de un bikini.

Atrevido. Sexy. Putona total que estaba yo. Todo fuera por conseguir mi objetivo.

Óscar apareció a las diez de la mañana, junto a la caja de herramientas y un pantalón *marcaculo* estupendo. Estupendo era el pantalón, el culo aún no había tenido la suerte de comprobarlo, aunque lo que se intuía era espectacular.

Yo seguía con aquella pose de maruja cachondona en busca de mi objetivo. Parpadeaba despacito cuando él me miraba con aquellos ojazos oscuros tan bonitos. Y aunque fruncía el ceño de vez en cuando, seguramente preguntándose de qué me conocía, aún no le había atacado con el asunto que realmente me traía de cabeza.

—Oye, Óscar, ¿verdad que nos hemos visto antes?

—No lo recuerdo —mintió mientras seguía comprobando la falsa mancha de humedad que había en mi habitación. Falsa, porque había sido yo que minutos antes de que llegara, había tirado el cubo de fregar en la esquina.

—Sí, hombre, sí. Seguro que nos hemos visto antes. —Me agaché donde él permanecía sentado. En aquel instante se giró dirigiendo su mirada a mi canalillo (bastante generoso, por cierto). Alzó su mirada de nuevo hacia mi cara, mientras yo aprovechaba para hacerme una coleta y tensar de nuevo aquella parte de mi anatomía que estaba tan cerca de él. Fue entonces cuando se dio cuenta.

—Mierda...—dijo mientras se levantaba del suelo—. No me digas que has fingido una humedad para avasallarme en tu casa.

—¿Yo? —dije inocentemente—. ¡Qué va! Pensé que había una humedad. ¿No la hay? —pregunté, agachándome lo suficiente para que se fijara en el tangalón. Giré un poco la cara con mucho cuidado para que no me viera y observé cómo inclinaba la cabeza a un lado, mientras se mordía el labio inferior. Le acababa de poner palote, fijo.

—Ninguna —respondió dándose la vuelta. Era duro de roer, el condenado. Así que re Coloqué mi *tetumen* y me acerqué a la puerta donde él se disponía a desaparecer. Pero mi misión no había acabado. Me sentía un poco como Lara Croft, así que me crecí y volví a atacar.

—Ajá, ya decía yo que me sonabas. La otra noche me sacaste de la discoteca. No, no te guardo rencor —le dije inocentemente cuando se giró hacia mí— porque he de reconocer que fui un poco... violenta. Pero tú tienes que reconocer que te pasaste un poco.

—Hasta luego —respondió abriendo la puerta y pasando completamente de mí, de mi conversación, de mi *tetumen* y del *tangalón*. Maldito.

—Óscar, porfa, Déjame entrar el sábado, que Elva está hecha polvo y necesita divertirse. Y es nuestra discoteca de referencia...

Nada. Desapareció por la escalera, el condenado, sin contestarme.

Plan B. Tengo su móvil, lo voy a atosigar a mensajes. Cuando una mujer quiere algo, nada la detiene. Así que empecé:

Óscar, porfa. Te prometo solemnemente que me porto bien.

Ni lo leyó. El maldito me había bloqueado, fijo. Pensé y pensé durante horas. Volví a trabajar al día siguiente y seguí pensando. Pero no podía seguir pensando, tenía que actuar. ¿Pero cómo? Pues no hizo falta pensarlo mucho más, pues la oportunidad se me presentó aquel día sin comerlo ni beberlo.

Estaba yo distraída —pensando aún—, sentada en el taxi cuando abrieron la puerta del coche y alguien se metió dentro. Después todo fue de locos. Respiraciones agitadas, gritos, prisas y yo acelerando y mirando por el retrovisor. Como en las pelis, pero de verdad de la buena.

Casi se me sale el corazón de pecho cuando por fin tuve el valor de mirar por el retrovisor y vi al mismísimo Óscar con la mano en el pecho y completamente tirado en el asiento posterior, lleno de sangre y mugre por doquier.

—¿Qué coño te ha pasado? —acerté a preguntar mientras conducía como una loca ya en la autopista, pues al no tener rumbo fijo, no sabía ni dónde ir.

—Conduce y no te pares hasta que no te lo diga —me ordenó mientras se incorporaba un poco para mirar por la luna trasera—. Joder, cómo duele esta mierda —se quejó mientras se volvía a tumbar.

—El hospital está a diez minutos, ¿podrás aguantar? ¿Me paro y llamo a una ambulancia? Por Dios, hombre, dime algo —grité histérica.

—Nada de hospitales. Salte en la próxima y dirígete al descampado.

—¡Y una mierda! Tú no te me mueres en el coche.

—¡Haz lo que te digo! —gritó fuera de sí. Lo que pasó después fue la rotura total de los dos cristales traseros. Yo pegué un volantazo y casi nos salimos de la carretera. ¿Qué leches había sido eso? Por si las moscas, hice lo que él me dijo.

Llegamos al descampado e intenté abrir mi puerta, pero estaba... ¿atascada? Probé con la del copiloto, y nada. Miré hacia atrás y vi como Óscar estaba medio desmayado, como ido. ¿Se me había muerto en el coche? De repente empecé a pensar en CSI y todas las pruebas a las que se me iba a someter si este tontaina se me había muerto allí. Bueno, eso solo fue un segundo. Luego me dio penita y ganas de llorar, hasta que lo vi respirar. Falsa alarma.

—Lucía... —susurró. Y yo histérica perdida intenté no romperme la crisma y como pude pasé al asiento trasero. Él se removiό incómodo para darme más espacio. Como pude me coloqué de rodillas delante suyo y le toqué la frente, que estaba perlada en sudor.

—Ay, Dios santo, no te me mueras —supliqué mirando aquella cara de crío que ahora lucía. Yo calculaba que era algo más jovencito que yo, en lo que no había caído el día anterior.

—Escúchame. Las puertas están bloqueadas. Si permanecemos aquí durante un rato,

yo podré recuperarme más rápido. Después te borraré la memoria y seguiremos nuestra vida normalmente.

—¿Borrarle la memoria? —reí—. ¿Quién eres? ¿Superman?

—Eros, soy Eros, el dios del amor...

—Y yo soy Afrodita, anda, no delires —pero ya se había quedado dormido. Qué guapillo era. Así dormidito y resacoso estaba guapetón.

Quité las manos de su cuerpo para mirar la herida, y cuál fue mi sorpresa al descubrir, que estaba cerrándose sola. Delante de mi ojos, como en las pelis. Parpadeé un par de veces y volví a mirarle a la cara.

—¡La madre que me parió! —grité.

—*Llamando a Lamadrequemeparió* —dijo el manos libres.

—¡Colgar! —grité de nuevo. Ay madre. Hiperventilé. ¿Qué coño era eso que estaba tumbado en mi coche? ¿Un extraterrestre? Porque lo de Eros era de coña, ¿no? Volví a mi asiento, dejando que se recuperara. Yo intentando tranquilizarme. Miré por el retrovisor y Óscar ya se removía. ¿Estaba completamente curado? ¿Y por qué narices no salía corriendo yo de allí?

Lamentablemente no podía contestarme ninguna de esas preguntas pero no hizo falta. Me desperté en mi cama, con el *tangalón* y la parte de arriba del bikini. Lo había soñado todo. O eso me parecía a mí.

Me duché y cuando me disponía a irme a trabajar, la luz del teléfono parpadeó. Era un mensaje de Óscar.

Primero quiero hablar contigo. Hoy a las ocho en el local. Pregunta por mí.

—¡Toooooomaaaaaa! —grité dando saltitos mientras besaba el móvil, le di las gracias y llamé a las chicas para darles la buena nueva. Seguro que nos dejaba entrar.

Aquella noche me enfundé unos *leggings* efecto cuero y una camiseta larga, que me favorecía muchísimo con los botines de «chúpame la punta». Enseñaba un poco de *tetumen*, pero ya iba bien...

—Hola, he venido a hablar con Óscar —le dije a Mario.

Lo llamó por el pinganillo y apareció el hombretón en todo su esplendor. Vestía unos pantalones negros y una camiseta también negra con el logo del local. Marcando pectoral. ¡Jorrrrrlllllllll! Aún así seguía sin sonreír. Me abrió la puerta y me indicó con la cabeza que entrara. Ya dentro, pasó por mi lado hacia la escalera y nos dirigimos a un privado en la parte alta de la discoteca. Cerró la puerta tras nosotros.

—Siéntate.

—Gracias —dije mientras nos sentábamos los dos.

—A ver, tienes que entender que no puedo permitir que haya peleas en el local.

—Empezó ella —me excusé.

—Da igual, te vi a ti. Y luego está lo de las humedades. ¿Cómo se te ocurre interferir en mi trabajo para intentar camelarme?

—Estaba desesperada. —Le expliqué lo que significaba el Hysteria para mis amigas y para mí y lo entendió perfectamente.

—Ya...

—Bueno, pero podré entrar, ¿verdad?

—Pero comprométete a no pelear de nuevo. Si tienes algún problema, tienes mi teléfono ¿no? Me mandas un *whastapp* o me llamas y lo arreglo yo, que para eso estoy. No me gustan las peleas.

—Eres un cielo —dije colgándome de su cuello y dándole un beso en la mejilla—. Nos vemos el sábado —acabé yéndome por la puerta.

Mientras bajaba por la puerta pensé que tenía que haber aprovechado la situación y lanzarme a su cuello. Porque bueno estaba un rato, y una no era de piedra. Que sí, que era más jovencito que yo. ¿Y qué? Pero no iba a tentar a la suerte. Todo se andaría.

Tras varias semanas entrando sin problemas con las chicas, volví a encontrarme con Vanessa. Óscar no había aparecido por allí, o simplemente había querido evitarme. ¿Pero por qué?

Vanessa vino a mi encuentro. La muy...

—Acuérdate lo que te dijo el portero —me advirtió Laura.

—Que sí, Laura, que sí...—contesté.

Se acercó como un águila a su presa y altiva me miró a los ojos advirtiéndome:

—Hoy he venido con mi *cari*. Espero que no te tires a su cuello, y por supuesto que te alejes de nosotros y no montes otro numerito o tendré que decirle a mi hermano que te saque de nuevo.

¿Hermano? ¿Pero esta tía tenía hermanos? El capullo me la había colado bien...

—Tranquila, tengo mejores cosas que hacer que seguirte la pista. Fulana.

—¿Fulana yo?— gritó.

No le repliqué, no valía la pena. Dejé a mis amigas allí y me fui al baño. Saqué el móvil y le envié un *whatsapp* a Óscar.

Como me la has colado

¿???

No te hagas el tonto, ya sé que eres el hermano de Vanesa

Hermanastro, mi padre está con su madre

Da igual, me parece muy fuerte que uses tu posición para favorecer a la fulana de tu hermana

¿Cómo? Oye te estas equivocando ¿Dónde estás? No te veo

En el baño, pero ya me voy.

Y guardé el móvil.

Cuando iba a salir del baño oí los grititos de las demás mujeres que estaban en el lavamanos.

—¡Fuera! —¡Mierda!

Óscar abrió una a una las puertas del baño hasta llegar a donde yo estaba. Como tenía el pestillo echado no insistió.

—¡Abre!

—¡Sí, hombre! ¿Estás tonto? —le dije yo desde dentro recolocándome la ropa.

—A ver, Lucía —¿se acordaba de mi nombre?—, no me gusta que me acusen de algo que no es —continuó desde el otro lado de la puerta.

—Es tu hermana, lo entiendo, pero me fastidia que haya tenido que salir perjudicada yo. Bueno, y mis amigas.

—Mira, no puedo sacar a la hija del jefe del local, entiéndelo.

—¿La hija del jefe? ¿En serio? —dije yo ya con la ropa recolocada abriendo la puerta.

Me miró de arriba abajo. Bueno, se detuvo bastante en la parte delantera, para qué engañarnos. No es que me disgustara, no... pero vamos, que podía ser un poquito más discreto, ¿no?

Cuando ya estaba a punto de cerrarle la boca, empezó a hablar.

—Sí, por eso no pude sacarla el otro día y por eso se te tenía prohibida la entrada. Órdenes directas. Si se molesta a Vanessa, el padre sale como un ogro.

—¡Que fuerte me parece! Bueno pues gracias por la aclaración —le dije yo, e hice el gesto para pasar, pero no se apartaba. En ese preciso instante, se abrió la puerta de nuevo y él me metió dentro del baño de nuevo de un empujón, tapándome la boca.

—¡Shhhh! Es Vanessa... Si me ve aquí, hablando contigo...

Me miró y sonrió. Yo giré la cabeza e intenté separarlo, dándole un empujón hacia la puerta. Óscar ahogó un grito de dolor y yo le miré asombrada. No podía ser. Le levanté la camiseta y vi la herida. Casi cerrada, pero ahí estaba.

—Dime que es una bro...—pero no llegué a hacer la pregunta, pues él me cogió de la cintura y me dio la vuelta para apoyarme en la puerta del baño. Besándome con furia para hacerme callar. Y yo aproveché la situación. Algo tenía claro: fuese lo que fuese ese...

¿hombre?, estaba como un queso. ¡Qué leches!

Escuché la risa cantarina de Vanessa a través de la puerta, pero yo seguía a lo mío. Hasta que aquella voz de pija salió por la puerta principal del baño, dejándonos allí a los dos, aún besándonos como locos. Fue él quien acabó el beso. Se apartó un poco.

—Perdón. No debería haber hecho eso.

¿Cómo que no? ¡Madre mía! Parpadeé un par de veces. Ambos callamos unos segundos hasta que yo rompí aquel silencio, quitándole hierro a lo que acababa de pasar.

—Así que no estabas de coña, y no fue un sueño. —le recordé cuando él quiso salir sin darme ni una sola explicación.

Suspiró vencido, sabiendo perfectamente que yo tenía razón y podía ser la mujer más impertinente del mundo si quería. Se sentó en el inodoro, mientras miraba hacia el suelo.

—No te mentí. Soy Eros, dios del amor. Cuando subí en tu coche, un demonio había intentado matarme. Por eso desaparecí unos días, pues vive en el edificio. Por alguna extraña razón no borré bien tu memoria, supongo que aún estaba débil.

—La leche —alcancé a decir, apoyándome en una de las paredes— ¿Y hay más de vosotros por aquí? ¿Y Vanessa es...?

Eros sonrió recordando cuántos había.

—Demasiados. Vanessa es humana. Mi madre se está divirtiendo aquí abajo.

De repente me acordé del beso que me acaba de dar y me puse colorada como un tomate.

—Por cierto, la próxima vez, que quieras besarme, que sé que lo harás, que sea en un sitio más amplio y más limpio. Y dile a tu padrastro que los baños están que dan pena. Ah —acabé de decirle mientras abría la puerta—, gracias por dejarme pasar, eres todo amor. Ja...—iba riendo por mi ocurrencia. Eros, eres un amor... genial.

Debí dejarlo descolocado del todo. Supe que había llamado su atención cuando me lo cruzaba cada vez que salía de casa, cuando me iba a trabajar. Allí donde iba, estaba vigilándome. Hasta que una mañana, cuando salía de mi letargo y me disponía a bajar a por el pan en zapatillas, le enfrenté en la puerta de la sala de mantenimiento. Él estaba agachado, apretando una tubería.

—Sé que te puse palote con aquel pantalón, pero si quieres algo me lo dices —dije a su espalda.

—¿Perdona? —preguntó atónito secándose las manos con un trapo y levantándose de golpe.

—Que oye, lo entiendo. Soy consciente que estoy jamona, pero oye, dímelo y quedamos, no me persigas de esa manera.

—Te sigo porque no quiero que le cuentes a nadie mi problema.

—Sí, ser hermano de Vanessa es una putada, ¿pero tanto como un problema? Vamos, que tiene sus ventajas, ser el hijastro del dueño, ¿no?

—No te hagas la tonta que sabes a lo que me refiero. Sabes más que cualquiera de esta ciudad. Cualquier humano, me refiero —rectificó.

Me acerqué a él cuando vi una mancha en su mejilla. Cogí el trapo de sus manos y se la limpié.

—Ve un poco decente, hombre, con lo guapete que eres y siempre hecho un asquito.

Le hizo mucha gracia, porque soltó una sonora carcajada y se apretó el pecho de nuevo, frunciendo el ceño.

—¿Cuánto tarda esto en curarse? —pregunté mientras le daba pequeños empujones para que se sentara en la silla que tenía al fondo del cuarto.

—Debería estar curada ya, pero como el maldito Neizan vive en el edificio, no cierra del todo. El muy cabrón me manda sus «*buenas energías*» para que se me vuelva a abrir.

—¿Quieres que le parta la cara? —le dije mientras limpiaba el sudor de su frente, maternalmente.

—Tiene una novia de su clase. Durarías un asalto, cariño —afirmó mirándome a los ojos.

Y yo me perdí en los suyos de nuevo. El cabrón era bueno dándome pena, con aquellos ojillos de niño travieso. Yo empecé a respirar agitadamente cuando él puso una sonrisilla de medio lado y acto seguido la mano en mi culo. Acercó entonces su boca a mi vientre y empezó a besarlo. Tuve que agarrarle del pelo para no caerme de la impresión. La virgen, me estaba poniendo como una moto.

—Si no vas a acabar lo que estás empezando, más te vale que pares ahora mismo o no respondo de mí.

Él asintió, colocando la otra mano en mi culo también. Fue una respuesta. Alzó la mano e hizo un gesto con ella. La puerta se cerró. Yo solté un gritito del susto y él aprovechó entonces para bajarme los pantalones y las braguitas y dejarme completamente expuesta de cintura para abajo.

Aún besándome el vientre, me acercó un poco más y abrió mis piernas para que me colocara a horcajadas encima suyo. Acabó por quitarme la camiseta. Había bajado sin sujetador, algo que le hizo soltar un gruñido de contento. Se deleitó con mis pechos mientras yo le quitaba la camiseta. No hizo falta hacer nada con su pantalón, pues había desaparecido por arte de magia, o por arte de Eros. Bajé la boca hacia la suya, instándole a besarme. Pero hizo más que eso: me alzó y se introdujo en mi boca y en mi sexo a la vez, haciéndome gritar de placer.

Cabalgué encima de la silla durante un buen rato, hasta que Eros se retiró y me colocó al revés, haciéndome abrir las piernas para que él pudiera tocar mi centro, mientras

mordisqueaba mi hombro y gruñía de placer. *Diossantodemivida*, aquello era increíble. Y nos dejamos ir. Ambos a la vez.

Estábamos jadeantes y no sabíamos que decir. Eros tenía la frente apoyada en mi espalda y negaba con la cabeza mientras maldecía. Yo me retiré y me giré para enfrentarle.

—¡Vaya, muchas gracias! —grité ofendida—. Si no te gustaba no sé por qué has seguido.

Eros intentó disculparse pero yo no le di lugar a réplica, pues le estaba diciendo de todo menos bonito mientras me vestía. Salí por la puerta y me fui dando un portazo. No supe nada de él en un par de días.

Tengo que reconocer que me moría de ganas de verlo de nuevo. Pero me había ofendido sobremanera aquel gesto. ¿Que no le había gustado? ¿El dios del amor es un experto en artes amatorias, y la tonta de la vecina del cuarto no le ha satisfecho? ¡Usted perdone, su excelencia! Tenía ganas de matarlo y ganas de volver a revolcarme con él al mismo tiempo. ¡En una silla! ¡Lo habíamos hecho en una silla! ¿Podía haber algo más erótico?

Fueron noches extrañas aquellas. Yo pasaba de él y me divertía bailando en la discoteca como si no hubiera un mañana. Eros pasaba cerca de mí y me rozaba, o simplemente me hacía pucheros para que le perdonara, pero yo tenía claro que no quería nada con él. Quería divertirme con unos y con otros y no atarme emocionalmente a una persona, pues no sabía sus intenciones y no tenía ganas de sufrir.

Una madrugada, recién llegada de trabajar, no supe qué hacer cuando Eros se presentó en la ventana de mi habitación. Me dio un susto de muerte, y a punto estuve de darle un empujón. Pero entonces recordé que vivíamos en un cuarto y no lo contaría.

—¿Qué leches haces aquí? —susurré mientras tiraba de él hacia la habitación.

Ya dentro, se repantingó en la cama con los brazos detrás de su cabeza y me miró. Yo llevaba puesto el tangalón, pues me disponía a irme a dormir.

—Observarte.

—Vete al peo. ¿Qué quieres? —pregunté de nuevo, yendo al armario para colocarme una bata o una camiseta larga. Pero la puerta no se abría—. ¿Quieres dejarme abrir la puerta, por favor?

—No. Ven aquí —me ordenó.

—Le vas a dar órdenes a tu puñetera... —Se levantó de golpe y me colocó en su regazo—. ¿Qué pasa, que todas las tías hacen lo que te a ti te da la gana cuando el señor lo ordena?

Arrugó la boca y miró al techo como si estuviera pensando que contestarme. Qué guapo era el jodío. No pude resistirme y me tiré de lleno a su boca, colocándome a horcajadas de nuevo sobre él. Eros me dio la vuelta y me tiró encima de la cama para

seguir con el juego.

—Pero si no te gustó la otra vez —alcancé a decirle cuando dejó mi boca para mordisquearme la oreja.

Se removi6 entre mis piernas, haciéndome notar su erección y de paso excitando mi sexo. Sí, le gustaba, eso estaba claro.

—¿Qué te hace pensar que no me gustó? Solo negaba porque no debería de haber pasado, Lucía. Ni el otro día ni hoy, pero por alguna extraña razón, necesito hundirme en ti.

Y se hundió, hizo desaparecer la ropa de nuevo y se hundió en mí. Yo grité de placer de nuevo. Solo esperaba que mis padres no me hubieran escuchado.

Cuando desperté, Eros seguía allí abrazado a mi cintura y con la boca pegada a mi pecho. Sonreí. Realmente era un dios griego. ¿Pero qué pasaría si al final tenía que partir? ¿Yo habría sido únicamente una distracción? ¿Una manera de pasar el rato hasta acabar el trabajo que había venido a hacer? Me sentí inc6moda de repente y le empujé para que se despertara.

—Tienes que irte —le dije.

—Mmmmmm, no, aún tengo que hacer una cosa —dijo somnoliento, succionándose un pecho.

Volví a empujarle.

—Eros, fuera. Ahora —le ordené y me puse en pie.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora? —me recriminó—. ¡Me desconciertas, mujer!

—Ay, Eros, hijo, que yo por las mañanas necesito verme a solas la legañas...—le dije mientras me ponía las braguitas y el sujetador.

Él se vistió y salió por la ventana sin decir nada más. Y no volví a verlo en varias semanas. Ni en la puerta del Hysteria, ni en el edificio. Al principio pensé que se había evaporado, que me evitaba a toda costa. Yo no quería que pasara lo que pasó. Quería evitar todo sentimiento romántico hacia él, porque sabía perfectamente que tarde o temprano, él se iría de allí una vez hubiera acabado su misión. Pero desconocía lo que me haría sentir aquella situación. Creo que reaccioné demasiado tarde, ya me había enamorado de él. Vale, sí, demasiado pronto, pero yo no elijo de quién hacerlo ni cuándo. Y me había colgado. Mucho. Demasiado.

Pasé las siguientes semanas como ida. No quería salir con las chicas, y si lo hacía, era la compañía más nefasta de todas. No podía visitar el Hysteria sin pensar en él. No podía bajar las escaleras sin pararme en la puerta de la sala de mantenimiento y colocar la oreja en ella para ver si había ruido dentro. Todo hasta que Paulina me dijo que Óscar se había ido a otra ciudad, pues le habían ofrecido un trabajo en una multinacional, muy bien pagado. Aunque sospechaba que yo había tenido mucha culpa de su marcha.

Un día, durante mi jornada laboral, estaba sentada en el taxi escuchando un acústico de Tulisa, *Young* se llamaba la canción. Aquella melodía hizo que rememorara cada uno de los momentos que pasé a su lado, que aunque pocos, fueron intensos. No pude evitarlo, coloqué las manos en mi cara y empecé a llorar como una niña a la que acaban de castigar por pintar las paredes de casa. Lo odiaba, yo no era una ñoña. Yo hacía bromas, me reía de todo y siempre estaba de cachondeo con todo el mundo.

Noté de nuevo aquel dolor encima de mi pecho izquierdo. Como una punzada...Y seguí llorando, sentada sola en el aparcamiento. En aquel momento, cuando mi aspecto dejaba mucho que desear, alguien entró en el taxi y se sentó en el asiento trasero.

—Perdón —dije secándome las lágrimas—. ¿Dónde le llevo? —continué poniendo en marcha el taxímetro.

—Al mismo cielo si tú quieres. Pero no llores.

Me giré con la esperanza pintada en los ojos. Eros, con los brazos cruzados me miraba sonriendo. Yo le respondí con otra sonrisa y empecé a dar grititos de alegría mientras saltaba como una loca hacia el asiento trasero para comérmelo a besos. Él me acariciaba la cara con cariño y hundía su cara en mi cuello, estrechándome con fuerza como si tuviera miedo que fuera a algún sitio.

—No te puedes imaginar lo que te he echado de menos, preciosa.

—¿Y por qué te fuiste, idiota? —le recriminé dándole un golpe dónde semanas antes tenía la herida—. Ay, perdona, tu herida.

—Tranquila ya está curada —respondió separándome para mirarme a los ojos—. Me fui huyendo de ti.

Aquella frase me hizo sentirme culpable. Se había ido por mi rechazo.

—Yo no quise decirte aquello, Eros, de verdad que no...

—Lo sé —me cortó.

—¿Entonces?

Eros agachó la cabeza pensativo y me explicó todo lo que había pasado durante esas semanas.

—Cuando me dijiste que no querías levantarte con nadie por las mañanas, pensé que yo tampoco quería. Shhhh, déjame hablar —pidió cuando yo quise explicarle—. Pensé en la pelea con Neizan, en mi herida, en que quizás no curaba por estar cerca de ti y sucumbir a sentimientos humanos que yo no debería tener. Así que caí en la cuenta que la herida fue a causa de una flecha. El día que me metí en tu taxi por primera vez, tuve una pelea con él y le disparé una flecha para que sucumbiera a los encantos de Samantha. La primera de ellas no le dio. Yo supuse que se había desintegrado como hacen si tocan el suelo, pero por lo visto, el listo de Neizan se la guardó en un bolsillo. En uno de los forcejeos, cuando conseguí clavarle la otra, parece ser que él me clavó una a mí.

—Y eso hizo que te acercaras a mí —acabé.

—Eso pensaba yo, hasta que fui a visitar a mi madre, Afrodita, para que me diera consejo.

—¿Y qué te dijo?

—Que nuestros hechizos no funcionan con nosotros mismos, Lucía —confesó mirándome ahora a los ojos.

—O sea que... —pregunté con miedo.

—Que lo que siento por ti no ha sido por culpa de una flecha. De hecho, ahora mismo dudo que funcionen con cualquiera de vosotros, tal como yo pensaba. Quizás solo os hace abrir los ojos, liberaros de los prejuicios y los recuerdos y ser vosotros mismos para poder abrir vuestro corazón. Nada más.

No sabía si comérmelo a besos, reprocharle su ausencia o pedirle que me llevara al Olimpo con él. Solo pude besarle de nuevo y perderme en sus ojos.

Pero ahora estoy en un dilema mortal: ¿Qué pasara cuando yo me haga viejuna y Eros tenga este mismo aspecto por los siglos de los siglos? Tendré que pedirle una ayudita...

¿Quieres saber qué pasa con todos los personajes de 13 flechas? Pues estate atent@ al blog de la colección. Quizás, y solo quizás, te vayan contando más cosas...

¿Te atreves?

Las autoras que participamos en esta novela, queremos agradecer de todo corazón el apoyo y cariño recibidos en estos primeros meses de andadura de la Colección LCDE.

Agradecemos de forma especial a Olivia Ardey, su implicación desde el primer momento en este trabajo al aceptar colaborar con su prólogo. Ha sido un verdadero honor para nosotras.

A Laura Nuño, Francis Molehorn y Rosana Ample, que a pesar de habernos dejado huérfanas han permitido que sus historias siguieran aquí. Muchas gracias, preciosas.

A Alicia Vivancos, por su maravillosa portada y maquetación. Una profesional como la copa de un pino, que tiene gran parte de culpa de que este libro que sostenéis sea tan bonito.

A Violeta de Third Kind Studio y Lucía Herrero, por prestarnos ese sexto sentido que tienen para las correcciones. Habéis ayudado a que este trabajo tenga la calidad que merece.

A Rosa Martínez Gil, por disfrutar de nuestras historias antes que nadie y hacer de juez aportando su valoración como lectora 0. Tu opinión ha sido fundamental.

A Myriam Crespo, de Third Kind Studio, por el nuevo y fantástico logo que a partir de ahora nos identificará. Eres una genia.

Y por último, un agradecimiento enorme a lector@s, seguidor@s, blogs y medios por el respeto y gran acogida que esta iniciativa pionera ha recibido.

Este es un proyecto iniciado con mucha ilusión y esperamos seguir sorprendiendo.

Os avisamos de que esto, ¡no ha hecho más que empezar!

Millones de gracias.

Colección LCDE